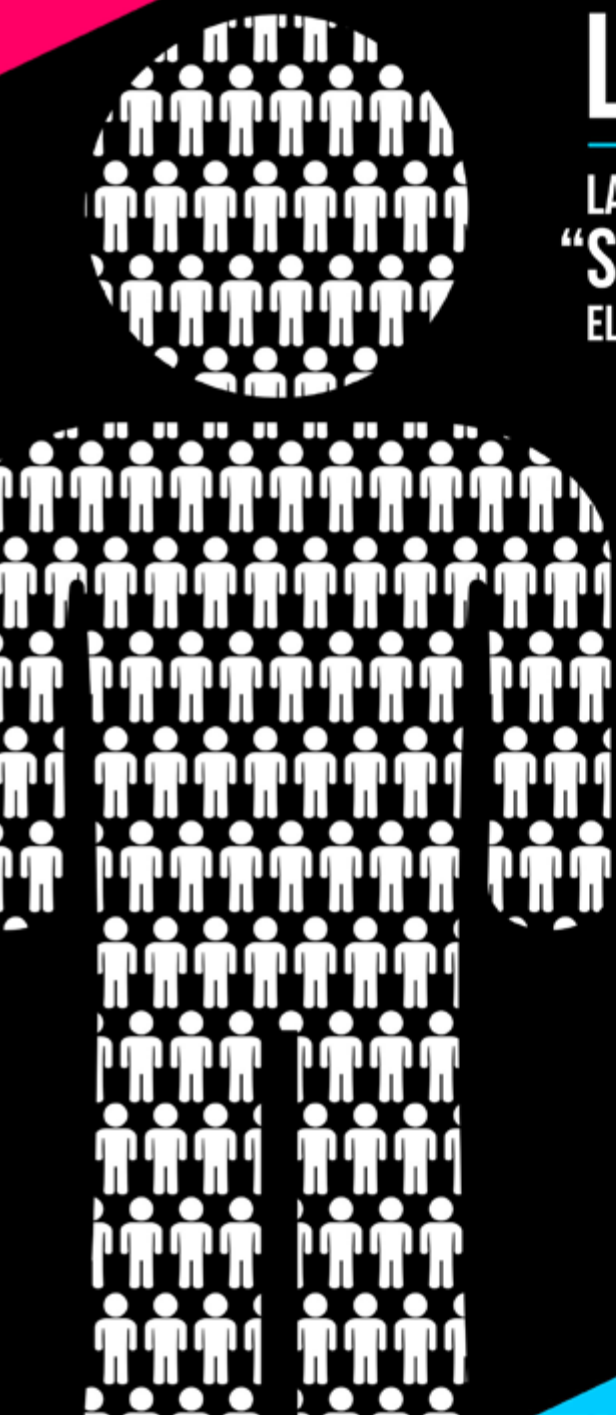


A large, stylized graphic of a person's silhouette is composed of many small, white human figures. The head is a circle, and the torso is a larger, rounded shape. The entire figure is filled with these small human icons, arranged in a grid-like pattern. The background is black, with a bright pink triangle in the top left and a bright blue triangle in the bottom right.

MICHAEL A. LEBOWITZ

LAS CONTRADICCIONES DEL
"SOCIALISMO REAL"
EL DIRIGENTE Y LOS DIRIGIDOS

LAS CONTRADICCIONES DEL
“SOCIALISMO REAL”
EL DIRIGENTE Y LOS DIRIGIDOS

MICHAEL A. LEBOWITZ. Profesor Emérito de Economía, por la Simon Fraser University, Canada, donde impartió Economía Marxista y temas de economía socialista. Entre 2004 y 2010 trabajó en Venezuela como consultor y como director del programa Práctica Transformadora y Desarrollo Humano en el Centro Internacional Miranda, en Caracas. entre sus libros traducidos al español, se destacan *La alternativa socialista: el verdadero desarrollo humano* (Caracas: Monte Avila, 2013), *El socialismo no cae del cielo: Un nuevo comienzo* (Habana: Ciencias Sociales, 2009), *Mas allá de El Capital: La economía política de clase obrera* (Habana: Ciencias Sociales, 2008), *La lógica del capital versus la lógica del desarrollo humano* (Caracas: El perro y la rana, 2007) y *Construyámoslo ahora: el socialismo para siglo XXI* (Caracas: Centro Internacional Miranda, 2006).

Traducción: Olimpia Sigarroa Santamarina
Revisión de traducción: Carlos Manuel Menéndez Lara
Edición: Denise Ocampo
Diseño de cubierta: Claudia Menéndez Romero
Diseño interior: Yadyra Rodríguez Gómez
Diagramación: Enrique García Martín

© Michael A. Lebowitz 2015
© Sobre la presente edición:
Ruth Casa Editorial, 2015

ISBN: 978-9962-697-90-9

Ruth Casa Editorial
Calle 38 y ave. Cuba,
edif. Los Cristales, oficina no. 6
apdo. 2235, zona 9A, Panamá

rce@ruthcasaeditorial.org

Para los amigos de Cuba, Venezuela
y dondequiera que la gente esté
luchando para construir un nuevo
mundo, ¡hasta la victoria siempre!

ÍNDICE

PREFACIO

INTRODUCCIÓN

NUEVAS ALAS PARA EL SOCIALISMO / 12

OBERTURA: EL DIRIGENTE Y LOS DIRIGIDOS / 25

CAPÍTULO 1

LA ECONOMÍA DE LA ESCASEZ / 33

CAPÍTULO 2

EL CONTRATO SOCIAL / 58

CAPÍTULO 3

LA NATURALEZA Y REPRODUCCIÓN

DE LAS RELACIONES DE PRODUCCIÓN DE VANGUARDIA / 80

CAPÍTULO 4

LA REPRODUCCIÓN IMPUGNADA

DENTRO DEL SOCIALISMO REAL / 106

CAPÍTULO 5

EL DIRECTOR Y LA BATALLA DE IDEAS

EN LA UNIÓN SOVIÉTICA / 129

CAPÍTULO 6

DE LA ECONOMÍA MORAL A LA ECONOMÍA POLÍTICA / 160

CAPÍTULO 7

HACIA UNA SOCIEDAD DE DIRECTORES ASOCIADOS / 186

CAPÍTULO 8

ADIÓS AL MARXISMO DE VANGUARDIA / 210

BIBLIOGRAFÍA

ENLACES

PREFACIO

Este no es un libro para aquellos que ya saben todo cuanto es importante conocer acerca del “socialismo real”. Para aquellas almas afortunadas que han heredado o adoptado las verdades eternas de sectas políticas particulares de la izquierda, las notas empíricas a pie de página que fortalecen su derecho al liderazgo son las principales tareas de erudición. Como resultado, para ellos la cuestión central acerca de este libro es posible que sea: “¿Él está con nosotros o contra nosotros?” En pocas palabras: “¿este libro es bueno para los elegidos?”

Yo presumo, sin embargo, que se trata de lectores que comienzan por hacer preguntas más que dar respuestas. ¿Qué fue este fenómeno conocido como “socialismo real” o “socialismo realmente existente”, un concepto creado en el siglo xx por líderes de países a fin de distinguir su experiencia real de ideas socialistas meramente teóricas? ¿Cuáles fueron sus características? ¿Cómo se reprodujo este sistema? ¿Por qué en última instancia este se rindió al capitalismo sin resistencia de las clases obreras que presumiblemente eran sus beneficiarias?

Yo no planifiqué escribir este libro. Mi idea original era incluir unos pocos capítulos sobre el “socialismo real” en mi libro *The Socialist Alternative: Real Human Development* (La alternativa socialista: desarrollo humano real), publicado por Monthly Review Press en 2010. Lo que quería decir era que la alternativa socialista es una alternativa no solo para el capitalismo sino también para el “socialismo real”. Sin embargo, después de esbozar unos cuantos capítulos basados en particular en la experiencia de la Unión Soviética (URSS) y la Europa del Este, me di cuenta de

que esta sección del libro estaba “imponiéndose” y exigía un libro propio. De manera que, como señalé en el prefacio a *The Socialist Alternative*, decidí trasladar este material, más una discusión de la experiencia yugoslava acerca de la autogestión de mercado, a un proyecto aparte que denominé “estudios sobre el desarrollo del socialismo”.

Ahora bien, en mi intento de aplicar la metodología de Marx al estudio del “socialismo real” (en lo sucesivo sin comillas), me fui sorprendiendo constantemente porque el tema sujeto a investigación continuamente revelaba nuevos aspectos que debían ser explorados, aspectos que yo no había tomado en cuenta en mis años de impartir dicho tema. Como resultado el libro aumentó de tamaño y demoró en completarse mucho más tiempo de lo previsto. Además, su alcance se redujo. Lo primero que se eliminó fue el análisis de la experiencia yugoslava, ahora pospuesto para un proyecto futuro, pero también fue truncado el propio análisis del socialismo real.

Originalmente mi plan era analizar el socialismo real como un sistema consolidado con posterioridad a 1950, y después continuarlo con una sección sobre su desarrollo histórico. Mi modelo en este sentido fue el tratamiento dado por Marx al capitalismo en *El capital*, el cual reveló su naturaleza como sistema establecido (su “ser”), y a partir de ahí usé ese análisis como guía para examinar el surgimiento del sistema (su “llegar a ser”). Así, la Primera Parte exploraría la naturaleza de un sistema dominado por lo que he llamado “relaciones vanguardia de producción”, en tanto la Segunda Parte analizaría el surgimiento (o acumulación originaria) de esas relaciones.

Por consiguiente, los capítulos esbozados para la Segunda Parte incluyeron temas como el surgimiento del partido de vanguardia en la URSS, la Nueva Política Económica (NEP), las relaciones sociales dentro del campo y la teoría de la “acumulación socialista primitiva”. Solo quedó por hacer el análisis de los años 1930. Pero estas cuestiones por ahora también han sido aplazadas para otro trabajo.

Este no es en absoluto un libro sin premisas. Como revela la introducción, yo parto de un entendimiento de que en la esencia del socialismo hay un foco de atención al desarrollo humano, al desarrollo, efectivamente, de capacidades humanas, un proceso inseparable de la actividad humana. Pero ese espectro no es el tema objeto de este libro. Sugiero que comprendemos mejor el socialismo real no comenzando por la teoría y la aplicación simple de conceptos a partir del estudio del capitalismo, sino, como hiciera Marx, empezando por los fenómenos reales, concretos, de estas sociedades y tratando de comprender la estructura subyacente que los genera.

Nuestro examen del socialismo real comienza por investigar una característica omnipresente en el sistema —las escaseces—. Para comprender los factores que subyacen en la “economía de la escasez” tomamos en cuenta primeramente el concepto de un contrato social particular que ofreció algunos beneficios inequívocos para la clase obrera, y entonces exploramos el carácter de las relaciones de vanguardia de la producción. Pero el socialismo real era más que un conjunto de relaciones.

Vemos una lucha inherente entre la lógica de la vanguardia y la lógica del capital; además, vemos un conjunto de creencias de parte de la clase obrera (la economía moral de la clase obrera en el socialismo real), que brinda atisbos de una lógica alternativa, la lógica de la clase obrera. ¿Es posible construir sobre la base de ella en el socialismo real? Esa es la pregunta para la cual brindamos algunas sugerencias, aunque ninguna respuesta definitiva.

A pesar de que el objetivo es moverse del fenómeno concreto a una comprensión de esos fenómenos, iniciamos el libro con dos secciones abstractas. Primeramente, la Introducción presenta mis premisas acerca del capitalismo y el concepto de socialismo para el siglo xxi. En este sentido la misma proporciona un puente entre el análisis en *The Socialist Alternative* y este libro. En segundo lugar, la Obertura introduce la cuestión del dirigente y los dirigidos (el subtítulo de este libro). Esta plantea específicamente una

pregunta sobre la necesidad de una “autoridad dirigente” y la cuestión del poder. En realidad, la Obertura introduce el *leitmotiv* del libro: la posibilidad del socialismo en una sociedad dividida entre dirigente y dirigidos.

Una vez más necesito señalar que este libro debe mucho al estímulo, dedicación y camaradería de mi compañera Marta Harnecker (cuya ética de trabajo hace que mi supuesta adicción a mi labor luzca como el comportamiento de un oso perezoso). Me he beneficiado mucho también con el trabajo de David Mandel, quien ha leído varias partes del mismo y ha brindado útiles comentarios críticos. Por último, han sido especialmente estimulantes (y abrumadores) los mensajes de un número de personas que me han dicho cuánto esperan de este libro. Espero haber planteado las cuestiones correctas para ellos.

MICHAEL A. LEBOWITZ
25 de marzo de 2012

*Obispo, puedo volar
Dijo el sastre al obispo.
Mira cómo lo hago.
Y escaló con cosas
que parecían alas
al ancho, ancho tejado de la iglesia.
El obispo pasó por allí
Todo es una mentira,
El ser humano no es un pájaro
Nadie volará jamás,
Dijo el obispo del sastre.*

*El sastre es hombre muerto
Le dijo la gente al obispo.
Fue la comidilla de la feria.
Sus alas se estrellaron
Y se hizo añicos
Sobre las duras, duras piedras de la plaza.
Doblen las campanas en la torre de la iglesia,
Todo fue una mentira,
El ser humano no es un pájaro,
Nadie volará jamás,
Dijo el obispo a la gente.*

BERTOLT BRECHT (1959)

INTRODUCCIÓN

Nuevas alas para el socialismo

En 1990 comencé a escribir un ensayo que llevaba como subtítulo “A Cautionary Tale” (Un cuento aleccionador) con el poema de Brecht sobre el sastre que se puso “cosas que parecían alas”, subió al tejado de una iglesia, trató de volar y se estrelló¹. En 1990, lo que muchos llamaron el mundo socialista se estrelló (Lebowitz, 1991)². Y por doquier hubo expertos que vieron esto como la prueba de que el socialismo había fracasado. “Nadie volará jamás”.

Lo que intenté hacer en aquel ensayo fue rebatir los argumentos teóricos en contra del socialismo, argumentos teóricos en particular contra el concepto³ marxista del socialismo. Y propuse que había habido una distorsión del marxismo tanto en la teoría como en la práctica, una distorsión que se olvidó de los seres humanos, un mensaje determinista enfocado en las fuerzas productivas y que no se pronunció acerca de “la naturaleza de los seres humanos producidos dentro de un sistema económico”. El argumento determinista que enfatiza la primacía de las fuerzas productivas —planteé— nunca pudo comprender por qué Marx sacrificó su “salud, felicidad y familia” para escribir *El capital*. Ni tampoco le encontró sentido al hecho de que Marx nunca cesara de insistir en que los obreros solo pueden capacitarse para crear una nueva sociedad a través del proceso de lucha.

¹ El análisis en esta primera sección se basa directamente en “New Wings for Socialism” (Lebowitz, 2007) y en una conversación en enero de 2007 en Caracas, en ocasión de la presentación de la edición venezolana de *Build It Now: Socialism for the 21st Century* (Lebowitz, 2006).

² Las citas en español han sido traducidas especialmente para la presente edición.

³ Ver mi análisis de los argumentos de John Holloway en Lebowitz, 2005

¿Cuál era mi punto fundamental? Hacer énfasis en la importancia de desarrollar un nuevo sentido común, uno que vea la lógica de producir juntos para satisfacer necesidades humanas. El hecho de no hacer esto y, en su lugar, de enfatizar el desarrollo de las fuerzas productivas —propuse— conduce inevitablemente a un callejón sin salida, el callejón sin salida que pudimos ver frente a nosotros. El punto era simple: como destacara Che Guevara, para construir el socialismo resulta esencial, conjuntamente con construir nuevas bases materiales, construir nuevos seres humanos.

Pero, ¿cómo? Me concentré en un número de elementos. La autogestión en el proceso de producción —expliqué— era un elemento esencial: “en la medida en que la gente produzcan ellos mismos en el transcurso de todas sus actividades, el proceso en sí de participar en formas democráticas de producción es parte esencial en la producción de personas para quienes la necesidad de cooperación es una segunda naturaleza”. Pero la autogestión en unidades productivas específicas no es suficiente. Se necesita —argumenté— sustituir un foco de egoísmo y auto-orientación por un foco de comunidad y solidaridad, un énfasis consciente en las necesidades humanas, es decir, la necesidad de participar en soluciones colectivas para satisfacer necesidades humanas debe ser “reconocida como responsabilidad de todos los individuos”. Y un Estado puesto por encima y más allá de la sociedad civil nunca pudiera producir gente con estas características. “Más bien, solo a través de sus propias actividades a través de organizaciones autónomas —en el vecindario, la comunidad y a niveles nacionales— puede la gente transformar tanto las circunstancias como a sí mismos”. Dicho brevemente, lo necesario era “el desarrollo consciente de una sociedad civil socialista”.

De esta forma subrayé la centralidad de los seres humanos y el desarrollo de instituciones que les permitan transformarse a sí mismos. Esto no ocurrió en el modelo soviético. “Con su falta de producción democrática y cooperativa, su ausencia de una sociedad civil socialista y su mando burocrático realmente existente”, el socialismo real no había producido los nuevos seres humanos

que pudieran construir un mundo mejor. Y esa —propuse— era la lección que teníamos que aprender de esta experiencia. Más que sacar de la crisis la conclusión de que el socialismo había fracasado y que nadie podría volar jamás, la lección para los socialistas era diferente. Mi línea conclusiva fue: “Nadie debiera jamás volver a tratar de volar con esas cosas que solo parecen alas”.

A FALTA DE UNA ALTERNATIVA

Mucho ha sucedido desde 1990 cuando escribí aquel ensayo. Sin embargo, algo que no ha cambiado es que, ahora al igual que entonces, la falta de una visión de alternativa socialista garantiza que no exista alternativa al capitalismo. Si no sabes a dónde quieres ir, ningún camino te llevará allí. El resultado es que acabas yendo a ninguna parte —o, más precisamente, tus luchas son, o bien derrotadas o absorbidas dentro del capitalismo—.

Para muchos críticos del capitalismo, sin embargo, el sistema está al borde del colapso. Es frágil; según algunos este solo requiere una cacofonía de fuertes “No” o un resonante coro de “pedos silentes” para que se derrumbe⁴. Para otros, dado que el capitalismo está a punto de entrar en su crisis económica final (o, efectivamente, ha estado en ella durante décadas) es hora de documentar los días de agonía de este maldito sistema (*cfr.* Lebowitz, 2003). Pero para Marx no era tan simple; el capitalismo no era frágil. A pesar de su odio hacia un sistema que explotaba y destruía tanto a los seres humanos como a la naturaleza, él comprendió que el capitalismo es fuerte y que tiende a crear las condiciones para su reproducción como sistema.

El capitalismo es un sistema centrado en una relación entre capitalistas, propietarios de los medios de producción, empujados por el deseo de ganancia (plusvalía) y obreros que están separados de los medios de producción y que no tienen alternativa para

⁴ Los economistas marxistas, en particular, tienden a involucrarse en animados debates sobre quién predijo correctamente la crisis —y lo hacen con toda la exactitud de un reloj parado—.

mantenerse como no sea vender su capacidad de realizar trabajo (fuerza de trabajo). ¿Pero cómo —preguntaba Marx— se reproduce tal sistema? ¿Cómo se producen y reproducen sus premisas?

De la parte del capital, esto es fácil de comprender. A través de la compra de fuerza de trabajo, el capital obtiene tanto el derecho a dirigir a los obreros en el proceso de trabajo, como los derechos de propiedad de lo que el obrero produce. Utiliza estos derechos para explotar a los trabajadores (es decir, para obligar a la realización de trabajo excedente) y así producir bienes que contienen plusvalía. Lo que el capital quiere, sin embargo, no son esos bienes fecundados, sino realizar esa plusvalía al vender los bienes.

Mediante la venta exitosa de esos bienes (y con ello la realización de la plusvalía, el capital puede renovar los medios de producción consumidos en el proceso de producción, contratar nuevamente trabajadores asalariados, mantener su propio consumo deseado y acumular capital con el fin de la expansión. Sin embargo, la capacidad del capital para continuar operando como capital requiere la reproducción de los obreros como trabajadores asalariados (es decir, como trabajadores que reaparecen en el mercado laboral para vender su fuerza de trabajo a fin de sobrevivir). Pero, ¿qué garantiza esto? Mientras el capital constantemente trata de reducir los salarios, los trabajadores empujan en dirección opuesta. De tal manera, ¿qué garantiza que los trabajadores no ganen salarios suficientes que les permitan no tener que vender su capacidad de trabajar a fin de sobrevivir?

Una forma en que el capital mantiene bajos los salarios es dividiendo y separando a los trabajadores para que compitan entre sí en lugar de unirse contra el capital. El capital puede hacer esto no solo utilizando a los trabajadores uno contra el otro (como Marx describió la forma en que el capital se aprovechó de la hostilidad entre los trabajadores ingleses e irlandeses), sino también reproduciendo constantemente un ejército de reserva de los desempleados, sustituyendo obreros por maquinaria. La competencia entre obreros y la división entre empleados y desempleados tienden ambos a mantener bajos los salarios. “La gran belleza de la

producción capitalista”, comentó Marx, es que al producir “una población relativamente excedente de trabajadores asalariados”, los salarios son “mantenidos dentro de límites satisfactorios para la explotación capitalista, y finalmente, se garantiza la dependencia social del trabajador con relación al capitalista, la cual es indispensable” (Marx, 1977:935).

Sin embargo, Marx ofreció una razón adicional para la reproducción del trabajo asalariado (y con ello, la reproducción de relaciones capitalistas de producción). Dentro de las relaciones capitalistas los trabajadores no solo son explotados —también son *deformados*—. Si olvidamos este segundo aspecto de la opresión capitalista nunca podremos comprender porqué los obreros no se rebelan cuando el capital entra en una de sus muchas crisis. Necesitamos, en pocas palabras, comprender la naturaleza de los obreros producidos dentro del capitalismo.

Mientras el capital desarrolla fuerzas productivas para lograr su objetivo preconcebido (el crecimiento de la ganancia y del capital), Marx señaló que “todos los medios para el desarrollo de la producción” bajo el capitalismo “deforman al trabajador, convirtiéndolo en un fragmento de ser humano”, lo degradan y “lo enajenan de las potencialidades intelectuales del proceso de trabajo” (Marx, 1977:548, 548, 643, 799). El capital explica la mutilación, el empobrecimiento, la “parálisis del cuerpo y la mente” del obrero, “atado de pies y manos de por vida a una sola operación especializada” que tiene lugar en la división del trabajo característica del proceso capitalista de producción. Pero, ¿es que el desarrollo de la maquinaria permite a los obreros desarrollar sus capacidades? La posibilidad estuvo presente, pero en el capitalismo esto completó la “separación entre las facultades intelectuales del proceso de producción y el trabajo manual” (Marx, 1977: 482–84, 548, 607–8, 614). En resumen, pensar y hacer son separados y se tornan hostiles, y se pierde “todo átomo de libertad, tanto en la actividad corporal como en la intelectual”.

Un tipo particular de persona se produce en el capitalismo. Producir bajo relaciones capitalistas es un proceso de un “vacía-

miento completo”, de una “enajenación total”, el “sacrificio del ser humano como fin en sí mismo por un fin totalmente externo” (Marx, 1973:488). ¿De qué otra forma sino con dinero —la verdadera necesidad que crea el capitalismo— podemos llenar el vacío? Llenamos el vacío de nuestras vidas con cosas —somos empujados a consumir—. Además de producir bienes y el capital mismo, el capitalismo produce un ser humano fragmentado, lisiado, cuyo disfrute consiste en poseer y consumir cosas. Más y más cosas. El capital genera constantemente nuevas necesidades para los trabajadores y es sobre esta base que “descansa el poder contemporáneo del capital”; cada nueva necesidad de bienes capitalistas es un nuevo eslabón en la cadena dorada que une a los obreros al capital (Marx, 1973: 287; Lebowitz, 2003: 32-44).

¿Es probable, entonces, que personas producidas en el capitalismo puedan comprender espontáneamente la naturaleza de este sistema destructivo? Por el contrario, la tendencia inherente al capital es producir gente que piense que no hay alternativa. Marx estuvo claro en que el capital tiende a producir la clase obrera que necesita, obreros que consideren al capitalismo como sentido común:

El avance de la producción capitalista desarrolla una clase obrera que, por educación, tradición y hábitos, considera la necesidad de este modo de producción como el resultado de leyes naturales evidentes por sí mismas. La organización del proceso capitalista de producción, una vez desarrollado completamente, destruye toda resistencia (Marx, 1977: 899).

¡Destruye toda resistencia! Y Marx procedió a añadir que la generación por parte del capital de un ejército de reserva de desempleados “pone el sello a la dominación del capitalista sobre el obrero, y que el capitalista puede confiar en la dependencia del obrero con relación al capital, que surge de las propias condiciones de producción y es garantizada a per-

petuidad por ellas” (Marx, 1977: 899). Obviamente, para Marx, los muros del capital nunca se derrumbarán con un fuerte grito.

Desde luego, los obreros sí luchan contra el capital por objetivos específicos: luchan por mejores salarios, días laborables más cortos y menos intensos, y por beneficios que les permitan satisfacer un mayor número de sus necesidades dentro de esta relación salario-trabajo. Sin embargo, no importa cuánto puedan luchar en aspectos particulares tales como cuestiones de “justicia” (por ejemplo, salarios “justos”, trabajo diario “justo”). Mientras los obreros consideren los requisitos del capitalismo “como leyes naturales evidentes en sí mismas”, esas luchas tienen lugar dentro de los límites de la relación capitalista. Al final, su subordinación a la lógica del capital significa que, enfrentados a las crisis del capitalismo, ellos más tarde o más temprano actúan para garantizar las condiciones para la reproducción del capital.

Y por eso es que Marx escribió *El capital*. Precisamente por la tendencia inherente al capital de desarrollar una clase obrera que considera como sentido común los requerimientos de este, el propósito de Marx fue explicar la naturaleza del capital a los obreros y ayudarles a comprender la necesidad de ir más allá del capitalismo (Lebowitz, 2003:177). Sin embargo, no es suficiente comprender que el capitalismo es una sociedad perversa que deforma a la gente y que el propio capital es el resultado de la explotación. Si la gente piensa que no hay alternativa, entonces lucharán por hacer lo mejor que puedan dentro del capitalismo pero no perderán su tiempo y energía tratando de lograr lo imposible.

He aquí por qué la historia de la caída del socialismo real es tan importante. Esta sirve como un “cuento aleccionador”; el socialismo, se nos dice, no puede triunfar. “Todo fue una mentira. Nadie podrá volar jamás”. No hay alternativa. Para muchos, la historia del socialismo real mató la idea de una alternativa socialista.

Según entendió Marx, las ideas se tornan una fuerza material cuando se apoderan de la mente de las masas. Durante muchos años, como resultado de características del socialismo real —así

como de su caída final —, la gente descontenta con el capitalismo han sido convencidos de que no hay alternativa, que la lógica del capital es sentido común, y que, por consiguiente, la mejor esperanza es el capitalismo con un rostro humano. El resultado ha sido fortalecer el capitalismo.

Por esta razón, comprender el socialismo real y por qué se estrelló no es un ejercicio en el estudio de la historia (como el estudio del feudalismo). Más bien, ahora sabemos, más claramente que en 1990, que tiene que haber una alternativa. Tiene que haber una alternativa a un sistema que por su propia naturaleza involucra una espiral de producción enajenada creciente, necesidades crecientes y consumo creciente; un modelo que la Tierra no puede sustentar. El espectro que enfrentamos es el de la barbarie; no solo por los límites de la Tierra (que se reflejan en la evidencia del calentamiento global y las progresivas escaseces que reflejan demandas cada vez mayores de recursos de la Tierra), sino también debido a la creciente competencia por esos recursos, una competencia que no es probable que se le deje al mercado.

UNA NUEVA VISIÓN: SOCIALISMO PARA EL SIGLO XXI

Existe, sin embargo, una nueva visión del socialismo que ha surgido en el siglo *xxi* como alternativa a la barbarie. En su núcleo está la alternativa que Marx evocó en *El capital*: en contraste con una sociedad en la que el obrero existe para satisfacer la necesidad de capital para su crecimiento, Marx señaló “la situación inversa, en la cual la riqueza objetiva está ahí para satisfacer la propia necesidad de desarrollo del obrero”. El desarrollo humano, en pocas palabras, está en el centro de esta visión de la alternativa al capitalismo (Marx, 1977:772)⁵.

Desde su temprana discusión acerca de un “ser humano rico” hasta sus comentarios posteriores sobre el “desarrollo de la rica individualidad que es tan multilateral en su producción como en

⁵ Este tema del desarrollo humano es el centro en Lebowitz, 2010b.

su consumo”, el “desarrollo de todas las fuerzas humanas como un fin en sí mismo” y “el desarrollo multilateral del individuo”, Marx enfocó nuestra necesidad de desarrollo pleno de nuestras capacidades; esta es la esencia de su concepción del socialismo: una sociedad que elimina todos los obstáculos al pleno desarrollo de los seres humanos (Lebowitz, 2010b, cap. 1).

Pero Marx siempre comprendió que el desarrollo humano requiere práctica. No llega como un regalo de las alturas. Su concepto de “práctica revolucionaria”, ese concepto de “la coincidencia de lo cambiante de las circunstancias y de la actividad humana o auto-cambio” es el hilo rojo que atraviesa su obra (Marx, 1976a:4). En todo proceso de actividad humana hay más de un producto del trabajo. Comenzando por su articulación del concepto de “práctica revolucionaria”, Marx sistemáticamente enfatizó que, a través de su actividad, la gente cambia al mismo tiempo que cambian las circunstancias. En pocas palabras, nos desarrollamos a través de nuestra propia práctica, y somos productos de todas nuestras actividades, productos de nuestras luchas (o de la falta de ellas), productos de todas las relaciones en las cuales producimos e interactuamos. En resumen, en toda actividad humana se da un producto conjunto, que consiste tanto en el cambio operado en el objeto de trabajo, como el que ocurre en el propio trabajador (Lebowitz, 2010b: 50–55, 154–159).

La unidad del desarrollo humano y la práctica constituye en Marx el nexo clave que necesitamos comprender si vamos a hablar de socialismo. ¿Qué tipo de relaciones productivas puede proporcionar las condiciones para el pleno desarrollo de las capacidades humanas? Tan solo aquellas en las que exista una cooperación consciente entre productores asociados; tan solo aquellas en las que el objetivo de la producción sea el de los propios obreros. Una administración obrera que termine con la división entre pensar y hacer es esencial, aunque está claro que esto requiere más que administración obrera en centros de trabajo individuales. Ellos deben ser los objetivos de los obreros en la sociedad, también obreros en sus comunidades.

Por tanto, nuestra necesidad de ser capaces de desarrollarnos a través de una actividad participativa y protagónica en todos los aspectos de nuestras vidas está implícita en el énfasis en este eslabón clave entre el desarrollo humano y la práctica. Mediante la práctica revolucionaria en nuestras comunidades, nuestros lugares de trabajo y en todas nuestras instituciones sociales nos producimos como “seres humanos ricos” —ricos en capacidades y necesidades— en contraste con los seres humanos empobrecidos y lisiados que produce el capitalismo. Este concepto es de una democracia en la práctica, democracia como práctica, *democracia como protagonismo*. Democracia en este sentido —democracia protagónica en el lugar de trabajo, democracia protagónica en los vecindarios, comunidades, comunas— es la democracia de las gentes que se están transformando a sí mismos en sujetos revolucionarios.

Estamos describiendo aquí un elemento en el concepto de socialismo para el siglo xxi, un concepto de socialismo como sistema orgánico particular de producción, distribución y consumo. La *producción social organizada* por los obreros es esencial para desarrollar las capacidades de los productores y construir nuevas relaciones: relaciones de cooperación y solidaridad. Y si los obreros no toman decisiones en sus lugares de trabajo y comunidades y desarrollan sus capacidades, podemos estar seguros de que otros lo harán. En resumen, la democracia protagónica en todos nuestros lugares de trabajo es una condición esencial para el pleno desarrollo de los productores.

Pero existen otros elementos en esta combinación socialista. La sociedad que queremos construir es aquella que reconoce que “el libre desarrollo de cada uno es la condición para el libre desarrollo de todos”. ¿Cómo podemos garantizar, sin embargo, que nuestra productividad comunal, social, esté dirigida al libre desarrollo de todos más que a satisfacer los objetivos privados de capitalistas, grupos de individuos o burócratas estatales? Un segundo aspecto de lo que el fallecido presidente Chávez, de Venezuela, llamó en su programa *Alo Presidente* en enero de 2007 el

“triángulo básico del socialismo” se refiere a la distribución de los medios de producción⁶. La *propiedad social de los medios de producción* es ese segundo aspecto. Desde luego, resulta esencial comprender que la propiedad social no es igual a la propiedad estatal. La propiedad social implica una profunda democracia, una en la cual las personas funcionen como sujetos, tanto en calidad de productores como de miembros de la sociedad, al determinar el uso de los resultados de nuestra labor social.

¿Son, sin embargo, la propiedad común sobre los medios de producción y la cooperación en el proceso productivo suficientes para “garantizar el desarrollo humano general”? ¿Qué clase de gente se produce cuando nos relacionamos con otros a través de una relación de intercambio y tratamos de obtener el mejor acuerdo posible para nosotros? Esto nos lleva al tercer lado del triángulo: *la satisfacción de las necesidades comunales y de los objetivos comunales*. Aquí, el enfoque recae en la importancia de basar nuestra actividad productiva en el reconocimiento de nuestra común humanidad y nuestras necesidades como miembros de la familia humana. En síntesis, la premisa es el desarrollo de una sociedad solidaria en la cual vayamos más allá del interés individual y donde, a través de nuestra actividad, construyamos solidaridad entre la gente y al propio tiempo nos produzcamos de forma diferente.

Estos tres aspectos del “triángulo socialista” forman parte de un todo. Ellos son parte de una “estructura en la que todos los elementos coexisten simultáneamente y se ayudan unos a los otros”, un sistema orgánico de producción, distribución y consumo. Productores asociados trabajando con productos de propiedad social del trabajo pasado para producir para las necesidades sociales reproducen sus condiciones de existencia a través de su actividad⁷. “En el sistema burgués desarrollado” —comentó Marx so-

⁶ Ver *Alo Presidente* #263 and #264, <http://www.alopresidente.gob.ve/>

⁷ El análisis inicial de estos tres elementos fue hecho en un trabajo escrito para Chávez en diciembre de 2006 en la época en que yo dirigía un programa sobre Práctica transformadora y desarrollo humano en el Centro Internacional Miran-

bre el capitalismo— “toda relación económica presupone otra en su forma económica burguesa, y todo lo que se propone como principio es pues también una presuposición; este es el caso de todo sistema orgánico” (Marx, 1973:278). Esto se cumple también para el socialismo como un sistema orgánico: toda relación económica presupone otra en su forma económica socialista en el sistema socialista desarrollado.

COSAS QUE SOLO PARECEN ALAS

Este libro, sin embargo, no es acerca de la teoría del socialismo como un sistema orgánico. Más bien es acerca del intento en el siglo xx de construir una alternativa al capitalismo, una alternativa que se basaba en cosas que parecían alas y que se estrelló.

Pero, ¿qué eran esas cosas que parecían alas? Para alguna gente, el cuento aleccionador trata solamente de la propiedad estatal sobre los medios de producción. Por consiguiente, para escapar al destino aciago del socialismo real, ellos argumentan que debemos aceptar que la propiedad privada sobre los medios de producción es esencial. Para otros, el cuento gira alrededor de la dependencia de la planificación central en el socialismo real. Así, su respuesta es que los mercados no son específicos del capitalismo y que una alternativa viable para el capitalismo debe abrazar el mercado.

Ahora bien, si somos escépticos acerca de tales conclusiones, ¿cuál es nuestra explicación alternativa sobre el destino del socialismo real? ¿Seleccionar y culpar a un elemento distinto de la combinación que constituyó el socialismo real; por ejemplo, al capitalismo subdesarrollado, a la falta de revolución mundial, a los hombres de baja estatura con bigotes? Eso puede ser un interesante juego de salón, pero, en ausencia de una cuidadosa consideración de cómo diversos elementos dentro del socialismo real

da en Venezuela. Utilicé este trabajo en enero de 2007 en el lanzamiento de la edición venezolana de *Build It Now: Socialism for the Twenty-first Century* (2006), antes mencionada.

estuvieron interconectados e interactuaron para formar ese todo, ¿podemos realmente comprender su destino? ¿Qué aspectos fueron inherentes, incluso necesarios, y cuáles fueron elementos circunstanciales, meramente históricos?

Para comprender la importancia de los elementos individuales, necesitamos tratar de comprender el socialismo real como un sistema. Incluso, elementos que corresponden a lo que puede hallarse en el capitalismo o al concepto de socialismo para el siglo XXI, por sí mismos, no son suficientes para identificar la naturaleza del sistema. Las partes, después de todo, obtienen su sentido por las combinaciones particulares en las que existen, es decir, el todo del cual ellas son parte. Incluso las alas reales son solo partes.

OBERTURA:

EL DIRIGENTE Y LOS DIRIGIDOS

¿Necesitamos a los dirigentes? Ciertamente, cuando trabajamos en equipo en función de un proyecto común, somos más eficientes que cuando estamos solos y aislados. El todo es más grande que la suma de las partes individuales. Ahora bien, ¿para trabajar juntos en un proyecto común necesitamos a alguien que nos dirija?

Una autoridad que dirija

Dentro de las relaciones capitalistas de producción, el capitalista emplea poseedores de fuerza de trabajo “aislados, individuales”, dirige su labor cooperativa y se adueña del producto de esta. Como propietario del resultado de esta labor, es el beneficiario de “la fuerza productiva social que surge de la cooperación”; esta es “una dádiva gratuita” para el capitalista (Lebowitz, 2003:84-87). Para Marx, sin embargo, la dirección del proceso de cooperación no es única del capitalismo: “Toda labor social o comunal, a gran escala, requiere en mayor o menor medida una autoridad que la dirija”. Marx planteaba dos razones para esto: (a) “para asegurar una coordinación armoniosa de las actividades de los individuos” y (b) “para ejecutar las funciones generales que se originan en el accionar del organismo productivo como un todo, en contraste con el accionar de sus órganos aislados” (Marx, 1977:448).

En pocas palabras, para Marx la necesidad *general* de la función de dirección “emerge de la naturaleza del proceso laboral cooperativo”. Este requerimiento general, sin embargo, no debe ser confundido con el contenido y la forma específicos que adopta en el contexto del capitalismo. Después de todo, la esencia de la dirección capitalista incorpora la conducción del capital para incrementar la plusvalía (y por tanto, la mayor explotación posible sobre los trabajadores), la necesidad de vencer la resistencia

de los trabajadores, y la necesidad de proteger sus inversiones en los medios de producción. En consecuencia, la dirección capitalista es inherentemente un proceso de antagonismo y asume formas “despóticas” —una jerarquía de supervisores cuya función consiste en vigilar a los obreros y darles órdenes en nombre del capital— (Marx, 1977:449-450).

Pero un estilo despótico de dirección no es exclusivo del capitalismo. “En todos los modos de producción basados en la oposición entre el trabajador como productor directo y el propietario de los medios de producción”, la supervisión y el control de los productores resulta esencial. Marx señalaba, por ejemplo, la supervisión de los esclavos en el imperio romano, así como los “Estados despóticos” en los cuales la “supervisión y la intervención total del gobierno” involucra “las funciones específicas emergentes de la oposición entre el gobierno y la masa” (Marx, 1981:507-8). En todos estos casos, la dirección asume una “duplicidad en su contenido”; es general y particular, tanto en lo relativo a todo proceso laboral socialmente combinado, como en lo relativo al mantenimiento del tipo específico de la explotación (Marx, 1977:450).

Intentemos, no obstante, separar lógicamente estos dos aspectos y considerar en sí misma la parte general —que el “trabajo de supervisión y administración que necesariamente surge allí donde la producción directa asume la forma de un proceso socialmente cooperativo, y no aparece simplemente como la labor separada de productores aislados”. Según Marx, esta labor colectiva en sí misma ya es suficiente para necesitar una “autoridad que dirija”: “donde muchos individuos cooperan”, planteó, “la interconexión y la unidad del proceso está necesariamente representada en la voluntad de una jerarquía y en funciones concernientes no al trabajo detallado sino al centro de trabajo y su actividad como un todo, como ocurre con el director de una orquesta” (Marx, 1981:507). En un proceso cooperativo, alguien debe tener la responsabilidad sobre el todo, sobre “el organismo productivo completo”.

Para Marx, el director de orquesta era un símbolo de autoridad dirigente que no se basaba en la división entre productores y propietarios de los medios de producción. El director no guía la orquesta porque posea los medios de producción: “Un director musical”, escribe Marx, “no necesita en absoluto ser el dueño de los instrumentos de su orquesta”, más bien su papel como director es el resultado de “las funciones productivas que toda la labor social colectiva asigna a individuos específicos como un trabajo especial” (Marx, 1981:510-511). En resumen, el director de orquesta es *necesario*. “Un violinista en solitario es su propio director; una orquesta requiere un director aparte” (Marx, 1977:499).

El “trabajo especial” asignado al director de orquesta consiste en ver a los miembros de esta como un todo, más que como un conjunto de músicos individuales, y asegurar que estos funcionen armoniosamente y con éxito, como una unidad, al ejecutar la partitura predeterminada. Para esto el director aprovecha las capacidades específicas de los músicos individuales y las articula como una capacidad colectiva, en la que el todo sobrepasa la suma de las partes individuales. Pero para asegurar esa “colaboración armoniosa” y desempeñarse como el agente del todo, el conductor debe ser capaz de ejercer autoridad sobre los miembros individuales.

¿Tiene, entonces, el director, el poder sobre los integrantes de la orquesta? Para Elias Canetti el director es la *encarnación* del poder:

Sus ojos abarcan toda la orquesta. Cada músico siente que el director lo mira personalmente y, aún más, lo escucha. Las voces de los instrumentos son opiniones y convicciones que mantiene bajo una estrecha vigilancia. Es omnisciente porque, mientras los músicos solo tienen frente a ellos sus propias intervenciones, él tiene toda la partitura en su mente o en su podio. Sabe con precisión lo que cada músico debe hacer a cada momento. Su atención está simultáneamente en todo, y es a esto a lo que debe gran parte de su autoridad. Está en la mente de cada músico. No solo sabe lo que cada quien *debía* estar haciendo, sino también lo que cada quien *está* haciendo. Es la encarnación viva de la ley, tanto la posi-

tiva como la negativa. Sus manos decretan y prohíben. Sus oídos acechan la profanación (Canetti, 1973:460).

Ciertamente, se trata de poder: “unos movimientos mínimos son todo lo que necesita para conducir, según su voluntad, tal o más cual instrumento a la vida o al silencio. Tiene el poder sobre la vida y la muerte de las voces de los instrumentos; a una orden suya hablaría de nuevo cualquiera prolongadamente silencioso”. Para poder ejercer ese poder, por otra parte, requiere que los músicos acepten sus órdenes: “la voluntad de obedecerle que tengan sus músicos permite al director transformarlos en una unidad, que él, a su vez, encarna” (Canetti, 1973:459).

En esta descripción de la orquesta no hay espacio para la espontaneidad o la improvisación. Más bien, la partitura predefinida debe ser respetada. En esta división del trabajo, cada músico tiene un encargo preciso. Al ejecutar las tareas asignadas, con la regularidad de una máquina y en correspondencia con las indicaciones del director, la orquesta como un todo logra el resultado que existe idealmente en la mente (o el podio) del director.

El “vínculo clave”: Desarrollo y práctica humanos

Pero, como señalé antes, siempre hay más de un producto de la actividad humana. Cuando captamos el “vínculo clave” del desarrollo y la práctica humanos, comprendemos que todo proceso laboral dentro y fuera del proceso formal de producción tiene como resultado un doble producto —tanto el cambio en lo que ha sido objeto del trabajo, como el cambio en el trabajador mismo—.

Si este es el caso, entonces, siempre necesitaremos preguntar no solo si el proceso laboral ha logrado alcanzar una meta específica predeterminada, sino también la naturaleza y las capacidades humanas producidas dentro de este proceso. Que las capacidades de los trabajadores crezcan por medio de su actividad resulta una inversión esencial en los seres humanos. En consecuencia, en mi libro *The Socialist Alternative*, argumento que la “contabilidad socialista” y un concepto de “eficiencia socialista” debe incorporar

explícitamente los efectos de toda actividad en las capacidades humanas (Lebowitz, 2010b:154-159).

Marx exploró extensamente este asunto en *El capital* —al demostrar los efectos negativos en las capacidades productivas de los trabajadores sometidos a relaciones capitalistas—. Señaló que bajo el mando del capital, los productores se subordinan a un plan diseñado por el capitalista, y su actividad está sujeta a su autoridad y sus objetivos; el doble producto que emerge de este proceso laboral social específico separa el pensamiento de la acción, y sus resultados deben ser asumidos como negativos en cualquier sistema de contabilidad que valore el desarrollo humano (Marx, 1977:450; Lebowitz, 2010b:156).

Es esto lo que necesitamos tener claro cuando pensamos en el socialismo. La producción social organizada por trabajadores es una condición necesaria para el pleno desarrollo de los productores; no es algo que pueda postergarse para una sociedad futura. “Mientras se impida que los trabajadores desarrollen sus capacidades al combinar el pensamiento y la acción en su puesto de trabajo, estos serán seres humanos alienados y fragmentados cuyo disfrute consistirá en poseer y consumir cosas” (Lebowitz, 2010b:86). Una vez que en la práctica revolucionaria asumimos esta idea de Marx —la importancia de ese vínculo clave entre el desarrollo y la práctica— reconocemos que el proceso de construir el socialismo debe simultáneamente producir nuevos seres humanos socialistas —es decir, *dos* productos a la vez—.

Retornemos, no obstante, a la metáfora de Marx acerca de la necesidad general de una autoridad que dirija —el director de orquesta— allí donde muchos individuos cooperan. Pensemos cómo ese director específico refuerza la división del trabajo de los músicos (incluyendo la separación entre pensamiento y acción) para que ellos puedan ejecutar una partitura predeterminada como una unidad armónica; y pensemos en lo que él *rechaza* —creación espontánea, interacción colectiva entre los músicos, jazz—.

La orquesta ejecuta la música. Pero, ¿cuál es el producto mixto en este proceso? ¿Qué desarrollo de las capacidades humanas tie-

ne lugar en este proceso de labor social bajo la batuta del director de orquesta, tal como ha sido descrito hasta ahora? Ciertamente, este proceso es mucho más beneficioso que la actividad individual y aislada: “Cuando el trabajador colabora de forma planificada con los otros, él rompe las cadenas de su individualidad y desarrolla las capacidades de su especie” (Marx, 1977:447). Y no menos cierto es que los integrantes de la orquesta pueden sentirse orgullosos de sus logros colectivos. Pero cuando están trabajando en función de un plan diseñado por alguien que está por encima de ellos, y están sujetos a una estricta división del trabajo, los logros del colectivo se obtienen a costa de los integrantes individuales. Como en el caso de la división del trabajo desarrollada en la manufactura, “conocimiento, criterio y voluntad” —que de otra manera serían ejercidos por un músico individual— en esta relación se concentran en el representante del todo (Marx, 1977:482). Lo que el individuo pierde en este proceso es la oportunidad de desarrollar sus propias capacidades por medio de la aplicación de su conocimiento y el ejercicio de su criterio y su voluntad, de forma colectiva.

Comparemos esto con un proceso en que los músicos se escuchan entre ellos, entablen conversaciones y contribuyan en sus respectivas colaboraciones. Es ese un proceso en que el todo trasciende la suma de las partes individuales en el que las capacidades de los productores crecen a través de su práctica. El liderazgo en esos casos, en mayor o menor medida, conlleva una guía general y también el espacio para la iniciativa desde abajo; su doble producto se revela en el surgimiento de *nuevos* dirigentes.

Subordinarse a la música

¿Necesitamos a los dirigentes? Existe una gran diferencia entre, por una parte, reconocer la importancia de una coordinación, y, por otra, determinar que el liderazgo es “el trabajo especial” asignado a individuos particulares. Lo primero proviene de una comprensión de los beneficios de la cooperación social y no es algo específico de ninguna forma de coordinación. Lo segundo

implica una particular división del trabajo — *una relación social en que los papeles de dirigente y dirigido son fijos y las órdenes fluyen en un solo sentido* —.

Un proceso general de dirección de doble trabajo es una abstracción. La coordinación siempre ocurre “en el interior y a través de una forma de sociedad específica”, y el ejemplo del director de orquesta identificado por Marx es una forma (pero *solo* una forma) de dirección no capitalista (Marx, 1973:87). Para desmitificar la naturaleza del capital a Marx le fue suficiente señalar al director de orquesta para demostrar que los capitalistas no son necesarios como funcionarios de la producción. Esto, sin embargo, no significa que la relación del dirigente y los dirigidos sea la forma adecuada de cooperación en la sociedad de productores asociados¹.

Existen distintas formas de liderazgo, así como metas diferentes. Si la gente se produce por medio de su actividad en el marco de relaciones particulares, los productos humanos de una sociedad dividida en dirigentes y dirigidos serán específicos de esa sociedad. Y, ¿cómo es que esa sociedad se reproduce? ¿Aquellos que reciben órdenes de un dirigente siempre necesitan de ciertos individuos que detentan el poder como su “trabajo especial”? Y, ¿cómo es que quienes ejercen el poder son elegidos y producidos?

Analicemos al director. Si asumimos el planteamiento de Canetti, el director no busca el poder en aras de beneficios personales o para ejercer el poder. Más bien, la música es “lo único que importa... y nadie está más convencido de esto que el propio director”. Para convertir un conjunto de personas diferentes en una unidad, para controlarlos a todos de cerca, para asegurar que todos ejecuten su parte correctamente, para acallar a quienes se desvíen de

¹ El caso del gerente en una fábrica de producción cooperativa, pagada por los obreros (más que representar capital para los obreros) fue otro de los ejemplos puestos por Marx, un ejemplo en que “desaparece el carácter antitético del trabajo de supervisión”. Las fábricas de trabajo cooperativo, de hecho, constituyeron la prueba de que el capitalista era “superfluo como funcionario en el proceso de producción” (Marx, 1981:512, 510).

lo pautado, nadie está más convencido que el director de que su misión consiste en subordinarse a la música e interpretarla fielmente (Canetti, 1973:458). Soy esencial, piensa; sin mí se armaría el caos.

Las metáforas son peligrosas —pueden iluminar por un momento, pero nunca podrán sustituir el análisis—. Para entender el “socialismo real”, necesitamos ir más allá de la metáfora.

CAPÍTULO 1

La economía de la escasez

Comencemos por identificar el objeto de estudio. El socialismo real como concepto surgió en los años setenta en la URSS y Europa del Este, con el propósito principal de distinguir el sistema allí existente y los conceptos teóricos o abstractos del socialismo. Las críticas al capitalismo, se argumentaba, ya no podían estar “confinadas al reino puramente conceptual. Las mismas son impulsadas por la rica experiencia de países que han construido (o están construyendo) exitosamente el socialismo”. En pocas palabras, había un socialismo desarrollado, “una sociedad socialista realmente existente”, una nueva sociedad que había sido creada como resultado de la práctica real (Kosolapov, 1979:8, 11-12, 482).

El desarrollo de este concepto de socialismo real desempeñó varios roles. Primeramente, sirvió como medio para defenderse contra la crítica al modelo soviético por parte de aquellos que querían volver a Marx y Engels, aquellos que argumentaban la necesidad de reformas (por ejemplo, aquellos que buscaban un “socialismo con un rostro humano”), así como aquellos que pensaban que podían construir el socialismo de forma diferente (como en China por aquella época)¹.

Había también otra función: este concepto de socialismo real le permitía a la dirigencia de Brézhnev diferenciar su enfoque de la tensión que había existido en el período precedente, de Jrushchov, por construir el comunismo. El socialismo real debía entenderse todavía como una etapa de la historia anterior al comunismo; sin embargo, necesitaba ser comprendido como un sistema consolidado y estable, y ser celebrado como tal.

¹ Ver, por ejemplo, las discusiones de Checoslovaquia y China en Kosolapov, 1974.

Para nuestros fines, el socialismo real se refiere a la naturaleza del sistema en la URSS y en los países de Europa Oriental y Central que adoptaron el modelo soviético aproximadamente en el período desde los años cincuenta hasta los años ochenta del siglo xx. De esta forma, nuestro objetivo principal es el sistema que estaba más o menos consolidado y estable, más que el surgimiento original de ese sistema².

EL SISTEMA PARADIGMA

Para considerar al socialismo real como un sistema, el punto de partida adecuado es con Marx —“el pionero del sistema paradigma”, según Janos Kornai, el analista húngaro del socialismo real—. “Los investigadores que piensan en términos del sistema paradigma”, propone Kornai, “están preocupados con el sistema como un todo y con las relaciones entre el todo y sus partes” (Kornai, 1999: 4, 8). Eso ciertamente fue lo que Marx hizo. Al considerar el concepto de un sistema orgánico, una “estructura de sociedad en la que todas las relaciones coexisten simultáneamente y se apoyan mutuamente”, Marx enfatizó que sus elementos no podían ser tratados como “vecinos independientes, autónomos” relacionados extrínseca o accidentalmente, sino que más bien, ellos “todos son miembros de una totalidad, diferencias dentro de una unidad” (Marx, 1976c: 167; Marx, 1973: 99).

² Esta división y ordenamiento, que corresponde a la distinción hecha por Marx entre la acumulación del capital en el capitalismo y la acumulación originaria del capital (es decir, el “ser” y el “convertirse” del capital, respectivamente), no es arbitraria. Marx desdeñaba a los economistas burgueses que distorsionaban la naturaleza diferente del capital “formulando las condiciones de su conversión como las condiciones de su realización contemporánea” (Marx, 1973: 460). La consideración del sistema consolidado es esencial, primeramente, no solo para comprender ese sistema, sino también para guiar la investigación histórica. Véase el análisis en toda su extensión en el capítulo 4, “The Being and Becoming of an Economic System”, en Lebowitz, 2010b.

Este enfoque en la totalidad constituye una revolución metodológica³. Rompe con la herencia “cartesiana” que ve las partes como “ontológicamente anteriores al todo; es decir, las partes existen en aislamiento y se reúnen para formar todos”. En ese paradigma cartesiano descrito brillantemente por Levins y Lewontin, “las partes tienen propiedades intrínsecas que poseen de manera independiente y que transfieren al todo”. En la perspectiva dialéctica de Marx, por el contrario, las partes *no* tienen existencia previa independiente como partes. Ellas “adquieren propiedades en virtud de ser partes de un todo particular, propiedades que poseen de manera independiente o como partes de otro todo” (Levins y Lewontin, 1985:269, 273; Lebowitz, 2003:52-54)⁴.

Además de situar partes dentro de todos particulares, el sistema paradigma nos lleva a pensar acerca de cómo cambian los sistemas. “Lo que distingue el pensamiento de aquellos que trabajan dentro del sistema paradigma y el de sus colegas fuera de él”, argumenta Kornai, “es que ellos están interesados en los *grandes* cambios, en las grandes transformaciones. Por ejemplo, ellos investigan qué procesos de deterioro están teniendo lugar dentro de un sistema, de manera que llegará a un fin y dará lugar a otro sistema. Ellos preguntan cómo se produce allí una transición de un sistema a otro, o de una versión típica de un gran sistema a otro” (Kornai, 1999:9-10).

Pero también debemos preguntar: ¿por qué los sistemas no cambian? ¿Por qué la esclavitud duró siglos? ¿Por qué lo hizo el feudalismo? ¿Y qué hace que el capitalismo continúe existiendo? ¿Cómo es que mañana habrá capitalistas y obreros asalariados?

³ Lukács argumentó: “La categoría de totalidad, la supremacía abarcadora del todo sobre las partes es la esencia del método que Marx tomó de Hegel y transformó brillantemente en los cimientos de una ciencia totalmente nueva” (Lukács, 1972: 27).

⁴ Como ilustración de su enfoque centrado en el todo, Kornai rechazó la premisa neoclásica de preferencias individuales dadas como punto de partida, y comentó: “Según el paradigma de sistema, las preferencias individuales son mayormente los productos del sistema mismo. Si el sistema cambia, también cambian las preferencias” (Kornai, 1991:10).

¿Qué hace que estas relaciones sean estables? En resumen, cuando uno se concentra en los sistemas, uno pregunta ambas cosas: ¿qué permite la reproducción de un sistema?, y también ¿qué conduce a su no-reproducción?

LA REPRODUCCIÓN DE LOS SISTEMAS ECONÓMICOS

“Cualquiera que sea la forma social del proceso de producción”, declaró Marx al inicio del capítulo 23 del tomo I de *El capital*, “este tiene que ser continuo; tiene que repetir periódicamente las mismas fases. Una sociedad no puede dejar de producir en la misma medida en que no puede dejar de consumir. Cuando, por tanto, es visto como un todo conectado y en el flujo constante de su incesante renovación, todo proceso social de producción es al mismo tiempo un proceso de reproducción” (Marx, 1977:711).

A continuación de esa afirmación general inicial, Marx demostró que su análisis específico en *El capital* había proporcionado la base para considerar al capitalismo como un sistema de reproducción. Él subrayó este punto cerrando el capítulo de la forma siguiente: “El proceso capitalista de producción, por lo tanto, visto como un proceso total, conectado, es decir, un proceso de reproducción, produce no solo bienes, no solo plusvalía, sino produce y reproduce también la relación de capital en sí misma; de una parte el capitalista, de la otra el obrero asalariado” (Marx, 1977:724)⁵.

⁵ Marx demostró la continuidad de su pensamiento sobre la reproducción de las relaciones capitalistas de producción al escribir la siguiente nota al pie en su obra de 1849 *Trabajo asalariado y capital*: “El capital presupone trabajo asalariado, el trabajo asalariado presupone capital. Ellos condicionan recíprocamente la existencia uno del otro, ellos dan lugar recíprocamente uno al otro. ¿Es que el obrero en la fábrica de algodón produce solamente artículos de algodón? No, produce capital”. Esta idea de un “todo conectado” caracterizada por dos partes que dan lugar una a la otra puede encontrarse también en los Manuscritos de 1844 de Marx y subsiguientemente cuando habló en *La sagrada familia* (1845) sobre cómo “el proletariado y la riqueza son opuestos; como tales forman un solo todo” (Lebowitz, 2003:205-6).

Así, el sujeto era un “todo conectado” en constante proceso de renovación —uno que produce y reproduce productos materiales y relaciones sociales— que son en sí mismos presuposiciones y premisas de la producción. “Aquellas condiciones, al igual que estas relaciones, son, por una parte, las presuposiciones del proceso de producción capitalista; por la otra, son sus resultados y creaciones; ambos son producidos y reproducidos por él” (Marx, 1981:9579).

De esta forma el capital produce espontáneamente sus premisas: “En el sistema burgués consolidado, toda relación económica presupone toda otra relación en su forma económica burguesa, y todo lo propuesto como principio es pues también una presuposición; este es el caso de todo sistema orgánico” (Marx, 1973:278).

Pero un sistema económico “consolidado” no cae del cielo. Un nuevo sistema emerge basado inicialmente en premisas históricas, aquellas que hereda de la sociedad anterior más que las que produce él mismo, y “su desarrollo hasta su totalidad consiste precisamente en subordinar todos los elementos de la sociedad a ella misma, o en crear de ella los órganos de los que esta aún carece” (Marx, 1973; Lebowitz, 2010b, cap. 4). Para que el capitalismo se convirtiera en un sistema orgánico, el capital necesitó alterar el modo de producción y crear un “modo de producción específicamente capitalista”. Como se indica en la introducción a este libro, una vez que el proceso capitalista de producción está “plenamente desarrollado”, el capital produce los obreros que necesita, la presuposición de obreros que consideran los requerimientos del capital como sentido común (Max, 1977:899).

Sin embargo, ¿qué asegura la reproducción del obrero como trabajador asalariado *antes de que* el capital haya “propuesto como principio el modo de producción correspondiente al mismo?” (Marx, 1973:694, 699). Cuando se enfrenta a obreros que *no* consideran los requerimientos de la producción capitalista como leyes naturales manifiestas, obreros que por educación, tradición y hábito aún consideran la venta de su fuerza de trabajo como no natural, “la burguesía ascendente necesita del poder del Esta-

do". Así, el capital procedió a subordinar a sí mismo a todos los elementos de la sociedad a través del poder coercitivo del Estado (por ejemplo, "leyes grotescamente terroristas"), utilizando este poder para obligar a los obreros "a aceptar la disciplina necesaria para el sistema de trabajo asalariado" (Marx, 1977:382, 899, 937)⁶.

Por consiguiente, hasta alcanzar el desarrollo del modo de producción específicamente capitalista, la reproducción de las relaciones capitalistas de producción requirió un modo específico capitalista de *regulación* (Lebowitz, 2010b:94-99). Este modo de regulación era necesario para impedir que los trabajadores se sustrajeran a su dependencia del capital y entraran en una relación "diametralmente opuesta" —una en que el productor "como propietario de sus propias condiciones de trabajo, empleara ese trabajo para enriquecerse en lugar de enriquecer al capitalista" (Marx, 1977:931; Lebowitz, 2010b:97). En resumen, el capitalismo no fue totalmente exitoso en "subordinar todos los elementos de la sociedad o en crear de ella los órganos de los que aún carece" hasta que desarrolló el modo de producción específicamente capitalista. Hasta tanto el sistema burgués no es "desarrollado" como un sistema orgánico, existen elementos en la sociedad que son ajenos a las relaciones capitalistas. Así, cuando analizamos la sociedad en ese punto, no es estrictamente ni un sistema ni otro. Más bien una *reproducción impugnada* es necesariamente una característica de la sociedad existente, una lucha entre relaciones productivas que difieren entre sí, entre "dos sistemas económicos diametralmente opuestos".

En *The Socialist Alternative* yo propuse que eso mismo sería aplicable al socialismo. Hasta tanto los productores asociados no

⁶ De forma similar, para garantizar la reproducción de las relaciones productivas capitalistas cuando los obreros son capaces de ahorrar con el fin de huir del trabajo asalariado (como ocurrió, por ejemplo, en los asentamientos norteamericanos, donde "el obrero asalariado de hoy es el campesino o artesano independiente de mañana, trabajando para sí"), Marx argumentó que el capital necesitaba utilizar al Estado para introducir medios extraordinarios, "artificiales" (Marx, 1977:936-937, 911, 900; Lebowitz, 2010b:96-97).

desarrollen su propio modo de producción específicamente socialista, uno que produzca una clase obrera que “por educación, hábito y tradición considere los requerimientos de ese modo de producción como leyes naturales manifiestas”, se requerirá un modo de regulación socialista. Hasta tanto el socialismo no se haya desarrollado sobre sus propios cimientos, los elementos que hereda de la vieja sociedad lo infectan, y la situación aquí también es de “reproducción impugnada”, una lucha entre dos sistemas económicos opuestos. En pocas palabras, para garantizar la reproducción de relaciones socialistas de producción bajo estas condiciones, es esencial un modo de regulación específico que subordine los elementos de la vieja sociedad⁷.

Es necesario formular las mismas preguntas en relación con el socialismo real. ¿Cómo se reprodujo el sistema? ¿Logró desarrollar un modo específico de producción que espontáneamente produjera su premisa o requirió un modo específico de regulación para garantizar su reproducción?

EL MÉTODO DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

¿Cómo llegamos al punto de poder explorar tales cuestiones? Para Marx, estaba claro que el punto de partida debe ser un estudio cuidadoso de una sociedad real. Lo concreto es “el punto de partida para la observación y concepción”. Pero el estudio empírico por sí mismo no le permite a usted comprender el sistema como un todo; más bien, usted necesita del instrumento del teórico, “el poder de abstracción” (Marx, 1977:90; 1973:100-101; Lebowitz, 2003:54-55). El método de investigación, según apuntara Marx, “tiene que apropiarse del material en detalle, analizar sus diferentes formas de desarrollo y descubrir su conexión interna”. Y esa apropiación detallada del material es una *precondición* para llevar “a una ciencia al punto en que admita una presentación dialéctica” (Marx, 1977:102).

⁷ Para un análisis concreto de un modo socialista de regulación, ver los capítulos 6 y 7 de Lebowitz, 2010b.

Esta presentación dialéctica, entonces, es precisamente lo que Marx llamó el “método científicamente correcto”. Al comenzar por el estudio de lo concreto es posible destilar principios simples que permitan deducir elementos en una secuencia determinada por la naturaleza de sus relaciones dentro de la sociedad en cuestión (Marx, 1973:107)⁸. La deducción ayuda a comprender las interconexiones dentro del todo concreto, y, de esa forma, no tratar los elementos como “vecinos independientes, autónomos”. Partiendo de esas concepciones simples a una concepción del todo “como una rica totalidad de muchas determinaciones y relaciones” fue como Marx construyó el concepto del sistema orgánico. Mediante este método él fue capaz de demostrar cómo los desarrollos posteriormente lógicos en el capitalismo están latentes en los conceptos simples.

Pero el punto de partida tiene que ser esa apropiación detallada de lo concreto. Eso es lo que hace que el examen del socialismo real hecho por Janos Kornai sea un andamio tan útil. Comenzando por su análisis inicial del comportamiento gerencial y el sistema de planificación en su nativa Hungría durante los años cincuenta hasta su subsiguiente estudio en profundidad de la “economía de la escasez” en general, y su posterior síntesis de las “regularidades inmanentes de una economía socialista”, incuestionablemente el punto de partida de Kornai fueron las características concreta de las economías al estilo de la soviética.

Sin embargo, para Kornai convertir su análisis en algo más que un informe empírico constituyó un intento consciente de imitar el método de Marx. Así, tal como Marx señaló “el sistema burgués desarrollado [en el que] toda relación económica presupone a toda otra en su forma económica burguesa”, Kornai concluyó que las características del socialismo real “no existen solamente de forma paralela e independiente, sino en la más cercana de las

⁸ Ver la discusión del método de Marx en Lebowitz, 2009. Ver especialmente la Parte 2, “The Logic of Capital”, y el capítulo 10, “Marx’s Methodological Project as a Whole.”

relaciones entre una y otra" (Marx, 1973:278; Kornai, 1992:16). Los fenómenos, apuntó, "están todos juntos y se fortalecen uno al otro. Esto no es un conjunto flojo de partes separadas; la suma de las partes hace un todo integral" (Kornai, 1992:366). Es decir, el socialismo real definitivamente fue "una estructura en la cual todos los elementos coexistían simultáneamente y se apoyaban uno al otro" (Marx, 1976c:167).

Para Kornai, el socialismo real era, pues, un sistema orgánico, un sistema cuya "combinación de características principales forma un todo orgánico". Era un "sistema coherente", "un todo coherente" cuyos elementos están "conectados orgánicamente y se refuerzan uno al otro". Y característico de ese todo coherente es que "se produce una afinidad entre sus elementos, de manera que se complementan mutuamente y se atraen uno al otro". Además, en correspondencia con la descripción de Marx del "llegar a ser" de un sistema orgánico que consistiría "precisamente en la subordinación de todos los elementos de la sociedad a sí mismo, o en extraer de él los órganos de los que el mismo aún carece", Kornai argumentó que el proceso de llegar a ser en el socialismo real consistió en que "formas e instituciones específicas crecieron orgánicamente dentro del sistema" (Kornai, , 1992:198, 366, 500, 570; Marx, 1972:278).

En ese proceso tiene lugar "una selección natural de instituciones y de patrones de conducta, y en última instancia se fortalece enormemente y se consolida grandemente la coherencia interna del sistema". En efecto, una vez que los elementos clave están presentes, el completamiento del sistema tiende a ocurrir espontáneamente: "La nueva estructura prolifera con una fuerza elemental, propagándose y penetrando toda relación social. Una vez que el inicio del proceso es impuesto a la sociedad, el mismo continúa de manera espontánea" (Kornai, 1992:368-69). De esta forma, argumentó, el socialismo real procedió a producir sus propias premisas, con el resultado de que toda relación económica presupone otra en su forma económica "real socialista".

En pocas palabras, Kornai intentó “apropiarse del material en detalle, para analizar sus diferentes formas de desarrollo y descubrir su conexión interna”. Para representar al socialismo real como un sistema orgánico, siguió explícitamente el camino de Marx de partir de conceptos simples a una concepción del todo “como una rica totalidad de muchas determinaciones y relaciones”. En la construcción lógica del socialismo real por parte de Kornai, “una línea de pensamiento deductivo [...] conduce desde unas cuantas premisas principales a toda una red de pensamiento de conclusiones” (Kornai, 1992:16).

Esa combinación de estudio concreto y un serio intento influenciado por Marx de aprehender la estructura interna y las tendencias inherentes del sistema hace que la obra de Kornai se destaque entre los análisis sobre el socialismo real. Sin embargo, como se verá en este capítulo y en otros que siguen, yo argumento que él está equivocado en su comprensión del socialismo real como un sistema orgánico. Para llegar a esa conclusión, en efecto, él descartó la “reproducción impugnada” y en particular la lógica del capital.

ESCASEZ CRÓNICA

Comencemos por lo concreto: las características de la URSS y de los países de Europa Oriental que siguieron el modelo soviético aproximadamente desde los años 1950 hasta los años 1980. Partimos de un fenómeno superficial obvio: escasez crónica. Escaseces para los consumidores, escaseces para los productores; en todos los aspectos de la vida en el socialismo real había escasez. En realidad, dar respuesta a las escaseces era un modo de vida. El consumidor iba al mercado y no podía encontrar lo que buscaba, de manera que tenía varias opciones: podía seguir buscando ese producto, podía posponer la decisión de comprar hasta otro momento, podía pararse en una cola o podía sustituir el producto originalmente deseado por otro. Todos estos ajustes obligados a

las intenciones de compra frustradas eran parte de la vida bajo las escaseces⁹.

También lo era el acaparamiento, cuando era posible. “Es usual decir que se recomienda a todo miembro de la familia llevar una bolsa de compras en caso de que encuentre algo que valga la pena comprar. Si ve una cola, deberá pararse en ella solo para asegurar, después puede preguntar qué están distribuyendo” (Kornai, 1980:457). Naturalmente, si usted tenía más de lo que necesitaba de un artículo en particular, siempre existía la posibilidad de cambiarlo con alguien que tuviera lo que usted quería. En realidad, redes informales, contactos personales, favores a (y de) amigos eran formas de supervivencia dentro del contexto de las escaseces. Además de los mecanismos formales existía un principio informal de distribución: a cada cual según lo que sus contactos personales podían proporcionar (Ledeneva, 1998:87).

Las mismas pautas eran válidas para empresas y firmas. Como vendedor en un mercado de vendedores —una característica de la economía de escasez— la firma está en una situación favorable. Sin embargo, como comprador también enfrenta los problemas del ajuste forzoso: debe esperar, buscar, hacer cola o acometer una sustitución forzosa. No obstante, no puede posponer fácilmente la obtención de insumos si ha de producir; de esta forma, “la firma, como comprador, trata de adquirir tantos insumos como sea posible a fin de que la escasez no obstaculice la producción” (Kornai, 1980:29). Esto, naturalmente, aumenta las escaseces de dichos insumos y estimula un mayor acaparamiento. Desde luego, esos insumos almacenados pueden ser intercambiados con otras firmas por insumos con entrega rápida. Para garantizar que las empresas pudieran obtener los insumos requeridos para cumplir sus metas, su personal incluía personas (los *tolkach* o “empujadores”) que podían navegar bien en tales redes informales.

¿Fue la escasez crónica una cuestión casual y contingente, producto de malas políticas, o reflejaba algo inherente a la naturaleza

⁹ Este análisis se basa en Lebowitz, 1985.

del socialismo real? Según Stalin en su discurso al XVI Congreso del Partido, en 1930, bajo el capitalismo el suministro tiende a exceder la demanda, mientras que en el socialismo la demanda tiende a exceder el suministro:

[...] en la URSS el crecimiento del consumo (poder adquisitivo) de las masas continuamente aventaja el crecimiento de la producción y lo empuja hacia delante, pero bajo el capitalismo, por otra parte, el crecimiento del consumo (poder adquisitivo) de las masas nunca alcanza al crecimiento de la producción y continuamente se queda rezagado detrás del mismo, lo cual condena la producción a las crisis (Ellman, 1979:207).

Dejando a un lado la cuestión de si esto alguna vez fue una descripción exacta, ¿qué fue dentro del socialismo real durante el período en estudio lo que generó el fenómeno de la escasez crónica? ¿Fueron los planificadores y “el plan” lo que creó esta situación? En su obra anterior, *Anti-Equilibrium*, Kornai sostuvo que había tres causas inmediatas del proceso de escaseces o “succión”: inflación reprimida en el intercambio de bienes de consumo, planes tensos impuestos a las empresas, y el carácter superambicioso de las intenciones inversionistas. Todas ellas, sin embargo, pudieran reducirse a una fuente común: “La reproducción de la succión está relacionada, en última instancia, con la persecución impaciente del crecimiento económico, el forzar la aceleración de la tasa de crecimiento” (Kornai, 1971:321).

Este fue el mismo argumento básico que Kornai había hecho desde hacía más de una década en su *Overcentralization in Economic Administration*: las escaseces fueron atribuibles al empuje no realista del crecimiento por parte de las autoridades centrales, lo que, por medio de la consiguiente presión sobre esas autoridades, inevitablemente refuerza “las formas administrativas centralizadas de dirección de la economía” (Kornai, 1959:168, 186). Por consiguiente, Kornai había llegado a la conclusión en los años 1950 de que las escaseces no eran inherentes, sino que eran el resulta-

do de políticas particulares, políticas que podían ser cambiadas. La sobre-centralización, los planes excesivamente ambiciosos y las escaseces eran todos parte de “un mecanismo coherente, unificado, que tiene su propia lógica interna y varias tendencias y regularidades distintivas” (Kornai, 1959:215). Desde este punto de vista, el remedio para la economía de escasez era la descentralización —descentralización de la economía y, en particular, descentralización de las decisiones de inversión—. Al apartarse de la dirección administrativa centralizada de la economía, el mecanismo auto-reforzado de centralización y escaseces sería cortado.

Desde luego, la pregunta obvia era por qué prevalecían estos modelos. La prueba empírica pronto estuvo disponible bajo la forma de la descentralización efectuada en Hungría. Con la experiencia de esas reformas, la posición de Kornai cambió significativamente: no, no eran aquellos que estaban en la cima la causa inmediata de la economía de escasez. “Incluso si la administración económica central fuese más moderada”, propuso en su trabajo principal sobre la economía de la escasez, “el empuje por la expansión y el hambre de inversión aún estarían presentes” (Kornai, 1980:547).

LOS PRINCIPIOS DE LOS DIRECTORES DE EMPRESA¹⁰

El impulso expansionista concentrado en los directores de empresa individuales se convirtió en la principal explicación de Kornai para la economía de escasez. En particular hizo énfasis en

¹⁰ *Manager* en el original en inglés, que puede traducirse como gerente o director. En Cuba para referirse a los dirigentes de las empresas estatales socialistas, equivalentes a los que se refieren en el presente libro, se les denomina empresarios o directores de empresas (se acompaña de “de empresa” para diferenciarlos de los directores de organismos centrales estatales), mientras el término gerente se reserva para los ejecutivos de empresas extranjeras, empresas mixtas, etc. En la experiencia socialista de Venezuela, se utiliza gerente, pues empresario se asocia a la empresa capitalista. Aquí hemos preferido traducir estos *managers* como *directores de empresas* o *empresarios* (N. de los T).

la “identificación” del empresario con el trabajo: “en general, un empresario trata de hacer su trabajo correctamente”. “Se esfuerza por garantizar la subsistencia, la supervivencia y la viabilidad de la unidad puesta bajo su responsabilidad”. Él quiere garantizar un proceso de trabajo fluido. “Desea evitar la confusión y el desorden. Aunque solo fuera por esa razón lucha por la mayor seguridad posible: obtención de más insumos y mayores reservas”. El empresario, además, quiere “ganarse el reconocimiento de sus superiores, evitar su disgusto y satisfacer sus expectativas: no solo sus instrucciones sino también sus deseos” (Kornai, 1980:62-63).

En resumen, Kornai propuso que las escaseces en realidad se debían al comportamiento y disciplina de principios del empresario. Al criticar a aquellos que seguían subrayando la dependencia burocrática y el énfasis en el crecimiento por parte de las autoridades centrales como explicación del empuje cuantitativo de empresas —su anterior argumento— Kornai ahora argumentaba que la principal explicación era la identificación del empresario con el trabajo: “Esta motivación general es suficiente en sí misma para producir la casi insaciable demanda de insumos por parte de la empresa y, como veremos más adelante, una motivación insaciable por la expansión” (Kornai, 1980:63).

Con relación a la inversión en sí, Kornai también se retractó explícitamente de su punto de vista previo, declarando ahora que “la política de crecimiento de la dirección económica es un factor secundario de la explicación” (Kornai, 1980:556). “En una economía socialista”, propuso, “no hay empresa o institución no lucrativa que no quiera invertir”. Y de nuevo Kornai enfatizaba la identificación del empresario con su trabajo como el elemento central que generaba el interés por la expansión y el hambre de inversión. “Él está convencido de que la actividad de la unidad a su cargo es importante. Por lo tanto, tiene que crecer” (Kornai, 1980:191).

Es cierto, había intereses personales: “el poder del líder, el prestigio social, y por consiguiente su propia importancia crecen junto con el crecimiento de su empresa o institución no lucrativa”. Sin embargo, las consideraciones materiales eran secunda-

rias. Incluso en ausencia de ellas el líder “peleará como un león” por inversiones adicionales. La motivación expansionista, propuso Kornai, se había enraizado profundamente en el pensamiento. “Uno debe crecer”. Esta motivación expansionista se hallaba a todos los niveles de la jerarquía económica: “Cuando se trata de la distribución de recursos de inversión, cada uno lucha por mayores inversiones para *nuestro equipo, nuestra empresa, nuestro ministerio*” (Kornai, 1980:192-194).

Y fue una lucha a favor de nuestros obreros. Dada su identificación con sus propios trabajos y empresas, los empresarios también se identificaban con sus obreros. Cada empresario también trataba de incrementar el nivel salarial de los obreros en su esfera. Por lo tanto, si los obreros intentaban incrementar sus salarios, no estaban oponiéndose a sus superiores inmediatos: los empresarios “también luchan por la corrección de los salarios relativos a todos los niveles. El capataz desea remediar las reivindicaciones en el taller, el director de la empresa remediar las de la empresa, y el ministro o su sustituto quiere remediar los de toda la industria” (Kornai, 1980:402).

Kornai proponía, pues, que había una característica única en estas relaciones: la dirección a todos los niveles actúa en negociaciones salariales con autoridades superiores “como funcionarios sindicales y no como empleadores [...] Todo empresario trata de sacarle a sus superiores mayores salarios para su taller, sección, etc.” Esto fluye desde la perspectiva del empresario: “El empresario siente que es responsable, en primer lugar, de resolver los problemas de la parte del sistema que le ha sido confiada. Se siente responsable, no de la economía en su conjunto, sino de una parte claramente especificada de la misma, y se identifica con ella” (Kornai, 1980:403).

Existe, sin embargo, un problema bastante significativo en esta descripción de la motivación y el comportamiento empresariales. Contradice muchos otros recuentos de los empresarios, jempizando por el del propio Kornai!

LOS EMPRESARIOS COMO AGENTES

Considere la situación de las autoridades económicas centrales (los “planificadores”). En su plan central ellos tienen amplios objetivos para el crecimiento de la economía a largos plazos de tiempo (cinco años, de quince a veinte años, etc.), que están especificados de forma general (tasas de crecimiento, modelos regionales, categorías específicas de producción, etc.). Y, al considerar los requerimientos de insumos para esos objetivos, ellos tratan de identificar obstáculos y atascos potenciales que pudieran impedir la realización de esos planes. Mientras más corto el período de tiempo, más específicos y enfocados los objetivos.

Así, el plan anual especifica objetivos para la producción de bienes de consumo y bienes de producción particulares, y asigna metas específicas a las empresas. En este sentido los planificadores tratan de coordinar la actividad de las empresas como parte de una unidad económica nacional, integrada, única. Ellos quieren que las empresas cumplan esas metas porque el cumplimiento por cada empresa de su meta de producción es necesario para que otras empresas puedan obtener sus requerimientos de insumos y puedan existir suministros adecuados y planificados de bienes de consumo. En otras palabras, el éxito del plan anual como un todo depende del éxito de las empresas individuales.

Si asumimos que los empresarios corresponden a la descripción que ofrece Kornai, tendríamos que esperar que estos empresarios reconocieran la interdependencia que existe entre sus metas de producción y el éxito de la economía como un todo, y así actuarían de forma correspondiente. La identificación del empresario con el trabajo y su deseo de acuerdo a los principios de hacer debidamente su trabajo sería todo cuanto haría falta para garantizar que la empresa produjera lo que el plan necesita para garantizar la coherencia de la economía durante un período de tiempo dado.

Pero este es un supuesto que los planificadores no consideraron. Por el contrario, ellos asumieron que los empresarios estaban motiva-

dos por el interés material, es decir, que los empresarios actuaban como si quisieran maximizar sus ingresos personales en el presente y el futuro. Efectivamente, Joseph Berliner comentó que:

[...] la predictibilidad con la cual los empresarios se adaptan a un nuevo esquema de estímulos puede ser comparada con la fidelidad con que una brújula busca el norte magnético. El empresario mismo es un programa de computación maravillosamente eficiente para maximizar el valor de cualquier función adecuada para él, que varíe positivamente con el ingreso¹¹.

Para estimular a los empresarios a producir de acuerdo con el plan, los planificadores proporcionaban estímulos (o “primas”) por el cumplimiento exitoso del plan.

Y esos estímulos no eran una parte despreciable del ingreso de los empresarios. Berliner apuntó que aunque el estímulo para los empresarios de empresa soviéticos en 1934 constituía aproximadamente el 4 % de su ingreso (y creció al 11 % en 1940 en el contexto de ataques a los “rumores de igualitarismo”), este aumentó al 33 % durante la guerra pero fue rebajado subsiguientemente al 7,7 % en 1960 cuando Jrushchov empujó para reducir la desigualdad en los ingresos. Esta desestimación de los estímulos fue vista como un error por aquellos que sustituyeron a Jrushchov. Según Berliner, el nivel promedio de estímulos aumentó al 21,5 % en 1966 y al 34,5 % en 1970. Él incluso apuntó un caso de una empresa bien administrada (la fábrica de maquinaria agrícola de Rostov), donde en 1966 los estímulos al personal de ingeniería y técnico representaron el 21,5 % de su ingreso, y para los directores y jefes de departamento, entre el 40 % y el 60 % de su ingreso (Berliner, 1976:478, 481).

De esta forma los planificadores operaron bajo la premisa de que al especificar metas de producción (en el transcurso de un año; por ejemplo, por mes, trimestre, etc.) y asignando un

¹¹ Joseph Berliner, en *Proceedings, American Economic Review*, 1966: 157-158.

estímulo por el cumplimiento del plan, los empresarios responderían; esto garantizaría que las empresas recibieran sus insumos y que las tiendas tuvieran los bienes de consumo adecuados. Pero, ¿cómo exactamente fue especificada esa meta de producción? Eso era importante porque los empresarios que maximizaban el ingreso tenían discreción. ¿En cantidades físicas o en términos de valor (a fin de sumar diferentes productos, modelos, tallas, etc.)? Y, en el primer caso, ¿cómo se especificaban esas cantidades?

La prensa soviética demostraba regularmente cuánto importaba la especificación de las metas, de formas que iban desde la clásica viñeta mostrando un marco con obreros que portan un clavo gigantesco (con la leyenda: “la fábrica cumple su plan”) a los pesados candelabros (denunciados por Jrushchov) hasta el grueso papel producido por la industria papelera, los edificios incompletos porque a las empresas de construcción se les acreditó más valor agregado en las etapas iniciales de la producción que posteriormente, y la práctica del “baño de oro” (en la que, por ejemplo, una fábrica de ropa utilizaba para el forro de un abrigo un material dos veces más costoso que el de la tela exterior, con lo cual incrementaba sustancialmente el valor de los abrigos producidos)¹².

Estos fenómenos al parecer perversos fueron identificados por Kornai en su clásico estudio de la industria ligera en Hungría en los años 1950. Dando un ejemplo de la característica de “convertir el 100 % en un fetiche”, Kornai describía una fábrica de pieles cuya meta estaba expresada en valor. Dado que el valor del trabajo en proceso podía ser tomado en cuenta, la forma de obtener algún por ciento extra en los últimos días era botar grandes cantidades de pieles sin curtir en los tanques de remojo. “El valor neto agregado”, señalaba, “es prácticamente cero, pero, a los efectos de calcular la producción total, el material tirado al baño de desinfección asume inmediatamente un valor igual al 75 % del de las pieles terminadas” (Kornai, 1959:37).

¹² Ver los ejemplos citados en Dobb, 1970; Lavigne, 1974; Nove, 1977.

Se hicieron todos los esfuerzos para garantizar que el cumplimiento del plan alcanzara el 100 %. Así, los empresarios se convirtieron en artistas ideando métodos para embellecer sus resultados: “Los astutos directores económicos son más que maestros en el arte de amañar indicadores y simplemente explotan las ambigüedades y contradicciones económicas contenidas en el sistema de índices vinculados al pago de primas”. Sobre este mismo punto Kornai indicó que, “de hecho, no es posible encontrar un solo director u otro funcionario que tenga que ver con los planes que no sepa cómo hacer aparecer un uno o un dos por ciento adicional cuando se le empuja realmente a hacerlo a fin de garantizar su estímulo; y esto sin ninguna violación efectiva de las regulaciones” (Kornai, 1959:132-33).

Estrechamente vinculado con el fetiche del 100 % estaba lo que Kornai describió como “la desigualdad periódica de la producción”, es decir, la tendencia a grandes esfuerzos de producción y trabajo en las últimas etapas del plan a fin de cumplir la cuota. En la URSS, esta última práctica fue conocida como “finalismo”, y entre sus efectos estuvo un significativo deterioro en la calidad de la producción (una razón para que el sentido común aconsejara tratar de comprar algo producido en la primera quincena del mes y no después de esta). Había constantes quejas sobre la calidad de la producción, por ejemplo, las aspiradoras que electrocutaban, las cuales fueron mencionadas en un periódico soviético de septiembre de 1985 (Kagarlitsky, 1990:248-249). Este problema era conocido y antiguo: el presidente de la planificación en Checoslovaquia afirmó en 1951 que:

[...] el finalismo es una de las formas más antieconómicas y costosas de cumplir el plan. Conduce a tener equipos y fuerza de trabajo inutilizados, capacidades inutilizadas, al desperdicio de materiales, a un número creciente de rechazos y a un incremento antieconómico de los salarios por el pago de horas extra (Dobb, 1970:37).

En síntesis, los empresarios hacían todo lo posible por asegurar sus primas. ¿Qué podía evitarlo? ¿Una escasez de materiales? La respuesta era almacenar insumos y acumular materiales. ¿Dificultades para conseguir suficientes materiales en puntos clave? La respuesta era producirlos por sí mismos. O conceder favores, sobornar funcionarios o hacer alianzas para garantizar que los recibirían. ¿Escaseces de obreros disponibles para los períodos de finalismo? Acumular y tener reservas de obreros.

Pero, ¿qué sucede si a pesar de todos estos esfuerzos la empresa aún no se acerca a su meta? ¿Qué sucede si está a más de un 10 % de alcanzarla? ¿Qué pasa entonces con el fetiche del 100 %? Kornai respondió que lo que se desarrolló fue “la psicología de perder la esperanza”. Los empresarios abandonaban la lucha: “Desde un punto de vista financiero (aunque desde luego, no desde un punto de vista moral), es una cuestión de total indiferencia para la dirección que el grado en que ellos cumplen sus indicadores asciende al 99 o 91 por ciento” (Kornai, 1959:130).

Otra razón para abandonar la lucha en el corto plazo era la de reservar la producción potencial para el próximo período de plan. En efecto, otra categoría de problemas identificada por Kornai fue el “conflicto entre el hoy y el mañana”. Obviamente, el apuro al final de cada mes, ese proceso de finalismo, podía conducir a escaseces en el inicio del próximo período, debido al agotamiento de las existencias y de obreros (lo que generaba, por tanto, irregularidad en la producción). Una preocupación a más largo plazo, sin embargo, era el efecto de este proceso para el desarrollo de nuevas técnicas de producción, el mejoramiento en la calidad de los productos, el mantenimiento de los equipos, y el entrenamiento de aprendices y personal calificado. Todos ello afecta el desempeño futuro; sin embargo, el énfasis en ello podía interferir con el cumplimiento del plan actual. “El trabajo oportuno de mantenimiento puede requerir parar las máquinas, cuya operación continuada contribuiría de forma muy material al cumplimiento de un plan mensual” (Kornai, 1959:141).

Si bien Kornai sí reconoció que vincular las primas con el cumplimiento del plan impulsaba aumentos significativos en la producción, hubo un aspecto de este enfoque hacia los incentivos materiales que claramente afectaba la calidad de la planificación. Como es obvio, la probabilidad de obtener una prima por cumplimiento del plan era mayor cuanto más bajo era el plan. “Si el plan es confeccionado sin mucha tensión”, indicó, “esto naturalmente facilita la tarea de cumplirlo, de obtener la prima con relación al mismo, y de ganar aprobación moral. La alta dirección de las empresas tiene así un interés personal directo en que se les dé un plan fácil de cumplir”.

Por consiguiente, existía una tendencia sistémica a intentar mantener bajas las metas del plan, a “evadir ante las autoridades aquella información relativa a las potencialidades y reservas de sus empresas” (Kornai, 1959:133). La respuesta de los directores de empresa a las exigencias de arriba, según el economista y reformador checoslovaco Ota Šik en 1968, era adoptar “el modo de defensa más obvio: ellos subvaloraban sus potencialidades y sobrevaloraban sus necesidades [...] Y se desarrolló un mecanismo de engaño a gran escala, de no mostrar la mano propia, y esta era la única esfera en la cual la iniciativa popular pudo realmente desarrollarse al máximo” (Šik, 1972:101-2).

Alec Nove describió el modelo de la forma siguiente:

Los flujos de información están llamados a ser afectados, distorsionados, por los intereses de los suministradores de la información, quienes de hecho son competidores en cuanto a recursos limitados [...] Pero esperar recibir información imparcial de aquellos interesados en los resultados de los cuales se ofrece información es estar en babia (Nove, 1991:22).

En otras palabras, información falsa fluía hacia arriba. Aquí estaba el dilema: una buena planificación depende de información precisa. Pero esta no estaba disponible porque no era de interés económico para los empresarios enviar información exacta hacia

arriba. Šik comentaba que “la consecuencia es que la economía checoslovaca perdió su último activo —información objetiva sobre necesidades, reservas y potencialidades—” (Šik, 1972:102).

Desde luego, los planificadores y funcionarios de los ministerios sabían que esto estaba pasando. Ellos sabían que había empresas que escondían información, o sea, que la calidad de la información enviada hacia arriba por las empresas estaba parcializada a favor de esas empresas. De manera que respondieron de una manera lógica: enfatizaban la necesidad de planes tensos a fin de movilizar los suministros ocultos de insumos; argumentaban que las empresas estaban inventando “falsas dificultades”. Los directores de empresas y los planificadores estaban así envueltos en constantes pugnas sobre cuán tenso o cómodo sería el plan. Dada la orientación al crecimiento de los planificadores, pues, era todo tan previsible que si la empresa demostraba que podía producir muy bien, el plan del próximo año sería mayor. En otras palabras, los resultados de la producción de cualquier año serían incorporados al plan del año siguiente.

Naturalmente, ese aumento haría que el plan del año siguiente fuese más difícil de cumplir y, lo que es más importante, los estímulos del año siguiente serían más difíciles de obtener. Así, el comportamiento obvio de parte del director de la empresa era no sobrecumplir demasiado. Maurice Dobb citó a un ruso diciendo: “Un director astuto cumple su 105 % planificado, pero nunca un 125 %” (Dobb, 1970:38). Kornai había descrito el mismo fenómeno: “Es interesante señalar que los jefes de los departamentos de planificación de las empresas se tornan verdaderamente asustados al aproximarse el cierre de un trimestre si ven que los resultados probablemente van a ser demasiado sobrepasados” (Kornai, 1959:136).

Claro está que los empresarios supieron encontrar vías para mantener tanto bajas como altas las cifras de producción; por ejemplo, mantener producción sin ser incluida como producto terminado. Kornai concluyó que “en una palabra, los actuales sistemas de planificación e incentivación han provocado una ten-

dencia espontánea cuyo efecto es inducir a las direcciones de las empresas a acomodar los planes, a esconder potenciales, y a retener resultados destacados en la producción. Esto es altamente peligroso y dañino” (Kornai , 1959:137). Es decir, la clara imagen que Kornai brindó en los años 1950 fue que el comportamiento de los directores de empresas era contrario a los intereses de la sociedad.

Pero, ¿no era debido a defectos de los empresarios! Más bien, insistió Kornai, los problemas eran inherentes al sistema existente de dirección de la economía y supervisión de resultados productivos. Estas eran tendencias necesarias, pero no consecuencias necesarias de una economía planificada como tal. Por el contrario, “ellas son consecuencias necesarias de los actuales métodos de dirección de la economía, es decir, de nuestro mecanismo económico actual”. De esta forma Kornai argumentaba que era la combinación particular de instrucciones e incentivos la que generó aquellos resultados perversos. De hecho, el subtítulo de un capítulo contaba la historia: “Algunas tendencias útiles y dañinas que resultan de los efectos conjuntos de las instrucciones del plan y de los incentivos”.

El problema era que los empresarios enfrentaban un conflicto entre sus intereses económicos y su sentido de la responsabilidad hacia la economía total; y “es simplemente humano si el interés económico individual demuestra ser más fuerte” (Kornai , 1959:107). El problema, afirmó Kornai, era el mecanismo económico; el sistema de incentivos financieros estaba totalmente equivocado. El mecanismo económico existente tenía que ser cambiado, pero no podía ocurrir mientras la política económica continuara insistiendo en metas “demasiado ambiciosas y poco realistas” (Kornai , 1959:178, 186).

El problema, efectivamente, estaba señalado por el título de aquel libro de 1959, *Overcentralization in Economic Administration* (Exceso de centralización en la dirección de la economía). Ese argumento, sin embargo, era que el exceso de centralización era producto de “políticas de industrialización excesivamente ambi-

ciosas", las cuales por sí mismas generaban escaseces (y con ello, un proceso de auto-reforzamiento). Si hubiera un ritmo más lento en la industrialización, entonces sería posible que "se desarrollara un mecanismo económico en el cual las empresas tuvieran mucha más independencia" (Kornai, 1959:186).

Así que, ¿cuál fue su solución en 1959? Reducir las metas de crecimiento, descentralizar y desamarrar a las empresas. La empresa, que era "la unidad básica, la 'célula' de la economía", recibía demasiadas instrucciones verticales para ejecutar y tenía solo una capacidad mínima para involucrarse en transacciones horizontales con otras empresas (Kornai, 1959:192). Y aun cuando su explicación de las escaseces en los años 1970 (como hemos visto) cambió subsiguientemente y reforzó la motivación de expansión de los directores de empresa, *su solución siguió siendo en esencia la misma: ¡dar mayor independencia a los directores de empresa!*

No fue, después de todo, el comportamiento particular de aquellos directores de empresa con principios (que se identificaban con su trabajo y querían hacerlo bien) la causa real del problema. Antes bien, el problema partía de la cima. Aquí tenemos la famosa explicación de Kornai: la motivación de expansión y el hambre de inversiones de las empresas solo eran operativos, porque ellas tenían "limitantes de presupuestos blandos". La empresa tradicional socialista sabía que, de enfrentar pérdidas, sería "ayudada a salir adelante de alguna manera" (Kornai, 1980:28). "Su supervivencia permanente está garantizada incluso en el caso de un déficit financiero perdurable"; por consiguiente, solo sus recursos la limitan (Kornai, 1980:110). La limitante de un presupuesto blando, argumentó Kornai, caracteriza unívocamente a la empresa socialista y determina sus expectativas y comportamiento particular. La limitante del presupuesto blando, declaró, es "causa suficiente" del hambre de inversiones en la economía socialista (Kornai, 1980:209-210, 306-311).

Una vez más esto apuntó de nuevo directamente a las autoridades centrales como responsables de la reproducción de las escaseces, ya que son ellas las que *ablandan* las limitaciones

presupuestarias de las empresas. ¿Por qué? Kornai respondió: “paternalismo”. Al hacer una analogía explícita de las relaciones económicas entre padre e hijo, él notó que “las autoridades centrales se responsabilizan por la situación económica y desean “conformar el curso de la vida económica”. Reforzar el paternalismo desde abajo de parte de los empresarios, también, es el simple hecho de que “paternalismo significa protección y seguridad total”. El paternalismo, concluyó Kornai, “es la explicación directa del ablandamiento de la restricción presupuestaria”; este conlleva “la casi insaciable demanda de trabajo y la tendencia a acumularlo, el hambre casi insaciable de inversiones, etc.” (Kornai, 1980:566, 568).

De manera que aunque Kornai identificó a los directores de empresas como aquellos que estaban participando directamente en actividades que tenían significativos efectos negativos, la culpa tendría que ser hallada en las autoridades centrales que crearon los incentivos y el ambiente en el que era “simplemente humano” y que los directores de empresa actuaran de esta forma. Desde luego, la pregunta obvia (explorada en el siguiente capítulo) es: *¿por qué los planificadores escogieron seguir políticas que producían efectos tan negativos*

CAPÍTULO 2

El contrato social

Una forma útil de explorar la interacción entre planificadores y empresarios en el socialismo real es considerarlo como un problema entre el principal y el agente¹³. En ese contexto, asumimos la existencia de un partido dominante —un principal— que tiene una meta particular que desea alcanzar. Y este principal tiene que depender de otra parte —el agente— que tiene sus propias metas, metas que difieren de las del principal. En otras palabras, empezamos por reconocer que los intereses del principal y los del agente no son idénticos. También se presume que el agente sabe algo que el principal desconoce (el problema de la información asimétrica), y que es difícil y costoso para el principal adquirir esa información. Por consiguiente, el problema del principal y el agente gira alrededor de los mecanismos que el principal utiliza para hacer que el agente actúe en concordancia con la meta del principal.

En la interacción que hemos descrito entre planificadores y directores de empresa es usual considerar al planificador como el principal que trata de inducir al director de empresa (el agente) a que produzca de acuerdo con el plan, proporcionando incentivos materiales en forma de primas por el cumplimiento del plan. Ciertamente, como vemos, los empresarios respondieron como ese “maravillosamente eficiente programa de computación” para maximizar su ingreso presente y futuro, descrito por Berliner. ¿Por qué entonces los resultados eran tan malos? ¿Era esto lo que el principal *quería*?

¹³ Ver, por ejemplo, el análisis de las relaciones principal-agente (o el “problema de agencia”) en Berliner, 1999:329-331, 339-343.

DIRECTORES DE EMPRESA COMO PRINCIPALES

En el modelo principal-agente se asume que el principal sabe lo que el agente quiere (es decir, su función utilitaria) y, por lo tanto, crea las condiciones que producirán los resultados deseados. En este caso particular, la premisa era que el planificador, aunque carecía del conocimiento detallado necesario para planificar, sabía que los empresarios respondían a incentivos materiales y, por consiguiente, fijaba las primas adecuadamente. Así, si las primas eran ante todo para el cumplimiento de planes de producción a corto plazo, podemos presumir que ello se debía a que los planificadores querían maximizar la producción a corto plazo.

Y sin embargo está claro que los planificadores no se sentían contentos con los resultados que estaban obteniendo. Todas las historias acerca de perversidades y de productos fabricados con baja calidad eran ataques a la conducta de los directores de empresa, ataques dirigidos y orquestados por quienes estaban en la cima. No es accidental, por ejemplo, el hecho de que la prensa soviética estuviera llena de tales materiales. Así que, ¿cuál es la explicación si los planificadores no obtenían los resultados reales que deseaban? ¿Era que ellos no sabían lo suficiente para introducir los esquemas de incentivos apropiados?

Ya en la época en que escribió *The Socialist System*, Kornai se había apartado de lo que él llamó reformismo naif, para oponerse al socialismo en cualquier forma. Ahora rechazaba explícitamente el argumento de que el esquema principal-agente (que se adaptaba bien a su propio viejo argumento) fuera adecuado para describir el socialismo real, y que una reforma del mecanismo económico podía resolver el problema. "Algunos observadores y críticos de la economía socialista", comentaba, "tienden a preguntar por qué no se introduce un mejor sistema de información e incentivos en el socialismo. Ellos piensan que la sociedad puede ser percibida como la realización de un gigantesco modelo 'principal-agente'". Desde esa perspectiva, debe asumirse que los líderes eran estúpidos por no haber encontrado el esquema correcto

de información e incentivos. Pero los líderes *no* eran estúpidos; de hecho, Kornai argumentó que la naturaleza del sistema era tan coherente que no podía ser alterada aplicando unas pocas ideas semejantes para su reorganización (Kornai, 1992:371)¹⁴.

De manera que ¿cuál era el problema? Antes de asumir que este era efectivamente un problema principal-agente —que debía ser solucionado adoptando el esquema de incentivos correcto por parte de los planificadores— debemos preguntar si hemos identificado correctamente a los actores. *Quizás los empresarios conocían las metas de los planificadores mejor de lo que los planificadores conocían las metas de los empresarios.* Quizás los empresarios estaban involucrados en ciertas actividades para inducir a los planificadores a seleccionar aquellos mecanismos que fuesen óptimos para el empresario.

De hecho, esta inversión está implícita en el concepto de la restricción del presupuesto blando. Es el reconocimiento por parte de los empresarios de que los planificadores no les van a permitir fracasar, lo que los lleva a actuar de determinadas maneras. Aunque Kornai no explora sus implicaciones, este es realmente el subtexto escondido en el concepto de Kornai: que el conocimiento, por parte de los empresarios, del comportamiento de los planificadores, les permite perseguir (por el motivo que sea) su casi insaciable objetivo de expansión, y que esto crea los muchos problemas generados por las escaseces resultantes. Esta inferencia puede ser complementada con ejemplos explícitos de cómo acciones iniciadas por directores de empresa generaban disfunciones significativas en el socialismo real y crearon problemas para los planificadores.

Por ejemplo, Tamas Bauer argumentó que los ciclos de inversión, más que deberse a los objetivos irrazonables de inversión

¹⁴ El rechazo por parte de Kornai de un modelo de principal-agente puede descartarse, ya que lo excluía en cualquier forma por definición cuando anunciaba que “las motivaciones de la dirección de la firma y de otros grupos de la burocracia no serían tratadas por separado. El objetivo es identificar los incentivos generales que se aplican a todos los líderes en la burocracia económica” (Kornai, 1992:118-119).

y expansión de aquellos arriba, eran generados desde abajo. Los directores de empresa tenían técnicas particulares para presentar sus reclamaciones de fondos adicionales de inversión¹⁵. Debido a que los planificadores quieren controlar directamente las existencias de proyectos inversionistas en proceso, argumentó, “los demandantes encontrarán una forma de penetrarlas escondiendo sus demandas (omitendo las inversiones adicionales necesarias en las propuestas de plan presentadas, etc.) o subestimando los costos de la inversión”. Al iniciar un proyecto inversionista con una cifra de gastos inversionistas en el primer año artificialmente baja, una empresa podía lograr “meterse en el plan” porque los planificadores se ocupaban principalmente en todo momento de los desembolsos anuales para la inversión. El problema era que los que estaban arriba no tenían información suficientemente buena para controlar y chequear esto.

De esta forma, incluso si los planificadores querían un plan inversionista factible y armonioso, estaban sujetos a presiones desde abajo. Bauer traza un ciclo inversionista que comienza con muchos nuevos proyectos de inversión puestos en marcha simultáneamente. En la segunda fase, a medida que aparece la verdadera extensión de los proyectos, los desembolsos crecientes de la inversión sobrepasan significativamente la inversión planificada. En una tercera fase las escaseces resultantes llevan a los planificadores centrales a limitar la aprobación de nuevos proyectos de inversión y tratar de acelerar el completamiento de los proyectos existentes —llegando en última instancia a la posposición y suspensión de inversiones de inferior prioridad y a una menor aprobación de nuevas inversiones—. No obstante, una vez que las escaseces disminuyen, se ejerce una presión cada vez mayor para completar los proyectos pospuestos y suspendidos y para aumentar la aprobación de propuestas —y el ciclo recommienza—.

Esta era, pues, la explicación de Bauer sobre los períodos prolongados de construcción y las demoras en los completamientos,

¹⁵ Bauer, 1978.

la baja eficiencia de la inversión, las bajas tasas de crecimiento y una introducción más lenta de nueva tecnología. ¿Este esquema era *inherente* a una economía planificada? No, según Bauer. Más bien, él argumentó que el esquema reflejaba las relaciones particulares dentro de la economía: (a) los directores de empresa querían fondos inversionistas porque ello hacía más fácil el cumplimiento del plan y porque una empresa más grande incrementaba su estatus de poder, y (b) los directores de empresa sabían que las entidades supervisoras aceptarían apoyar sus reclamos de inversión si los empresarios aceptaban las cuotas propuestas.

Regresamos, pues, al rechazo por parte de Kornai del contexto principal-agente como explicación de las muchas perversidades del mecanismo económico existente. El argumento de Kornai es que los de arriba no eran estúpidos. Entonces *¿carecían de poder?* Ciertamente, los empresarios estaban lejos de ser agentes pasivos de los planificadores; ellos más bien actuaban para tratar de sacar ventaja de “las ambigüedades y puntos ciegos del comando de la planificación para promover sus intereses particulares a expensas del desarrollo económico general” (Flaherty, 1992:113).

Tomando como base su estudio de la literatura de los economistas de Europa Oriental, Flaherty señala que los directores de empresa iban mucho más allá de los conocidos mecanismos de defensa tales como “el ocultamiento a las autoridades centrales de la capacidad total de producción, unido a la inflación deliberada o distorsión de los informes de producción”. Los mecanismos individuales y descoordinados de defensa, argumentó, fueron “suplantados por estrategias de ofensiva colectiva mucho más significativas. Estas respuestas concertadas se originan en los intentos de sub-unidades de producción para conseguir aliados organizativos” (Flaherty, 1992:114).

Flaherty también planteó que los *lobbies* y coaliciones sectoriales, que se convirtieron en poderes para sí mismos, procedieron a usurpar la autoridad de las “agencias centrales nominalmente soberanas” (Flaherty, 1992:116). El resultado fue que, en la lucha por fondos de inversión, el patrón de inversión se convirtió “casi

enteramente en función de dominio sectorial, o la correlación de fuerzas fuertemente sesgada existente entre los contendientes en un regateo del plan" (Flaherty, 1992:117). Fuerzas atrincheradas, particularmente en la industria pesada, salieron triunfantes en todo. Y el costo, argumentaron algunos, fue la ausencia de una política industrial nacional coherente.

"A la luz de los destructivos efectos del predominio sectorial" —indica Flaherty— "la pregunta obvia es: ¿por qué entonces el Estado no diagnostica la causa obvia de esas tendencias y toma las contramedidas apropiadas para reafirmar su control contra los monopolios?" (Flaherty, 1992:118). Su respuesta es que *trató*, intentando introducir regulaciones adicionales e indicadores de plan para resolver los problemas; sin embargo, esto sencillamente aceleró "esfuerzos redoblados de los empresarios de producción de menor nivel para evadir el escrutinio externo". La autoridad central estaba "cada vez más incapacitada" (Flaherty, 1992:119).

Considérese la aparente dificultad de apartarse de un modelo de crecimiento extensivo basado en la construcción de nuevas fábricas y llenarlas de una fuerza de trabajo obtenida mayormente del campo. Aunque este fue el patrón histórico de industrialización en el socialismo real, en el período que se analiza la necesidad de cambiar hacia una productividad cada vez mayor en las instalaciones productivas existentes era evidente. Ota Šik señaló en Checoslovaquia que la construcción de nuevas fábricas con recursos extraídos de empresas existentes era a costa de la modernización de plantas existentes y (dada la concentración desproporcionada en la industria pesada) de satisfacer necesidades de consumo. La economía checoslovaca, insistió en 1968, necesitaba "cambiar su énfasis en un período relativamente corto, de inversiones a largo plazo en la industria pesada a los sectores que han sufrido años de desatención" (Šik, 1972:46-50, 52). De forma similar, Kossiguin recibió un importante informe en 1967 detallando serios problemas en la economía soviética, y en 1970 Gosplan emitió un desalentador informe crítico de la dirección de la economía, el cual indicaba que "todos los indicadores básicos se

desacelerarán, deteriorarán o estancarán” (Lewin, 2005:329-333, 370-371).

Y sin embargo, nada parecía cambiar. Dirigiéndose al XXVII Congreso del Partido el 25 de febrero de 1986, Gorbachov afirmó que durante el período del estancamiento (palabra clave para el período de Brézhnev), “fallamos en comprender la necesidad aguda y urgente de convertir la economía a métodos intensivos de desarrollo”. Más bien ha habido un desarrollo continuado “en gran medida sobre una base extensiva, con el objetivo puesto en atraer fuerza de trabajo adicional y recursos materiales para la producción”. Pero, ¿por qué? ¿Por qué no parecían capaces de hacer el cambio al desarrollo intensivo?

Las fuentes de Flaherty ofrecieron una explicación. Ellas argumentaron que la incapacidad de cambiar del modelo de desarrollo extensivo al intensivo reflejaba en gran parte el poder de los grupos sectoriales concentrados en la industria pesada (tanto las empresas como los ministerios). En Polonia, los *lobbies* de la industria pesada y minera se combinaron en contra de la redistribución de inversiones, y de esa forma continuaron extrayendo el grueso de las nuevas inversiones. De forma parecida, el intento de Brézhnev de mover la economía soviética lentamente hacia un modelo de crecimiento intensivo fracasó, y evidenció lo que fue descrito como “la impotencia del centro ante sus subordinados” cuando coaliciones sectoriales lograron apropiarse de fondos de ramas más débiles (Flaherty, 1992: 117, 124).

RESTRICCIONES A LOS PLANIFICADORES

De modo que, ¿cuál fue la base de la “impotencia de los que estaban en la cima? El poder de las autoridades centrales, enfatizó Kornai, no es absoluto: “El ‘político’ no es el manipulador externo de una máquina que puede apretar botones y mover palancas a su voluntad”. Él más bien “reacciona con una acción definida a señales definidas” (Kornai, 1980:380). ¿Qué determina esas reacciones? En su modelo macroeconómico de la economía de escasez, Kor-

nai introdujo no solo una “esfera real” que describe la producción, la inversión, el consumo, etc. (aspectos estándar de un modelo económico), sino también, significativamente, una “esfera de control” que representa la conducta de varios decisores (Kornai, 1982). La política económica y patrones de decisión fueron modelados como endógenas del sistema, y es en esta esfera de control (a través de aquellas reacciones definidas a señales definidas) que son generadas las características únicas y específicas de la economía socialista.

En el núcleo de este modelo está la cuestión de la *retroalimentación*. El modelo de Kornai describe no solo la tendencia a la escasez crónica sino que incluye también importantes mecanismos de retroalimentación que tienden a reproducir un grado “normal” de escasez. De esta forma, donde los desarrollos en la esfera real generan resultados que se desvían de las normas existentes —resultado del “hábito, la convención, la aceptación tácita o legalmente apoyada, o la conformidad” — el sistema genera señales que son retroalimentadas al sistema por la vía de la esfera de control. Muy simplemente, las desviaciones de las normas producen reacciones típicas, una conducta predecible de parte de los decisores (Kornai, 1982, 4-5, 24-33, 76; Kornai, 1980, cáp. 21; Lebowitz, 1985).

Esto nos trae entonces a las restricciones impuestas a los planificadores —es decir, a su aparente impotencia—. ¿Qué ocurrió precisamente en esa esfera de control cuando las normas fueron violadas? ¿Y por qué? Tómese, por ejemplo, la tasa normal de crecimiento del consumo real per cápita. Kornai argumentaba que esa era una norma crítica que los decisores centrales cumplían. Mirando de diez a quince años atrás, él reportaba que muchos planificadores húngaros consideraban que el “límite más bajo de tolerancia” para esta tasa de crecimiento era de 2 % y la tasa normal del 3 % al 4 % (Kornai, 1980:382). Las desviaciones de esta norma, enfatizó, creaban un mecanismo de retroalimentación: “Si el crecimiento del consumo permanece por debajo de su tasa normal, la escala de inversión se reducirá a fin de dejar una mayor

parte del ingreso nacional para el consumo" (Kornai, 1982:47-48). Pero, ¿por qué?

¿Qué era precisamente lo que producía el "mecanismo de control" que empujaba el sistema de regreso a la norma, en caso de desvío? *Una respuesta negativa de la población subyacente*, según Kornai. "Retener aumentos en el nivel de vida, o su reducción absoluta, e infringir el límite inferior [...] más tarde o más temprano conlleva serias consecuencias políticas y sociales, tensión e incluso *shocks*, lo que tras un retraso más corto o más largo obliga a una corrección" (Kornai, 1980:383).

Los de arriba, enfatizó pues, estaban limitados.

[La barrera] depende de la situación sociopolítica real, de qué nivel y tasa de crecimiento del consumo la población estaría dispuesta a aceptar, y dónde comienza la insatisfacción. Y si hay insatisfacción, en qué punto la misma comienza a poner en peligro la estabilidad del sistema. Es un hecho histórico que el malestar puede ser tan grande que induzca a los líderes a cambiar la política económica (Kornai, 1980:212).

En resumen, las crecientes aspiraciones de consumo de la población subyacente, argumentó, fueron un elemento que afectó la conducta típica de las autoridades centrales; estas aspiraciones no podían ser ignoradas (Kornai, 1980:415).

Estrechamente asociada con el deseo de la población de un ingreso en aumento (conjuntamente con la restricción correspondiente a los planificadores) estuvo su preocupación por la estabilidad de los precios. El potencial de "irracionalidad", propuso Kornai, en este caso era alto. Aunque en un punto los precios pudieran haber sido fijados adecuadamente (por ejemplo, reflejando antiguos costos relativos o permitiendo la satisfacción de necesidades básicas), los costos relativos y las preferencias sociales variaban considerablemente con el paso del tiempo. (¿Por qué, preguntaba Kornai, debían ser de interés social los subsidios estatales para necesidades básicas, que alentaban el "comer en

exceso"?) El problema era que la "rigidez y la inercia impiden que los precios relativos para el consumidor se ajusten a nuevas condiciones" (Kornai, 1980:502-503). ¿Quién, sin embargo, era rígido o conservador?

La gente misma. La cuestión, sencillamente, era que los movimientos de los precios al consumidor eran "un problema político delicado". La restricción en el presupuesto doméstico es dura; por tanto, todo aumento de precio lo golpea fuertemente, generando gruñidos y protestas. "Precisamente porque un relativamente alto grado de estabilidad en los precios es uno de los más grandes logros de las economías socialistas, la población *espera* que los precios permanezcan invariables; *la estabilidad en sí misma es de valor para la gente*" (Kornai, 1980:485).

Y así, la expectativa de la población subyacente generaba una rigidez en los precios. Cualquier cambio significativo en los precios tendría un efecto redistributivo importante (como en el caso, por ejemplo, de poner fin a los alquileres subsidiados). "Cualquier redistribución radical inquietaría a la opinión pública. Aquellos que ganan con ello pueden incluso no reconocer su ganancia". Esto, explicaba Kornai, era el fenómeno de la "trampa de la estabilidad de los precios": "la gente se acostumbra a la estabilidad, y después de un tiempo ellos incluso esperan que el gobierno la garantice. Cualquier aumento importante de precios da lugar a intranquilidad" (Kornai, 1980:509-510).

En resumen, fue la población subyacente *misma* la que se caracterizó por "rigidez e inercia". No es para sorprenderse, la gente era conservadora en relación con las medidas que amenazaban sus ingresos reales. Si los planificadores emprendían una iniciativa en dirección a una mayor "racionalidad" económica, ellos se enfrentaban directamente al hábito y la convención (es decir, contra la aceptación popular de las normas existentes).

La norma más significtiva, empero, era la del pleno empleo. Kornai señaló que "uno de las conquistas básicas históricamente importantes de la economía socialista es el empleo pleno. No solo alcanza un alto nivel de empleo, sino que, una vez alcanzado,

lo garantiza firmemente" (Kornai, 1980:235). A diferencia del capitalismo, con su mercado de compradores de fuerza de trabajo en el cual todas las cargas del mercado (tales como búsqueda, espera, colas y sustitución forzada) recaen en los vendedores, Kornai enfatizó que el socialismo está caracterizado por un mercado de vendedores de fuerza de trabajo, por tanto, una elevada tasa de participación, absorción de reservas potenciales y eliminación del desempleo crónico.

Por consiguiente, el sentimiento de "indefensión" de los obreros en el capitalismo, que resulta de la amenaza de desempleo, está ausente en el mercado de vendedores de fuerza de trabajo característico del socialismo: "La persona acostumbrada al empleo no tiene competidores desempleados en el mercado, ni tampoco hay la posible competencia por parte de un enorme ejército potencial de reserva. *La conducta del grupo acostumbrado al empleo se caracteriza por el empleo garantizado*" (Kornai, 1980: 251-252).

Entonces, ¿era esto una restricción significativa para los planificadores? En la medida en que el empleo pleno era una expectativa de la población, ¿la violación de esta norma produciría "serias consecuencias políticas, tensión e incluso *shocks*"? Necesitamos entender más acerca de las dimensiones de esta norma de empleo si hemos de asumir que ella efectivamente obligó a los planificadores a seguir un determinado camino.

DERECHOS DEL PUESTO DE TRABAJO

En 1975 David Granick argumentó que el derecho a un puesto de trabajo en la URSS involucraba mucho más que el empleo pleno al nivel macro y que también funcionaba al nivel micro. "Se considera impermissible, excepto en muy raras circunstancias", indicó, "el despedir a obreros por otras razones que no fueran aquellas de gran incompetencia o repetidas violaciones de la disciplina de la fábrica". En pocas palabras, "los obreros han tenido una seguridad de empleo virtualmente completa. Más que ninguna otra cosa, esta es el rasgo que ha dado contenido en la mente

del obrero ordinario al lema de un Estado de obreros" (Granick, 1975:245-246).

La "inadmisibilidad política de los despidos" dio así a los obreros una seguridad real: ellos estaban "protegidos, no solo contra la realidad del desempleo, sino también contra la necesidad de cambiar o bien la ocupación o el lugar de trabajo bajo la amenaza del desempleo" (Granick, 1975:473). Esta característica, que Granick llamó la restricción del "pleno empleo microeconómico" (pero que luego llamaría "derechos del puesto de trabajo") significaba que los obreros eran "virtualmente inmunes a la presión de sufrir cambios de puesto de trabajo que ellos consideren personalmente por cualquier razón que reducen su bienestar individual".

Sin embargo, lo que era positivo para los obreros aparecía como esencialmente negativo para Kornai. Su análisis de la norma de empleo claramente demuestra (si es que hubo alguna duda) que su concepto de racionalidad reflejaba todo el tiempo la perspectiva del director de empresa (la "célula" de la economía). En ausencia de tiempo muerto en el mercado de fuerza de trabajo, argumentaba Kornai, el comprador (el empresario) asume los costos de búsqueda, recogida de información, espera, etc. (Kornai, 1980:254). Además, en estas condiciones de escasez, las empresas se ven obligadas a acumular y reservar fuerza de trabajo para el futuro. Tan solo desde esta perspectiva estaba justificado el "ajuste" de la norma de empleo —un pequeño tiempo muerto en el mercado laboral (un ejército de reserva de desempleados) sería racional—.

El mayor problema, para Kornai, sin embargo, era el "tiempo muerto interno", "el desempleo en el puesto de trabajo". Kornai proponía que "mientras más frecuente e intensa la escasez de fuerza de trabajo, mayor sería el tiempo muerto interno, es decir, el desempleo en el trabajo". ¿Por qué? Porque "la escasez crónica e intensa de fuerza de trabajo relaja la disciplina del taller, deteriora la calidad del trabajo, reduce la diligencia de los obreros". Apuntó que "la mayoría de las personas [...] realizan su trabajo

razonablemente bien sin presión externa para hacerlo. Y mientras más comprenden la importancia social de su trabajo, más verdadera es esta afirmación". Pero *"los factores que operan a favor de la disciplina, la diligencia y el cuidado son contrarrestados por la escasez crónica de fuerza de trabajo. La seguridad absoluta del obrero, la garantía incondicional de empleo alienta la irresponsabilidad en cualquiera que sea susceptible a ello"* (Kornai, 1980:255).

¿Y qué podían hacer los directores de empresa acerca de esto? Los directores (incluyendo los capataces) estaban limitados para imponer disciplina; estaban obligados por el mercado de vendedores "a ser indulgentes". La cadena causal: a mayor intensidad de escasez de trabajo, con mayor frecuencia los obreros abandonan los puestos de trabajo inesperadamente para aceptar otros (dejando los puestos sin cubrir). "Alternativamente puede que no se vayan, pero simplemente se ausentan sin justificación, o vienen al trabajo, pero en vez de trabajar debidamente solo pierden el tiempo" (Kornai, 1980:256). Claramente, a los ojos de Kornai pocas cosas eran peores que el comportamiento típico de los obreros en esta economía de escasez.

Obviamente, funcionar en este mercado de vendedores de fuerza de trabajo era un problema para los directores de empresa. La otra parte, desde luego, es que la economía de escasez y la norma del pleno empleo proporcionaron beneficios inmediatos para los trabajadores. Pero, ¿qué sucedía con las autoridades económicas centrales, los planificadores? ¿Explicó Kornai que la norma de empleo pleno (al igual que las otras normas) restringía a los planificadores, obligando a las decisiones que reproducían la economía de escasez? De hecho, él dijo sorprendentemente poco acerca de esto. Como comentara Granick acerca del *Anti-Equilibrium* de Kornai, "no hay nada en su tratamiento, bien de la historia o de la lógica de la succión, que sugiera absolutamente ningún papel para la restricción del mantenimiento del puesto de trabajo, que yo considero fundamental" (Granick, 1975:249). Y una vez que Kornai cambió su explicación acerca de las escaseces para tensar el ansia insaciable de inversiones de los empresarios, cual-

quier vínculo directo en su análisis entre la norma del pleno empleo y el comportamiento de los planificadores se tornó incluso más oscuro.

No obstante, dado que “en el modelo de Kornai se invierte muy poco o nada sin la aprobación del Centro”, la adaptación del plan al afán de inversión de los empresarios es “una condición necesaria para las tensiones inversionistas que conducen a la escasez de fuerza de trabajo”. Dado que “es solo la aceptación por parte del Centro de las solicitudes lo que ocasiona que la demanda de fuerza de trabajo para períodos futuros sea irrestricta”, la teoría de Kornai daba por sentado esa pregunta crítica: ¿por qué el Centro accedía? (Granick, 1987:69).

Para tratar de dar respuesta a esta pregunta necesitamos saber más acerca de esta norma de empleo. La norma parece haber tenido (al menos) tres aspectos relevantes: (a) presiones económicas que crean el mercado de vendedores de fuerza de trabajo, asegurando con ello una alta probabilidad de que haya puestos de trabajo disponibles para todos; (b) presiones políticas y legales para colocar a personas en los puestos; y (c) presiones políticas y legales para proteger a la gente de perder sus puestos o de verse obligados a cambiarlos en alguna forma.

Obviamente estos aspectos están relacionados; sin embargo, si tomamos en cuenta solo el primero de ellos (pleno empleo) es probable que malinterpretemos la base que subyace en los mismos.

Comencemos por el último de ellos: los derechos al puesto de trabajo, “la seguridad *absoluta* del trabajador”, el derecho *de facto* del trabajador individual a su puesto de trabajo existente. Este derecho al puesto de trabajo fue apoyado explícitamente en la legislación laboral introducida en el período post-Stalin. El Artículo 17 de la Legislación Laboral Fundamental de la URSS (1971), por ejemplo, restringía las bases para el despido de un trabajador a razones específicas y apuntaba que incluso estas razones solamente eran válidas “si es imposible transferir al empleado en cuestión a otro puesto con su consentimiento” (Laibman, 1978:29).

En teoría, un obrero podía ser despedido por violar la disciplina laboral (por ejemplo, ausentismo y estado de embriaguez en el puesto de trabajo), por ser remiso a / o estar incapacitado para realizar sus tareas, y por redundancia (es decir, porque estas ya no eran necesarias). En la práctica, sin embargo, no era tan fácil. La primera línea de defensa del trabajador era el comité sindical electo del centro de trabajo. Antes de cualquier despido, ese comité tenía que estar de acuerdo, y esto tenía que ocurrir en una reunión plenaria, requeriría un quórum de dos terceras partes y una votación con mayoría absoluta por el despido (Granick, 1987:103). Y esa decisión, si favorecía al trabajador, no podía ser revocada (un poder que Granick describió como “verdaderamente impaciente” debido al principio usual en el socialismo real por el que “un órgano jerárquicamente superior siempre puede revocar la decisión de uno inferior”).

Asumiendo que el comité sindical apoyara el despido, sin embargo, el obrero siempre podía recurrir a los tribunales. Lewin indica que “en 1965, en el 60 % de los casos sometidos a ellos, los tribunales habían ordenado la reubicación de los trabajadores despedidos —con pago de los atrasos, lo cual significaba “serios costos” para el gobierno— (Lewin, 2005:331).

Los obreros también estaban protegidos de cambios en el puesto de trabajo y traslados a otros trabajos, incluso en casos claros donde habían quedado excedentes debido a cambios tecnológicos y reorganización. En tales casos, la mayoría de los obreros cuyo puesto de trabajo había desaparecido eran recalificados en la misma empresa. Si rehusaban, sin embargo, de nuevo podían apelar al sindicato para protección y a los tribunales (e incluso tenían más éxito allí). Todo esto sucedía en un contexto donde había un constante esfuerzo por encontrar puestos de trabajo para nuevos ingresos al mercado laboral, por ejemplo, presión a las empresas para que contrataran a gente joven. La existencia de desempleo en áreas específicas trajo consigo igualmente presión por parte de los comités locales del Partido que todas las empresas locales añadían a su fuerza de trabajo. Esta era una práctica apoyada

por el Artículo 9 de la Legislación Laboral, que expresaba que “la negativa infundada de conceder un trabajo está prohibida por la ley” (Laibman, 1978:29).

La protección que los trabajadores individuales tenían para sus puestos de trabajo de parte de los sindicatos y los sistemas legales era real. Sin embargo, como apunta Lewin sobre la URSS, “los empleados poseían un arma más efectiva que apelar a los tribunales: ellos podían defender sus intereses cambiando de trabajo” (Lewin, 2005:176). En síntesis, la existencia de succión y la economía de escasez significaban que los obreros podían garantizar sus derechos dentro del centro de trabajo (incluyendo el derecho a un día laboral con un ritmo que decididamente no era intenso; otra norma). En este mercado laboral de vendedores los obreros podían moverse libremente y aprovechaban esa oportunidad. El treinta por ciento de la fuerza laboral industrial manual soviética abandonó la empresa donde trabajaban en un año dado, a pesar de las medidas desarrolladas por los directores de empresa para retener a sus trabajadores, tales como clasificación para un puesto superior, otorgamiento de vivienda, cuidado de los niños, etc. (Granick, 1987:13-14).

¿Cuán importante, pues, era esta combinación de derechos del puesto de trabajo y la economía de escasez para entender el socialismo real? Granick argumentó que la condición de “derechos al puesto de trabajo-empleo rebosante (JROE por sus siglas en inglés) tuvo “prioridad por encima de la mayor parte de los otros objetivos de los planificadores centrales en la Unión Soviética”. Pudiera verse, propuso, como una meta clave de los planificadores centrales que “tiene que ser cumplida plenamente antes de alcanzar otros objetivos”. El argumento alternativo, reconoció, es que los JROE eran una *restricción* que enfrentaban los planificadores centrales, impuesta “contra su voluntad” (Granick, 1987:1-3).

¿Cuál era? Granick insistía en que garantizar los derechos del puesto era la política preferida de los líderes soviéticos, ya fuera porque ellos mismos la preferían o porque “creían que las reacciones políticas de la población soviética a las violaciones [...] sería

tan severa" (Granick, 1983:139). Este último punto era el mismo que había sido esgrimido antes en cuanto a las reformas húngaras: "interferir en este derecho fundamental de los obreros húngaros haría surgir de la forma más aguda la cuestión del abandono del socialismo: en las mentes tanto de la población de Hungría como de los líderes en los otros países del CAME" (Granick, 1975:246). En cualquier caso, él argumentó que el resultado económico sería el mismo tanto si la conducta típica de los planificadores tenía lugar porque estas normas eran suyas o porque su no cumplimiento comenzaría "a hacer peligrar la estabilidad del sistema".

Sin embargo, dado que el mantenimiento de estas normas fue posteriormente abandonado por los que estaban en la cima, es importante determinar si planificadores y obreros tenían idénticas metas. Analícese, por ejemplo, la diferencia entre empleo pleno (el derecho a un puesto de trabajo en general) y derechos del puesto de trabajo (el derecho a un puesto de trabajo específico —lo que Granick denominó restricción microeconómica del pleno empleo)—. Hablando con un grupo de obreros, Janos Kadar, primer ministro de Hungría, argumentaba que "el pleno empleo es la conquista de nuestro sistema". Sin embargo, "al mismo tiempo es inevitable el reagrupamiento racional de la fuerza de trabajo. El desarrollo y expansión de la producción económica, la contracción y finalmente el cese de la producción no económica requieren el reagrupamiento adecuado de la mano de obra".

¿Qué revelaba esto? La interpretación de Ed Hewitt fue que en 1981 los líderes del Partido y gobierno húngaros estaban en el punto en que "definían el pleno empleo como el derecho garantizado a un puesto de trabajo, pero no a un puesto de trabajo específico ni a una forma específica de realizar ese trabajo". Y eso quería decir que "en los próximos años ellos tratarían de convencer a la población" de la necesidad de reagrupar a los trabajadores. Aquí había "dos escollos formidables para la ulterior reforma económica en Hungría. La población está convencida de que una distribución justa del ingreso es una distribución plana, y están convencidos de que la garantía de un puesto de trabajo por parte

del Partido significa que cada persona puede mantener el puesto que él o ella tiene en este momento” (Hewitt, 1981). En pocas palabras, los de arriba estaban claramente restringidos por lo que los trabajadores consideraban su derecho.

Pero esto nos acerca a lo que algunos pudieran considerar una paradoja del socialismo real. Analicemos el fenómeno de los derechos al puesto de trabajo —el paquete que incluía seguridad de empleo, un ritmo de trabajo relativamente cómodo, y la disponibilidad de puestos de trabajo alternativos debido al pleno empleo—. Estas eran características que serían reconocidas como grandes conquistas que eran resultado de las luchas obreras en el capitalismo. *Pero no eran conquistas de los trabajadores en el socialismo real; la clase obrera y las organizaciones obreras no eran lo suficientemente fuertes para garantizarlas y protegerlas.*

He aquí la paradoja de la situación de los trabajadores en la URSS, resumida por Linda J. Cook:

Su clase obrera hasta recientemente era políticamente inactiva y organizativamente débil, le estaban negados los derechos a crear sindicatos independientes, a organizar partidos políticos, incluso a ejercer una participación política efectiva o significativa. Sin embargo, los obreros soviéticos parecen haber obtenido de los regímenes de posguerra importantes metas políticas —empleo pleno y seguro, crecientes ingresos reales y servicios humanos socializados— los cuales han permanecido inaccesibles a las organizaciones laborales mejor organizadas en el mundo industrializado. ¿Cómo podemos explicar esta paradoja? (Cook, 1993:1).

¿Cuál era la representación organizativa de los obreros? Como hemos visto, los sindicatos oficiales protegían los derechos de los trabajadores individuales; sin embargo, sus líderes eran nombrados desde arriba y su principal función era servir como una co-rea de transmisión para movilizar a los trabajadores en apoyo de las metas estatales. El artículo 96 de la Legislación Laboral Funda-

mental apuntaba que las organizaciones sindicales participaban en la elaboración de los planes estatales de desarrollo económico (en la cima) y “enrolaban a los obreros de las fábricas y empleados de las oficinas en la gestión de la producción; ellas organizan la emulación socialista, la participación a escala masiva en promover nuevas ideas en la tecnología, y ayudan a promover la producción y la disciplina laboral” (Laibman, 1987:28-29).

Sin embargo, no se dice una palabra acerca del *poder* obrero dentro del centro de trabajo, a menos que (como apunta el artículo 97) su derecho a participar en las discusiones y a “someter propuestas sobre cómo mejorar el trabajo de las empresas, instituciones y organizaciones” sea interpretado como poder. Y a menos que sea visto como una conquista de los obreros que “los funcionarios de las empresas, instituciones, organizaciones deben examinar con prontitud las propuestas y críticas formuladas por los obreros de las fábricas y los empleados de las oficinas, e informarlas en relación con los pasos dados en estos asuntos” (Laibman, 1978:28). En otras palabras, la compañía estaría feliz de recibir sugerencias de parte de los trabajadores, y la compañía decidiría cuáles, si es que alguna, serían aplicadas.

Ningún poder dentro del centro de trabajo para dirigir el proceso de producción, ninguna capacidad para que los obreros se transformaran a sí mismos en el proceso de transformar cosas, pero protección de los derechos del puesto de trabajo individuales (especialmente contra iniciativas de los directores de empresas). Este escenario es el de una fuerza laboral atomizada pero segura, una situación “en la que el trabajador atomizado, alienado, despojado de cualquiera y de todos los medios de ejercer la defensa colectiva de sus intereses dentro de la producción y de la sociedad en su conjunto, podía ejercer, y de hecho ejercía control individual sustancial sobre la organización y la ejecución del trabajo”. Y este resultado era “trabajo lento, defensa de la organización laboral ineficiente, tolerancia, cuando no exacerbación de las alteraciones en el régimen laboral, y una indiferencia general hacia la calidad (Filzer, 1994:5). ¿Era

este el resultado que los obreros deseaban? ¿Era lo que deseaban los planificadores?

LA NATURALEZA DEL CONTRATO SOCIAL

Según Lewin, el ingenioso comentario “usted simula pagarnos y nosotros simulamos trabajar” contenía “un grano de verdad, es decir, la existencia de un contrato social tácito, nunca firmado o ratificado, por el que las partes llegaban a un entendimiento sobre llevar adelante una economía de baja intensidad y baja productividad” (Lewin, 1975:320). Sin embargo, el contrato social antes mencionado iba mucho más allá de esto; este comprendía no solo derechos laborales sino también ingreso creciente, necesidades subsidiadas y relativo igualitarismo, todo ello a cambio de la aceptación del poder del Estado y del Partido y restricciones a cualquier poder desde abajo (Cook, 1993).

¿Este contrato daba a los obreros lo que ellos realmente querían o era lo mejor que ellos podían obtener en aquellas circunstancias? Cook propuso que “lo que el Estado soviético entregaba era precisamente aquello que su sociedad más valoraba, es decir, el partido y el pueblo compartían una concepción de justicia distributiva y social que daba prioridad al bienestar material y al igualitarismo (Cook, 1993:3).

Sin embargo, dada la ausencia de un mecanismo mediante el cual los trabajadores pudieran expresar lo que querían, ¿cómo podemos saber si era así? Ciertamente, sería importante saber qué sucedió con aquellos obreros que opinaban que los términos del contrato no eran suficientemente buenos. Flaherty señaló, por ejemplo, represalias contra obreros soviéticos que desafiaron las condiciones en sus centros de trabajo y comentó: “El *status quo* corporativo del contrato social de Brézhnev es el balance entre lo máximo que la clase dominante concederá y lo mejor que puede esperar la clase

subalterna, dado lo ‘despiadado de la vida’ en una sociedad industrial moderna” (Flaherty, 1989:47)¹⁶.

En pocas palabras, aunque este contrato social brindaba beneficios precisos a los trabajadores, no debe asumirse que sus condiciones habían sido negociadas por ellos o que ellos las habían escogido. “Había un sistema de obligaciones mutuas”, explicaba Boris Kagarlitsky.

Utilizamos el término “contrato social obligatorio” o contrato social asimétrico queriendo decir que la población fue obligada a este contrato social. El contrato social definitivamente no era libre. Por otra parte, si uno vivía en el país uno entendía que, aunque la población era obligada a este contrato, el mismo era aceptado, no solo porque no había otra salida sino porque a la gente le gustaban ciertos aspectos del contrato (Kagarlitsky, 1995).

¿Quién, entonces, escogió este contrato y por qué? Para comprender el socialismo real necesitamos explicar la relación particular entre los trabajadores y el grupo que hemos venido denominando los planificadores.

Estudiemos el curso de nuestro análisis del socialismo real. Comenzamos por un “hecho real”, lo real concreto. La omnipresencia del fenómeno de las escaseces fue nuestro punto de partida, y seguimos el rastro de la causa aparente de las escaseces hasta la relación entre planificadores y directores de empresa. El análisis ulterior, sin embargo, llevó a la conclusión de que la relación interna que generó estos fenómenos había que encontrarla en la relación entre planificadores y trabajadores —una relación plasmada en el simple concepto del contrato social—. Con este concepto podemos tratar de desandar nuestros pasos para desarrollar una comprensión del socialismo real como un todo.

¹⁶ Flaherty cita el caso de una joven obrera internada en un hospital psiquiátrico por sus quejas relativas a la “implantación de regulaciones sanitarias y de seguridad en el taller y [su] crítica verbal al mantenimiento de comedores privados de lujo para la dirección mientras los obreros carecían de ellos” (Flaherty, 1989:46).

Debemos apuntar inmediatamente, empero, dos silencios relativos al concepto del contrato social. Uno se refiere al lugar de los directores de empresa. Después de todo lo que hemos dicho acerca de ellos en este capítulo, ¿dónde encajan ellos en este contrato social?

El segundo silencio se refiere al nexo principal entre desarrollo humano y práctica. ¿Dónde en esta discusión del contrato social existe un enfoque del desarrollo pleno de los seres humanos, un énfasis en la práctica revolucionaria, el énfasis en el desarrollo de las personas a través de su actividad en la esfera de la producción y en todos los aspectos de sus vidas, el desarrollo de seres humanos socialistas?

Estos silencios no son accidentales. En este concepto de un contrato social entre planificador y obrero, o, más bien, entre la vanguardia y el obrero, podemos ver las características de la relación dominante de la producción en el socialismo real. Este aparente contrato social permite la reproducción de esa relación, la que denominaremos *la relación de producción vanguardia*.

CAPÍTULO 3

La naturaleza y reproducción de las relaciones de producción de vanguardia

Los comienzos son críticos, en especial cuando uno está tratando de entender una combinación compleja de elementos. Cuando se inicia un examen del socialismo real concentrándose en los derechos jurídicos de propiedad (propiedad estatal sobre los medios de producción) y un mecanismo de coordinación (planificación central), inevitablemente es desplazado el centralismo de las relaciones de producción características del socialismo real. ¿Cuáles son las relaciones sociales en las cuales tienen lugar la producción, la distribución y el consumo? ¿De quién son los objetivos que dominan la producción? ¿Quién manda en el centro de trabajo? ¿Cuáles son las relaciones entre los productores? Debemos tener siempre presente que toda producción tiene lugar dentro y a través de un conjunto particular de relaciones sociales.

Así pues, ¿dónde comenzar? La selección de un punto de partida en una construcción lógica no puede ser arbitraria; antes bien debe fluir desde un análisis de lo concreto específico. Por consiguiente, tras concluir nuestra consideración del socialismo real resaltando la importancia del contrato social particular entre “planificadores” y trabajadores, comenzaremos con lo que hemos designado en el capítulo anterior como *relación vanguardia de producción*. Pero si comenzamos aquí, ¿no implica esto que la propiedad estatal y la planificación central que observamos en el socialismo real deberían ser entendidas como la forma *vanguardia* de propiedad estatal y la forma *vanguardia* de planificación central? Obviamente, en una construcción dialéctica, todos los momentos posteriores están implícitos en el punto de partida.

Sin embargo, necesitamos tener cuidado de tal inferencia: ella presupone que las relaciones vanguardia de producción coinci-

den precisamente con el socialismo real. No obstante, al excluir a los empresarios del contrato social ya hemos indicado que el socialismo real *no* se componía solo de relaciones vanguardia de producción. Existía más de una relación. Como veremos, había un proceso de reproducción que era impugnado, y los fenómenos desde los años cincuenta hasta los años ochenta descritos en los capítulos anteriores en muchos aspectos fueron resultado de esta impugnación. Además, tenemos que analizar si el contrato social descrito allí representaba relaciones de vanguardia como tales o si era un modo particular, existente en un determinado período, para regular su reproducción.

EL PARTIDO DE VANGUARDIA

Tras años de experimentar y estudiar el socialismo real, Kornai escogió iniciar su obra fundamental sobre este por el partido comunista. De hecho, al inicio de *The Socialist System*, indicó que “el único criterio” que utilizó para designar a un país como socialista fue el poder indiviso de un partido comunista (Kornai, 1992:4, 11). Para Kornai, por definición el socialismo “comienza a existir solo cuando y donde el partido comunista está en el poder” (Kornai, 1992:87). Por lo tanto, la dirección por parte del partido comunista es “necesaria y suficiente para que el sistema surja y se consolide” (Kornai, 1992:375).

El partido comunista tiene que tomar posesión íntegra del poder político para que el proceso pueda ser encauzado. Esta configuración histórica contiene el “programa genético” que transmite las principales características del sistema a cada célula del mismo. Esta es la semilla de la nueva sociedad a partir de la cual crece todo el organismo (Kornai, 1992:375).

En pocas palabras, para Kornai el sistema orgánico, el socialismo real, está latente en el partido comunista. “Este ‘programa genético’ diseña a la sociedad a su propia imagen; crea un sistema

coherente cuyos diversos elementos se conectan y se asumen y refuerzan recíprocamente” (Kornai, 1992:361). La propiedad estatal, la relación Estado-partido, la planificación central, son solo algunos de los elementos que según Kornai dimanar de esta premisa a través de un flujo de pensamiento deductivo. “El factor principal que produce los otros fenómenos específicos del sistema”, argumentó, “es el poder indiviso del partido comunista imbuido de su ideología específica” (Marx, 1981:507).

Según se indicó con anterioridad, nos apartamos muy significativamente del análisis y las conclusiones de Kornai. Sin embargo, tanto su punto de partida como su intento de deducir “fenómenos específicos del sistema” de esta premisa lógica conducen a la dirección correcta. De modo que comenzamos con una parte de las relaciones de vanguardia, el partido de vanguardia. Al hacerlo, sin embargo, nuestro enfoque inicial se centra en la *lógica* de la vanguardia, es decir, el partido de vanguardia en su “pureza” más que en cómo puede haber sido infectado en el transcurso de su interacción con otros elementos (tanto contingentes como inherentes).

Comencemos, pues, por proponer tres principios o doctrinas del partido de vanguardia.

1. *El objetivo del cambio de sistema*: un compromiso absoluto de remplazar el capitalismo por el socialismo y construir una sociedad comunista (la cual tiene como premisa el desarrollo adecuado de las fuerzas productivas).
2. *La necesidad de un instrumento político*: lograr este objetivo requiere un partido político con la misión y la responsabilidad de organizar, guiar y orientar a la clase obrera, a todo el pueblo trabajador, y a las organizaciones sociales.
3. *El carácter necesario del partido de vanguardia*: la lucha por derrotar a los enemigos de la clase obrera requiere de un partido revolucionario disciplinado, centralizado y unido —*nuestro* partido—.

Analícense estos tres puntos. El objetivo del cambio de sistema distingue el concepto del partido de vanguardia de un cuerpo de burócratas interesados en sí mismos o de capitalistas en potencia. Comienza con un claro rechazo del capitalismo como sistema y la creencia en la necesidad del socialismo. Dado ese objetivo esencial, la pregunta es: ¿qué hay que hacer? Algo característico de los partidarios del partido de vanguardia es la convicción de que el logro de este objetivo no tendrá lugar espontáneamente y, por consiguiente, requiere liderazgo. Esta orquesta, en pocas palabras, necesita un director. “La interconexión y unidad del proceso está representada necesariamente por una voluntad de mando” (Kornai, 1992:56). Y esa voluntad de mando tiene que ser el partido. Como expresara Stalin: “el Partido tiene que estar a la cabeza de la clase obrera” (Kornai, 1992:56).

Esta autoconcepción del partido como el necesario conductor en el camino hacia el socialismo y el comunismo trae consigo responsabilidad y deberes; el objetivo es “lo único que cuenta, y nadie está más convencido de esto que el propio conductor” (Canetti, 1973:458). Dejar de dirigir sería traicionar a la clase obrera. Describiendo la autoconcepción del papel del partido comunista en el socialismo real, Kornai escribió: “La clase obrera no ejerce el poder directamente; está representada por el partido. El partido es la vanguardia de la clase obrera y en última instancia de toda la sociedad. Como tal, está destinado a dirigir la sociedad” (Kornai, 1992:55).

En resumen, el partido asume el papel de educador hacia el alumno, de líder hacia el dirigido, y de conductor al que es conducido. Impartiendo su “conocimiento acumulado” en forma de “marxismo-leninismo”, el partido es el maestro, el mentor ideológico del pueblo, y su brújula. Desde luego, para evitar confusión en la clase obrera y en la sociedad en su conjunto, cualesquiera divergencias internas del partido deben ser escondidas; solo puede haber una comprensión aceptada del marxismo-leninismo, un maestro, un director para guiar el proceso. El socialismo, en esta

perspectiva, es un regalo para quienes están debajo, de los únicos que están arriba, que saben cómo crear el socialismo¹⁷.

Pero, ¿quién acepta esta responsabilidad de dirigir la sociedad? Aquellos que combinan el compromiso de construir el socialismo, el reconocimiento de la necesidad del liderazgo partidario y la aceptación de la importancia de la unidad son los miembros lógicos del partido. “Muchos miembros del aparato”, reconoció Kornai, “son personas guiadas por propósitos nobles que trabajan largas, duras horas con la firme convicción de que al hacerlo sirven a la causa de su partido y del pueblo, al bien común y a los intereses de la humanidad” (Kornai, 1992:41). Él regresó a este punto cuando describió las motivaciones de miembros de la burocracia estatal en el socialismo real: encabezando su lista de la compleja combinación de motivos (que incluye el interés en el poder, el prestigio y el beneficio material) está la “convicción política y moral” basada en la “creencia en las ideas del partido, la aceptación de la ideología oficial y el entusiasmo por los objetivos del plan” (Kornai, 1992:118-19).

Esta convicción política y moral que hace a los miembros del partido trabajar “largas, duras horas” para construir el socialismo, no cae del cielo. El primer principio del reclutamiento del partido de vanguardia es atraer a aquellas personas que han demostrado, a través de su conducta (honesta o simulada) en sus centros de trabajo y comunidades, que son buenos candidatos y que aceptarán las responsabilidades del partido y sus normas.

Una vez en el partido, estos reclutas lógicamente deben ser ejemplares y modelos positivos para todo el resto de la sociedad. Así, se espera de ellos que sean sacrificados, que sean ejemplo de la actitud comunista hacia el trabajo, que respeten, protejan y cuiden la propiedad socialista y que luchen por implementar las posiciones del partido incluso después de haber discutido y vota-

¹⁷ Ver en Lebowitz, 2010b:48-50, el análisis de las teorías de Paulo Freire y su relación con el rechazo por Marx del concepto utópico de cambiar las circunstancias para la gente en vez de la práctica revolucionaria, en la cual la gente se transforma a sí misma en el proceso de transformar las circunstancias

do en contra de ellas¹⁸. Otros deberes subrayan la importancia de colocar los intereses sociales por encima de los intereses personales, ser ejemplo de sensibilidad y solidaridad humana, fortalecer y ampliar las relaciones entre el partido y las masas, tratando de atraer a los mejores obreros y otros ciudadanos para el activismo revolucionario y manteniendo en alto los principios del internacionalista, la unidad y la cooperación. *¿Cómo es posible que esto no atraiga a los jóvenes mejores y más idealistas de la sociedad?*

Sin embargo, no todo el que está comprometido con el objetivo de construir la sociedad socialista y dispuesto a sacrificarse calificaría como un buen miembro del partido. Se esperaba del militante que estudiara a profundidad la ideología partidaria, que trabajara para implementar las decisiones del partido, que aceptara el proceso de crítica y autocrítica, y que estuviese dispuesto a someterse a la disciplina partidaria. No todo el mundo está preparado para eso. Además, incluso si se está, la decisión no es solamente de uno mismo. Para ser aceptado como miembro del partido, un candidato tiene que ser aceptado no solo por una unidad local sino también por el siguiente órgano superior del partido. El principio de que aquellos que están arriba son los que deciden, en pocas palabras, está incorporado dentro de la propia estructura del partido de vanguardia. Y es la presencia continua de ese principio jerárquico lo que caracteriza al partido y da forma al comportamiento individual desde el momento del ingreso.

Hay una lógica particular en esto. Dado que la lucha por construir el socialismo requiere unidad y disciplina dentro del partido, las estructuras internas deben reflejar esas obligaciones. Con ese fin, el partido se basa en el “centralismo democrático”, el cual puede ser definido como la mayor democracia posible al arribar a decisiones, y el mayor centralismo y disciplina posibles al ejecutar esas decisiones. Descrito como tal, el centralismo democrático es solo sentido común.

¹⁸ Ver, por ejemplo, los cuatro primeros deberes de los miembros del Partido Comunista de Cuba en Estatutos del Partido Comunista de Cuba: 8.

Esa democracia, sin embargo, es episódica, limitada en general a congresos del partido y otras ocasiones de toma colectiva de decisiones. La disciplina y el centralismo, por contraste, son parte de la vida diaria y las responsabilidades de los militantes del partido. Para ilustrar la primacía de lo segundo, consideremos el primerísimo punto en “el principio básico de centralismo democrático” del Partido Comunista de China:

(1) El militante del partido está subordinado a una organización partidaria; la minoría está subordinada a la mayoría; el nivel más bajo de organización está subordinado al nivel más alto; cada organización y todos los miembros de todo el Partido están subordinados al Congreso Nacional del Partido y al Comité Central¹⁹.

De esta forma, un proceso de arriba-abajo, comentaba Kornai, en la práctica *invierte* el concepto subyacente del centralismo democrático. Más que un proceso de organización desde abajo, en la práctica lo que existe es una “jerarquía burocrática que abarca a todo el partido: las instrucciones provenientes de arriba deben ser ejecutadas por los subordinados” (Kornai, 1992:36). Estructura e ideología se interpenetran porque “el código de imperativos morales” para los miembros del partido en la ideología oficial enfatiza la disciplina: “La línea política prevaleciente debe ser seguida, las decisiones respaldadas, y las órdenes de los superiores obedecidas sin vacilación” (Kornai, 1992:57).

Existe, sin embargo, otro aspecto muy importante de esta inversión de un proceso de abajo a arriba. Y es la tendencia en la cima a seleccionar el fondo, es decir, la tendencia de aquellos que están en la cima de la jerarquía, de nombrar como subordinados a aquellas personas a quienes consideran que se les puede encomendar la ejecución de sus políticas. Tenemos aquí el concepto de la *nomenclatura*, la lista de aquellos en quienes se puede confiar. El circuito invertido se cierra cuando aquellos que han sido nom-

¹⁹ Ver <http://english.people.com.cn/data/organs/cpc.html>.

brados desde arriba (y por lo tanto deben su lealtad hacia arriba y no a aquellos que están por debajo de ellos) proceden a escoger a los líderes del partido y votan por las políticas.

Si bien una estructura tal puede ser eficiente en lograr objetivos partidarios específicos, ¿cómo no habría de afectar la naturaleza de los militantes del partido producidos como resultado conjunto de esos procesos? Recordar el principio del “vínculo clave” entre el desarrollo humano y la práctica —ese cambio simultáneo de circunstancias y actividad humana o auto-cambio que Marx llamó “práctica revolucionaria”—. ¿Qué clase de personas son producidas dentro de estas relaciones jerárquicas? Son personas que no querrían que se les considerase desviadas respecto a las normas y decisiones del partido, o con una conducta individualista, colocándose así “por encima del partido”; son personas que se disciplinan consecuentemente.

Describiendo el efecto a largo plazo de tales modelos en miembros de la estructura burocrática, Kornai escribió:

Es poco aconsejable criticar hacia arriba, aparecerse con ideas inusuales o tomar iniciativas. No da resultado pensar por sí mismo o arriesgarse por su cuenta [...] El efecto formador del carácter y de entrenamiento, y los criterios de selección del control burocrático se refuerzan uno al otro: prevalecen el servilismo y una mentalidad de inclinar las cabezas (Kornai, 1992:121).

De forma similar, los economistas polacos Brus y Laski describieron la parálisis de la iniciativa, la audacia y la innovación dentro de la burocracia. “Un factor principal que fortalece estas actitudes es el sistema de selección para cargos de responsabilidad de la nomenclatura, lo que promueva a los seguidores obedientes de la línea del partido por encima de los independientes, audaces e imaginativos” (Brus y Laski, 1992:47). Si bien ambas referencias se refieren al carácter del comportamiento dentro de la burocracia estatal, es esencial comprender que el “programa genético” ya está presente en el partido de vanguardia.

Efectivamente, la reproducción del partido de vanguardia está asegurada por el hecho de que quienes resultan reclutados son los mejores y más idealistas dentro de la sociedad, y que su formación los conduce a aceptar el principio de que el partido debe dirigir desde arriba y siempre tiene la razón. Existe un paralelo interesante descrito por Marx en el tomo III de *El capital* en el que apuntó que la capacidad de una persona sin dinero de subir para convertirse en capitalista “en realidad refuerza el dominio del capital mismo”. Continuaba:

La forma en que la Iglesia Católica en la Edad Media construyó su jerarquía con los mejores cerebros de la nación, sin tomar en cuenta el estatus, nacimiento o riqueza, fue igualmente un medio principal para reforzar el mando de los sacerdotes y suprimir a los seglares. Mientras más una clase dominante es capaz de absorber a los mejores de entre las clases dominadas, tanto más sólido y peligroso es su dominio (Marx, 1981:735-736).

Desde luego, describir la lógica de la vanguardia no significa en absoluto que estemos ignorando la existencia de privilegios o intereses personales de parte de miembros de esta, tal y como Marx no ignoró “el deseo de disfrute” de parte de los capitalistas. Podría seguramente mirarse a capitalistas individuales y enfatizar su consumo de lujos y hacer de eso el centro. Sin embargo, ese no era el centro del análisis de Marx. Él enfatizó al capitalista como el portador de la lógica del capital más que al capitalista como consumidor privado: “En la medida en que es capital personificado, su fuerza impulsora no es la adquisición y disfrute del valor de uso” sino el crecimiento del capital. Mientras “dos almas” vivían dentro del pecho del capitalista, era “solo como una personificación del capital” que él conducía a “la raza humana a producir en aras de la producción” e incitaba al “desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad” (Marx, 1981:739-41). Del mismo modo, miembros individuales de la vanguardia son enfatizados aquí solo como una personificación de la vanguardia,

es decir, como portadores de la lógica de la vanguardia. En pocas palabras, nuestra discusión se centra en la lógica de la vanguardia cuando intenta incitar al “desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad”²⁰.

LA CLASE OBRERA BAJO EL DOMINIO DE LA VANGUARDIA

Desde luego, hemos estado analizando solo un lado de la relación de la vanguardia. Es claro que una premisa de la relación descrita aquí es que la clase obrera acepta el liderazgo del partido de vanguardia así como su propio papel subordinado dentro del contrato social. La falta de poder para tomar decisiones en el centro de trabajo, la atomización e incapacidad de organizarse colectivamente dentro de este y dentro de la sociedad en general, todo esto refleja la creencia de la vanguardia de que la marcha hacia el socialismo requiere una autoridad dirigente que es el propio partido de vanguardia. Así pues, una parte esencial de ese contrato social es que los obreros están agrupados en sindicatos oficiales, sociedades deportivas oficiales, organizaciones femeninas y movimientos por la paz de carácter oficial, etc., y que cualesquiera esfuerzos por crear formas independientes de organización son vistas como herejías y amenazas a la relación en su conjunto.

Según se analizó en el capítulo anterior, la clase obrera acepta todo esto siempre y cuando pueda lograr sus propios objetivos en el contrato social. Parte esencial de ese contrato es la protección y seguridad contra el desempleo y el mantenimiento de sus derechos laborales (lo cual incluye la baja duración e intensidad del día laboral). En adición a los derechos laborales, también estaban la expectativa de aumento del ingreso a largo plazo, necesidades subsidiadas y un relativo igualitarismo. Así, como hemos visto, la clase obrera cede el control sobre su fuerza de trabajo a cambio

²⁰ Las condiciones bajo las cuales una segunda alma se expande a expensas de la lógica de la vanguardia son exploradas más adelante.

de un paquete que es mucho mejor que lo que podría esperar en el capitalismo.

Sin embargo, esa aceptación se condiciona a que la vanguardia cumpla su parte del contrato. Los decisores centrales, ya vimos, *se preocupaban* de esto; por ejemplo, se preocupaban por cumplir las normas para el aumento del consumo. Se preocupaban por “serias consecuencias políticas y sociales”, por el surgimiento de insatisfacción y en qué punto la insatisfacción “comienza a poner en peligro la estabilidad del sistema” (Kornai, 1980:383, 212). Parafraseando a Lenin en sus comentarios sobre los campesinos y la necesidad de la NEP en la URSS de los años veinte, ellos se preocupaban de que dentro del contrato social la clase obrera otorgara crédito al partido de vanguardia, pero era posible que llegara un momento en que la clase obrera “pidiera efectivo”.

Por supuesto, cuando surge el descontento el partido puede utilizar “todo el arsenal de educación y propaganda política moderna” para tratar de obtener apoyo para sus políticas. “Pero para aumentar el arsenal y poner énfasis especial en las palabras de esclarecimiento hay represión” (Kornai, 1980:383, 212). Sin embargo, si la represión y no el entendimiento es la respuesta general ante la reacción a su propio fracaso de cumplir su parte del contrato, esto sugiere un abandono unilateral de ese contrato social por parte de la vanguardia. Esta es, de hecho, una posibilidad. Sin embargo, exploremos lo que lógicamente fluye del intento de *cumplir* los términos de este contrato.

EL ESTADO Y LA PROPIEDAD ESTATAL

El razonamiento dialéctico requiere que siempre nos preguntemos ¿qué está *implícito* en las categorías que hemos analizado? ¿Qué fluye del concepto de partido de vanguardia? ¿Qué debe hacer el partido de vanguardia para construir el socialismo? Primeramente, dado que el partido tiene la responsabilidad de dirigir la sociedad, debe tener el *poder* para hacerlo. Debe contro-

lar el Estado, y no existe base lógica para compartir este poder con otros partidos o para renunciar al mismo voluntariamente. Además, dada su oposición a la explotación capitalista, el partido debe utilizar ese poder “tan pronto como sea políticamente factible, para organizar la sociedad sobre una base de propiedad pública en vez de privada” (Kornai, 1980:87, 50-51). De manera que Kornai argumentaba que la propiedad estatal sobre los medios de producción en el sistema socialista fluye de esta estructura política:

El atributo primario del sistema socialista es que un partido marxista-leninista ejerce el poder integralmente. Ahora bien, puede añadirse otra característica: el partido está comprometido a eliminar la propiedad privada, y con su poder indiviso y su interpenetración con el Estado, logra, más tarde o más temprano, poner en práctica ese programa, o al menos acercarse a ello (Kornai, 1980:89).

Pero esto involucra más que una transferencia jurídica de propiedad al Estado. La característica de modelo jerárquico del partido es transmitida *también* al Estado por este programa genético particular. La propiedad estatal tiene lugar dentro de un tipo particular de Estado, uno que refleja la “jerarquía que abarca la totalidad del partido: las instrucciones que son impartidas desde arriba deben ser ejecutadas por los subordinados”. Así, para ser efectivos, aquellos que están en la cima de este Estado deben asegurarse de que las personas correctas estén allí para recibir instrucciones; consecuentemente. “Individuos superiores son nombrados por encima de las cabezas de los subordinados en vez de ser elegidos por ellos” (Kornai, 1980:93). Vemos aquí la necesidad lógica de la nomenclatura, esa lista de aquellos que han demostrado su competencia y lealtad.

Lógicamente, también, el partido de vanguardia debe monitorear el proceso mediante el cual se ejecutan sus decisiones. Percatándose de hasta qué punto decisiones importantes en cuanto al personal y decisiones sobre asuntos críticos eran tomadas por

órganos del partido, Kornai comentó que “el partido comunista se considera responsable de todo y no permite absolutamente ninguna autonomía a las organizaciones del Estado y a aquellos que trabajan en el aparato del Estado. Es más, la existencia del ‘partido-estado’ y la mezcla de las funciones políticas y administrativas es una de las principales características del sistema” (Kornai, 1980:37, 39).

Al seleccionar al partido de vanguardia como su punto de partida, Kornai efectuó una significativa ruptura consciente con argumentos que ven la propiedad estatal sobre los medios de producción como el centro del socialismo real. En específico, insistió en que “no es la forma de propiedad —propiedad estatal— lo que erige la estructura política del socialismo clásico sobre sí. Todo lo contrario: la estructura política dada aporta la forma de propiedad que considera deseable” (Kornai, 1980:37, 39). De esta manera, el patrón de derechos de propiedad es pues, lógicamente, un resultado y no una premisa. Si bien es posible deducir la propiedad estatal a partir del poder y la ideología del partido de vanguardia, no podríamos hacer lo contrario. La propiedad estatal en sí misma, dicho en pocas palabras, no es condición suficiente para el socialismo real; no implica la ideología particular, la estructura interna y el dominio del partido de vanguardia.

Comprendemos inmediatamente entonces que el socialismo real está permeado por el carácter del partido de vanguardia. Dentro de las relaciones de vanguardia, la propiedad estatal sobre los medios de producción existe dentro de una estructura jerárquica. Así pues, no es propiedad estatal *en general*; más bien hay una propiedad estatal en su forma de vanguardia. Entonces ¿esto no será aplicable a *toda* característica que podamos observar en el socialismo real? Sí, según Kornai: “Las principales regularidades del sistema pueden ser deducidas” de la estructura de poder dominada por el partido; esta “constituye la capa más profunda en la cadena causal que explica el sistema” (Kornai, 1980: 33, 409).

CRECIMIENTO Y COORDINACIÓN BUROCRÁTICA

¿Qué sigue a continuación en esa cadena causal? Examinemos los objetivos de la vanguardia dentro del contrato social. Dentro de la restricción de los derechos laborales, no solo deben ser producidos suficientes bienes de consumo para cubrir las demandas actuales de los obreros, sino que la capacidad productiva debe expandirse lo suficiente para construir la base del futuro desarrollo del socialismo así como satisfacer la norma para el futuro crecimiento del consumo. El partido debe, pues, utilizar su poder estatal y la propiedad estatal sobre los medios de producción para expandir las fuerzas productivas. “Los líderes superiores”, argumenta Kornai, “quieren imponer con mano de hierro una política del más rápido crecimiento posible”, y “los miembros del nivel medio e inferior de la burocracia están imbuídos de la misma convicción política que los líderes” (Kornai, 1980:161-62)²¹.

¿Cómo ha de hacerse esto? Mediante “una escala de inversión tan grande como sea posible”. Aunque el nivel de consumo actual es importante, el mismo es, cuando más, “un freno al impulso interno del liderazgo superior de maximizar la proporción de la inversión” (Kornai, 1992:167, 169). Dada su visión de que el desarrollo de las fuerzas productivas sirve al interés de satisfacer necesidades futuras de la clase obrera, la vanguardia valora un excedente de valores de uso muy por encima de las necesidades actuales de consumo como algo puramente *técnico*, como una división entre las necesidades presentes y futuras de los obreros.

²¹ Kornai apunta que la orientación de la vanguardia de un “crecimiento obligado, apuro y prisa inoportuna” (y la tendencia a no realizar inversiones “expresamente para proteger el entorno”), más la característica en el socialismo real de que “no hay forma de organizar en la sociedad movimientos ambientalistas independientes, fuertes, capaces de enfrentar a los decisores económicos si fuera necesario” tienen implicaciones obvias para la destrucción del entorno (Kornai, 1980:178). Para descripciones de la extensión del daño ambiental en el socialismo real, ver Marshall, 1974; y Ohlander, 1994:5-23.

En consecuencia, ella extrae tanto excedente como le es posible en el interés de la clase obrera; la razón de ser de la vanguardia, después de todo, es guiar a la clase trabajadora. De este modo, Kornai argumenta: “La decisión del liderazgo central a favor de una elevada proporción de inversiones expresa el deseo y propósito de toda la élite de poder” (Kornai, 1992:169).

Naturalmente, los medios por los cuales se lucha por este “impulso interior” no son seleccionados al azar por la vanguardia:

Una estructura política e ideología específicas han ganado influencia como resultado de lo cual se han desarrollado formas específicas de propiedad, lo cual ha conducido al predominio a la preponderancia de la coordinación burocrática y a los patrones de conducta típicos de los participantes (Kornai, 1992:364).

Esta “coordinación burocrática”, “una colección de relaciones sociales específicas” característica de la esfera productiva en el socialismo real, refleja el patrón de jerarquía partidaria (Kornai, 1992:91, 95, 362-363). Dentro de la economía, apuntó Kornai, prevalecen “las relaciones de superioridad-subordinación entre el individuo u organización que coordina y el individuo u organizaciones que son coordinados”; y el flujo más típico de información es el “comando, la orden del superior, que el subordinado está obligado a obedecer” (Kornai, 1992:91-92).

Pero ¿qué hay que coordinar? Todo. Recuerde al director de orquesta: su éxito depende de su habilidad para ver el cuadro completo, para saber lo que cada quien debe estar haciendo e intervenir a fin de corregir fallos individuales. De la misma forma, la burocracia siempre está preparada para intervenir en la economía a fin de lograr sus objetivos. Frente a “acciones espontáneas que la burocracia no considera deseables”, la respuesta natural de la vanguardia es tratar de mejorar la coordinación burocrática, aumentar las regulaciones, etc. “La tendencia a ser total, abarcadora y hermética reaparece constantemente en las

condiciones sociales de la coordinación burocrática” (Kornai, 1992:129).

De hecho, esta es una tendencia espontánea de la burocracia, que no requiere mando central; cuando las cosas salen mal, cada miembro de la burocracia comprende lo que hay que hacer. Si aparece algo fuera de control, tiene que ser controlado:

Si algo pasa en estas áreas, cada uno piensa: debe haber una mayor intervención para restaurar el orden. Cada uno en su propio terreno constantemente refuerza la tendencia descrita anteriormente como el completamiento del control burocrático, es decir, previniendo que fenómenos no deseados por la burocracia se salgan de la red de reglas, recetas y prohibiciones (Kornai, 1992:498-99).

Así, la tendencia natural de la vanguardia es a “perfeccionar” los métodos de coordinación burocrática. “La consecuencia inevitable”, apunta Kornai, “es la proliferación de la burocracia. La reproducción ampliada de la burocracia continúa” (Kornai, 1992:129). En efecto, plantea, siempre fue así; citando las quejas del propio Lenin en 1921, Kornai llama la atención hacia “la auto-generación espontánea, la auto-propagación y la excesiva expansión de mecanismos burocráticos que iban más allá de las expectativas incluso de aquellos que iniciaron y dirigieron los cambios que hicieron época” (Kornai, 1992:109).

EL MODO DE PRODUCCIÓN ESPECÍFICAMENTE DE VANGUARDIA

Entonces, dado que “la lógica interna del sistema impulsa al poder burocrático hacia el ‘perfeccionismo’”, la forma final de organización latente en la vanguardia es el “control burocrático directo, basado en instrucciones, cuya naturaleza es la de economía de mando”. En el centro del plan directivo central —“una pieza monumental de coordinación burocrática dirigida a la reconcilia-

ción previa de los procesos de la economía” — está el intento de coordinar y controlar toda la economía como “una ‘fábrica’ única, de toda la nación”, dirigida desde un solo centro. Desde luego, para implementar el plan “el método principal utilizado por la autoridad superior para controlar lo inferior en todas las esferas de toma de decisiones y gestión [...] es la orden” (Kornai, 1992:367, 114, 542, 116).

Más que una planificación central como tal, también en este caso es la planificación central en su forma de vanguardia. Su dependencia característica de la organización, el control y la intervención centralizadas fluye directamente de la relación de vanguardia, esa relación en la que la cima/el centro impone desde arriba lo que es correcto en la dirección y ordena la conformidad. De nuevo aquí la construcción lógica de Kornai produce una inferencia significativa. Él rechaza la visión simplista de que los problemas del socialismo real fluían de la planificación como tal: “las características del sistema no pueden derivarse del hecho de que no es una economía de mercado, o menos aún del hecho de que los precios son irracionales, etc., etc.” (Kornai, 1992:363).

Por el contrario, la planificación mediante órdenes de la economía como una sola fábrica se deriva del programa genético de control jerárquico que hemos visto en el partido de vanguardia:

El control burocrático directo de la economía [...] comprende la elaboración de planes con fuerza de órdenes y la compulsión administrativa de implementarlos, la gestión administrativa basada en órdenes y la práctica de la organización superior interviniendo regularmente en cada detalle de los procesos de producción y distribución, así como el manejo diario de la organización subordinada (Kornai, 1992:117).

El mecanismo de planificación por órdenes representa el desarrollo de un “modo de producción específicamente de vanguardia”. Sin embargo, de inicio su naturaleza es necesariamente inadecuada. Como en el caso del desarrollo de la manufactura

y el desarrollo inicial de la fábrica en el capitalismo, este nuevo modo de producción es, al principio, dependiente de las características que hereda. Así como el capital necesitó liberarse del artesano experto y construir máquinas con máquinas, así la vanguardia tiene que liberarse de intermediarios expertos para que este modo de producción crezca a brincos y saltos.

Para que la vanguardia esté en condiciones de dirigir la economía como una sola "fábrica" de toda la nación, debe estar segura de que toda la información que requiere para planificar sea transmitida con precisión desde abajo y sea consolidada, y que todas sus decisiones sobre la producción (distribución sectorial y crecimiento) sean transmitidas con precisión hacia abajo a cada unidad de producción. Y todo esto tiene que ser efectuado a tiempo sin que los participantes individuales puedan desviarse del resultado final. Pero esto requiere la *perfección* del modo de producción específicamente de vanguardia, una economía computarizada, cibernética, "¡computopía!"

En pocas palabras, el desarrollo de un sistema único automatizado de control es la condición para el perfeccionamiento desde arriba de la dirección de la fábrica nacional. En el modo de producción de vanguardia totalmente desarrollado, exceptuando los consumidores individuales cuyas decisiones atomísticas son reflejadas en movimientos de inventario, solo la vanguardia tiene el poder de usar su discreción. Solo la vanguardia puede tomar decisiones con respecto al plan (y eso incluye una decisión política de no seguir el efecto de las preferencias de los consumidores, es decir, las políticas tienen el mando). En resumen, las decisiones finales se toman en la cima. Una vez tomadas, la orquesta mecánica las ejecutará; el director tendrá la orquesta perfecta.

EL SISTEMA ORGÁNICO DE RELACIONES DE VANGUARDIA

Con el perfeccionamiento de este modo vanguardia de producción, ¿qué podría impedir la reproducción ampliada del sistema?

Las computadoras no solo pueden producir otras computadoras, sino que, más que el obrero se aparte del proceso de producción para observar la máquina, las computadoras pueden observar a las computadoras. La productividad siempre creciente sería el resultado, y la vanguardia suministraría no solo los valores de uso necesarios para satisfacer sus obligaciones presentes y futuras según el contrato social, sino también las condiciones necesarias para acercarse a la sociedad prometida por la vanguardia.

Con el perfeccionamiento del modo vanguardia de producción, el socialismo real sería capaz de producir sus propias premisas. Los trabajadores podrían consumir más y más y trabajar menos y menos, porque en esta relación de vanguardia está implícita la promesa de consumo ilimitado y el concepto del trabajo como carga. Un mundo de abundancia, “el reino de la libertad”, todo aportado por la vanguardia. Los trabajadores aceptarían el mando del partido de vanguardia porque este aporta lo que ellos quieren de esta relación.

En este sistema orgánico, cada relación económica presupone a otra en su forma vanguardia, y todo lo que se propone como principio es también una presuposición. Así, vemos aquí un sistema cuyos elementos están “orgánicamente conectados y se refuerzan uno al otro”: un partido de tipo vanguardia, propiedad estatal en su forma vanguardia, coordinación estatal en su forma vanguardia, planificación central social de tipo vanguardia, organizaciones sociales y civiles de tipo vanguardia, y, desde luego, una población subyacente que *acepta* todo esto.

Aunque el partido de vanguardia es el punto de partida para esta construcción lógica, comprendemos que un sistema orgánico no es una secuencia lineal; antes bien, cada parte del sistema actúa sobre cada una de las otras —“el caso de cada todo orgánico” (Marx, 1973:99-100)—. Así, el partido de vanguardia en este todo no es independiente de las otras partes. Se actúa sobre el partido mismo; este es afectado por el desarrollo de su dominio indiviso dentro del Estado, la naturaleza de la propiedad estatal y las responsabilidades que asume para la coordinación y la planificación

central. Con el completamiento del sistema orgánico de relaciones vanguardia de producción, todas las tendencias jerárquicas del partido de vanguardia son reforzadas²².

La naturaleza de ese sistema orgánico, empero, apunta hacia sus insuficiencias desde una perspectiva *socialista*. Efectivamente, desde su punto de partida, este es un sistema de explotación. No obstante, el punto de vista de la vanguardia de que la existencia y extensión de la plusvalía obtenida es sencillamente una división técnica en nombre de la clase obrera; entre satisfacer sus necesidades presentes y futuras, los obreros *mismos* no tienen poder para tomar estas decisiones. Más bien, estas son tomadas para ellos por aquellos que saben más. De esta forma la plusvalía es el resultado de lo que Mészáros llamó “la extracción política del plustrabajo” (Mészáros, 1995:661). Y el destino final de ese excedente no puede cambiar lo que es. Incluso *si* los obreros fuesen los únicos receptores de este plus producto (es decir, consumir todo lo que antes fue extraído), el excedente aún sería resultado de la particular explotación inherente a esta relación de vanguardia.

En la medida en que los trabajadores son los beneficiarios finales de las extracciones, la explotación es reducida a una carga. En efecto, podemos sugerir que, dentro del sistema orgánico de relaciones de vanguardia (el sistema “terminado”), esta sería secundaria respecto a la *deformación* inherente de las personas dentro de tal sociedad. El desarrollo del modo de producción de vanguardia “desarrolla una clase obrera que, por educación, tradición y hábito considera los requerimientos de ese modo de producción como leyes naturales manifiestas” (Marx, 1977:899).

¿Qué clase de personas se desarrollan en la sociedad del conductor y los conducidos? Esa es una sociedad con una profunda diferencia entre pensar y hacer, una donde los trabajadores no

²² Efectivamente, a cada paso de esta construcción lógica, el concepto de partido de vanguardia cambia, al igual que los conceptos de mercancía, dinero y capital son enriquecidos en el curso del desarrollo por Marx del concepto de capital. Dentro de un todo diferente, desde luego, las características del partido de vanguardia pueden diferir debido a la interacción con otros elementos en ese todo diferente.

desarrollan su potencial porque no participan en una actividad protagónica. Es una sociedad alienada en la cual los obreros no ven el trabajo como algo que les satisface, están alienados de los medios de producción, desean consumir y consumen, y consideran el trabajo como algo no útil, una carga que debe ser reducida. Es una sociedad que no puede producir seres humanos socialistas.

¿Es sustentable un sistema que produce tales personas, incluso con el desarrollo pleno del modo de producción específicamente de vanguardia? Esta pregunta, sin embargo, es abstracta y especulativa. Más importante aquí es la pregunta de cómo las relaciones vanguardia de producción se reproducen en *ausencia* de la computopía, es decir, donde el sistema aún depende de premisas heredadas.

TENDENCIAS DENTRO DEL MODO VANGUARDIA DE REGULACIÓN

En el ínterin cronológico previo a la perfección del modo de producción específicamente vanguardia, aquellos que están en la cima se basan en una cadena humana de mando más que en señales electrónicas. A través de una “coordinación burocrática”, aquellas “relaciones de superioridad-subordinación” entre individuos e instituciones, funcionarios tanto de empresas como de agencias coordinadoras estatales ejecutan decisiones de quienes están jerárquicamente por encima de ellos. Para la ejecución exitosa de dichas decisiones, el director de orquesta tiene que estar dentro de la cabeza de cada músico, y la disposición de los miembros de esta estructura “a obedecerle hace posible que el director los transforme en una unidad, la cual él entonces personifica”.

En la práctica, desde luego, el director *no puede* saber lo que cada intérprete está haciendo en todo momento y no puede responder a cada una de las situaciones que enfrentan sus subordinados. De manera que la respuesta es establecer reglas para todos los subordinados. Es necesario establecer reglas, normas y proce-

dimientos especificados para cubrir todas las contingencias, de manera que los jugadores sepan qué hacer. Mientras sigan esas reglas, los miembros de esta estructura pueden estar seguros de que están haciendo lo correcto. Cualquier circunstancia que caiga fuera de esas reglas, sin embargo, produce un dilema potencial. La primera respuesta es negativa —“No, eso no es posible”—. Si eso no liquida el problema, el próximo recurso es la evasión, pasar el problema hacia arriba a la próxima persona en la jerarquía. Como describiera Kornai la conducta de aquellos que funcionan dentro de la estructura, “no vale la pena pensar por sí mismo o arriesgarse por su cuenta”.

A pesar de una tendencia a la parálisis en circunstancias que caigan fuera de las reglas (y la frustración predecible que esto origina), el contrato social garantiza la aceptación continuada del poder del partido de vanguardia siempre que los trabajadores reciban ingresos crecientes, estabilidad, y tengan asegurados sus derechos al puesto de trabajo (es decir, su casi absoluta garantía de seguridad del puesto de trabajo). En este sentido, el contrato social es una forma exitosa de regulación de las relaciones de vanguardia. Sin embargo, este obliga a la vanguardia a aumentar el consumo y la inversión, tanto presentes como futuros, a fin de cumplir el contrato social y desarrollar las fuerzas productivas que son la condición para construir la nueva sociedad.

¿Cuáles son las posibilidades de éxito? Si estas relaciones con su tendencia inherente a la reproducción ampliada existen paralelamente a formas de producción caracterizadas por relaciones productivas anteriores (por ejemplo, pequeña agricultura campesina), entonces existe un enorme potencial para la expansión, extrayendo recursos laborales y materiales de esas formas anteriores e incorporándolos a la producción bajo relaciones de vanguardia. La reproducción extendida de las relaciones de vanguardia aquí tiene por contrapartida la reproducción contraída de aquellas otras relaciones. Aunque ignora este último aspecto, Kornai es acertado en su comentario de que “al movilizar el trabajo como el recurso más importante de la sociedad, al introducir el trabajo

sistemáticamente en el proceso de producción, la economía socialista demuestra ser altamente eficiente". Esto, admitió, es "uno de sus más importantes logros históricos" (Kornai, 1982:108).

Recordemos, no obstante, el argumento inicial de Kornai sobre la economía de escasez —que la reproducción de las escaseces "en última instancia está relacionada con la impaciente persecución del crecimiento económico, con forzar la aceleración de la tasa de crecimiento" (Kornai, 1971:321)—. Él argumentó que con las elevadas metas del sistema de producción y alta demanda de fuerza de trabajo y recursos, existía una tendencia inherente a generar escaseces. Sin embargo, la fuente de esta tendencia dentro del contrato social no solo es resultado de la demanda. Al tratar de desarrollar rápidamente las fuerzas productivas, la vanguardia tropieza con los límites en la oferta inherentes a la naturaleza de ese contrato.

Por una parte, "la virtual seguridad total de trabajo" de los trabajadores —el paquete de derechos laborales que les daban seguridad de su empleo particular y un ritmo de trabajo relativamente cómodo— afecta necesariamente el lado de la oferta (Granick, 1975:245-246). Además, en la medida en que los obreros no podían ser despedidos ni obligados "a trabajar en oficios distintos a aquellos en los que ellos fueron empleados cuando fueron contratados", se afectó el patrón de las inversiones. Los planificadores, según Granick, eran "reacios a involucrarse en inversiones que representarían una economía sustancial de trabajo en las plantas existentes, porque nunca se sabe anticipadamente si tales inversiones podrían efectivamente ser utilizadas" (Granick, 1983:149-150).

Pero esos planificadores pueden tomar la decisión de construir nuevas fábricas e infraestructuras y pueden sentirse seguros de que sus subordinados movilizarán recursos para ejecutar esas decisiones. Justo porque los obreros defienden activamente sus derechos al puesto de trabajo, la expansión de la producción tiende a darse combinando nuevos medios de producción con obreros en nuevos centros de trabajo, más que mediante la introducción

de tecnología ahorradora de trabajo en los centros laborales existentes²³. En pocas palabras, la característica del movimiento en este contrato social es la *tendencia al crecimiento extensivo más que al crecimiento intensivo*.

Naturalmente, la reproducción ampliada se beneficia grandemente de la capacidad de desviar recursos y fuerza de trabajo de relaciones productivas preexistentes. Sin embargo, aunque una vía de desarrollo extensivo se beneficia claramente de tales reservas laborales, no del todo depende de ellas: los nuevos y mejores lugares de trabajo pueden atraer a los obreros al brindarles mejores condiciones de trabajo, mejores salarios y beneficios. Después de todo, este contrato social incluye el derecho de los obreros individuales a perseguir su interés material y cambiar de trabajo. Los derechos al puesto de trabajo solo garantizan que ellos no están *obligados* a cambiar ni su trabajo ni su lugar de trabajo. En resumen, existe un mercado laboral, pero es un mercado de “*vendedores*” que, como comentara Lewin, permite a los obreros “defender sus intereses cambiando de trabajo” (Lewin, 2005:176).

Consideremos la “ley del movimiento” característica de este proceso. Dada su producción de obreros-consumidores atomizados, alienados, que quieren minimizar el trabajo y maximizar el consumo, este sistema requiere una expansión cuantitativa continua. Seguir un modelo de crecimiento extensivo, sin embargo, implica que *más tarde o más temprano* el sistema se aproximará a límites en recursos y oferta de fuerza de trabajo. El punto en que esto pudiera tender a ocurrir, desde luego, difiere en dependencia, por ejemplo, de la medida en que el desarrollo previo en un país particular haya asimilado esas reservas de fuerza de trabajo y de recursos.

En las anteriores condiciones, con todas las demás cosas igual, es probable una más baja tasa de crecimiento. Como derivara Kornai de su modelo macroeconómico de la economía de escasez, “el agotamiento de las reservas laborales en sí es suficiente para obli-

²³ Hillel Ticktin enfatiza este punto en su *Origins of the Crisis in the USSR: Essays on the Political Economy of a Disintegrating System* (1992).

gar al sistema económico a abandonar su vieja vía de crecimiento por una más nueva y mucho más lenta" (Kornai, 1982:114-117). Todas las normas asociadas con el contrato social están amenazadas ahora. *"Todas las normas tienen que ajustarse para adaptarse a la nueva situación, pero esto no sucederá sin resistencia"* (Kornai, 1982:114-117). Después de todo, como se cita en el capítulo 2, "retener ingresos en los niveles de vida o su reducción absoluta [...] tarde o temprano trae consigo serias consecuencias políticas y sociales" (Kornai, 1980:383). ¿En qué momento comienza la insatisfacción? "Y si hay insatisfacción, en qué momento comienza a poner en peligro la estabilidad del sistema. Es un hecho histórico que el malestar puede ser tan grande que induzca a los líderes a cambiar la política económica" (Kornai, 1980:212).

VARIACIONES NO EXPLICADAS

No debemos concluir demasiado rápidamente que el contrato social fue la fuente de todos los fenómenos asociados con la economía de escasez del socialismo real o que por sí mismo produjo escaseces crecientes y amenazas a la continuación del contrato social.

Después de todo, ¿qué hay en esta descripción del contrato social (y es más, en la explicación de las relaciones de producción de vanguardia) que explique la producción de candelabros pesados y "baños de oro"? ¿Qué tiene que ver la tendencia de "la dirección de las empresas a los planes cómodos, a esconder potenciales productivos y retener logros sobresalientes de producción" con las relaciones de vanguardia como tales? Como indicara Kornai en los años cincuenta, "esto es altamente peligroso y dañino". Entonces, ¿por qué la vanguardia querría esto y permitiría que continuara? Dada la dependencia de información precisa que tiene el modo vanguardia de producción, ¿cómo no resulta disfuncional la tendencia a enviar información falsa?

Tan pronto formulamos tales preguntas, necesariamente nos retrotraemos con una sacudida a recordar la existencia y la conducta de los directores de empresa *fuera* de este contrato social

particular entre la vanguardia y la clase obrera. En ausencia del modo vanguardia de producción totalmente desarrollado, la información completa requerida para la planificación central de la economía considerada como una sola fábrica no está disponible. Así pues, ¿qué mecanismo fue escogido en el socialismo real para alentar a los directores de empresas a cumplir las metas de la vanguardia? Incentivos materiales —primas—. Ya hemos visto una consecuencia indeseada de este mecanismo: la promoción de una relación *diferente* y de una lógica diferente que interactúe con la lógica de las relaciones de vanguardia.

CAPÍTULO 4

La reproducción impugnada dentro del socialismo real

Como hemos visto, Kornai argumentaba que el socialismo real era un sistema orgánico, un sistema cuya “combinación de rasgos principales forma un todo orgánico”, un “sistema coherente”, “un todo coherente” cuyos elementos están “conectados orgánicamente y se refuerzan recíprocamente” (Kornai, 1992:98, 500). Precisamente porque sus elementos “todos pertenecen juntos y se fortalecen unos a otros”, él insistía en que el sistema no podía ser reformado parcialmente, sino tenía que ser sustituido (Kornai, 1992:366).

Pero Kornai no era el único que argumentaba que el socialismo real era un sistema orgánico. Esa era la ideología oficial, como lo demostró Richard Kosolapov, un partidario soviético del socialismo real. Refiriéndose específicamente al análisis de Marx sobre los sistemas orgánicos, él argumentaba que el socialismo se convierte en una totalidad subordinando todos los elementos de la sociedad a sí y creando los nuevos organismos que necesita, es decir, produciendo sus propias premisas y precondiciones. Este se convierte en sistema social orgánico, explicaba Kosolapov, a través de su desarrollo de las fuerzas productivas que garantizan una economía socializada “de hecho” y, con ello, una “correspondencia mutua natural” entre los elementos del sistema. Y esa etapa efectivamente había ocurrido ahora: “la etapa cuando el sistema se convierte en totalidad es la etapa del socialismo desarrollado”. Así vemos aquí el argumento a favor del socialismo real como un sistema social completo y estable, el que daba por resultado, en palabras de Brézhnev, la “integridad orgánica y fuerza

dinámica del sistema social, su estabilidad política, su indestructible unidad interna" (Kosolapov, 1979:463, 471-472).

Sin embargo, tanto el crítico como el partidario del socialismo real estaban equivocados. Nuestra descripción de la lucha entre vanguardia y empresarios revela que no era un sistema único, coherente, "una estructura en la que todos los elementos coexisten simultáneamente y se apoyan unos a otros". Más que una "coherencia interna" existía una reproducción impugnada en el socialismo real, resultado de la lógica de diferentes sistemas que estaban contenidos en él y que interactuaban para generar disfunción.

Sin duda alguna, no hay nada especial acerca de señalar la "diferencia entre la empresa y el centro" y enfatizar cómo "decisiones de directores de empresa llevarán a resultados que son disfuncionales desde el punto de vista de las autoridades centrales" (Granick, 1975:12-13). En efecto, el cuadro de los directores de empresa presentado en el capítulo 1 resultaba tan familiar a los analistas del socialismo real que Granick pudo describirlo en su libro de 1975 como "el modelo ortodoxo" (Granick, 1975:11-13, 90 y ss)²⁴. En ese modelo, los empresarios son tratados como "decisiones independientes y maximizadores" que "suboptimizan con relación a las metas de la sociedad, tal y como estas son percibidas por las autoridades centrales". Ese modelo enfatizaba además el "comportamiento suboptimizante por parte de empresas individuales, que conduce a un mal funcionamiento macroeconómico" (Granick, 1975:12, 88).

Aunque ese "modelo ortodoxo" reconocía un paralelo entre la conducta maximizadora del ingreso de los empresarios en el socialismo real, y la maximización de ganancias que se asume para las firmas en el capitalismo, no procedió, a partir de allí, a denominar capitalistas a los empresarios. Y, a primera vista, no de-

²⁴ Granick se remonta a aspectos del modelo ortodoxo en publicaciones de 1957, dando crédito, entre otros, a Joseph Berliner, Holland Hunter, Alec Nove, Kornai y a sí mismo, y apunta que el uso más explícito de primas como centro del modelo fue por parte de Sam Gindin (Granick, 1975:90).

biera. Después de todo, estos empresarios no eran dueños de los medios de producción, no tenían poder para obligar a los obreros a realizar trabajo adicional, y no poseían bienes (como resultado del proceso de trabajo) que pudieran ser intercambiados para realizar plusvalía, lo que puede ser la base para la acumulación de capital. Además, según el contrato social ellos carecían de la capacidad para rebajar los salarios reales, intensificar el proceso de trabajo e introducir tecnología que ahorrara trabajo. En pocas palabras, no encontramos aquí relaciones capitalistas de producción.

Sin embargo, estos empresarios sí contienen en sí mismos la *lógica del capital*, al igual que los capitalistas comerciantes y prestamistas antes de que el capital lograra tomar posesión de la producción. Si bien las restricciones existentes para los empresarios no nos permiten clasificarlos como capitalistas, la tendencia, el impulso, la *lógica* de estos directores es un asunto diferente. Si estos empresarios maximizadores del ingreso luchan por eliminar las restricciones impuestas a ellos —por ejemplo, objetivos específicos de producción, suministradores y clientes designados, la apropiación de las ganancias empresariales, la incapacidad de sancionar o despedir a los trabajadores, o de introducir libremente nuevos métodos de producción—, ¿qué es esta tendencia *sino* la *lógica del capital*? Expresar esa *lógica* es el mantra: *¡liberen al capital!*

LA INTERACCIÓN DE LAS DOS LÓGICAS

¿Qué sucede cuando coexisten dos lógicas diferentes? En los años veinte, Evgeny Preobrazhensky argumentaba que la economía estatal en la URSS estaba en “una guerra económica ininterrumpida con las tendencias del desarrollo capitalista, con las tendencias de la restauración capitalista” (Filzer, ed., 1979:173). Esto, propuso, era una “lucha entre dos sistemas mutuamente hostiles”, una guerra entre dos principios reguladores: uno, resultado de los efectos espontáneos de las relaciones mercantiles capitalistas (“la ley del valor”) y el otro, basado en las decisiones conscientes

de los órganos reguladores del Estado (a los que llamó "la ley de la acumulación socialista originaria")²⁵.

Preobrazhensky argumentaba que cada uno de estos principios reguladores estaba "luchado por el tipo de regulación orgánicamente característico del sistema particular de relaciones de producción, tomadas en su forma pura". Sin embargo, el resultado de su interacción, planteaba, era que la economía soviética en los años veinte no estaba regulada por ninguno de ellos en su forma pura. No había una combinación simple o adición de las relaciones productivas y sus principios reguladores asociados; más bien, insistía Preobrazhensky, estos eran interpenetrados, coexistiendo, limitando y deformándose (significativamente) uno al otro (Preobrazhensky, 1965:62-65).

En pocas palabras: dos sistemas y dos lógicas simplemente no existen una junto a la otra. Ellas interactúan. Se penetran mutuamente. Y se deforman una a la otra. Más que la combinación que permite lo mejor de ambos mundos, el efecto puede ser lo peor de los dos mundos. Precisamente porque existe una reproducción impugnada entre conjuntos diferentes de relaciones productivas, la interacción de los sistemas puede generar crisis, ineficiencias e irracionalidad que no se encontraría en ninguno de los dos sistemas en su estado puro.

Esta es la historia desarticulada del socialismo real. Sus características particulares no fueron el resultado ni de la lógica de la vanguardia ni de la lógica del capital. Más bien fue la combinación particular de ambos lo que produjo la disfunción y deformación identificada con el socialismo real.

LA LEY DEL VALOR Y LA LEY DEL MANDO

Para entender la interacción entre ambas lógicas necesitamos analizar no solo cada lógica sino también cómo es ejecutada por

²⁵ Charles Bettelheim describiría para un periodo siguiente lo que consideró como característica de las "formaciones sociales de transición" entre la "ley del valor" y la "ley de la dirección social de la economía" (Bettelheim, 1975:142).

actores individuales. Recordemos la lógica del capital en el capitalismo una vez que está plenamente desarrollado. Dado el empuje del capital a la auto-expansión, su tendencia inherente es a incrementar la tasa de explotación al aumentar la jornada laboral en extensión e intensidad, reducir el salario real, aumentar la productividad (específicamente con relación al salario real) y separar y dividir a los obreros a fin de debilitarlos. Además, el capital constantemente intenta expandir su capacidad de realizar la plusvalía contenida en los bienes expandiendo su esfera de circulación y creando nuevas necesidades. La auto-expansión del capital también supone el intento de reducir sus requerimientos tanto en la esfera de la producción —por ejemplo, en la sustitución de maquinaria por fuerza de trabajo— y en la esfera de la circulación —por ejemplo los esfuerzos por reducir el tiempo de circulación— como al escoger para la acumulación aquellos sectores que maximizan el crecimiento del capital.

Al comprender la naturaleza del capital vemos su tendencia inherente al aumento de la composición técnica del capital —y al desarrollo intensivo—, a la expansión de las necesidades y el mercado —por ejemplo, el mercado mundial—, a la acumulación del capital —y, sin lugar a dudas a la sobre-acumulación, porque la expansión del capital tiene lugar sin tomar en cuenta las condiciones de realización—. Sin embargo, esta interpretación proviene del desarrollo lógico del concepto de capital. En el mundo real no existe un actor solo, el capital en general, que persiga estos objetivos directamente. Más bien son los capitales individuales los que son empujados por la competencia y generan estos resultados. Las leyes internas del capital necesariamente aparecen ante los capitalistas individuales como leyes externas coercitivas²⁶.

Para competir con otros capitalistas que están igualmente compulsados por el deseo de ganancias, el capitalista individual

²⁶ "Las leyes inmanentes de la producción capitalista se manifiestan en los movimientos externos de los capitales individuales, se afirman como las leyes coercitivas de la competencia" (Marx, 1977:433). Para el desarrollo de la discusión de Marx sobre el surgimiento y esencia en *El capital*, véase el capítulo 11, "What Is Competition?", de *Following Marx* (Lebowitz, 2009).

tiene que rebajar sus costos. Tiene que reducir sus costos de mano de obra; por ello trata de obtener una mayor cantidad de trabajo por un gasto dado en salarios incrementando la jornada laboral y reduciendo los salarios (quizás mudándose adonde la fuerza de trabajo sea más barata). Además, en relación con sus competidores, trata de reducir sus costos de producción en general (sustituyendo maquinaria por mano de obra) y sus costos de circulación (innovando para reducir necesidades de inventario y acelerando las ventas). Para obtener ganancias, desde luego, estos capitalistas individuales deben producir cosas que generen ganancias. Así, aumentarán la producción en aquellas áreas para las cuales la demanda está aumentando, porque, si permanece igual todo lo demás, esto tenderá a generar aumento de precios y ganancias. Por consiguiente, los capitalistas individuales, en su búsqueda de ganancias, son impulsados por la demanda y por la competencia con otros vendedores, es decir, *por el mercado*.

Esa demanda, desde luego, no es la demanda de consumidores individuales abstractos. Refleja la naturaleza de las relaciones capitalistas de producción, y su patrón es afectado por la lucha de clases (por ejemplo, la distribución del ingreso). Además, el mercado que impulsa a los capitalistas individuales es sencillamente la lógica del capital como debe aparecer ante los capitalistas individuales, o sea, la forma necesaria de apariencia de la ley interna del capital. El carácter esencial del capital, su empuje por la auto-expansión —que incluye la tendencia a economizar capital y a distribuir el trabajo de la sociedad en forma tal que maximice la auto-expansión— adopta la forma necesaria de la compulsión del mercado, en pocas palabras, de la compulsión de "la ley del valor".

Tómese en cuenta, por otra parte, la lógica de la vanguardia. Como hemos visto, en su orientación hacia la construcción del socialismo, la vanguardia busca el desarrollo más rápido posible de las fuerzas productivas. Kornai, por lo tanto, se refiere al "impulso interior de la alta dirigencia a maximizar la proporción de la inversión" (Kornai, 1992:67, 169). Siguiendo de manera lógica a partir de este "impulso interior", la vanguardia querría minimizar

el derroche, la ineficiencia y la duplicación del esfuerzo, así como la inactividad y el subempleo de las personas y los recursos. Además, para lograr ese crecimiento y satisfacer las expectativas de la población subyacente, la vanguardia necesita distribuir trabajo entre y dentro de los departamentos 1 (medios de producción) y 2 (artículos de consumo). Finalmente, para hacer realidad estas decisiones, la lógica de la vanguardia requiere un plan económico con instrucciones y mandos desde arriba.

Si bien existe un actor real que personifica la lógica de la vanguardia (es decir, el partido de vanguardia), existe también, como en el caso de la lógica del capital, una diferencia entre leyes internas y la interacción de actores individuales reales que ejecuten esas leyes inmanentes. Considérese la perspectiva de aquellos individuos a la cabeza de la estructura del Estado-partido en ministerios, órganos de planificación y otras instituciones que contribuyen a la creación del plan. En la forma pura de la relación de vanguardia, cada uno interioriza la perspectiva de la vanguardia en general. Cada uno busca construir el socialismo mediante el desarrollo de fuerzas productivas y ve la necesidad de la disciplina, la centralización y la unidad con el fin de lograr esto. Para aquellos actores individuales, la lógica interna de la vanguardia aparece como una compulsión, como *responsabilidad y deber*, como el sentido de que todo depende de ellos, y el resultado es que ellos "trabajan largas, duras horas con la firme creencia de que al hacerlo sirven a la causa de su partido y del pueblo, al bien común y a los intereses de la humanidad" (Kornai, 1992:41).

Para contribuir mejor a la meta de construir el socialismo, cada uno de aquellos que están en la cima quiere regular estrechamente a todos los subordinados y quiere más recursos. Así pues, la creación y ejecución del plan en la práctica refleja la interacción de esas perspectivas individuales a través de sus demandas tanto de mayores recursos como de mayor poder sobre sus subordinados. Como resultado de esta combinación, aquellos que dirigen expresan el "impulso interior" de la vanguardia a maximizar la inversión y expandir el control jerárquico; "cada uno piensa: debe

haber mayor intervención". Añádanse a los directores de unidades individuales de producción que interiorizan de manera similar la perspectiva de la vanguardia y podremos ver el despliegue de la lógica de la vanguardia en su forma "pura".

Existe, desde luego, una diferencia importante entre la forma en que son ejecutadas la lógica del capital y la lógica de la vanguardia. En contraste con el resultado inconsciente, espontáneo, que fluye de la conducta atomizada de los capitales individuales, en el caso de la vanguardia hay un comprometimiento colectivo consciente. El centralismo democrático es el mecanismo subyacente, y aunque pueden entrar intereses conflictivos en la formulación del plan, una vez que dicho plan es aprobado se supone que sea ejecutado y "las instrucciones que se impartan desde arriba deben ser implementadas por los subordinados" (Kornai, 1992:36). La lógica de la vanguardia adopta la forma del plan directivo-administrativo, la "ley" del mando.

LA DISFUNCIÓN EN EL SOCIALISMO REAL

¿Qué sucede cuando la lógica de la vanguardia y la lógica del capital interactúan? Cuando las órdenes son emitidas por aquellos que están en la cima, son recibidas por empresarios que personifican, no la lógica de la vanguardia, sino la lógica del capital. Esos empresarios no parten de su reconocimiento de la interdependencia entre sus metas de producción y el plan predeterminado como un todo. Por el contrario, estos empresarios que maximizan el ingreso actúan en su propio interés individual. Sin embargo, no están libres para perseguir sus propios intereses según condiciones seleccionadas por ellos mismos. Esos empresarios están limitados por relaciones de vanguardia, y la lógica del capital requiere de ellos que eliminen esas limitantes. En la lucha entre estas dos lógicas podemos ver las bases de los fenómenos de la economía de escasez.

Analice, por ejemplo, cómo la lógica del capital es afectada como resultado de la ley del mando. Al intentar maximizar el in-

greso que pueden obtener a través de su acceso a los medios de producción, los empresarios están limitados por instrucciones de la vanguardia, por la ley del mando. Pero esta es una orden *miope* y, por consiguiente, su actividad empresarial incluye obtener ventaja de esa miopía.

La combinación de la conducta empresarial que actúa por interés propio y la miopía en la cima permite, como hemos visto, que los empresarios saquen ventaja de las ambigüedades del plan para ganar primas dirigiendo la producción de producciones perversas —por ejemplo, esos candelabros pesados y “baños de oro”—. Y la misma combinación contamina al propio plan. Dado que el ingreso de los empresarios no se basa simplemente en el cumplimiento de un plan empresarial impuesto desde afuera, la negociación de la meta de producción es un objetivo de la actividad empresarial. Así, los empresarios mienten y distorsionan la información que envían arriba. Como parte de este mismo patrón el “astuto director” subproduce en relación con su potencial. Aquí es donde, como indicara Šik, “la iniciativa de la gente pudiera realmente desarrollarse a plenitud”. ¿Cómo es posible planificar con precisión sobre la base de tal información?

Esta no es, sin embargo, una cuestión de la ineficiencia inherente a la planificación central o a la incapacidad técnica para obtener y utilizar la información esencial para planificar. La mala información en este caso refleja la lucha de clases. Kornai describió con acierto el resultado en los años cincuenta: “En una palabra, los actuales sistemas de planificación e incentivos han evocado una tendencia espontánea, cuyo efecto es inducir a las direcciones de las empresas a suavizar los planes, a esconder potenciales productivos y a retener logros sobresalientes en la producción. Esto es altamente peligroso y dañino” (Kornai, 1959:137). ¿Pero por qué estaba ocurriendo esto? Muy sencillo: esos resultados peligrosos y dañinos a los que se refería Kornai eran explícitamente el producto de una combinación particular de dos lógicas diferentes, en una palabra, el “actual sistema de planificación”

(la lógica de la vanguardia) y el sistema de "incentivos" (la lógica del capital).

Estas disfunciones sistémicas no eran los únicos resultados dañinos. Sin lugar a dudas el derroche del "finalismo" y las escaseces producidas por la acumulación de recursos y trabajadores eran inherentes en la lógica del capital si estaban sometidas a la ley del mando miope. Pero también era totalmente racional para los empresarios hacer todo lo que fuera necesario para tener más trabajadores y recursos a mano para cumplir las metas (por ejemplo, "todo empresario trata de obtener de su superior salarios más altos para su taller, sección, etc."). Más que impelidos a reducir sus costos de trabajo y materiales por la ley del valor, los empresarios crean condiciones mediante las cuales en lugar de ello pueden maximizar los suministros tanto de recursos como de trabajo dentro de sus propias unidades, aunque esto no sea racional para la sociedad en su conjunto.

Todo esto fluye de lo que Kornai denominó "los efectos conjuntos de las instrucciones e incentivos del plan". En sí, la orientación de los planificadores era característica de "un mecanismo coherente, unificado, que tiene su propia lógica interna y varias tendencias y regularidades propias de sí" (Kornai, 1959:215). Sin embargo, vemos que la lógica no existía por sí misma. Existía también la lógica característica de los empresarios; y sobre el conflicto entre el sentido de responsabilidad de los empresarios hacia la economía total y su propio interés económico, Kornai planteaba que "es solo humano, si el interés económico individual demuestra ser más fuerte" (Kornai, 1959:215). Precisamente porque la lógica del capital es "solo humana", Kornai concluyó que solo era racional liberar esa lógica de las restricciones de la vanguardia.

Analícese la otra parte: cómo la lógica de la vanguardia es afectada por el comportamiento de los empresarios. Aquellos que están en la cima de la estructura del Estado-partido saben que no pueden depender de la obediencia, la lealtad a la vanguardia y de un sentido de responsabilidad hacia el interés social, que tengan los empresarios existentes. Efectivamente, ellos saben que los in-

tereses de esos empresarios difieren y que tienen conocimientos que la vanguardia no tiene (los intereses divergentes y la miopía que son, desde luego, la premisa para el problema del principal y el agente analizado en el capítulo 2).

Para lograr, pues, el objetivo de maximizar la producción movilizandolos recursos y trabajo a ese fin, la vanguardia debe tener en cuenta el comportamiento de los empresarios individuales.

En consecuencia, la vanguardia a todos los niveles debe enfatizar planes "tensos" (que aumenten sobre la base de "resultados alcanzados") y normas de insumos reducidas, precisamente debido a la elevada probabilidad de las reservas ocultas y a las "dificultades fingidas" alegadas por los empresarios. ¿Pero cuánto? *Tanto como sea posible*. Dada su falta de información precisa y las escaseces reales que reflejan el comportamiento empresarial, existe una tendencia a que los planes asignados vayan más allá de lo factible.

Además, debido a los perversos patrones de producción generados por la actividad empresarial maximizadora de primas, son lógicas más regulaciones y normas —cubriendo, por ejemplo, variedad de producto, calidad del producto, productividad, gastos de nómina, etc.²⁷—. Así pues, más información de la que un centro sobrecargado necesita digerir.

Todas estas respuestas desde arriba, acompañadas por la multiplicación de una burocracia para intentar monitorear y hacer cumplir las metas y regulaciones, solo refuerzan la tendencia a generar fracasos en los planes y escaseces. Y eso fomenta más iniciativa de parte de los empresarios. Ante la perspectiva de no obtener la entrega planificada de los insumos necesarios y no garantizar sus primas, la respuesta lógica para estos empresarios es salirse del plan. Por lo tanto, se torna individualmente racional para las empresas el producir sus propios insumos esenciales e

²⁷ Comoquiera que la prioridad es garantizar que todas las unidades de producción reciban sus insumos necesarios, es lógico que la realización de metas de producción sea recompensada lo más posible —con el resultado de que, a pesar de los incentivos de primas, estas metas adicionales tienden a ser vistas por los administradores como menos importantes—.

involucrarse en transacciones de canje con otras empresas, para intercambiar inventarios excedentes de algunos insumos a cambio de sus propios requerimientos. Esto no solo significa apelar a una forma subdesarrollada de intercambio de bienes (lo que da lugar al surgimiento de especialistas en ofertas, los *tolkachi*), sino que pronto puede seguirle la producción con el propósito del intercambio (y con ello un desvío adicional de recursos). Como comentara Kagarlitsky en relación con la URSS: "El trueque informal, lejos de resolver los problemas fundamentales de la producción, los complicaban al alentar la formación de reservas adicionales. Esto, a su vez, condujo a una exacerbación de las escaseces" (Kagarlitsky, 1990:250-251).

¿Cómo puede hablarse de un plan central en este contexto? El concepto del plan central es un intento de coordinar todos los aspectos de la economía tomando en cuenta anticipadamente las interdependencias de todas las sub-unidades y vinculando la producción de bienes de consumo y el ingreso a fin de garantizar balances macroeconómicos. Sin embargo, cuando los empresarios se salen del plan para acumular recursos y fuerza de trabajo (contribuyendo con ello a las escaseces), producen sus propios requerimientos de insumos (contribuyendo a la irracionalidad económica), y desperdician recursos físicos, humanos y monetarios, llevando a sus empresas al "finalismo" (produciendo así productos de baja calidad o inservibles), podemos ver el carácter disfuncional del socialismo real. En palabras de Flaherty, ello es una "estructura en la cual es impartida una orden central y después procesos administrativos espontáneos se hacen cargo" (Flaherty, 1992:120).

Describiendo la desintegración de la planificación coherente en Polonia, Maziarski señalaba la incapacidad de aquellos en la cima de "llevar adelante cualquier tipo de política coordinada porque los departamentos con mayor acceso al proceso de toma de decisiones políticas hacían lobby en favor de sus inversiones, destruían la lógica del plan y arruinaban cualquier oportunidad de escapar a la crisis (Flaherty, 1992:117). El intento de coordi-

nar toda la economía como una sola fábrica a nivel nacional falla cuando existe un comportamiento auto-orientado por aquellos que poseen los medios de producción; falla al igual que fallaría un intento de coordinar desde arriba dentro de una fábrica única integrada verticalmente si existiera un intercambio de bienes por parte de productores independientes, autónomos, en cada etapa de producción en esa fábrica.

Los fracasos en el plan, sin embargo, no son aleatorios. Todas las industrias no son iguales; algunas tienen una mayor prioridad que otras incluso en un plan bien coordinado. Por consiguiente, algunas son más propensas a tener una restricción de presupuesto blando que otras. En una situación de escaseces esporádicas y crecientes, la vanguardia necesita estar segura de que los insumos escasos sean asignados a los sectores más críticos, aquellos cuyos vínculos con el resto de la economía son mayores (y por tanto, cuyos fracasos en el plan tendrían el mayor impacto). Los sectores de alta prioridad, por tanto, tenderán a no ser los que produzcan bienes de consumo; por ende, los fracasos del plan (y planes revisados) tienden a concentrarse en estos sectores, aun cuando el contrato social pueda requerir una producción incrementada de bienes de consumo (Hlander, 1994:48-55)²⁸.

Dicho brevemente, escasez crónica para los consumidores, "se recomienda a cada miembro de la familia llevar consigo una bolsa". Estamos de regreso a nuestro punto de partida concreto, y esta vez lo entendemos como una rica totalidad de muchas relaciones. Esta vez lo entendemos como resultado de una "lucha entre dos sistemas mutuamente hostiles", donde cada una de las dos lógicas está "luchando por el tipo de regulación orgánicamente

²⁸ Hlander parte de la cuestión principal para explicar "la ineficiencia de los programas ambientales, así como el mal manejo de los recursos naturales". Apunta que, según este enfoque, la alteración ambiental es resultado de la prioridad en el crecimiento económico, y que "la ineficiencia de los programas ambientales se habría explicado por su baja prioridad en la planificación e implementación de medidas" (Hlander, 1994:53). Obviamente, en estas condiciones las primas no estarían disponibles para los administradores por evitar desperdicios y destrucción del entorno.

característica del sistema particular de relaciones de producción, tomado en su forma pura" (Preobrazhensky, 1965:62-65).

LA DEFORMACIÓN EN EL SOCIALISMO REAL

El problema, sin embargo, no es simplemente que esta lucha entre dos lógicas opuestas genere disfunción. Está también la cuestión del efecto de esta interacción sobre cada parte. En la combinación e interacción entre dos lógicas, ninguno de los empresarios ni la vanguardia existe en un vacío; en tal interacción, cada uno es deformado.

Bihari, considerando la perspectiva de los directores de fábricas en los debates de la reforma del mercado húngaro, describía bien la deformación de la lógica del capital: "En principio, los administradores de fábricas simpatizan con la solución radical de mercado, ya que *a la larga la misma resultaría en el aumento de su poder económico y político*. Ellos serían los principales ganadores en la 'mercadización'". Sin embargo, "en la práctica son pocos los que realmente prefieren la independencia económica", debido al miedo de que no serían capaces de competir en el mercado. "Estos temores hacen que un número de administradores de fábricas apoye el *status quo*" (Bihari, 1985:20). Para los empresarios individuales, en concreto, esta distinción entre "en principio" (la lógica del capital) y "en la práctica" con relación al pleno desarrollo de reformas de mercado refleja el efecto deformante de la interacción de la lógica del capital con la lógica de la vanguardia. La ley del valor aquí da paso a una ley del *lobbying* —una competencia para el acceso a los recursos—.

Un desarrollo similar puede ser visto del lado de la vanguardia. ¿Qué tienen que hacer esos individuos a la cabeza de la estructura del Estado-partido (en ministerios, órganos de planificación, etc.) cuando se enfrentan al prospecto de escaseces que producen fracasos en el plan? Su comprometimiento con el proyecto como un todo los lleva, antes que nada, a tratar de aislar a sus propias instituciones de los fracasos, es decir, a controlar lo que es posible

controlar dentro de su poder inmediato. Una manifestación de esta tendencia es el patrón del "departamentalismo" descrito por Kagarlitsky:

Las instituciones burocráticas operan según el principio de "cada cual para sí". Al distribuir sus productos, todas están regidas por el principio de "lo tuyo primero". Esto conduce a la famosa "contra-transportación", donde una fábrica envía su producción, no a su vecino inmediato, sino al otro extremo del país, porque ahí es donde hay una empresa del mismo departamento, en tanto la empresa vecina pertenece a otro. Diferentes ministerios crean producciones del mismo tipo dentro de su propio sistema solo para no tener que depender uno del otro (Bihari, 1985:20).

Con las escaseces en aumento, la respuesta de los ministerios y las asociaciones productivas se convierte en una "competencia anticipatoria", una lucha por garantizar que sus sub-unidades aseguren los recursos que necesitan. Así se crea un abismo entre las necesidades del sistema vistas por los que están en el centro y las necesidades de autosuficiencia según son percibidas por aquellos que están más abajo en la cadena de producción: "Las autoridades centrales están preocupadas, en primer lugar, por maximizar el crecimiento a largo plazo, en tanto las agencias subordinadas concentran sus energías en objetivos y ventajas a corto plazo" (Flaherty, 1992:112-113).

Si la actividad autónoma de los directores de empresa infecta crónicamente el plan, ¿cómo pueden aquellos que tienen la responsabilidad de supervisar la porción del plan que les ha sido encomendada, minimizar el efecto de la infección? A esto sigue no solo el departamentalismo, sino también encontrar vías para facilitar que las empresas subordinadas a su autoridad produzcan tanto como sea posible. Así, en contraste con la exigencia de metas lo más elevadas posible en la concepción y creación de los planes anuales, aquellos a la cabeza de la vanguardia ven en este punto la necesidad de inducir a los empresarios a que cumplan

los objetivos del plan. Para impedir que los empresarios "pierdan toda esperanza" de obtener sus primas, las metas del plan son ajustadas hacia abajo dentro del propio período del plan a fin de ser más realistas. Además, los que están en la cima miran hacia el otro lado cuando se trata de diversas medidas cuestionables e ilegales aplicadas por los empresarios para favorecer el cumplimiento del plan; es decir, ellos *consienten* el derroche, la acumulación de fuerza de trabajo y recursos, y la duplicación del esfuerzo, lo que es contrario al impulso interno de la vanguardia. Con escaseces crecientes y fracasos en el plan, la ley del mando es transformada crecientemente en una ley de la *posibilitación*, otro aspecto de la deformación de la lógica de la vanguardia.

Así, en contraste con la jerarquía inherente a las relaciones de vanguardia, cuando se trata de la realización del plan la relación entre vanguardia y empresarios se invierte. Los que están en la cima son dependientes (y reconocen esa dependencia) de las empresas para entregar su parte del plan central. Por otro lado, los directores de empresa se irritan con las restricciones de la vanguardia, pero también desarrollan un creciente sentido de su independencia y poder, al punto de que son capaces de lograr sus metas a pesar de los controles ejercidos sobre ellos. Esta inversión (hegeliana) es precisamente la razón por la cual podemos considerar a los empresarios como los "principales" en su relación con los planificadores, y es el contexto en el que florecieron las coaliciones sectoriales y el modelo de dominio sectorial que se describe en el capítulo 3²⁹.

De esta forma, vemos aquí una tendencia definida a que la línea entre los dos opuestos se torne borrosa en la práctica, es decir, una tendencia a que surja una identidad de opuestos. De una parte, hay empresarios que dudan en aplicar totalmente la lógica del capital; de la otra, vemos a planificadores que apoyan las acciones de empresarios con orientación propia. Aunque la unión

²⁹ Esta inversión se hace eco de la exploración de la relación amo-esclavo hecha por Hegel, incluso hasta el punto en que los administradores de empresa parecen personificar el progreso. Ver Hegel, 1967.

de estos opuestos puede proporcionar seguridad mutua durante un tiempo y puede generar una estabilización aparente dentro del socialismo real, esa unidad es solo aparente. Lo que prevalece es la *lucha* a veces oculta, a veces abierta, entre dos lógicas —una lucha en particular por la propiedad, o sea, por la propiedad de los medios de producción—.

LA PROPIEDAD, EL PLAN Y EL MERCADO

La lucha toma la forma de una lucha entre el plan y el mercado. Es una lucha no por la propiedad jurídica, sino por la propiedad *real* de los medios de producción. ¿Qué significa poseer?

Aunque un concepto popular tiende a pensar que la propiedad es indivisible, generalmente aquellos que estudian la propiedad aceptan que la posesión comprende un paquete de diferentes derechos de propiedad que a menudo no están en poder de una sola parte³⁰. Basándose en la literatura sobre derechos de propiedad, por ejemplo, Kornai identificó como elementos clave: (1) el derecho al ingreso residual (y a decidir cómo usarlo); (2) el derecho de alienación o transferibilidad (a arrendar, vender, legar, etc.); y (3) el derecho a controlar (incluyendo el derecho a delegar ese control). Analizando el socialismo real, él apuntó que "la élite de poder, estructurada jerárquicamente y sin compartir el poder con otro grupo, tiene el derecho exclusivo de disponer de los medios de producción de propiedad estatal" (Kornai, 1992:64-66, 98)³¹.

³⁰ De acuerdo a la jurisprudencia inglesa, por ejemplo, el grupo de derechos incluye el derecho a la posesión, el derecho al uso y disfrute de una cosa, el derecho a decidir cómo, cuándo y por quién una cosa será usada, el derecho al ingreso procedente de la cosa, el derecho a consumir y desperdiciar la cosa y el derecho a transmitirla mediante venta, regalo o herencia. Nótese que un accionista individual en una corporación capitalista, por ejemplo, tiene el derecho al ingreso proveniente de su acción y el derecho a vender esa acción, pero no tiene el derecho a poseer, usar, administrar o destruir los medios de producción. Los administradores, por otra parte, poseen la mayoría de esos otros derechos, pero legalmente no pueden utilizar los medios de producción para su disfrute personal (Kernohan, 1987:152-157).

³¹ Además, Kornai enfatizó que la vanguardia no solo tiene el derecho al in-

Pero una parte de aquel paquete no parecía estar presente. Según Andras Hegedus, ex primer ministro de Hungría, la burocracia estatal ejercía el poder para dirigir a las personas, para disponer de los medios de producción, y el poder casi ilimitado para usar y distribuir el producto excedente a través de su sistema de toma de decisiones organizado jerárquicamente, es decir, tenía todos esos atributos de la propiedad. Sin embargo, carecía del poder para vender, legar o alienar los medios de producción. Esto llevó a Hegedus a describir la burocracia estatal en el socialismo real como poseedora más que como propietaria (Hegedus, 1976:109-111).

Como principio general, Hegedus enfatizaba que: "debemos preguntar siempre si existe algún tipo de control real sobre aquellos que disponen de poder y ejercitan la posesión a nombre del propietario" (Hegedus, 1976:95-96, 101). Dado que en el socialismo real la sociedad en su conjunto era el dueño jurídico (es decir, el propietario), entonces la pregunta en este caso era si existía control sobre la burocracia estatal.

Efectivamente, argumentaba Hegedus, "el centro del problema de la propiedad" era la lucha por "la sustitución de la posesión por parte de la administración estatal por el ejercicio de la propiedad por parte de la sociedad como un todo". En consecuencia, Hegedus enfatizaba la necesidad de una lucha por la democracia, o sea, por el control real sobre el poseedor median-

greso residual, sino que también es capaz de determinar su magnitud mediante su poder sobre los precios, costos de materiales, salarios y asignación de fondos; el ingreso residual, cuya "magnitud económica es fijada arbitrariamente por la burocracia", fluye al presupuesto central, el cual controla. Sin embargo, a pesar de su claro argumento sobre la vanguardia como dueño, Kornai insistió en que no existe propiedad real en el socialismo real porque los individuos reales no se benefician personalmente. "Comoquiera que nadie puede embolsarse las ganancias y nadie necesita pagar de su bolsillo por las pérdidas, la propiedad en este sentido no solo está despersonalizada sino eliminada. La propiedad estatal pertenece a todos y a ninguno" (Kornai, 1992:73, 75). Esto, desde luego, es el argumento conservador estándar contra toda propiedad común, incluyendo cualquier concepto de los comunes organizados por comunidades. Ver mis comentarios sobre los comunes en Lebowitz, 2010b:146-148.

te el fortalecimiento de formas democráticas de administración (Hegedus, 1976:111).

Sin embargo, Hegedus estaba bien consciente de que existía un reto diferente e inmediato a la posesión existente de los medios de producción. Había una "forma en rápido avance", una distribución de derechos de propiedad diferente que estaba surgiendo: "la posesión por parte de la dirección administrativa de la empresa". Los directores de empresa, señalaba, ejercitan su "posesión en el terreno de la propiedad con un grado de independencia relativamente alto" (Hegedus, 1976:115). Y esta posesión por parte de los empresarios, propuso, avanza a expensas de la posesión por la administración estatal. Esa usurpación era, "desde luego, un proceso que va acompañado de agudos conflictos. Esos órganos de la administración estatal que han ejercido la posesión hasta ese momento hacen todo lo que está en su poder para mantener sus viejas políticas" (Hegedus, 1976:117).

Al igual que Hegedus, Charles Bettelheim también identificó la lucha entre los empresarios y la administración estatal como una lucha por los derechos de propiedad. Aunque también enfatizó la distinción esencial entre "posesión" y propiedad, Bettelheim definió posesión de forma diferente, como "la capacidad de poner en funcionamiento los medios de producción" (Bettelheim, 1975:56). Así, para él la posesión incluía la capacidad técnica en un lugar específico de llevar a cabo y dirigir un proceso de trabajo. "Toda unidad de producción", argumentaba Bettelheim, "forma un centro para la apropiación de la naturaleza. Dentro de tal centro se articulan estrechamente diferentes procesos de trabajo; de esta forma, cada unidad de producción realmente tiene la capacidad de utilizar sus medios de producción, los que posee consecuentemente" (Bettelheim, 1975:111).

Según esto, propiedad y pertenencia se deben diferenciar de posesión en el sentido de Bettelheim. Propiedad incluye "el poder de apropiarse de los objetos en los que actúa para usos que son dados, particularmente los medios de producción, y el poder de disponer de los productos obtenidos con ayuda de esos medios de

producción". Y para que ese poder de propiedad (esos derechos de propiedad) sean efectivos, los agentes de la propiedad deben mandar: o deben poseer los medios de producción ellos mismos, o bien los agentes de posesión deben estar "subordinados a los agentes de propiedad" (Bettelheim, 1975:56-57). Para Bettelheim, pues, la lucha crítica por la propiedad era entre los dueños (los agentes de la propiedad) y los aspirantes a dueños (aquellos que poseen unidades de producción).

De modo que, ¿quién es dueño de los medios de producción en el socialismo real? Depende. Depende de la fuerza relativa de las partes en contienda. El Estado, argumentaba Bettelheim, es capaz de actuar como propietario de los medios de producción cuando "esos medios son puestos directamente bajo control y puestos en operación", y esto tiene lugar a través del "plan y de las relaciones planificadas que se derivan de este plan" (Bettelheim, 1975:51). Mientras más el Estado coordine *a priori* las diferentes unidades de producción, tanto más estarán subordinados al Estado como propietario aquellos que poseen los medios de producción (Bettelheim, 1975:52-53).

En pocas palabras, el plan es la forma en que se impide a las empresas transformar su posesión en propiedad. El Estado actúa como dueño "por una parte, cuando la propiedad estatal efectivamente permite a las autoridades gubernamentales 'reapropiarse' de todo o parte de lo que cada empresa posee; por otra parte, cuando el Estado efectivamente *domina* el uso que las empresas hacen de sus medios de producción y productos". El Estado domina así a través del plan central: "el *poder del Estado para disponer de los productos y apropiarse de los medios de producción*" es "el efecto de *relaciones de producción* específicas, de *relaciones de propiedad*" (Bettelheim, 1975:74).

A la inversa, sustituir el plan por el mercado es, según formulara Hegedus, "la sustitución de la posesión por parte de la administración estatal por la posesión por la dirección empresarial". Al introducirse precios de mercado "en lugar del precio burocrático anterior", al poder la empresa "tomar las decisiones relativas

a todas las cuestiones importantes del desarrollo empresarial (cambios en la estructura de producción, desarrollo técnico, inversiones, etc.) se fortalece la posesión por los empresarios" (Hegedus, 1976:117). Desde la perspectiva de Bettelheim, efectivamente, tal capacidad de las empresas de tomar sus propias decisiones sobre el uso de los medios de producción que poseen es "un efecto de relaciones de producción específicas, es decir, relaciones de producción capitalistas" (Bettelheim, 1975:75-76).

Este conflicto entre plan y mercado no debe entenderse como una lucha entre relaciones de producción socialistas y capitalistas. El dominio por la vía del plan central, apuntó Bettelheim, "pueden ser relaciones socialistas en la medida en que realmente garanticen el dominio de los trabajadores sobre las condiciones de producción y reproducción, y por lo tanto, sobre los medios y resultados de su trabajo" (Bettelheim, 1975:74). Los poderes del Estado sobre los medios de producción —es decir, sus derechos de propiedad—, planteó, "solo constituyen un efecto de las relaciones socialistas de producción en la medida en que estos poderes efectivamente garanticen el dominio de los trabajadores sobre las condiciones de producción y reproducción" (Bettelheim, 1975:74-75). *Como hemos visto en nuestro análisis, sin embargo, el dominio por parte de los obreros sobre las condiciones de producción y reproducción es precisamente lo que está excluido por las relaciones vanguardia de producción.*

En la medida en que los directores de empresas son impedidos de convertir su posesión de los medios de producción en propiedad, la vanguardia es el propietario colectivo de los medios de producción en el socialismo real. Sus poderes son poderes de propietarios: determina la meta de producción y dirige a las personas y a los medios de producción para cumplir esa meta; decide cómo y por quién serán disfrutados los productos de esta actividad, y distribuye el excedente más allá de lo que se requiere para reproducir las condiciones de producción³².

³² El partido de vanguardia, debe señalarse, también tiene el poder de enajenar los medios de producción privatizándolos.

Además, demostrando su propiedad la vanguardia es capaz de asignar derechos particulares de propiedad a otros. Eso es precisamente lo que ocurrió en el contrato social cuando se concedió a los obreros el derecho al puesto de trabajo. El hecho de gozar de protección para no ser despedido u obligado a cambiar de trabajo contra su voluntad representaba en la práctica que el obrero estaba vinculado a medios específicos de producción. *En pocas palabras, los obreros según el contrato social poseen derechos de propiedad particulares, ellos tienen derecho a continuar utilizando esos medios de producción o a cambiar de trabajo y establecer un vínculo similar con otros medios de producción*³³.

Examinense las relaciones vanguardia de producción. En ausencia del modo de producción específicamente de vanguardia, su reproducción requiere un modo de regulación que pueda garantizar la producción de las premisas del sistema. El control de los empresarios por medio del plan directivo administrativo y la existencia del contrato social constituyen un modo específico de regulación de vanguardia que permitía tanto la reproducción de la vanguardia como dueño de los medios de producción, como la reproducción de los obreros en su relación existente con los medios de producción. Pero un modo exitoso de regulación no es automático, es el terreno donde ocurre la reproducción impugnada.

En la "lucha contra dos sistemas mutuamente hostiles" que caracterizó al socialismo real, los empresarios querían ser "libres". Libres de todo control, libres de la "mezquina tutela" de la vanguardia, libres de las restricciones del contrato social (en particular, libre de la restricción fundamental de los derechos del puesto de trabajo). Al personificar la lógica del capital, los empresarios

³³ Desde luego, ese derecho de propiedad ha sido truncado de manera significativa. Aun teniendo derecho a poseer medios privados de producción, los individuos no tienen derecho a dirigir la producción, a escoger el objetivo de la producción, a vender (legalmente) los medios de producción, a traspasarlos a sus hijos mediante herencia o a ejercer cualquier otro derecho de propiedad además del derecho de uso. No obstante, la *pérdida* de esos derechos laborales debe ser entendida como una confiscación de los derechos de los obreros en el socialismo real.

emergieron como una clase orientada a la transferencia de todos los derechos de propiedad sobre los medios de producción tanto de la vanguardia como de la clase obrera. No es sorprendente que su interés de clase particular fuera presentado como el interés general, es decir, como un fin a la irracionalidad.

CAPÍTULO 5

El director y la batalla de ideas en la Unión Soviética

Recordemos la descripción de Canetti del director de orquesta:

Sus ojos dominan a toda la orquesta. Cada músico siente que el director lo ve personalmente y aún más, lo oye. Las voces de los instrumentos son opiniones y convicciones que él sigue atentamente. Es omnisciente, pues mientras los músicos tienen solamente sus propias partes ante sí, él tiene la partitura completa en su cabeza o sobre su atril. En cualquier momento, él sabe precisamente lo que cada ejecutante debe estar haciendo. Su atención está en todas partes al mismo tiempo, y es a esto a lo que él debe una gran parte de su autoridad (Canetti, 1973:460).

Él está dentro de la mente de cada músico. Sabe no solo lo que cada uno debiera estar haciendo, sino también lo que está haciendo. Es la personificación viva de la ley, tanto positiva como negativamente. Sus manos decretan y prohíben. Sus oídos tratan de descubrir la profanación.

¿Qué sucede, sin embargo, cuando el director está obligado a admitir que algo ha salido terriblemente mal? Cuando el director concluye que hay un problema con la música —“lo único que importa” — ¿qué debe hacerse?

EL CONTEXTO

Dada su importancia para la comprensión del destino del socialismo real, examinaremos aquí el caso específico de la URSS. Cuando dos sistemas hostiles interactúan, los resultados pueden

ser crisis, ineficiencias y una irracionalidad que no se encontrará en ninguno de los dos sistemas en su pureza. Más que un “todo coherente” compuesto de elementos que “se complementan mutuamente y se atraen recíprocamente”, la interacción de la lógica de la vanguardia y la lógica del capital produce algo totalmente diferente. En efecto, lo que puede surgir es lo peor de ambos mundos.

¿Fue esta la situación en la URSS? No hay dudas de cuán disfuncional era su economía, el derroche, la acumulación de fuerza laboral y recursos, los productos de baja calidad, la alienación extrema y la baja productividad de los trabajadores, la ausencia de información correcta para emprender la planificación, el departamentalismo, las evasiones del plan y la incapacidad para controlar a los directores de empresas. Y no falta la evidencia que apunta a una crisis creciente: tasas de crecimiento cayendo significativamente desde los años 1950 hasta los años 1980, una eficiencia inversionista en declive (es decir, descenso en las relaciones producción-capital), escaseces crecientes de recursos y mano de obra y caída del incremento de la productividad³⁴—.

Resulta tentador explicar la crisis simplemente haciendo referencia a las escaseces de mano de obra y atribuir estas a la continuación del modelo extensivo de crecimiento. Ciertamente, había señales obvias de escasez de trabajo. Además de la evidencia de una creciente disponibilidad de puestos laborales, había incapacidad para aprovechar adiciones a la capacidad industrial en los años 1960 y 1970 debido a la falta de fuerza de trabajo suficiente. “En los años 1970, un director de investigaciones de Gosplan reportó que el 10-12 % del incremento del capital fijo real estaba inutilizado debido a una escasez de mano de obra”. Allen (2003) resume la situación comentando que la reserva de capital aumen-

³⁴ Ver, por ejemplo, Allen, 2003. Ver un resumen conveniente de puntos importantes en Allen, 2005. Como ejemplo del problema, en 1981 se reportó en *Voprosy Ekonomiki* que “por cada rublo de capital básico ahora hay un 28 por ciento menos de ingreso nacional”. Citado en Kagarlitsky, 1990:242.

taba sin un aumento correspondiente del PIB debido a que no había fuerza de trabajo para operar la nueva capacidad.

En general, las fuentes de mano de obra adicional para la industria soviética estaban cada vez más agotadas. Ya en 1965, por ejemplo, para los investigadores del Gosplan era evidente que la demanda de trabajo excedía ampliamente el crecimiento en el suministro de fuerza de trabajo, “en otras palabras, los trabajadores requeridos habían sido obtenidos principalmente recurriendo a aquellos que trabajaban en sus casas o en sus parcelas privadas [...] Pero el número de los que trabajaban en casa continuaba decreciendo y esta fuente pronto se extinguiría” (Lewin, 2005:206). Tomando en cuenta solamente los patrones demográficos, ¿cuánto tiempo podría la URSS seguir un modelo de desarrollo extensivo que dependía de continuos incrementos de fuerza de trabajo para combinar con recursos en nuevas unidades productivas sin generar una crisis?

Y sin embargo, la explicación de la crisis no es tan simple. Ante todo, las escaseces de mano de obra tienen que ser analizadas en el contexto de la tendencia empresarial de acumular fuerza de trabajo. Myasnikov (1979), por ejemplo, argumentaba que “en la mayoría de las plantas soviéticas de maquinaria, el número de empleados es de un 30 a un 50 % más alto que en empresas similares en el extranjero”. De forma similar, mientras que Grancelli estimaba en 1988 que “como resultado de la acumulación de fuerza de trabajo, las reservas laborales ocultas en empresas industriales oscilaban entre el 10 y el 20 % de todo el personal”, otras fuentes sugerían mucha mayor acumulación de obreros en la URSS. Así, Kuznetsov dio un ejemplo de la industria del amoníaco: “Varios productores de amoníaco, utilizando la misma tecnología y planta, fueron supervisados en Rusia en 1983. Según una normativa, la producción necesitaba una fuerza de trabajo de 83. El empleo real oscilaba entre la cifra normativa y hasta tanto como 230, 294 e incluso 490 en algunas empresas” (Liutho, 1999). Según apuntaba Filzer, había una “aparente paradoja de una severa y reproduci-

ble escasez de mano de obra conjuntamente con una sobredotación en cada unidad individual de producción” (Filzer, 1994:15).

Además, la escasez de fuerza de trabajo no era en modo alguno universal. Aunque existía marcadamente en algunas partes occidentales y desarrolladas de la URSS (especialmente en el Báltico) y en Siberia, este no era el caso en las repúblicas de Asia Central, donde las tasas de crecimiento de la población eran el doble que el promedio soviético. Pero a pesar de las disparidades geográficas en la escasez de fuerza de trabajo, parece ser que “la disponibilidad de mano de obra no era tomada en consideración” al planificar la ubicación de plantas industriales. “Importantes industrias intensivas de mano de obra han sido ubicadas en regiones donde la fuerza de trabajo era escasa”, y “regiones con fuerza laboral excedente han sido objeto de inversiones reducidas”. El informe de Gosplan de 1965 concluyó que la situación en deterioro era “debida en parte a cálculos erróneos de parte de agencias planificadoras y económicas, y en parte a errores en la política económica” (Lewin, 2005:206-207). Muy sencillamente, el informe indicaba que “el factor empleo aún no está verdaderamente integrado a la formación del plan económico nacional” (Lewin, 2005:210).

Al parecer, tales advertencias no fueron suficientes para revertir la situación. Reflejando en parte el empleo de las mujeres en la industria, condiciones de vivienda inadecuadas e insuficientes instalaciones para el cuidado de los niños, el crecimiento poblacional en áreas de escasez de fuerza de trabajo continuó siendo bajo (Lewin, 2005:337-338). Entretanto, la combinación de un rápido y continuo aumento de la población y una relativamente baja expansión económica en partes no europeas de la URSS significó un sustancial desempleo a largo plazo a mediados de los años ochenta. En esta situación, dada la renuencia de los musulmanes de aquellas repúblicas a establecerse permanentemente en áreas distantes de sus comunidades culturales, las áreas urbanas occidentales con demanda insatisfecha de fuerza de trabajo reclu-

taban mano de obra temporal de Asia Central y usaban obreros contratados de Vietnam (Filzer, 1994:22-28).

De esta forma, más de un conflicto entre desarrollo extensivo y factores puramente demográficos estaban produciendo la crisis. En áreas con escasez de mano de obra la situación pudo haberse mitigado por medio de la reducción del exceso de demanda de fuerza de trabajo en operaciones ya existentes. Empero, esa demanda exagerada era inherente al esfuerzo empresarial por garantizar el logro de primas y por ello no podía ser reducida fácilmente sin una reestructuración significativa. Por su parte, una planificación económica que hubiera dirigido recursos a sectores considerados “improductivos”, como la vivienda y el cuidado infantil, hubiera podido influir positivamente en las bajas tasas de natalidad, así como se hubiera podido reducir el regreso de migrantes desde nuevas áreas de inversión como Siberia debido a la ausencia de inversión complementaria en la construcción de viviendas.

Recordemos, no obstante, nuestro análisis del departamentalismo y la brecha entre la planificación arriba y las decisiones concretas abajo. Esto sugiere que el problema pudo haber sido *más* que el no haber integrado “el factor empleo” en la formación del plan central. Por ejemplo, comentando un informe de 1968 hecho para el Gosplan de la Federación Rusa, Lewin escribía:

En las veintiocho mayores ciudades del país fue prohibida la construcción de nuevas fábricas. Sin embargo, en el actual plan quinquenal, los ministerios, bien mediante la obtención de excepciones o simplemente ignorando las regulaciones, crearon empresas allí a fin de aprovechar la infraestructura superior, causando una seria escasez en esas ciudades (Lewin, 2005:211).

Cuatro años más tarde, otro informe sobre el problema de los desequilibrios laborales (incluyendo desequilibrios de género), indicaba que las medidas tomadas para rectificar la situación no habían tenido éxito, y atribuían los obstáculos “a la pobre plani-

ficación, falta de incentivos para que los ministerios ubicaran industrias en poblaciones pequeñas, inestabilidades en sus planes y la debilidad de sus capacidades constructivas” (Lewin, 2005:213).

¿Estaba la incapacidad de romper con el modelo de crecimiento extensivo relacionada con este patrón de la auto-orientación de los ministerios? En esta discusión de las coaliciones sectoriales que involucraban a ministerios y empresas dentro de sus esferas, Flaherty concluyó que el patrón de inversiones se tornó “casi totalmente una función del dominio sectorial o la correlación de fuerzas grandemente sesgada, existente entre los contendientes en el regateo del plan”.

Ese poder estaba concentrado particularmente en los sectores que habían sido beneficiarios del anterior camino de desarrollo extensivo, es decir, “una coalición de desarrollo extensivo”. Flaherty planteaba que “la lógica evolutiva de un régimen de acumulación extensiva” tendía a su propia reproducción (Flaherty, 1992:117-118). En pocas palabras, cambiar el curso para seguir un camino más racional chocó con un problema de “sendero de dependencia”, la presencia de intereses creados, inversiones y agendas³⁵.

Recuérdese, sin embargo, que no fueron solo las coaliciones sectoriales las que reforzaron el patrón de crecimiento extensivo. Como se explicó en el capítulo 3, el propio contrato social generó esta tendencia. Precisamente porque los derechos del puesto de trabajo eran un aspecto esencial del contrato social, la expansión de la producción tendió a ocurrir al combinar nuevos medios de producción con obreros en nuevos centros de trabajo, más que mediante la introducción de tecnología ahorradora de fuerza de trabajo en los centros de trabajo existentes. En pocas palabras, en ese contrato social que intercambiaba seguridad por protagonismo de parte de los trabajadores era inherente la tendencia al

³⁵ Un ejemplo clásico de “sendero de dependencia” es el teclado Qwerty, que apunta a la gran dificultad de pasar a un sendero más eficiente una vez que se han invertido recursos sustanciales en un método que pareció ser racional en una etapa anterior. Ver David, 1985.

crecimiento extensivo más que al intensivo. Esto, pues, era otro obstáculo potencial para cambiar de camino.

Por consiguiente, aunque en principio había un consenso general de que era esencial un cambio hacia el crecimiento intensivo (donde el aumento de la producción y el consumo podía ser apoyado por el aumento de la productividad), lograrlo en la práctica era otra cosa. Había continuos avisos de que la URSS no podía continuar por el camino que llevaba. Kosiguin fue alertado por la Academia de Ciencias en 1967 en un informe hecho por encargo, de que la economía estaba rezagada en comparación con la de los Estados Unidos en todos los indicadores principales, y que el panorama no era halagüeño. Posteriormente, en 1970 el instituto de investigaciones de Gosplan alertó que, a pesar del reconocimiento por parte del Partido de que el éxito económico dependía del crecimiento intensivo, toda la información apuntaba en el sentido equivocado. “Los factores extensivos se están volviendo más fuertes en el desarrollo de la economía soviética, en primer lugar porque el crecimiento en bienes de capital básicos está dejando atrás al crecimiento en la producción”. Esto fue seguido por la propia conclusión de Gosplan en 1970 de que “todos los indicadores básicos se desacelerarán, deteriorarán o estancarán”. Gosplan apuntó hacia un “desequilibrio dual”, “por una parte, entre los recursos del Estado y las necesidades de la economía nacional, por la otra, entre los ingresos monetarios de la población y la producción de bienes de consumo y servicios” (Lewin, 2005:216, 329, 371).

A pesar de esas advertencias, la situación continuó desacelerándose, deteriorándose y estancándose en las décadas de los setenta y los ochenta, y los desequilibrios crecieron. La situación fue resumida en el Informe del Comité Central del PCUS al XXVII Congreso del Partido, rendido por Gorbachov en febrero de 1986, el cual señaló que “comenzaron a acumularse dificultades en la economía en los años setenta, cuando las tasas de crecimiento declinaron marcadamente”. Incluso las metas más bajas de los planes quinquenales Noveno y Décimo no fueron alcanzadas, ni tam-po-

co fue cumplido totalmente el programa social para el período, a pesar de algunos avances importantes. Y la razón fue que “no nos habíamos percatado de la necesidad aguda y urgente de convertir la economía a métodos intensivos de desarrollo” (*New Times*, 1986:20).

Desde luego, continuaba el informe al Comité Central, “hubo muchas exhortaciones y se habló mucho sobre este tema, pero prácticamente no se avanzó nada”. En pocas palabras, hubo estancamiento, años de estancamiento:

Por inercia, la economía continuó desarrollándose grandemente sobre una base extensiva, con la vista puesta en introducir fuerza de trabajo y recursos materiales adicionales a la producción. Como resultado de ello, la tasa de crecimiento de la productividad del trabajo y algunos otros indicadores de eficiencia cayeron sustancialmente. Los intentos de rectificar la situación construyendo nuevas plantas afectó el problema del balance. La economía, que tiene recursos enormes a su disposición, cayó en escaseces. Apareció una brecha entre las necesidades de la sociedad y el nivel de producción alcanzado, entre la demanda efectiva y la oferta de bienes (*New Times*, 1986:20).

Necesitamos, sin embargo, añadir algo importante a este cuadro de inercia y crisis creciente. El informe indica que en el último cuarto de siglo se había producido un mejoramiento considerable del nivel de vida. Esta fue también la observación de Lewin, quien escribió que “a pesar de las malas noticias anunciadas por las autoridades de planificación y de claros síntomas de un sistema en declive, los niveles de vida en realidad aumentaron durante los años de estancamiento” (Lewin, 2005:336). Estudios indicaban que “las condiciones de vivienda han mejorado”, que “la adquisición de bienes de consumo duraderos ha aumentado apreciablemente”, que aquellos con menores recursos se habían beneficiado y que había una reducción de la desigualdad (Lewin, 2005:336-337). Además, añadía Flaherty, los niveles de educación de la clase obrera aumentaron

significativamente en este período y “la mayor parte del progreso alcanzado por los consumidores se logró durante la era Brézhnev” (Flaherty, 1989:40-41).

Esos avances para los obreros reflejaban, desde luego, el contrato social. En efecto, eran precisamente esos logros los que explicaban, según Lewin, “la paradoja de nostalgia entre la población de la Rusia post-comunista por ‘aquellos días tan buenos’ de la época de Brézhnev” (Lewin, 2005:367). Ese contrato social, sin embargo, era justo lo que estaba amenazado por la crisis en curso.

¿QUÉ HAY QUE HACER?

Recordemos el concepto de la vanguardia presentado en el capítulo 3. Característica de la vanguardia es la convicción de que el logro del socialismo no sucederá espontáneamente y, por lo tanto, requiere liderazgo. La orquesta necesita su director: “la interconexión y unidad del proceso están necesariamente representadas por una voluntad gobernante” (Marx, 1981:507). Y la voluntad gobernante debe ser el Partido. Como dijera Stalin, “el Partido debe estar a la cabeza de la clase obrera” (Kornai, 1992:56).

Esta autoconcepción del Partido como el conductor necesario en el camino al socialismo y al comunismo conlleva responsabilidad y deberes. La meta es “lo único que cuenta, y nadie está más convencido de esto que el propio conductor” (Canetti, 1973:458). *Fracasar* en la dirección, desde esta perspectiva, es traicionar el papel histórico asignado. Pero, ¿qué sucede cuando el director concluye que la partitura en la cual ha confiado presenta fallos, es decir, que no está logrando los resultados deseados?

Para comprender la respuesta del partido de vanguardia a los síntomas de crisis emergente necesitamos analizar tanto las opciones como el contexto. La aceptación de la necesidad de apartarse del modelo de desarrollo extensivo no apunta a una solución única. En principio, una forma de aumentar la producción mediante el aumento de la productividad es incrementar los

medios de producción por obrero, por ejemplo, la sustitución de máquinas por obreros. Otra es incrementar la eficiencia de los medios de producción, o sea, aumentar la productividad para un determinado nivel de medios de producción. Entre los métodos para lograr esto estaría un crecimiento en la eficiencia de la inversión, la reducción del derroche y la duplicidad, así como el estímulo a los obreros y la reducción de su alienación. Estos ejemplos no son mutuamente excluyentes; una combinación de ellos puede ser particularmente efectiva para aumentar la productividad.

Pero recordemos el contexto en el cual se presenta la necesidad de apartarse del modelo de desarrollo extensivo. No estamos considerando una solución en el contexto de una sociedad donde prevalecieran las relaciones vanguardia de producción. De ser ese el caso, la selección de opciones para la vanguardia habría sido estrictamente de carácter técnico, es decir, la identificación del método más eficiente e inmediato de aumentar la productividad. Sin embargo, la crisis en el socialismo real ocurrió en el contexto de la “reproducción impugnada” —una lucha entre la lógica de la vanguardia y la lógica del capital— y en el centro de esta lucha estaba el fortalecimiento o el debilitamiento del modo vanguardia de regulación.

Por lo tanto, las opciones ante la vanguardia eran político-económicas más que puramente técnicas. Estas podían enfatizar (a) el incremento de la eficiencia de la inversión mediante un sistema mejorado de información y mayores inversiones en la construcción de maquinarias y la computarización. Esto permitiría una planificación más coherente y mayor supervisión de parte de los ministerios y empresas, y mejor ejecución del plan. En el corto plazo, esto podría fortalecer el modo vanguardia de regulación en su camino hacia la “computopía”, el modo de producción específicamente de vanguardia.

De forma alternativa, la vanguardia podría (b) poner fin a ciertos derechos del puesto de trabajo (la “restricción microeconómica al empleo pleno”), alentar a los empresarios a introducir nuevas tecnologías economizadoras de mano de obra, y eliminar

restricciones a la iniciativa empresarial en las transacciones del mercado. En este caso, la vanguardia, efectivamente, pondría fin al contrato social adoptando la perspectiva general de los empresarios, sin renunciar por ello a su propio rol como conductora de la clase obrera. Finalmente, la vanguardia podría (c) concentrarse en incrementar las capacidades de los trabajadores eliminando la división entre pensar y hacer. En este caso, estaría moviéndose para poner fin a la relación específica misma de vanguardia, al crear las condiciones para la dirección democrática obrera y comunitaria desde abajo.

ARMANDO TÉCNICAMENTE A LA VANGUARDIA

Tras la muerte de Stalin y el drama del XX Congreso del Partido en 1956, el “deshielo” político asociado con Jrushchov creó las condiciones para nuevas ideas que podían ser fomentadas para organizar la economía. Entre las más importantes estaban las propuestas para hacer un uso pleno del potencial de las computadoras para la planificación económica y la coordinación. Aquí estaba la oportunidad de trabajar hacia la creación de un modo de producción específicamente de vanguardia basado en relaciones productivas de vanguardia. En sus escritos de 1959 sobre los mecanismos soviéticos de planificación existentes, J. M. Montias predijo que si los planificadores podían utilizar con éxito las técnicas matemáticas entonces disponibles, “estarían tanteando un nuevo potencial de poder y crecimiento incrementados” (Montias, 1974:248).

En diciembre de 1957 un informe confidencial de la Academia de Ciencias Soviética subrayó la ganancia en eficiencia que resultaría del uso de computadoras para las estadísticas y la planificación. “En la mayoría de los casos, tal uso haría posible aumentar la rapidez en la toma de decisiones en cientos de veces, y evitar errores que actualmente son producidos por el rígido aparato burocrático involucrado en estas actividades”. Por consiguiente, la Academia propuso crear un centro de computación en cada re-

gión para ayudar a la planificación, la estadística, la ingeniería y la investigación científica (Gerovitch, 2008).

Muchos pasos fueron dados en esta dirección. En 1958 fue creado el Instituto de Máquinas Electrónicas de Control, encabezado por Isaac Bruk, quien dos años antes había propuesto crear una red jerárquica de “máquinas de control” para recolectar, transmitir y procesar información económica y facilitar la toma de decisiones mediante simulación por computadoras. En 1961 este instituto fue puesto bajo el control del Consejo Estatal de Investigación Económica, y posteriormente del Comité Estatal de Planificación. De forma similar, en enero de 1959 el ingeniero Coronel Anatoli Kitov, autor del primer libro soviético sobre computadoras digitales, envió su libro a Jrushchov, adjuntando una carta que propugnaba “un cambio radical y un mejoramiento de métodos y medios de dirección mediante una transición de las formas manuales y personales de administración a los sistemas automatizados, basados en el uso de máquinas de computación electrónica”. La computarización de la dirección económica, argumentaba Kitov, “haría posible usar en toda su extensión las principales ventajas económicas del sistema socialista: la economía planificada y el control centralizado. La creación de un sistema automatizado de dirección significaría un salto revolucionario en el desarrollo de nuestro país y garantizaría una victoria total del socialismo sobre el capitalismo”.

La *cibernética al servicio del comunismo*, un tomo publicado en octubre de 1961, en vísperas del XXII Congreso del Partido, por el Consejo de Cibernética de la Academia de Ciencias (y anualmente después) siguió a la primera conferencia nacional sobre modelos matemáticos en la economía y la planificación. En esa obra, la economía soviética era interpretada como “un sistema cibernético complejo, que incorpora un número enorme de distintos ciclos de control interconectados”, y los autores proponían conectar centros regionales de computación en una red nacional para crear “un solo sistema automatizado de control de la economía nacional”. Y esa fue precisamente la dirección contenida en el

nuevo Programa del Partido aprobado en el XXII Congreso, que argumentó que la cibernética, las computadoras electrónicas y los sistemas de control “serán aplicados ampliamente en los procesos de producción en la manufactura, la industria de la construcción y el transporte; en la investigación científica, en la planificación y el diseño, y en la contabilidad y la administración”. Las computadoras, se declaró en la prensa soviética, eran “máquinas del comunismo” (Gerovitch, 2008).

Estas ideas de “cambio radical y mejoramiento de los métodos y medios de dirección” eran consecuentes con el empuje general de las medidas económicas de Jrushchov en aquel tiempo. No solo incluían estas el realzar el papel del Partido en relación con los funcionarios estatales (enfaticando con ello las políticas de mando) y reduciendo las primas empresariales, sino que incluían, en particular, el reemplazo de ministerios por órganos económicos regionales (*sovmarkhoz*) con el propósito de sustituir “la masiva pirámide de ministerios económicos (la mayoría vinculados a la industria), que estaban supercentralizados y eran inconscientes de los intereses locales, y los órganos económicos administrativos locales” (Lewin, 2005:218, 221). Efectivamente, según Gerovitch, Jrushchov llegó a considerar el control cibernético como un modelo de comunismo: “En nuestra era, la era del átomo, la electrónica, la cibernética, la automatización y las líneas ensambladoras, lo que se necesita es claridad, coordinación ideal y organización de todos los eslabones del sistema social tanto en la producción material como en la vida espiritual”. Hablando a intelectuales en 1963, argumentaba que: “el comunismo es una sociedad ordenada, organizada. En esa sociedad, la producción será organizada sobre la base de la automatización, la cibernética y las líneas de ensamblaje” (Gerovitch, 2008).

Las posibilidades de un mejoramiento significativo en la calidad y la implementación de las decisiones centrales también eran evidentes para los economistas matemáticos que se beneficiaron del interés creciente por el control económico. Ahora, tras muchos años en que se tildó a las técnicas matemáticas de burguesas, los

economistas matemáticos tuvieron un auditorio. Especialmente importante fue la publicación en 1959 de la obra de Kantorovich *El mejor uso de los recursos económicos*, escrita en 1942, basada en su desarrollo previo en programación lineal en 1939. Esta obra se refería al problema de tomar decisiones según una estructura de precios que no tomaba en cuenta el costo real de poner nuevos recursos en uso, y fue la plataforma para una discusión de que los precios existentes asignados a actividades específicas distorsionaban la toma de decisiones económicas racionales, generando despilfarro y costos excesivos.

Aunque criticaba los métodos de cálculo existentes, esa discusión no era un desafío al proceso de planificación o a las relaciones de vanguardia en sí mismas. Por el contrario, los objetivos generales debían darse desde arriba, y se trataba de hallar el modo más eficiente de lograr esas metas. Los métodos matemáticos, alegaba Kantorovich, eran especialmente útiles para encontrar soluciones concretas para una economía socialista y para descubrir “las ventajas de esta estructura social altamente perfeccionada”. La sociedad socialista, enfatizó, era “por su naturaleza, capaz de lograr un uso más completo y racional de los recursos productivos”. Por consiguiente, “para cada sector de producción socialista y para la sociedad socialista en su conjunto, un plan óptimo es una realidad concreta” (Kantorovich, 1974b:462-468).

Apenas puede existir duda de que los de arriba esperaban que “flujos mejorados de información y mejores comunicaciones podrían lograrse con ayuda de computadoras y sistemas de análisis que les permitieran mantener la dirección altamente centralizada existente sin alteraciones básicas en la posición de los niveles inferiores” (Lewin, 1975:161). Así, en 1962 ellos apoyaron la proposición de Víctor Glushkov, director del Instituto de Cibernética, de construir “un sistema automatizado para la planificación y la dirección económicas sobre la base de una red de computación de toda la nación”. Trabajando estrechamente con Nikolai Federenko, jefe del Instituto Central Economía Matemática, ambos publicaron en 1964 un artículo conjunto pidiendo un sistema

unificado de planificación y dirección óptimas, proponiendo que ello brindaría apoyo a “la toma óptima de decisiones a escala nacional”. Dicho artículo abogaba por una red principal de centros de computación, con toda la información económica recolectada y almacenada en centros de información y disponible para todas las agencias correspondientes. Consecuente con la revisión de los ministerios por parte de Jrushchov en aquel momento, la propuesta de Glushkov abogaba por una significativa vigilancia sobre los burócratas dentro de la esfera económica, creando “listas detalladas de sus deberes para determinar claramente el orden del procesamiento de documentos, la cadena de responsabilidad, el cronograma, etc. (Gerovitch, 2008).

No sorprende que la propuesta de computarización de Glushkov haya preocupado a empresarios y burócratas porque “en última instancia amenazaba con hacerlos innecesarios”. Pero también se oponían economistas que la veían como “un intento conservador de continuar centralizando el control de la economía y suprimir la autonomía de las pequeñas unidades económicas”. Para ellos, “el proyecto de Glushkov solamente conservaba formas obsoletas de una dirección económica centralizada”. Su propuesta fue presentada formalmente al gobierno en junio de 1964. Sin embargo en octubre Jrushchov fue destituido. Por consiguiente, cuando en noviembre el proyecto de Glushkov fue puesto a la consideración del nuevo gobierno encabezado por Brézhnev y Kosiguin, la correlación de fuerzas ya no era tan favorable y la oposición logró parar cualquier desarrollo de una red nacional (Gerovitch, 2008).

El empuje ahora —además del desmantelamiento de los consejos económicos regionales de Jrushchov y la restauración del poder de los ministerios— estaba dirigido a aumentar la independencia económica de las empresas reduciendo el número de sus indicadores de éxito y permitiéndoles retener mayores recursos para inversiones específicas. Kosiguin enfatizó el aumento de los incentivos materiales para los empresarios y los trabajadores: “Es necesario introducir un sistema bajo el cual las oportu-

tunidades de la empresa para mejorar la remuneración de sus trabajadores estén determinadas, sobre todo, por el crecimiento de la producción, el mejoramiento de la calidad, las ganancias incrementadas y mayor rentabilidad en la producción” (Kosygin, 1974b:329, 331).

Sin lugar a dudas, este énfasis en aumentar el poder de las empresas introdujo un tema diferente. Aunque no significaba un fin del enfoque en la computarización y planificación óptima, sí dio lugar a preguntas sobre las prioridades. Preocupado por esta cuestión, Novozhilov, un destacado economista matemático, escribió en 1966: “Es fácil extender los derechos de la empresa. Es difícil, sin embargo, como resultado de esta extensión, reconciliar los intereses de los empleados de la empresa con los de la economía”. Primero, había que desarrollar un conjunto racional de precios y planificación. Consecuentemente, la ampliación de los poderes de la empresa debían ser “el último eslabón en la tendencia a desarrollar un sistema de dirección de una economía socialista”, y debía ser desarrollado sobre la base de la optimización de la planificación y de la fijación de precios. Novozhilov insistía en que “la optimización de la planificación es el principal eslabón en la cadena”. De esa forma, la implementación de “la profunda transformación de la gerencia industrial prevista solo podía ser “gradual”. “En estos momentos”, argumentaba, “la planificación de los precios es el principal cuello de botella en la organización de la economía socialista” (Novzhilov, 1974b:378-379, 383, 395).

A finales de los años sesenta y en los años setenta hubo una continua tensión sobre la importancia de la cibernética y la computarización para la economía. Las técnicas de programación lineal eran utilizadas de forma creciente para examinar proyectos específicos, se aprobaban resoluciones (incluyendo apoyo a las ya suavizadas proposiciones de Glushkov a favor de un sistema nacional de información), y el instituto de Federenko recibía un apoyo considerable. Pero al intentar balancear entre reformas al nivel de la dirección de las empresas y medidas para fortalecer el modo vanguardia de regulación, no pudieron concretarse las

ventajas de ninguna de las dos. En realidad, la interacción entre ambas lógicas produjo un *impasse*.

A pesar de los pasos iniciados en 1966 hacia la independencia empresarial, poco tiempo después estaba claro para partidarios como Nove que “el viejo sistema, fuere de ideas o de contenido organizativo-económico, ha sobrevivido sin cambios fundamentales” (Nove, 1974b:354). Aquellos que se oponían a las reformas de mercado estaban mirando hacia “la dirección computarizada y el flujo de información mejorado” a fin de “mejorar el resultado económico sin poner en peligro el *status quo*” (Lewin, 1975:187). Y tuvieron éxito en este punto al frenar las medidas de reforma. Como se quejara Nove: “El poder de adjudicar recursos y tomar decisiones de producción continúa estando en manos de las autoridades centrales” (Nove, 1974: 357).

Y sin embargo se había perdido el impulso para la creación de una red nacional que pudiera ayudar a planificar la economía como una fábrica única. Efectivamente, la idea de crear una red de centros de computación fue atacada por considerársela demasiado costosa; un economista de la reforma (Popov) la describía como un plan para construir pirámides por todo el país. En ausencia de un compromiso político para crear esa red unificada, el vacío fue llenado al crear los ministerios e instituciones individuales sus propios sistemas de computación y desarrollar sus propios sistemas de información. Y esos sistemas eran incompatibles. Gerovitch señaló que “al acelerar el desarrollo de sistemas incompatibles basados en ramas, los ministerios bloquearon con efectividad la idea de una red nacional de computación” (Gerovitch, 2008).

Las esperanzas iniciales de la computarización como solución se esfumaron. Un informe de 1985 indicaba que los resultados de la introducción de computadoras eran “solo una cuarta o quinta parte tan efectivos como se había esperado de ellos” (Kagarlitsky, 1995:241). El efecto fue que ya en los años ochenta existía un “escepticismo generalizado” sobre la utilidad de la información empresarial y los sistemas de control. Según el

economista Michael Ellman, “esto fue consecuencia en gran medida del fracaso en la realización de las esperanzas anteriormente exageradas sobre los resultados que debían ser obtenidos de su introducción en la economía” (Ellman, 1990:99). Los problemas para los cuales esto iba a ser una solución, sin embargo, no estaban desapareciendo; es más, estaban aumentando. De manera que ¿hacia dónde podía volverse el director de orquesta?

LA PERSPECTIVA DE CLASE DE LOS ECONOMISTAS

Las ideas pueden ser una fuerza material cuando se apoderan de las mentes de la vanguardia. Y en la batalla de ideas, los capitalistas restringidos tenían armas poderosas. Ellos contaban con economistas como sus representantes ideológicos. Esos economistas no eran necesariamente aspirantes a capitalistas ni representantes conscientes del capital. Sin embargo, como comentara Marx acerca de los voceros de la pequeña burguesía:

Lo que los hace representantes de la pequeña burguesía es el hecho de que en sus mentes ellos no van más allá de los límites que estos últimos no exceden en vida, de que por lo tanto son empujados, teóricamente, a los mismos problemas y soluciones a los cuales el interés material y la posición social empujan a esos últimos en la práctica (Marx, 1951:250).

También en este caso los economistas tendían a quedar anclados dentro de los límites de clase. En particular su punto fuerte (o su punto ciego) no era la clase obrera. La alternativa que ellos ofrecían al mando jerárquico de la vanguardia no constituía un desafío al dominio sobre los obreros en el centro de trabajo y en la sociedad. En lugar de ello, los economistas enfatizaban las restricciones a los empresarios. Ellos no hablaban de ineficiencia dinámica como efecto de la división entre pensar y hacer para las capacidades de los obreros. En su lugar, los economistas empezaban y terminaban con las ineficiencias que los empresarios con-

frontaban diariamente como resultado del dominio sobre ellos desde arriba.

“Denle libertad al empresario” era su solución. Desde luego, ellos no identificaban abiertamente los intereses de los empresarios como la meta. Más bien Lewin apuntaba con simpatía que “los economistas descubrían a la persona olvidada, al consumidor”, e insistía en que la producción y la actividad económica debían “servir a los consumidores”. Responder al consumidor, afirmaban, era “la necesidad misma del progreso” (Lewin, 1975:180). Al propugnar un fin a todo lo que limitaba al empresario, los economistas argumentaban que “las condiciones especiales de su emancipación son las condiciones generales solo en cuyo contexto puede ser salvada la sociedad moderna” (Marx, 1951:250).

¿Pero salvada de qué? Salvada, por una parte, del ejercicio de los derechos de propiedad por parte de la vanguardia. Salvada, por la otra parte, del contrato social que impedía a los empresarios ejercer poder sobre los trabajadores. Salvada, en general, de las disfunciones de la economía soviética, para la cual la única solución era liberar a los empresarios. En contraste con los empresarios mismos (afectados en su actividad diaria por sus relaciones con la lógica de la vanguardia), los economistas representaban la lógica del capital en toda su pureza.

En su búsqueda de condiciones generales para salvar a la sociedad soviética, los economistas comenzaron enfocándose hacia la eficiencia abstracta: la empresa es demasiado grande. Argumentaban que los planificadores centrales al insistir en tratar a la economía como “una sola fábrica” dirigida desde un centro habían creado una ineficiencia extensiva. Era posible, efectivamente, localizar el origen de todos los problemas en la excesiva centralización. La planificación central “tenía que soportar el golpe principal como fuente principal de todas las disfunciones”. Tomando en cuenta “cada aspecto del trabajo de los planificadores —las técnicas involucradas en realizar su trabajo, fijar las metas y obtener resultados de los subordinados”, los economis-

tas concluían que “el grado de centralización existente era en sí mismo disfuncional e insostenible”.

Por consiguiente, la respuesta fue reducir el tamaño de la firma, apartarse de la “fuerte concentración de decisiones en el centro hambriento y codicioso de poder, que estaba inundado de información que no podía procesar debidamente y por ello tendía a perder contacto con la realidad”. La respuesta fue apartarse de “las líneas de mando jerárquicamente verticales” y admitir que “los contactos horizontales son indispensables para una economía que funcione óptimamente” (Lewin, 1975:164-165). “Horizontal”, empero, no significaba planificación local y coordinación consciente desde abajo. Horizontal significaba mercados. Existía una “aceptación generalizada” entre los economistas, argumentaba Lewin, de que “las categorías del mercado no eran ajenas al socialismo sino inherentes a él (Lewin, 1975:140).

Pero ¿por qué inherentes? Porque, según se argumentaba, las empresas estaban separadas y tenían intereses separados. “Los escritores señalaban que la economía estaba compuesta de miles de unidades de producción, empresas y fábricas relativamente independientes, muy claramente separadas unas de otras”. Y comoquiera que “los productores no podían apropiarse de los productos sin vender los suyos a cambio”, ellos estaban produciendo “mercancías” más que “productos”. De manera que, según Lewin, “la mayoría de los economistas soviéticos cedió ante la evidencia y aceptó que, en todos sus sectores, la economía soviética era y es un productor de mercancías”. Existía, declaró, “prueba suficiente” de que “en general, los productos eran intercambiados y no solo apropiados y distribuidos directamente”. En resumen, más que ser sustituido por la planificación, el mercado estaba allí y “había demostrado ser un mecanismo vitalmente importante de la economía socialista” (Lewin, 1975:171-174).

Desde esta perspectiva, impedir el funcionamiento en el mercado de estas empresas económicamente independientes mediante la imposición de líneas de mando verticales iba a reemplazar relaciones económicas verdaderas por voluntarismo, un

voluntarismo, también, que no podía tener éxito porque el Estado no poseía ni el conocimiento ni la capacidad para la planificación mediante el mando administrativo. Imponer esto, argumentaba Nemchinov, era “contrario a las condiciones contemporáneas de división compleja y profunda del trabajo social que caracteriza a todas las esferas de la economía nacional socialista” (Lewin, 1975:139). El resultado, escribió en 1965, era un sistema económico “encadenado de arriba abajo”; lo que existía era “un sistema anquilosado, mecánico, en el cual todos los parámetros de dirección eran dados de antemano y el sistema completo estaba encadenado de arriba abajo, en cualquier momento y en cualquier punto” (Lewin, 1975:157).

Así pues, ¿qué había que hacer? La respuesta no era acabar con la planificación como tal. Los planes a mediano y largo plazo y los pronósticos seguían siendo esenciales, pero el plan anual, el plan operativo con sus metas detalladas y directivas desde arriba tenía que ser sustituido por “palancas económicas”, incentivos que guiaran a las empresas individuales a actuar en el interés de la sociedad, persiguiendo su propio interés. “El consenso entre los reformistas”, comentaba Lewin, “parecía ser que la planificación central debía concentrarse en objetivos macroeconómicos a largo plazo”, mientras que a nivel microeconómico la empresa “en su actividad cotidiana [...] sería dejada en libertad para trabajar para el consumidor y no para el plan” (Lewin, 1975:165-166).

En efecto, según se apunta arriba, cambiar la iniciativa hacia las empresas era la meta declarada de la reforma económica introducida tras la democión de Jrushchov. La primera cláusula del Estatuto de la Empresa Industrial Socialista aprobado en octubre de 1965 expresaba: “La empresa industrial socialista será la unidad básica de la economía nacional en la URSS. Su operación estará basada en la dirección centralizada combinada con independencia económica e iniciativa de parte de la empresa” (Dobb, 1970:45). Desde luego, el cambio de considerar la economía como un todo a convertir a las empresas individuales en las unidades básicas de la economía involucraba más que solo un

énfasis en la eficiencia. Aunque el argumento en contra de la planificación central adoptó la forma de una crítica a la ineficiencia, el mismo no debe ser analizado de manera abstracta, es decir, al margen de la lucha de clases concreta que estaba teniendo lugar.

Más bien necesitamos comprender estos argumentos en el contexto de la lucha entre la lógica de la vanguardia y la lógica del capital. Recordemos la pregunta de Bettelheim. ¿Es el Estado capaz de subordinar a aquellos que poseen los medios de producción, los directores de empresa? Según él, el Estado actúa como propietario de los medios de producción poseídos por la empresa cuando “estos medios son puestos directamente bajo control y en operación”, y esto ocurre a través del “plan y las relaciones planificadas que se derivan de este plan”.

Desde esta perspectiva, ceder a las empresas el poder de tomar decisiones sobre el uso de los medios de producción que poseían era transferir derechos de propiedad a dichas empresas (Bettelheim, 1975:51, 75-76).

No obstante, los reformistas económicos argumentaron que el Estado de hecho no tenía poder para dirigir la economía; solo tenía poder para interferir en las empresas, o sea, había límites objetivos a la capacidad del Estado de ejercer sus derechos de propiedad. Shkredov escribió en 1967 que “el alcance de la planificación era excesivo, porque la socialización jurídica de los medios y productos no coincidía con la socialización económica” (Lewin, 1975:210-211). Por consiguiente, “era necesario eliminar la interferencia inepta del Estado en la economía y su arbitrariedad” (Lewin, 1975:213).

Era un argumento marxista conocido: las fuerzas productivas han entrado en conflicto con las relaciones de producción que han cambiado, en lugar de formas de desarrollo de las fuerzas productivas, se han convertido en sus trabas; es decir, la economía soviética era víctima de su propio éxito. En el pasado, reconocían los economistas, los métodos de comando administrativos habían industrializado y desarrollado las fuerzas productivas de la URSS. El control centralizado de la economía puede ser exitoso,

proponía Maurice Dobb, cuando la situación hace “relativamente simples los objetivos de la política” y cuando la estructura de la economía es “relativamente simple, más que compleja” (Dobb, 1970:13). Pero esos métodos ya no eran apropiados: el propio éxito del modelo había creado una economía compleja en la cual el comando administrativo era positivamente dañino para la economía.

El fracaso en ajustar el modelo de los derechos de propiedad a las verdaderas relaciones de producción en la economía significaba para Shkredov que “la economía había sido hecha pedazos por una contradicción básica entre la función reguladora del estado-propietario y las leyes de la economía de mercado” (Lewin, 1975: 206, 209). La conclusión general de los reformadores fue que “las ‘relaciones de producción’ inadecuadas que entorpecen el desarrollo económico tienen que ser adaptadas a las ‘fuerzas productivas’; de lo contrario se desarrollaban crisis”. Sin embargo, el propio sistema existente “no tenía la capacidad de ‘readaptarse’ (*perestroit’sia*) para reorganizar las instituciones de planificación y dirección de modo que pudieran corresponder a las nuevas condiciones” (Lewin, 1975:192). Por lo tanto, era esencial cambiar las relaciones de producción de manera que pudieran ser nuevamente formas de desarrollo de las fuerzas productivas. Dado que las unidades productivas estaban separadas económicamente, los derechos de propiedad debían ser ejercidos por los verdaderos poseedores: las empresas (Lewin, 1975:205-206).

Eso era precisamente lo que rechazaban los partidarios del sistema de planificación central existente. Ellos rechazaban la idea de abandonar el plan anual con sus directrices específicas para las empresas y rechazaban la propuesta de orientarse hacia los mercados. En 1968, por ejemplo, el jefe del Comité de Precios se opuso “al abandono de indicadores cuantitativos obligatorios”, y argumentó que los precios de mercado son “ajenos a nuestra economía y contradicen la tarea de la planificación centralizada”. El balance entre oferta y demanda, insistía Sitnin, “es tarea de los órganos de planificación” (Nove, 1977:179).

Además, era una distorsión, una sustitución de la realidad por un deseo, decir, como dijo Lewin, que “la mayoría de los economistas soviéticos cedieron a la evidencia y aceptaron que, en todos sus sectores, la economía soviética era y es un productor de mercancías”. ¿Cómo podía decirse que las empresas tenían intereses separados y que producían “mercancías” y no “productos”, cuando esas empresas estaban subordinadas al plan que les asignaba fuentes de los insumos y destinos de la producción, y donde ellas no demandaban compensación por distribuir su producción? Lopatkin, predictiblemente descrito por Lewin como “dogmático”, enfatizó que la empresa estaba subordinada al Estado: “la empresa socialista no tiene ni puede tener intereses propios, análogos a los intereses de un empresario privado”. La sociedad había creado a la empresa y era “libre de liquidarla, qué no decir de tener derechos preferenciales sobre sus recursos (Lewin, 1975:181, 193)³⁶.

Precisamente debido a la fuerte oposición, los reformistas no tuvieron éxito entonces en hacer avanzar el programa anunciado en 1965, y las reformas mismas fueron recortadas en cuestión de algunos años. Con ello, el *impasse* (¡otro más!) marcado por esa “contradicción básica entre la función reguladora del Estado-propietario y las leyes de la economía de mercado”, o sea, esa reproducción impugnada en la cual interactuaban la ley del mando y la ley del valor. No fue hasta el principio de los años ochenta (y con la muerte de Brézhnev) que aquellos que abogaban por la independencia empresarial se envalentonaron para reanudar la ofensiva.

De nuevo se planteó explícitamente el efecto del retraso de las relaciones de producción sobre las fuerzas productivas. “Cada paso importante en el desarrollo de las fuerzas productivas del socialismo requiere la corrección en la mejoría de todo este sistema real de relaciones de producción productivas socialistas”,

³⁶ Nótese que Lewin describió a muchos de los economistas que se opusieron a las reformas como “profesores de economía política que habían construido sus carreras sobre dogmas totalmente divorciados de las realidades económicas” (Lewin, 1975:185).

escribió Butenko en 1982. De forma similar, Tatiana Zalavskaia argumentó en el “Novosibirsk Report” en 1983 que las relaciones de producción habían caído considerablemente por debajo del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. Sin embargo, no era posible reformar esas relaciones con un enfoque poco sistemático, porque un conjunto de relaciones de producción constituye un sistema integrado, un todo. Por lo tanto, solo “una profunda reestructuración [*perestroika*]” puede tener éxito, una que reemplace el viejo mecanismo económico por uno nuevo; en resumen, un nuevo conjunto de relaciones productivas, un todo nuevo (Scanlan, 1991:24-25).

Este llamado a la “*perestroika*” fue respondido de forma creciente. Por ejemplo, en el centenario de la muerte de Marx, en 1983, Andropov, el nuevo Secretario General del Partido, escribió que “nuestro trabajo dirigido al mejoramiento y reestructuración [*perestroika*] del mecanismo económico, de formas y métodos de dirección, se ha quedado atrás con relación a las demandas planteadas por el nivel alcanzado de desarrollo técnico-material, social e intelectual de la sociedad soviética”, y llamó explícitamente a un cambio en las “formas de organización de la vida económica” a fin de “acelerar el progreso de las fuerzas productivas”. Ese, también, fue el tema del nuevo programa aprobado en el XXVII Congreso del Partido bajo Gorbachov en 1986, el cual hacía referencia a “los errores de los años setenta y principio de los ochenta” y enfatizaba la necesidad del mejoramiento constante de las relaciones de producción” para corresponder a las “fuerzas productivas en dinámico desarrollo” (Scanlan, 1991:26-27).

Este, desde luego, era el tema del propio informe de Gorbachov al XXVII Congreso. “No podemos limitarnos a mejoras parciales. Se requiere una reforma radical”. Esto comprendía un cambio teórico significativo: “La vida nos obliga a lanzar una nueva mirada a algunas ideas y conceptos teóricos”. En particular, continuó Gorbachov, “la práctica ha revelado la insolvencia de las ideas de que en las condiciones del socialismo la conformidad de las relaciones de producción con la naturaleza de las

fuerzas productivas está garantizada automáticamente". Las relaciones de producción tenían que ser mejoradas, y los "métodos de dirección económica desactualizados" tenían que ser sustituidos por nuevos métodos. Un aspecto importante llamaba a "aumentar resueltamente el marco de autonomía de las asociaciones y empresas". En verdad, Gorbachov subrayó su importancia enfatizando que "todo cuanto hacemos para mejorar la dirección y planificación, y para reajustar las estructuras organizativas va dirigido a crear las condiciones para un funcionamiento efectivo del eslabón básico del sistema económico: la asociación o empresa" (*New Times*, 1986: 24-26).

Así pues, el programa de reestructuración significaba que los empresarios tendrían éxito en arrebatarse a la vanguardia claros derechos de propiedad sobre las empresas. Pero la aceptación de las empresas como "unidad básica" de la economía era solo una parte de la batalla para liberar a los empresarios. Mientras los trabajadores siguieran estando protegidos por el contrato social, parte del viejo sistema aún estaría presente. ¿Cuán exitosas serían las reformas de mercado con esta restricción? El otro aspecto de la batalla de ideas para los empresarios y sus representantes ideológicos era la necesidad de atacar el contrato social. En pocas palabras, el segundo aspecto de la batalla de ideas para los economistas era el ataque a la clase obrera.

Aunque Gavril Popov había propuesto en 1980 "limitar el derecho al trabajo" a fin de permitir mayor flexibilidad empresarial, pocos estaban preparados inicialmente para dar ese paso (Flaherty, 1991:148). El ataque en este frente, sin embargo, aumentó a medida que la crisis de la economía se profundizaba y se intensificaba el empuje para transferir todos los derechos de propiedad a los directores de empresa. Ahora el problema que enfrentaba la economía era identificado como lo que G. Lisichkin llamó en 1987 "una conciencia arcaica de nivelación" que predominaba entre el grueso de una clase obrera "debilitada por una larga dependencia" de un Estado de bienestar social colectivista. Los reformistas económicos llegaron a la conclusión de que era

necesario dismantelar un sistema de “Garantirovannost enervante (literalmente garantizar o la garantía de un amplio número de derechos socioeconómicos)”. Los excesivos derechos al bienestar, argumentaba Zaslavskaja, condujeron al “relajamiento de la compulsión administrativa y económica para un trabajo enérgico en la producción social”, y era hora de reducir significativamente el salario social y restablecer “un interés personal en el trabajo duro eficiente” (Flaherty, 1991:146; 1988:98).

Como parte de este ataque al contrato social, los reformistas propusieron la mercantilización de los servicios sociales; por ejemplo, establecimiento de un sistema de salud de dos partes, pública y privada (Flaherty, 1989:44). También abogaron por poner fin a todos los subsidios alimentarios y a permitir que los precios fuesen determinados por el mercado (Flaherty, 1991:147). Reducir los salarios reales de lo que los reformistas consideraban “un componente social privilegiado del contrato social de Brézhnev” era todo parte de esta versión soviética del neoliberalismo. Y estaba también el ataque a los derechos de propiedad de los trabajadores, sus derechos al puesto de trabajo.

“El socialismo no es una filantropía que automáticamente le garantice empleo a todo el mundo con independencia de su capacidad para realizar el trabajo”, argumentaba Stanislav Shatalin en 1986. Escogido posteriormente por Gorbachov para preparar su Plan de 500 Días para reformar la economía soviética, él ciertamente no estuvo solo en el ataque a los derechos al trabajo. Al estilo de un defensor de Thatcher y Reagan, Nikolai Shmeliiov se quejó del “daño económico causado por una confianza parasitaria en puestos de trabajo garantizados”, y urgió al gobierno a analizar las ventajas que “un ejército laboral de reserva comparativamente pequeño” podría traer a una economía política socialista. “El pleno empleo excesivo” producía “una multitud de males sociales”, y “el peligro real de perder un trabajo [...] es una

buena cura para la pereza, la embriaguez y la irresponsabilidad” (Flaherty, 1991:148-49; Cook, 1993:85)³⁷.

Dado lo sensible de esta cuestión no se incluyó un ataque explícito a los derechos al trabajo como parte del proyecto de la *perestroika*; sin embargo, el cambio que enfatizaba la independencia e iniciativa de las empresas, llamándolas a generar sus fondos internamente mediante “contabilidad de costos” (*khozraschet*), de hecho quería decir que se daba luz verde a los empresarios para despedir a los trabajadores superfluos. De esta forma, aun cuando no se cumplían inmediatamente todas las metas de los reformistas económicos (especialmente debido a la resistencia continua de los partidarios de las relaciones de vanguardia), la trayectoria estaba clara —el fin del modo de regulación caracterizado por el contrato social—.

Pero ¿por qué? Dado que la posición planteada por los economistas era una perspectiva clasista que desafiaba las relaciones de vanguardia y atacaba a la clase obrera —que había sido apoyada por la vanguardia con el contrato social—, ¿por qué la vanguardia aceptó la posición de los capitalistas restringidos, los directores de empresa?

EL PARTIDO DE VANGUARDIA EN EL CONTEXTO DE LA REPRODUCCIÓN IMPUGNADA

En parte, la decisión de la vanguardia reflejó la batalla de ideas. Los economistas, después de todo, tenían a la “ciencia” detrás de ellos, la ciencia de la corriente principal —es decir, neoclásica—

³⁷ Tales comentarios por parte de intelectuales acerca de los obreros soviéticos eran relativamente moderados. Mandel reporta que un sociólogo soviético escribió que “el igualitarismo de la población soviética no es más que ‘envidia negra’, la ideología de elementos lumpen, desclasados, que componen tan gran parte de la sociedad, una consecuencia de la rápida industrialización y el desorden social. La ideología de la ‘masa marginal’ es ‘envidia niveladora, destructiva, malévola y obediencia agresiva’” (Mandel, 1991:86).

de la economía occidental³⁸. Pero esta no era una decisión tomada en abstracto. La decisión no fue tomada por un partido de vanguardia “puro” (según se analizó en el capítulo 3), sino más bien por uno “infectado en el curso de su interacción con otros elementos (tanto contingentes como inherentes)”. En resumen, más que con el concepto abstracto de la vanguardia, debemos tratar aquí con la vanguardia concreta, la vanguardia que surgió en el contexto de la reproducción impugnada.

Después de todo, esta no era una sociedad consistente solo de relaciones vanguardia de producción, sino que contenía igualmente la lógica del capital como se manifestaba en el comportamiento de los empresarios. De este modo el partido de vanguardia estaba previsiblemente más o menos deformado por su interacción con esa otra lógica. Por una parte, los empresarios orientados a sí mismos, a quienes se les había permitido poseer los medios de producción propiedad del Estado, tendían a ser miembros del partido de vanguardia. En pocas palabras, el conflicto entre la lógica de la vanguardia y la lógica del capital no era algo que estuviera fuera del partido de vanguardia, sino que se había interiorizado.

Sin embargo, el efecto de la lógica del capital sobre el partido de vanguardia iba mucho más allá del número de empresarios que eran militantes del partido. El contrato social siempre incluyó el interés material individual para la clase obrera; sin embargo, la sustitución de empresarios “guiados por propósitos nobles, que trabajaban largas, duras horas con la firme convicción de que

³⁸ Una victoria ideológica similar ocurrió en otros países del socialismo real, aunque no fue solo la economía neoclásica como tal la que influenció a los economistas sino la “escuela austriaca”. Ejemplo de cómo los reformistas económicos aceptaron en última instancia al empresario capitalista (y llegaron a la conclusión de que solo la propiedad privada sobre los medios de producción puede generar eficiencia) puede verse en la discusión de Kornai y Włodzimierz Brus en Lebowitz, 1991. No resulta sorprendente que en varios países del socialismo real se volvieran preferidos los libros de texto sobre economía *Economics*, de Paul Samuelson, e incluso los de Milton Friedman y seguidores. La ironía fue más marcada en la Universidad de Economía Karl Marx, de Budapest, donde se utilizó el texto de Samuelson.

al hacerlo sirven a la causa de su partido y del pueblo, al bien común y a los intereses de la humanidad”, por empresarios que trabajaban activamente por maximizar su propio ingreso, tuvo una influencia previsible (Kornai, 1992:41).

Los militantes que mantienen “su creencia en las ideas del partido, su aceptación de la ideología oficial y el entusiasmo por los objetivos del plan” no pueden evitar ser afectados (Kornai, 1992:118-119). Viendo la aceptación del comportamiento de maximizar el ingreso y la capacidad de los empresarios de avanzar dentro del Estado y el Partido, aumenta la capacidad de los militantes del Partido para racionalizar su propio acceso a ventajas especiales como ingresos más elevados, acceso a bienes escasos, mejores instalaciones médicas y recreativas. También, los burócratas encargados de la supervisión directa de los directores de empresa, además de convertirse en dependientes de los segundos para el cumplimiento del plan, pueden convertirse en beneficiarios de su apoyo monetario. De esta forma, los *lobbies* y las coaliciones sectoriales forman y usurpan de forma creciente la autoridad de las “agencias centrales nominalmente soberanas” (Flaherty, 1992:116).

Estas eran condiciones en las cuales los miembros de la vanguardia actúan menos como la vanguardia “personificada” y se concentran de manera creciente en privilegios asociados a posiciones en la jerarquía. La “segunda alma” que habita en el pecho del miembro de la vanguardia, con su centro de atención en la acumulación de placeres, está cada vez menos subordinado a (o reprimido por) la lógica de la vanguardia. En esta situación, mientras el partido de vanguardia puede continuar atrayendo lo mejor de la sociedad, también puede recibir lo peor. La tendencia a buscar la membresía en el partido, y a simular la conducta adecuada, puede estar basada crecientemente en el potencial para avanzar en la carrera y la obtención de ventajas especiales. Como dijera a Alena Ledeneva un especialista en la URSS: “era de conocimiento general que a menos que uno fuera militante del Partido no podía ser nombrado en un puesto dirigente. La membresía en

el Partido era como un diploma adicional para calificar para mayores oportunidades de hacer carrera” (Ledeneva, 1998:102). La enfermedad se propaga por todo el partido, afectando tanto a los miembros existentes como a nuevas adquisiciones.

Este partido (y no el “puro”), un partido que contiene dentro de sí esa “contradicción entre la función reguladora del Estado-propietario y las leyes de la economía de mercado”, es el que escoge qué debe hacerse frente a la crisis económica. La reproducción impugnada dentro del propio partido de vanguardia produce un *impasse* en el cual los partidarios de las relaciones de vanguardia pierden progresivamente confianza en el camino anterior, y aquellos que apoyan las relaciones capitalistas se envientonan cada vez más.

Finalmente el capital ganó la batalla de ideas en la URSS porque invadió con éxito al partido de vanguardia. Pero el capital no pudo ganar por sí mismo la batalla de la reproducción impugnada. Para avanzar en el socialismo real, “la burguesía en alza necesita el poder del Estado”, del Estado *vanguardia*. La subordinación de la lógica de la vanguardia y la reproducción ampliada de las relaciones capitalista de producción fue posible por el propio modo de regulación de la vanguardia.

CAPÍTULO 6

De la economía moral a la economía política

Pero, ¿qué sucede con las ideas de la clase obrera en esta batalla de ideas? ¿Quién expresó esas ideas en el socialismo real? La respuesta es previsible. Es característico de la relación de vanguardia que la *vanguardia* hable a nombre de la clase obrera. Cualquier intento de parte de los obreros de organizarse independientemente de los canales oficiales designados por la vanguardia para representarlos era reprimido. Sin espacio para una organización autónoma, o incluso para una comunicación efectiva entre ellos, los trabajadores en la URSS estaban desarmados en la lucha ideológica.

La clase obrera estaba desarmada de otra forma: más que un marxismo que coloca en su centro el “eslabón clave” del desarrollo humano y la práctica, lo que se ofrecía era marxismo de vanguardia, una deformación similar a la propiedad estatal de vanguardia y la planificación de vanguardia. Más que enfatizar la toma de decisiones por parte de los obreros y la comunidad, que desarrolla las capacidades de los obreros, el marxismo de vanguardia fue la contrapartida ideológica de las diversas correas de transmisión de la vanguardia (como los sindicatos oficiales), del dirigente a la clase obrera, que fueron, en la práctica, armas contra la clase obrera.

No obstante, a pesar del alcance con que el marxismo de vanguardia desarmó a la clase obrera en la lucha ideológica, ello no significa que los obreros no tuvieran ideas. Sin embargo, es importante no proyectar las metas de un *proletariado abstracto* sobre la *clase obrera real* producida dentro del *socialismo real*. Sustituir deseos por circunstancias concretas es un problema muy común.

LAS NORMAS DE LA CLASE OBRERA EN EL SOCIALISMO REAL

En el período que se analiza, los trabajadores en el socialismo real esperaban que se cumpliera el contrato social. A cambio de aceptar su falta de poder en el centro de trabajo y en la sociedad, ellos se consideraban con derecho a la seguridad y a mejorar sus condiciones de vida. Parte de ello era obtenido a través de sus derechos al trabajo y la ausencia de un ejército laboral de reserva, así como la economía de pleno empleo que les permitía tanto minimizar la duración e intensidad de su jornada laboral como incrementar sus ingresos cambiando de trabajo. Pero también era importante la existencia de precios fijos para los productos de primera necesidad, que permitía transformar el creciente ingreso en aumento del consumo.

¿Y si la vanguardia no cumplía su parte? En el capítulo 2 vimos que la vanguardia estaba preocupada porque la violación de las normas existentes “tarde o temprano conlleva serias consecuencias políticas y sociales, tensiones e incluso conmociones (Kornai, 1980:383). Precisamente por esta razón, los planificadores intentaban durante este período satisfacer las expectativas y el sentido de derecho de la clase obrera. En la relación entre vanguardia y clase obrera, como se expresa en el contrato social, “había un sistema de obligaciones mutuas” (Kagarlitsky, 1995).

Al igual que las normas sociales relativas a la obligación de la vanguardia para con los obreros, también era esencial comprender las concepciones de lo correcto y lo incorrecto características de las relaciones entre trabajadores en el socialismo real. Estas relaciones no eran independientes de la relación específica de los obreros con los medios de producción, en particular, sus derechos de propiedad según estaban contenidos en la existencia real de derechos al trabajo y reforzados ideológicamente por el concepto de un Estado de trabajadores. Dadas las escaseces crónicas de productos de primera necesidad, esa percepción de los derechos de propiedad —mal definidos, sin embargo— condujo

a la racionalización de métodos informales para obtener bienes y servicios, en particular, el robo (Ledeneva, 1998:87)³⁹.

Comoquiera que el propio centro de trabajo proporcionaba acceso a recursos materiales escasos, se veía como un comportamiento aceptable para las personas, como individuos, utilizar esos recursos y ponerlos a la disposición de amigos, vecinos, miembros de su red social, y para el propósito de intercambiar por bienes deseados, es decir, dentro de una segunda economía. Ledeneva comenta: “En una economía controlada por el Estado del tipo soviético, la propiedad estatal era omnipresente, y todo ciudadano que trabajara estaba en contacto directo con ella en su puesto de trabajo. La mayoría de las fuentes confiables coinciden en que el robo de propiedad (estatal) socialista estaba casi tan extendido como la propiedad estatal misma” (Ledeneva, 1998:49).

Algunos robos servían a los obreros como un medio para complementar sus ingresos oficiales mediante el desvío de materiales con el fin de intercambiarlos o para segundos trabajos que a menudo incluían el uso privado de medios de producción de su centro de trabajo. Sin embargo, el robo significaba más que simplemente aumentar el ingreso propio. En condiciones de escaseces, proporcionar suministros escasos a amigos y conocidos producía una gran satisfacción: “Traer algo del centro de trabajo se convirtió en una norma e incluso en un orgullo si algo se daba a un amigo en apuros o que lo necesitara” (Ledeneva, 1998:132). Esto, en efecto, era uno de los significados del término ruso *blat*, que lo diferenciaba del robo como tal en las mentes de la gente: “Obtener algo mediante *blat* —en un volumen modesto, con discreción, normalmente en condiciones de necesidad urgente y dentro de un círculo personal cerrado— es una norma; exceder los límites es robo, corrupción, etc.” (Ledeneva, 1998:167).

Precisamente, Ledeneva comenta sobre estas relaciones entre personas que consideraban que “se sentían muy cómodas contrabandeando cosas o haciendo chanchullos —era colectivo, es

³⁹ Ella también apunta el refrán ruso: “Público quiere decir que esa parte es mía” (Ledeneva, 1998:36).

decir, ¡después de todo, en parte era su propiedad!— para sus amigos, pero odiaban la idea de comerciantes o cuadros haciendo lo mismo” (Ledeneva, 1998:133). En estas relaciones, “compartir el acceso con amigos y conocidos se convirtió en una rutina tal que la diferencia entre *blat* y relaciones de amistad se borró: una cosa casi se volvía consecuencia de la otra” (Ledeneva, 1998:35). Parecido a un intercambio de regalos, esta autora proponía que *blat* “respalda las relaciones sociales y tiene que ver con la reproducción social”. Efectivamente, se basa en relaciones sociales existentes, y la reciprocidad en esas relaciones es “creada y preservada por un sentido mutuo de ‘justicia’ y confianza” (Ledeneva, 1998:140-142).

Pero las relaciones *blat* y sus contrapartidas en cualquier otro lugar en el socialismo real no fueron fenómenos aislados. Analicemos las dificultades para despedir a trabajadores incluso por evidente alcoholismo, y la aceptación social del robo desde el centro de trabajo. Existía un consenso popular de que todo el mundo debía ser capaz de satisfacer sus necesidades básicas (reflejadas en el *blat*), una concepción de una sociedad igualitaria y una creencia en la importancia de la reducción de la inseguridad (y con ello, en el empleo y el ingreso).

LA ECONOMÍA MORAL DE LA CLASE OBRERA

Todo esto era parte de un conjunto de normas y creencias sociales en cuanto a lo correcto y lo incorrecto que, de conjunto, podemos calificar como “la economía moral” de la clase obrera en el socialismo real. Este concepto (y su misma redacción) proviene de lo que E. P. Thompson denominó “la economía moral de los pobres” en su artículo clásico “The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century” (Thompson, 1971:78). Los disturbios por comida de este período, argumentaba, reflejaban un consenso amplio y apasionado de lo que era correcto, y conducían a una brusca reacción a las violaciones egregias de esa concepción de la justicia.

Comentando el reporte de Thompson, Li Jun observaba: “Los amotinados estaban legitimizados por la creencia de que estaban defendiendo derechos tradicionales o costumbres que eran apoyadas por el amplio consenso de la comunidad” (Jun, 2008:34).

De forma similar, en su obra sobre “la economía moral del campesino”, James Scott enfocaba la noción de justicia económica entre los campesinos y se refirió a las revueltas y rebeliones que podían surgir cuando esas nociones eran violadas. Para Scott, estas concepciones de justicia tenían sus raíces en la necesidad de mantener la subsistencia. De hecho, un enfoque primordial en la subsistencia caracterizaba las relaciones tanto entre los campesinos como entre los campesinos y aquellos que los explotaban (Scott, 1976:4- 5). “La prueba para el campesino”, proponía Scott, “más probablemente será ‘¿Qué queda?’ y no ‘¿Cuánto se llevarón?’” (Scott, 1976:7).

Desde esta perspectiva, la explotación como tal no es suficiente para generar disturbios, revueltas y rebeliones. “Los economistas morales”, comentaba Kopstein en su estudio sobre la resistencia obrera en Alemania Oriental, “postulan la existencia de un contrato social tácito en casi todas las formaciones sociales antiguas en las que grupos subalternos toleran su propia explotación”. Ellos toleran esa explotación mientras se les deje suficiente para ellos mismos, es decir, mientras puedan asegurar su esperada subsistencia. Sin embargo, cuando la norma prevaleciente es violada, según Kopstein, ello genera “resistencia que va desde haraganear, quejarse, tácticas dilatorias, falsa aceptación, disimulo y otras ‘armas de los débiles’ hasta iniciar huelgas y otras formas de acción colectiva”. Pero solo para negar esa violación. Según los economistas morales, reportaba Kopstein, “los grupos explotados sencillamente quieren restablecer sus estándares anteriores, previos al deterioro. Rara vez tratan de derrocar el orden existente totalmente” (Kopstein, s/a.)

El concepto subyacente aquí es el de un equilibrio, un concepto que Thompson empleó explícitamente al hablar de “un conjunto particular de relaciones sociales, un equilibrio particular

entre la autoridad paternalista y la masa" (Thompson, 1971:129). Cuando ese equilibrio es alterado hay un mecanismo de retroalimentación: las masas (los campesinos, la multitud, los obreros) reaccionan para restablecer las condiciones correspondientes a las normas sociales apoyadas por el consenso de la comunidad. De esta forma, con todas las demás cosas igual, hay tendencia hacia la estabilidad. La pregunta obvia, sin embargo, es: ¿cuál era la fuente de esas normas?

Para Thompson, Scott y otros que han desarrollado el concepto de economía moral, el punto de referencia giraba en torno a la necesidad de subsistencia en la sociedad campesina tradicional, tanto antes del avance de la economía política del capital como en lucha defensiva contra ella. ¿Fue la sociedad campesina, pues, la fuente de la economía moral en el socialismo real? ¿Las normas sociales de los obreros fueron heredadas de la economía moral de los campesinos, y por ello, una característica que debe ser superada en un proceso de modernización?

En efecto, para los reformistas económicos que apoyaban la eliminación de restricciones a los empresarios, los elementos de la economía moral —y en particular, la noción de relaciones igualitarias— todos parecían atrasados, un regreso a la sociedad campesina tradicional. Lisichkin, por ejemplo, describía lo que hemos llamado la economía moral de la clase obrera en el socialismo real como la continuación de una "conciencia niveladora arcaica" y una matriz normativa igualitaria "feudal" (Flaherty, 1988:89-89). De forma similar, el sociólogo yugoslavo Josip Zupanov proponía que "el síndrome igualitario" era una "reliquia de las sociedades tradicionales", es más, su "legado vicioso" (Bernik, 2000).

Las normas sociales tradicionales y las creencias que valoraban la igualdad, jese era el enemigo que había que combatir! Aquellos elementos retenidos de la cultura campesina tradicional, según los asesores neoliberales de Gorbachov, estaban en la raíz de la resistencia al cambio: ellos habían producido "una sociedad contaminada por una psicología igualitaria" que rechazaba "toda manifestación de individualismo, independencia, iniciativa per-

sonal, y los éxitos que ello conlleva" (Flaherty, 1991:145). Zuparov se refirió a lo mismo: el síndrome igualitario, con su "temor a la iniciativa privada [personal], el antiprofesionalismo, el bajar el nivel intelectual y el anti-intelectualismo" fue un obstáculo crítico para el desarrollo de una sociedad industrial moderna (Bernik, 2000).

Es evidente, si esos legados de cultura campesina tradicional estaban actuando como trabas al desarrollo de las fuerzas productivas, entonces se deduce que debían ser reconocidos como claramente "no proletarios". El marxismo-leninismo barre decididamente con la teoría pequeño-burguesa de nivelar la distribución y el consumo", declaró Efim Manevich, un economista laboral soviético en 1985. "Nivelar", argumentaba, "es incompatible con los intereses del desarrollo de la producción socialista. Tales ideas acerca de la igualdad universal", explicaba, eran "extrañas al proletariado" (Manevich, 1985:175-176).

Existe un problema en tales afirmaciones. Dada su incorporación al contrato social, ¿cuán extrañas al proletariado existente (en contraposición al teórico) pueden ser tales ideas? De hecho, el contrato social en el socialismo real reforzó y validó la economía moral de la clase obrera. Garantizó que el concepto de justicia de los trabajadores recibiera apoyo. Aunque ese contrato social no excluía la explotación, sí produjo algo que los trabajadores querían. Kopstein argumentaba, por ejemplo, que "conjuntamente con la seguridad laboral, los trabajadores de Alemania Oriental tenían el poder de exigir un tipo de igualitarismo salarial sencillo y precios al consumidor que permanecían bajos en relación con los salarios (Kopstein, s/a).

Y el mismo argumento sobre una economía moral de la clase obrera y el apoyo que brindaba el contrato social está explícito en el análisis de Li Jun de las huelgas en China:

Dicho sencillamente, en el entorno socialista chino los obreros se ven a sí mismos como que tienen una relación con el Estado, una relación que opera de acuerdo a la norma de reciprocidad: se espera que el Estado se haya

comprometido a garantizar que los trabajadores tengan una vida decente proporcionándoles seguridad laboral y un paquete prodigioso de bienestar, mientras que los obreros, a cambio, son partidarios del mando del partido, brindándole su apoyo político y lealtad al Estado (Jun, 2008:64).

Para apoyar lo que Li Jun llama “la economía moral de los obreros”, se esperaba que la autoridad estatal cumpliera “su responsabilidad de proteger y beneficiar a su clase obrera en forma del ‘pozuelo de arroz de hierro’” (Jun, 2008:64).

En resumen, la economía moral de la clase obrera en el socialismo real no era sencillamente la herencia de una sociedad campesina tradicional. Fundamental para su existencia era una combinación: una combinación en la que el rol de la vanguardia era crítico. Reconociendo este punto central, Zupanov describía el síndrome igualitario como una “fusión”; estaba “compuesto básicamente de dos grupos de orientaciones de valor y actitudes complementarias —de índole igualitaria y autoritaria”. En esta combinación, la orientación hacia el igualitarismo estaba “vinculada indisolublemente al apoyo a un estado autoritario que se suponía se ocupara de las expectativas igualitarias” (Bernik, 2000). De esa forma, el síndrome igualitario legitimizaba la posición de la vanguardia: “proporcionaba una base para una interacción estable entre la élite política socialista y las partes estratégicas de la población, especialmente los trabajadores manuales”⁴⁰.

Según Zupanov, esta fusión particular proporcionó una base de masas para el “estatismo”. Esto lo dijo también Alex Pravda en 1981:

Lo que fija la adhesión de la mayoría de los trabajadores soviéticos y del este europeo al “socialismo realmen-

⁴⁰ Significativamente, Bernik (2000) apunta que el estudio de Zupanov sobre Yugoslavia indicaba que tanto los componentes igualitarios como los componentes autoritarios del síndrome igualitario no eran aceptados al menos por dos capas sociales: los profesionales y los administradores.

te existente” es el pleno empleo, un salario de bienestar, bajos diferenciales del ingreso y precios estables para los alimentos. En un sentido, la aceptación por los trabajadores de un fuerte control estatal está condicionada por la entrega por parte de ese Estado del anterior paquete de beneficios de seguridad-bienestar. La situación puede ser vista como un convenio social tácito que apuntala la relación entre obreros y régimen en todos los estados comunistas industrializados (Pravda, 1981:s/a).

Para los reformistas, sin embargo, el “equilibrio” apoyado por este pacto era más bien de estancamiento. Esa fusión impedía el desarrollo de lo que el sociólogo polaco P. Sztompka denominaba “competencia civilizadora [...] un complejo conjunto de reglas, normas y valores, hábitos y reflejos, códigos y matrices, copias y formatos” cuyos componentes son “la cultura empresarial, cívica, discursiva y cotidiana”. Sztompka argumentaba que “las décadas del socialismo real no solo bloquearon la aparición de la competencia civilizadora, sino que de muchas maneras ayudaron a conformar [un] síndrome cultural contrario —la incompetencia civilizadora” (Sztompka en Bernik, 2000). Esta incompetencia cultural, propuso, fue mayormente un resultado del “adoctrinamiento de la élite socialista de [la] población y su control sobre ella”.

En resumen, el reclamo ideológico de la existencia de un Estado de obreros y el apoyo real a las aspiraciones de los trabajadores brindado a través del contrato social eran fuentes importantes para la economía moral de la clase obrera. En el caso del movimiento huelguístico más importante (motivado por los aumentos de precios) en Novocherkassk en la URSS en 1962, Mandel reportaba que la conciencia de la clase obrera “provenía de la enseñanza recibida por los obreros por medio de libros y películas, y, desde luego, de la situación que compartían” (Mandel, 1991: 37-40). El hecho de que los líderes constantemente enfatizaran su compromiso con el socialismo también tuvo claras consecuencias. “De la ideología oficial del marxismo-leninismo, a la cual

ellos por lo general son indiferentes”, comentó Pravda, “los obreros han ‘rescatado’ nociones de seguridad, bienestar e igualdad, y ven el pleno empleo, el salario de bienestar, las bajas diferencias de ingreso y los precios estables como derechos socialistas básicos” (Pravda, 1981).

De esa forma, aunque estaban presentes elementos de las sociedades campesinas tradicionales, las partes no existen fuera de los todos específicos. Necesitamos analizar las ideas de los trabajadores como fueron reproducidas en este nuevo todo. Más que ser desafiadas por lo que Thompson llamaba una nueva economía política “desinfectada de imperativos morales invasivos”, las normas asociadas con la economía moral fueron fortalecidas y profundizadas en el socialismo real. En la URSS, por ejemplo, fueron reforzadas tendencias a la igualdad y las bajas diferencias en los ingresos, por ejemplo, a través de lo que Gorbachov posteriormente denominó “serias infracciones del principio socialista de distribución según el trabajo”. El resultado, argumentaba el líder soviético, era que “se ha desarrollado una mentalidad de dependencia. En la conciencia de la gente se ha enraizado la sicología de la nivelación” (Mandel, 1988:141). Tales ideas eran más que un legado de la sociedad tradicional, eran producidas y reproducidas en el nuevo contexto.

Sin embargo, como en el caso del análisis hecho por Thompson de la economía moral de la gente del siglo XVIII, las ideas de los trabajadores no solo incorporaban sino también trascendían las relaciones de vanguardia según estaban contenidas en el contrato social. Aunque “la masa derivaba su sentido de legitimación, en realidad, del modelo paternalista” —y reeditaba dichas nociones “tan alto a su vez que las autoridades, en cierta medida, eran prisioneros de las masas” — en su apoyo a la acción directa de las masas “la economía moral de las masa rompía decisivamente con la de los paternalistas” (Thompson, 1971:98). De forma similar, la economía moral de la clase obrera en el socialismo real rompió decididamente con la perspectiva de la vanguardia con respecto al consenso popular sobre el robo por parte de los individuos.

Los obreros “se sentían muy cómodos”, según se apuntó anteriormente, robando cosas del trabajo para sus amigos, dado que esta propiedad estatal “era colectiva, es decir, ¡después de todo, en parte era su propiedad!” (Ledeneva, 1998:133).

Había, no obstante, una brecha general entre lo que pregonaban los que estaban arriba y las ideas de los obreros. “Obligados a participar en rituales que proclamaban que el socialismo era justo, eficiente e igualitario”, Burawoy observaba con relación a los obreros que “estaban demasiado conscientes de las injusticias, ineficiencias y desigualdades que impregnaban sus vidas”. En este sentido el sistema era vulnerable a una “crítica inmanente, exigiendo que el sistema cumpliera sus promesas” (Burawoy, 2009).

En ausencia de su articulación y desarrollo específicos, ¿podían las ideas de los obreros ser otra cosa que la base para respuestas defensivas, muy similares a las respuestas campesinas a las violaciones de sus normas sociales? “La rebelión o huelga típica de la economía moral”, indicaba Kopstein, “es espontánea, carece de líder y es defensiva” (Kopstein, s/a). Donde los obreros no actúan más allá de la economía moral sobre la base de una alternativa consciente, Burawoy propuso un posible resultado:

La crítica inmanente, llamando la atención sobre las promesas fallidas del socialismo, puede conducir al cinismo y a la retirada si no va unida a movimientos sociales inspirados por alternativas que pugnen por liberarse de las ataduras de lo existente. Eso fue lo que sucedió (Burawoy, 2009).

Como hemos visto, sin embargo, fue más que esto lo que ocurrió como resultado del desarme de los trabajadores en el socialismo real. La economía moral de la clase obrera en sí fue atacada cuando avanzó la economía política del capital. Ahora, en palabras de Thompson, “la ‘naturaleza de las cosas’ que en un momento dado habían hecho imperativo, en épocas de escasez, al menos alguna solidaridad simbólica entre los gobernantes y los pobres, ahora dictaba solidaridad entre los gobernantes y ‘el empleo del

capital''' (Thompson, 1971:131). En el socialismo real, el contrato social aparente tocaba a su fin.

MÁS ALLÁ DE LA ECONOMÍA MORAL

Si los obreros luchan por ideas y normas asociadas con la economía moral, entonces está claro que esas ideas son una fuerza material. Al considerar esas normas y creencias sociales en cuanto a qué está bien y qué está mal, podemos enraizar nuestro análisis en lo concreto y evitar la tendencia a comenzar con una teoría preconcebida y luego buscar apoyo concreto para servir como notas al pie para la teoría⁴¹. Además, es posible que también podamos señalar elementos en la economía moral que estén dirigidos más allá, hacia una nueva sociedad. Sin embargo, por su propia naturaleza, las actitudes y nociones de la economía moral existen al nivel de las apariencias; más que revelar las relaciones propiamente dichas, ellas reflejan cómo las cosas aparecen —y pueden aparecer necesariamente— ante los verdaderos actores.

Para ilustrar este punto, consideremos los conceptos espontáneos de justicia característicos de los obreros en el capitalismo, lo que podríamos llamar la economía moral de los obreros en el capitalismo. A mediados del siglo XIX, Marx observó que el 99 % de las luchas salariales seguían a cambios que habían conducido a que los salarios cayeran. “En una palabra”, apuntó, eran “relaciones del trabajo contra la acción previa del capital (Marx, 1976b:143-144). En dos palabras, aquellas luchas salariales eran un intento de restablecer el nivel de vida tradicional que estaba siendo atacado (Marx, 1976b:145).

El impulso espontáneo de los trabajadores en estas condiciones era luchar por “justicia” contra las violaciones de las normas existentes; de hecho, librar una guerra de guerrillas contra los efectos iniciados por el capital. Su objetivo específico era luchar

⁴¹ Marx habló de la desintegración de una teoría cuando la misma, más que la realidad, es el punto de partida. Ver Lebowitz, 2003:21.

por “un salario diario justo por un día de trabajo justo”. Al hacerlo, no estaban intentando cambiar el sistema ni luchando contra la explotación (excepto en la medida en que la explotación era entendida como injusticia). Por consiguiente, Marx describió las demandas de los obreros como “conservadoras”, y argumentó que, en lugar de esas demandas de justicia, “ellos debían inscribir en su bandera el lema revolucionario, ‘¡Abolición del sistema salarial!’” (Marx, 1976b:148).

Sin embargo, Marx comprendía muy bien por qué el lema de los trabajadores se enfocaba en salarios justos y un día de trabajo justo: este fluye de la necesaria apariencia de una transacción en la cual el obrero cede el derecho de propiedad a utilizar su capacidad de trabajo (es decir, su fuerza de trabajo) por un período dado. “En la superficie de la sociedad burguesa”, señaló Marx, “el salario del obrero aparece como el precio del trabajo, como una cierta cantidad de dinero que es pagada por una cierta cantidad de trabajo” (Marx, 1977:675). De esta forma, la lucha consciente de los obreros es por la justicia de “la cierta cantidad de dinero” y la justicia de la “cierta cantidad de trabajo”. Lo que es percibido como justo y razonable es que ellos reciben un equivalente por su trabajo, que ellos no son “engañados”. De la forma del salario como pago por un día de trabajo dado vienen “todas las nociones de justicia que tienen tanto el obrero como el capitalista” (Marx, 1977:680).

“Nada es más fácil de comprender”, comentaba Marx, “que la necesidad, la razón de ser, de esta forma de apariencia” que subyace en la economía moral de la clase obrera en el capitalismo (Marx, 1977:681). En la superficie, el obrero vende su trabajo al capitalista. Sin embargo, esta forma de apariencia “hace invisible la verdadera relación, y en realidad presenta a la vista precisamente lo opuesto a esa relación” (Marx, 1977:680). Específicamente no parece haber explotación, no parece existir división de la jornada laboral en trabajo necesario y plusvalía; todo el trabajo aparece más bien como trabajo pagado. Precisamente porque la explotación está escondida en la superficie, es necesario profundizar

debajo de esta: “Las formas de aparición son reproducidas directa y espontáneamente como formas de pensamiento actuales y comunes; la relación esencial debe ser descubierta primero por la ciencia” (Marx, 1977:682).

Al nivel de las apariencias, argumentaba Marx, no podemos comprender el capitalismo, “la interconexión del proceso de reproducción no es comprendida”. Después de todo, ¿en este caso qué garantiza la reproducción de la clase obrera? Como argumenté en “The Fallacy of Everyday Notions”:

“Solo cuando es visto como un todo conectado”, cuando vemos al capitalista y al obrero no como individuos sino “en su totalidad, como la clase capitalista y la clase obrera enfrentándose una a la otra” —es decir, cuando nos apartamos de la forma en que las cosas aparecen necesariamente ante los actores individuales, es que podemos comprender el requerimiento estructural esencial para la existencia del capitalismo como sistema— la necesidad de la reproducción de los obreros asalariados (Lebowitz, 2009: 12-15; Marx, 1977:711, 713, 717, 732).

Eso fue lo que hizo Marx en *El capital*. Considerando a los trabajadores como un todo, él asumió que a cambio de ceder al capitalista el uso de sus capacidades, ellos reciben su “nivel de vida tradicional”, lo que es necesario para reproducirse a sí mismos como obreros asalariados en un tiempo y lugar dados. Este concepto de un nivel de necesidad dado (la base del valor de la fuerza de trabajo), le permitió demostrar cómo el día laboral estaba dividido en trabajo necesario y trabajo adicional, y cómo la explotación de los obreros era la condición necesaria para la reproducción de los capitalistas.

Para esta deducción vital Marx no tuvo que explicar la fuente de esta norma existente de necesidad. En efecto, él simplemente la asumió como algo dado, una suposición que quería eliminar en

su libro proyectado sobre el trabajo asalariado⁴². Con este enfoque Marx pudo revelar la naturaleza del capital y sus tendencias inherentes, algo que un enfoque en las apariencias (la venta de una cantidad específica de trabajo por los obreros) nunca podría revelar. Así, quedaba claramente argumentada la necesidad de terminar las relaciones capitalistas de producción más que luchar por “salarios justos”.

¿De qué otra forma podríamos entender lo que es el capital sin la crítica de esas formas de apariencia que subyacen en la economía moral de la clase obrera en el capitalismo (y la economía política del capital)? Ciertamente, la relación de intercambio aparente entre capitalista y obrero fortalece la dominación del capital: ella “mistifica” la verdadera relación y “garantiza que se perpetúe la relación específica de dependencia, adornándola con la *ilusión* engañosa de una transacción” (Marx, 1977:729-730, 1064; Lebowitz, 2003:172-174). Para permitirles a los obreros ir más allá de ese lema conservador al “lema *revolucionario*”, Marx ofreció el arma de la crítica, una crítica basada en una economía política alternativa, la economía política de la clase obrera (Lebowitz, 2003:170-177).

LA ECONOMÍA POLÍTICA DE LA CLASE OBRERA

¿Qué es la economía política de la clase obrera? En *Beyond Capital: Marx's Political Economy of the Working Class*, yo recordé los comentarios de Marx en el “Discurso inaugural” de la Primera Internacional sobre la victoria de la economía política de la clase obrera sobre la economía política del capital como resultado de la restricción del día laboral por la Ley de las Diez Horas y la “aún mayor victoria de la economía política del trabajo” con el desarrollo de fábricas cooperativas. ¿Qué era —pregunté— esta economía política que Marx introdujo y que lograba ambas victorias? (Lebowitz, 2003:80-81).

⁴² Ver capítulo “The Missing Book on Wage-Labour,” en Lebowitz, 2003:27- 50.

Una parte de mi respuesta se centraba en la importancia de la combinación de los obreros y la lucha contra aquellos que los separan⁴³. Pero esto es solo parte de la economía política de la clase obrera. Para exponer esa economía política más ampliamente que en *Beyond Capital*, comparémosla con la economía política del capital, la economía política que Marx criticó en *El capital*.

En primer lugar, si bien la economía política del capital se concentra en fenómenos superficiales (precios, salarios, arrendamiento, ganancias, y en la manera en que las cosas aparecen ante los actores individuales), la economía política de la clase obrera penetra bajo la superficie para examinar la estructura subyacente y las condiciones necesarias para la reproducción de esa estructura. Por ejemplo, la misma se centra en el trabajo que subyace en la producción de valores de uso particulares, y ve en los precios de las mercancías, y en sus movimientos, la manera en que una economía de mercancía-dinero hace lo que toda economía debe hacer: distribuir el trabajo de la sociedad para satisfacer las demandas de esta.

En segundo lugar, hemos visto que la economía política del capital acepta la apariencia de que el obrero recibe un equivalente por la cantidad de trabajo dada que proporciona al capitalista. Por consiguiente, esta concluye que el trabajador no es explotado y que las ganancias son el resultado de la propia contribución del capitalista. En contraste, la economía política de la clase obrera de Marx analiza las relaciones de producción en el capitalismo y demuestra que la reproducción de esas relaciones requiere la explotación del obrero.

En tercer lugar, para la economía política del capital, el crecimiento de la producción y la productividad es el resultado de la inversión, es decir, la acumulación de capital, y esto ocurre porque el capitalista hace un sacrificio al no consumir toda la ganancia

⁴³ Aquellos que median entre los productores tienen un interés en mantener y aumentar el grado de separación, división y atomización entre los productos a fin de seguir obteniendo los frutos de la cooperación en la producción" (Lebowitz, 2003:99, 200).

que ha obtenido como resultado de su contribución. En contraste, para la economía política de la clase obrera, el crecimiento de la producción y la productividad es, en esencia, producto de la combinación de obreros, tanto la combinación del trabajo actual como la combinación de este con los productos de trabajo social pasado. Desde esta perspectiva, la asignación de dinero (representante del trabajo social) por el capitalista para la inversión es la forma en que una sociedad capitalista asigna trabajo a los medios de producción para la expansión de la producción futura⁴⁴.

Por último, para la economía política del capital el objetivo supremo es el crecimiento de este, es decir, la acumulación de capital, y con ese fin cualquier cosa que actúe como barrera a su crecimiento ha de ser eliminada. En contraste, para la economía política de la clase obrera el objetivo supremo es el pleno desarrollo de las capacidades humanas, y cualquier cosa que actúe como una barrera al pleno desarrollo humano ha de ser eliminada. Marx comprendió que todos los medios para el desarrollo de la producción “en el capitalismo” distorsionan al obrero, convirtiéndolo en un fragmento de ser humano”, lo degradan y “lo enajenan de las potencialidades intelectuales del proceso de trabajo” (Marx, 1977:548, 643, 799; Lebowitz, 2010b:52-55). Muy sencillamente, la producción en las relaciones capitalistas no solo conduce a la explotación (produciendo capital con ello) sino también a la *deformación* de los obreros, produciendo con ello “seres humanos pobres” (Lebowitz, 2010b: 42-55). Por lo tanto, el capitalismo debe ser eliminado.

Para la economía política de la clase obrera, tanto la explotación como la deformación de los trabajadores surgen de las relaciones capitalistas de producción. Estas no están separadas ni diferenciadas, sino que interactúan. Analicemos la compraventa de fuerza de trabajo. Lo que el capitalista compra es el derecho a usar como desee la capacidad existente del obrero en un período de tiempo dado. Ello, como demostrara Marx, permite al capi-

⁴⁴ Ver capítulo 1, “The Wealth of People”, wn Lebowitz, 2010b.

talista obligar al obrero a realizar trabajo adicional y con ello producir la plusvalía que, si es realizada, es la base del capital. Vemos, pues, que el capital es el producto del propio obrero, y que nuestro propio producto es vuelto contra nosotros.

Cuando consideramos este proceso explícitamente desde el lado del trabajador, sin embargo, reconocemos que lo que los obreros entregan al capitalista por ese período de tiempo en este contrato es más que su capacidad existente. Ellos también entregan al capitalista lo que es potencialmente “tiempo para el pleno desarrollo del individuo, lo que, a su vez, reacciona de vuelta sobre la fuerza productiva del trabajo, en sí misma la mayor fuerza productiva” (Marx, 1973:711).

Dentro del proceso de producción capitalista, ese tiempo para el desarrollo de sus capacidades se pierde para el obrero y “no puede ser de otra forma en un modo de producción en el cual el obrero existe para satisfacer la necesidad de los valores existentes para valorización” (Marx, 1977:772). En estas relaciones, más que satisfacer “la propia necesidad de desarrollo del obrero”, el tiempo del obrero es “dedicado a la autovaloración de capital” (Marx, 1977:772, 375).

Por consiguiente, esa necesidad de autodesarrollo forzosamente aparece como una necesidad de negar tiempo de trabajo. “Tiempo para la educación, para el desarrollo intelectual, para el cumplimiento de las funciones sociales, para el intercambio social, para el libre juego de las fuerzas vitales de su cuerpo y su mente”; todo esto aparece como la necesidad de “tiempo libre” más que como la necesidad de transformar las relaciones de producción (Marx, 1977:375). Sin embargo, este interés en reducir el día de trabajo cuantitativamente es, a las claras, deficiente porque no comprende el vínculo clave del desarrollo humano y la práctica (el cambio simultáneo de las circunstancias y el cambio propio). Una vez que comprendemos que todo proceso de actividad genera un ser humano formado por esa actividad como un producto conjunto, es obvio que el trabajo en las relaciones capitalistas no solo desvía a los trabajadores de la oportunidad

de satisfacer su propia necesidad de desarrollo; también los deforma, deformando “al obrero y convirtiéndolo en un fragmento de persona”.

Así, cuando el capitalista compra la capacidad del obrero y la utiliza para su objetivo de expandir el capital, degrada no solo su presente sino también su futuro. La producción en las relaciones capitalistas, propuso Marx, da por resultado “la ignorancia, la brutalización y la degradación moral” (Marx, 1977:482, 799). ¿Cómo no habría de afectar esto al obrero cuando entra en “tiempo libre”? Para la economía política de la clase obrera, la reproducción del capitalismo como sistema es la reproducción de obreros que lucharán por “salarios justos” y un “día de trabajo justo”, obreros que ven la inversión capitalista como si fuese en su interés, “una clase obrera que, por educación, tradición y hábito, considera los requerimientos de este modo de producción como leyes naturales auto-evidentes (Marx, 1977:899). En resumen, comprendemos que el capitalismo produce obreros que toleran su explotación (porque no es aparente), pero que están preparados para luchar contra cualquier violación de sus conceptos de imparcialidad y justicia, es decir, violaciones de su economía moral.

Pero ¿qué determina las normas que subyacen bajo esos conceptos, o sea, el equilibrio que es la base del consenso? Esta no es una cuestión que Marx analizara teóricamente de manera explícita. Como se indicó con anterioridad, Marx comenzó con el supuesto de que el nivel de vida tradicional, el nivel de necesidad, estaba dado. Ese supuesto fue suficiente para su propósito inmediato de demostrar que el capital es el resultado de la explotación de los obreros. *Beyond Capital*, empero, demuestra que con la eliminación de este supuesto de un nivel de vida dado, ya no es posible argumentar que el efecto automático de los aumentos de la productividad es el aumento de la explotación (plusvalía relativa)⁴⁵. Como el propio Marx sabía, asumiendo que es igual todo lo demás, la caída en los valores de las mercancías con productividad

⁴⁵ Ver el resumen y profundización de este análisis en Lebowitz, 2010a.

creciente significa que los salarios reales aumentan⁴⁶. La condición, entonces, para la reproducción del nivel de vida tradicional es que todo lo demás no puede ser igual. Es esencial considerar ir más allá del nivel de las apariencias a fin de comprender el nivel de necesidad (y cualquier movimiento de este), el estado de la lucha de clases.

Con este fin introduje como una variable el concepto del “grado de separación entre los trabajadores”, que implica que en la medida en que los capitalistas pueden aumentar el grado de separación entre los obreros (como ocurre con el desplazamiento de obreros por maquinaria), pueden captar los frutos de las ganancias de productividad; y en la medida en que los trabajadores tienen éxito en unirse, como cuando “organizan la cooperación planificada entre los empleados y los desempleados”, ellos pueden incrementar los salarios reales y reducir la duración e intensidad de la jornada laboral (Marx, 1977:793).

Analicemos entonces cómo necesariamente aparece ese concepto subyacente. Un grado dado de separación entre los obreros implica la reproducción de un nivel dado de necesidad, un equilibrio en el que cualquier desviación produce tendencias de retroalimentación para restaurar las normas. En la medida en que esas desviaciones son temporales, ello fortalece la creencia en la permanencia de esas normas particulares⁴⁷. Por otra parte, si el capital tiene éxito en aumentar el grado de separación de los trabajadores (es decir, si los obreros son incapaces de contrarrestar el ataque del capital), entonces la tendencia será el desarrollo de un nuevo conjunto de normas más bajas, un nuevo equilibrio.

Para comprender la economía moral de la clase obrera en el capitalismo, es necesario buscar los factores subyacentes que pro-

⁴⁶ Ver la discusión de 1861-1863 *Economic Manuscript*, en “Wages” (Lebowitz, 2003:101-119).

⁴⁷ El equilibrio a este respecto es la ley: “la perdurable (la persistente) en apariencia”, como comentara Lenin en su lectura de Hegel. Si bien comprender su carácter es un adelanto, la Ley no va más allá del reino de las apariencias. Ver Lebowitz, 2009:71-73.

ducen un aparente equilibrio. Es esencial intentar ir debajo de la superficie. De forma similar, para comprender la economía moral de la clase obrera en el socialismo real necesitamos investigar su base interna.

MÁS ALLÁ DE LA ECONOMÍA MORAL DEL SOCIALISMO REAL

El derecho de cada cual a la subsistencia y a más altos niveles de vida, la importancia de precios estables y pleno empleo, la orientación hacia el igualitarismo —y con ello, poca diferencia en los ingresos—, todo ello fue parte de las normas que formaron la economía moral de la clase obrera en el socialismo real. Este consenso popular de justicia y equidad fue reproducido regularmente y con ello fortalecido como resultado de la retroalimentación cuando se producían desviaciones de un aparente equilibrio.

La retroalimentación y una tendencia hacia el equilibrio es precisamente lo que Kornai identificó cuando notó que “donde los desarrollos en la esfera real generan resultados que se desvían de las normas existentes (como resultado de ‘hábitos, convenciones, aceptación social apoyada tácita o legalmente, o conformidad’), el sistema genera señales que son retroalimentadas al sistema por la vía de la esfera de control” (Kornai, 1980:380). Kornai argumentaba que los decisores centrales en Hungría tenían como meta una tasa normal de crecimiento del consumo real per cápita de un 3 % a un 4 %, con el resultado de que “si el crecimiento del consumo permanece por debajo de su tasa normal, la escala de inversión será reducida, de manera de dejar una mayor parte del ingreso nacional para el consumo” (Kornai, 1982:47-48).

Para Kornai resultaba muy claro por qué la vanguardia actuaba de esta manera. Aquellos que estaban en la cima, argumentaba, estaban limitados por lo que “la población esté dispuesta a aceptar, y dónde comienza la insatisfacción”. Había un costo potencial por violar las normas. “Frenar los incrementos en los niveles de vida, o su total reducción, e infringir el límite inferior

[...] tarde o temprano supone serias consecuencias políticas y sociales, tensión e incluso conmociones, las cuales, tras un intervalo más o menos largo obligan a una rectificación" (Kornai, 1980:383).

En resumen, detrás del intento de la vanguardia por evitar desviaciones de la norma estaba la anticipación de las respuestas de los trabajadores, por ejemplo, a los aumentos de precios. La gente, admitía él, quiere estabilidad de precios, "y después de un tiempo incluso esperan que el gobierno lo garantice. Cualquier aumento importante de precio da lugar a inquietud" (Kornai, 1980:509-510). Por consiguiente, la cuestión que enfrentaba la vanguardia era: ¿en qué momento la insatisfacción comenzaría "a poner en peligro la estabilidad del sistema"?

Pero ¿por qué los obreros reaccionaban de esta forma a violaciones percibidas de las normas existentes? No era porque los obreros en el socialismo real sintieran que no estaban recibiendo un salario justo por un día de trabajo justo. Detrás de la visión de justicia de los obreros no estaba la apariencia, como en el caso del capitalismo, de que estaban vendiendo una cierta cantidad de trabajo a cambio de una cierta cantidad de dinero. En pocas palabras, ellos no eran movidos por su fracaso en recibir "de acuerdo con su contribución". De hecho, esta era la misma crítica hecha por los reformistas —que las normas existentes en el socialismo real no estaban basadas en lo que ellos llamaban "el principio socialista" —. Como lo expresara Gorbachov, había "serias infracciones al principio socialista de distribución según el trabajo". Por el contrario, el sentido de derecho de los obreros se basaba en el concepto de la propiedad común sobre los medios de producción. Los obreros tenían esto en común: todos eran propietarios. Los medios de producción eran propiedad colectiva; y puesto que los obreros eran parte del colectivo, esta era la fuente de su derecho. Pero si ellos eran dueños comunes de medios de producción, los productores estaban en una relación de igualdad. Todos ellos debían tener acceso a los medios de producción y debían tener la oportunidad de trabajar y garantizar los frutos de esa propiedad.

Además, la tendencia será hacia ingresos iguales, precisamente porque todos son iguales como dueños de medios de producción⁴⁸. Aquí también estaba la base para el agravio latente en la evidencia de riqueza individual y privilegios, en la medida en que los trabajadores conocían de estos, lo cual explica por qué era característico de la vanguardia el esconder tales “abusos” de la propiedad común.

Estos aspectos de la economía moral de la clase obrera no cayeron del cielo. Más bien, estos conceptos de equidad y justicia eran reforzados de manera regular por las declaraciones de la propia vanguardia. Los obreros tenían derecho porque el Estado era dueño de los medios de producción, y este era un estado de los trabajadores. Naturalmente, se comprendía que los obreros no podían recibir toda la producción actual. Puesto que la economía moral incluía la expectativa de que el consumo futuro sería mayor, una parte de su derecho como dueños necesariamente se separaba para inversión en la expansión de los medios de producción. Ellos entendían también que esta era una decisión tomada por la vanguardia, más que una decisión sobre la cual ellos tuvieran control. Sin embargo, ellos podían reaccionar ante lo que se comprendía como una decisión política. Este es el por qué las desviaciones de las normas aceptadas tendían a generar una retroalimentación política de todos aquellos que eran afectados.

En pocas palabras, la combinación de respuestas obreras a las violaciones a la justicia y las anticipaciones de la vanguardia a estas, generaron lo que Thompson llamó “un equilibrio particular entre autoridad paternalista y las masas”. Ese equilibrio en el socialismo real apareció como resultado de un acuerdo implícito según el cual los obreros ceden el poder de decidir a cambio de garantías de la vanguardia. Sin embargo, “nada es más fácil de entender que la necesidad, la razón de ser, de esta forma de apariencia” (Marx, 1977:681). Para revelar las relaciones subyacentes

⁴⁸ En 1986 propuse que “la relación de distribución que fluye de la relación de dueños comunes e iguales de los medios de producción es a cada uno según su participación per cápita” (Lebowitz, 1987:124).

que producen estas formas de apariencia en el socialismo real debemos volver a la economía política de la clase obrera.

Recordemos nuestro análisis de las relaciones de vanguardia y su reproducción, en los capítulos 3 y 4. Vimos que es característico de estas relaciones —excepto en la medida en que los empresarios han logrado hacer avances— el que la vanguardia ejerza todos los atributos de propiedad sobre los medios de producción. Si bien la vanguardia asigna a los obreros derechos de propiedad específicos —por ejemplo, derechos laborales— como parte del contrato social, el conjunto completo de derechos de propiedad pertenece a la vanguardia como dueño colectivo.

Y las relaciones productivas reproducen esas relaciones de distribución. Bajo la dirección y el mando de la vanguardia, los productores son subordinados a un plan trazado por la vanguardia, y su actividad está sujeta a su autoridad y propósito. En esta relación los obreros son explotados, y lo serían incluso si fuesen los receptores finales de los frutos de su trabajo adicional. Ellos, además, son deformados en esta relación. Mientras la vanguardia intenta desarrollar las fuerzas productivas para lograr su objetivo preconcebido, “todos los medios para el desarrollo de la producción” en las relaciones de vanguardia “distorsionan al obrero, convirtiéndolo en un fragmento de un ser humano”, lo degradan y lo “enajenan de las potencialidades intelectuales del proceso de trabajo”. Este resultado tiene que asumirse como negativo en cualquier sistema contable que valore el desarrollo humano (Marx, 1977:450, 548, 643, 799; Lebowitz, 2010b:52-55, 156).

La producción en las relaciones de vanguardia produce una clase obrera consecuente con el mantenimiento de relaciones de vanguardia. Y, por su parte, la vanguardia retiene su capacidad de mando y de decidir sobre el destino de la producción. Ella determina qué obreros recibirán sus raciones actuales y cómo y dónde se invertirán los excedentes que se produzcan. En las relaciones de vanguardia tanto la vanguardia como los obreros se reproducen.

Mientras la vanguardia pueda satisfacer lo que los obreros consideran justo y mientras los obreros continúen aceptando esta situación, la aparente reciprocidad entre vanguardia y clase obrera “oculta” la verdadera relación y “garantiza la perpetuación de la relación específica de dependencia, dotándola de la ilusión engañosa de una transacción (Marx, 1977:450, 548, 643, 799; Lebowitz, 2010b:52-55, 156). Ir más allá de la mistificación y la ilusión de una transacción nos exige ir más allá de la economía moral, a la economía política de la clase obrera.

Como en el caso de la base subyacente del nivel de vida tradicional de los obreros en el capitalismo, el grado de separación de los obreros es esencial para determinar los términos del contrato social entre la vanguardia y los obreros. En la medida en que existe un equilibrio aparente, uno que refuerce el sentido de justicia y equidad característico de la economía moral de la clase obrera, ello refleja un grado constante de separación entre los obreros. El socialismo real en este caso produce obreros que toleran su explotación (porque esta no es evidente) pero que están preparados para luchar contra cualquier violación de sus conceptos de justicia y equidad, es decir, violaciones de su economía moral.

Ese contrato social, sin embargo, no está grabado en piedra. Si los obreros fueran capaces de reducir la atomización generada por las relaciones de vanguardia y con ello aumentar su unidad, ellos podrían reescribir el contrato social a su favor. A la inversa, para que la vanguardia reescriba el contrato social a su favor, o lo termine completamente, debe actuar contra las instituciones vigentes a fin de aumentar el grado de separación de los trabajadores. Una forma por la cual los modelos asociados con la economía moral de la clase obrera pueden ser atacados por la vanguardia es la represión. Sin embargo, con el avance de la lógica del capital en el socialismo real, tiene lugar una forma más prevaleciente (aunque no exclusiva de la represión) cuando la vanguardia inicia un movimiento hacia Khozraschet, en otras palabras, la contabilidad económica basada en la separación económica y organizativa de las unidades económicas.

Al enfatizar que el ingreso de los obreros debe estar vinculado con la rentabilidad de las empresas individuales, la vanguardia intenta hacer caer el concepto de la propiedad común sobre los medios de producción en el cual descansa la economía moral de la clase obrera. Se dirige a poner fin a aquellas “serias infracciones del principio socialista de distribución según el trabajo”. Efectivamente, las exhortaciones sobre “el principio socialista” son el signo más claro de la batalla de ideas contra la clase obrera en el socialismo real.

De esta forma, en lugar de la igualdad de los trabajadores como dueños colectivos de los medios de producción, el empuje ahora es separarlos en sus propios mundos. Más que recibir un derecho basado en ser miembros del conjunto, ellos se tornan dependientes de la dirección de sus empresas individuales, un aumento profundo en el grado de separación entre los obreros.

Además, en la medida en que este enfoque hacia la contabilidad de la empresa individual traiga consigo la eliminación de restricciones en relación con el despido de obreros, crece una división entre los empleados y los desempleados. Khozraschet representa no solo la captura de derechos de propiedad de la vanguardia por capitalistas incipientes; también trae consigo la pérdida de derechos del puesto de trabajo, el desplazamiento de obreros, la creación de un ejército de reserva de los desempleados y el ataque al igualitarismo.

Este desarrollo no solo es el fin del contrato social aparente, o sea, de este modo particular de regulación; también reúne todos los elementos de la victoria capitalista. En ausencia de una alternativa obrera —en realidad, una alternativa socialista— en la batalla de ideas —una que identifique la fuente de explotación y deformación en el socialismo real— este resultado es inevitable.

CAPÍTULO 7

Hacia una sociedad de directores asociados

En la sociedad de directores asociados, los productores cooperan en el proceso de producir para sus necesidades y simultáneamente se producen a sí mismos como seres humanos socialistas. Es una sociedad en la que las personas son capaces de desarrollar su pleno potencial, esa “rica individualidad que es tan multifacética en su producción como en su consumo”. En la sociedad de directores asociados los productores ya no son medios para el fin de otro; más bien existe lo que Marx llamó “la situación inversa, en la cual la riqueza objetiva está ahí para satisfacer la propia necesidad de desarrollo del obrero (Marx, 1973: 325; Marx, 1973 :772).

El desarrollo humano está en el núcleo de esta sociedad, no mediante la entrega de regalos desde arriba sino por medio de la actividad de productores libres y asociados. Según se apuntó en la introducción, esta es una sociedad caracterizada por la democracia como protagonista: “Democracia en este sentido —democracia protagonista en el centro de trabajo, protagonismo en los vecindarios, comunidades, comunas— es la democracia de personas que se están transformando a sí mismas en sujetos revolucionarios”.

El socialismo real, una sociedad dividida en directores y dirigidos, claramente no era una sociedad de directores asociados. Esa fue su contradicción fundamental.

LA CONTRADICCIÓN FUNDAMENTAL DEL SOCIALISMO REAL

La contradicción fundamental del socialismo real es inherente a las relaciones vanguardia de producción. Aunque la fuente inme-

diata de crisis fue la lucha entre la lógica de la vanguardia y la lógica del capital, la base subyacente era la naturaleza de una sociedad dividida entre el director y los dirigidos, es decir, entre la vanguardia y la clase obrera.

Es característico de las relaciones de vanguardia que la dominación sobre los obreros impida el desarrollo de sus capacidades, asegure su enajenación del proceso de producción y frene el desarrollo de la productividad, es decir, el desarrollo de las fuerzas productivas de los trabajadores. Sin embargo, este es solo un aspecto de esas relaciones. El otro aspecto es el empuje de la vanguardia por el crecimiento, por la reproducción ampliada de los medios de producción, con el propósito explícito de construir el socialismo.

Sin embargo, dada la naturaleza de los obreros surgidos en las relaciones de vanguardia, la vanguardia tiene que depender de empresarios que actúen en su nombre a fin de garantizar el logro de sus objetivos. Sin embargo, los empresarios, que tienen una relación particular con los medios de producción —o sea, poseen esos medios de producción— se tornan cada vez más conscientes de sus propios intereses particulares, actúan de acuerdo a una lógica propia que no es idéntica a la lógica de la vanguardia. Los empresarios, de hecho, surgen como una clase en sí, y sus esfuerzos por perseguir sus propios intereses interactúan con los intentos de la vanguardia de imponer sus propios derechos de propiedad.

Así, la lucha entre la vanguardia y los empresarios desplaza la relación entre la vanguardia y los obreros como la contradicción que produce el movimiento particular del socialismo real. Esa reproducción impugnada genera una crisis que históricamente ha conducido a la lógica de que la vanguardia quede subordinada en medida creciente a la lógica del capital. Esta crisis no puede ser resuelta mediante “reformas”. Por una parte, ninguna reforma como tal resuelve la contradicción fundamental del socialismo real: el dominio de los trabajadores por la vanguardia. Por otra parte, cada nuevo paso en este proceso de subordinación al capi-

tal emergente, cada avance despótico en los derechos de propiedad de la vanguardia, revela aún otra inadecuación en un sistema que todavía contiene la lógica de la vanguardia. Por consiguiente, el capital está obligado a efectuar más avances en las relaciones de propiedad a fin de producir todas sus condiciones propias de existencia. Y lo hace con ayuda del Estado de vanguardia.

Es que no existe una salida alternativa del socialismo real, una que vaya más allá de las relaciones de vanguardia en dirección al socialismo?

LOS GÉRMEENES DEL SOCIALISMO

El socialismo no cae del cielo “ni del vientre de la idea auto-postulada” (lo que equivale a decir, de las mentes de los teóricos). Más bien viene “desde dentro y en antítesis” de la sociedad existente (Marx, 1973:278). Esto significa que no podemos ignorar los aspectos concretos de esas sociedades. En *Build it Now* argumenté:

Cada sociedad tiene sus características únicas —sus historias únicas, tradiciones (incluyendo religiosas y originarias), sus mitologías, sus héroes que han luchado por un mundo mejor, y las capacidades individuales que la gente ha desarrollado en el proceso de lucha (Lebowitz, 2006:67).

Tenemos que comprender a la gente en estas sociedades, en particular, lo que identifican ellos como justo y equitativo. Si queremos mirar más allá del socialismo real, ¿podemos ignorar la economía moral de la clase obrera que ha sido producida y reproducida en esas sociedades? En palabras de E. P. Thompson, “si ha de construirse un futuro, el mismo deberá ser construido a partir de estas. No será construido a partir de la cabeza de algún teórico” (Thompson, 1978).

En sí misma, la economía moral de la clase obrera no apunta más allá del socialismo real. Más bien, en ausencia de cambios en la estructura subyacente, la interacción entre la economía moral de la clase obrera y la preocupación de la vanguardia sobre

las reacciones obreras a las desviaciones de las normas existentes tiende a generar mecanismos de retroalimentación que restablecen un equilibrio aparente. Pero ¿había algunos elementos latentes presentes en las ideas de la clase obrera de los cuales se podía extraer un futuro socialista?

En su orientación hacia el igualitarismo, podemos ver destellos de esa característica, el enfoque en la propiedad común sobre los medios de producción. En la medida en que los obreros en el socialismo real aceptan que son propietarios comunes, pueden sentir que tienen derecho a compartir igualmente como dueños, afirmando explícitamente con ello que la distribución de los frutos de la producción debiera corresponder a la distribución de la propiedad sobre los medios de producción. Como demuestran las repetidas exhortaciones de la vanguardia contra el igualitarismo, este sentido de propiedad tuvo una fuerza perdurable en las mentes de los obreros.

El contrato social promovió y reforzó este aspecto de la economía moral de la clase obrera. Sin embargo, esa economía moral rompió decididamente con la perspectiva de la vanguardia respecto al consenso popular sobre el robo por parte de individuos. La propiedad estatal “era colectiva, es decir, ¡en parte era su propiedad, después de todo!” (Ledeneva, 1988:133). Esta no era la única forma, sin embargo, en que las ideas de la clase trabajadora se apartaban de las ideas plasmadas en las relaciones de vanguardia.

Los obreros también aprendieron por su propia experiencia en la esfera de la producción. La economía de escasez, con la incertidumbre producida por “la cantidad y calidad fluctuantes por una parte y la presión de las metas del plan, por otra”, estimuló lo que Burawoy llamó “la colaboración espontánea de los trabajadores”. Él argumentó que fue su improvisación colectiva y “espontánea cooperación” lo que hizo posible la producción en la fábrica socialista”. El resultado fue crear solidaridad en el centro de trabajo: “Una economía de escasez requería una especialización espontánea y flexible en el taller que diera origen a formas de solidaridad

que pudieran estimular un movimiento de la clase obrera contra el socialismo de Estado” (Burawoy, 2009).

Del centro de trabajo surgió, pues, un sentido común particular: la economía moral de los obreros contenía un sentido de su propio poder colectivo como trabajadores y un apoyo latente al control por parte de los obreros. No obstante, a diferencia de la “concepción de justicia distributiva y social que colocaba en primer lugar el bienestar material y el igualitarismo” —que según Cook eran compartidos por el partido y el pueblo—, esto ciertamente no era algo “que el Estado soviético proporcionaba” (Cook, 1993:3). Por el contrario, inherentes a las relaciones de vanguardia eran la oposición al poder obrero y a las decisiones desde abajo.

Desde luego, en circunstancias normales ninguna campaña organizada a favor del poder obrero era posible en las condiciones impuestas por la vanguardia. Los obreros, empero, no esperaron por una violación de las normas existentes para incurrir en “resistencia que iba desde haraganear, refunfuñar, falsa sumisión, disimulo y otras ‘armas de los débiles’” (Kopstein, s/a). Existía un amplio consenso entre los obreros y apoyo a la resistencia a la dominación y explotación desde arriba. La lucha de clases, representada por acciones individuales y el apoyo que ellas recibían, era parte esencial de un proceso de profundización del consenso entre los trabajadores.

Pero, ¿qué nos permite proponer que el grupo de ideas de los obreros en el socialismo real incluía una orientación hacia el poder de los trabajadores? Muy sencillo. Al igual que Thompson identificó en las revueltas espontáneas por comida del siglo XVIII una economía moral subyacente de las masas, el surgimiento espontáneo de consejos obreros en puntos débiles del sistema nos permite inferir la existencia de un consenso subyacente entre los obreros. ¿Qué probabilidad existe de observar desarrollos como los de Hungría en 1956 y Polonia en 1980 en ausencia de estos

elementos en la economía moral de la clase obrera en el socialismo real?⁴⁹.

Existe una razón adicional para asignar una alta probabilidad a la orientación hacia la toma de decisiones por parte de los obreros, las acciones de la propia vanguardia cuando buscó reforzar el apoyo a su papel. En Yugoslavia en 1950 y Checoslovaquia en 1968, la vanguardia demostró su propia creencia acerca de lo que movería a los obreros introduciendo la auto-gestión en centros de trabajo específicos, y su comprensión de la perspectiva de los obreros en el socialismo real fue validada por el entusiasmo con que esta opción fue acogida por los trabajadores (*cfr.* Kovanda, 1976). También la *perestroika* incluyó inicialmente acciones en esta dirección, pero estas fueron socavadas rápidamente por el poder de los empresarios y la retirada de la vanguardia (Mandel, 1991:89-90, 123; Flaherty, 1991:151-152).

Dos elementos están latentes en la economía moral de la clase obrera: la propiedad social sobre los medios de producción y la producción social organizada por los trabajadores, es decir, dos lados del triángulo socialista descrito en la introducción a este libro (y desarrollado en *The Socialist Alternative*). Ambos implican el concepto de “la sociedad cooperativa basada en la propiedad común sobre los medios de producción”. Sin embargo, la cooperación en una sociedad incluye más que cooperación en la esfera de la producción, incluso si se entiende que la producción incluye actividad fuera de los centros de trabajo formales, por ejemplo, en las comunidades. También comprende la cooperación con respecto a la determinación del *propósito* de la actividad productiva. Desarrollada a plenitud, tal sociedad se concentra directamente en las necesidades sociales, es decir, en la producción para las necesidades y propósitos comunitarios —el tercer lado del trián-

⁴⁹ Ver, por ejemplo, Lomax, 1979-80; el Programa de Solidaridad adoptado en 1981 según se describe en *Labor Focus on Eastern Europe* 5/1—2 (primavera de 1982); y “Poland: the Fight for Workers’ Control,” *Workers’ Liberty* 10 (mayo de 1988).

gulo socialista—. Ese lado también está latente en la economía moral de la clase obrera en el “socialismo real”.

Para ese tercer lado, el concepto clave es la solidaridad. En la sociedad solidaria, las personas no se relacionan como propietarios, exigiendo un *quid pro quo* para desprenderse de su propiedad o su trabajo. Su punto de partida no es el de los dueños auto-orientados, sino más bien el concepto de una comunidad: “una producción comunitaria, el carácter comunitario se presupone como la base de la producción”. Nuestra actividad como miembros de la comunidad es “descendiente de la asociación”. Esta es postulada desde el inicio como trabajo social”, como trabajo para todos, y el producto de nuestra actividad “es un producto comunitario, general, desde el inicio” (Lebowitz, 2010b:78-81; Marx, 1973:158-159, 171-172). En la sociedad solidaria nos comportamos como seres sociales conscientes: existe una “actividad comunitaria y un disfrute comunitario —es decir, actividad y disfrute manifestados y afirmados en asociación real directa con otros seres humanos” (Marx, 1975:296, 298).

El germen de tales relaciones está presente en las relaciones entre las personas en el socialismo real cuando se ayudan unos a otros sin exigir un equivalente a cambio. Para Ledeneva, *blat* era una relación de este tipo, una que “engendra estima y confianza en el otro a largo plazo”. En contraste con una relación en la que individuos enajenados, mutuamente indiferentes, intercambian cosas alienadas, ella proponía que las relaciones *blat* eran similares al intercambio de regalos en la medida en que este último “subraya las relaciones sociales y tiene que ver con la reproducción social”. *Blat* se basa en relaciones sociales ya existentes, y la reciprocidad en esas relaciones es “creada y preservada por un sentido mutuo de ‘justicia’ y confianza”. En las relaciones *blat* las personas están disponibles las unas para las otras, comprenden recíprocamente sus valores y existe “un conjunto de obligaciones normativas para proporcionar asistencia a otros para que puedan llevar a cabo sus proyectos” (Ledeneva, 1998:140-42, 147).

Ledeneva describió la URSS como una “economía de favores”. Y el concepto de “regalo” que ella introduce es significativo, porque la sociedad solidaria es precisamente una “economía de regalos”, en la que aquellos que dan son recompensados, no por la anticipación de lo que puedan recibir en algún momento a cambio, sino más bien por la forma en que ellos “se construyen a sí mismos como cierta clase de persona, y construyen y mantienen ciertas relaciones de deuda y cuidado (High, s/a). Es característico de la economía de regalos que aquellos que reciben en esta relación también dan, no porque la reciprocidad sea impuesta externamente, sino porque no dar viola el propio sentido de virtud y honor. La relación de regalo presupone así a personas que tienen un vínculo, gente que tiene un pasado y espera tener un futuro, y su producto es el incremento de la solidaridad.

El actuar dentro de esta relación crea confianza y solidaridad entre la gente, y su producto conjunto son personas diferentes de los productos de las relaciones de intercambio. Más que ser tus necesidades el medio “para darme a mí poder sobre ti” (como en la relación de intercambio entre “personas mutuamente indiferentes”) al producir conscientemente para satisfacer tus necesidades le concedo valor a mi actividad. En palabras de Marx, “yo habría confirmado y realizado directamente mi verdadera naturaleza, mi naturaleza humana, mi naturaleza comunitaria” (Marx, 1976d:225-228; *cfr.* “The Solidarian Society,” en Lebowitz 2010b:65-81).

En las relaciones de regalos, los dadores son recompensados “porque pensar en la felicidad de otra persona” los libera: “La liberación resulta de consideraciones de renuncia al beneficio personal para afirmar un compromiso de cuidar a otra persona (Osteen, 2010: 570). En una relación tal, uno hace lo que puede al máximo de su capacidad, como en el caso de “cuidados maternos”. La actividad y el disfrute son una misma cosa; nuestra actividad se convierte en el “principal deseo de la vida”. En la economía moral de la clase obrera en el socialismo real podemos percibir no solo la orientación a la propiedad social sobre

los medios de producción y la producción social organizada por los obreros, sino también necesidades y propósitos comunitarios como meta de la actividad productiva, el tercer lado del triángulo socialista.

En la economía moral de la clase obrera del socialismo real está latente el potencial para un tipo distinto de sociedad, una sociedad cooperativa en la cual la gente se relaciona conscientemente como miembros de una comunidad. Es una sociedad en la cual la cooperación en sí misma es un proceso de hacer regalos, donde podemos desarrollar todas nuestras fuerzas sin límites. Más que una sociedad dividida en directores y dirigidos, esta es una sociedad de la “libre individualidad basada en el desarrollo universal de los individuos y en la subordinación de su productividad comunitaria, social, como su riqueza social” (Marx, 1973:158-159).

En la sociedad de directores asociados, “las fuerzas productivas también han aumentado con el desarrollo multilateral del individuo, y todas las fuentes de riqueza cooperativa fluyen más abundantemente” (Marx, 1962:24). Mientras que las fuerzas productivas se desarrollaban en el capitalismo y en las relaciones de vanguardia “distorsionan al trabajador convirtiéndolo en un fragmento de ser humano” y “enajenan de él las potencialidades intelectuales del proceso de trabajo”, en contraste, las fuerzas productivas particulares generadas en las relaciones socialistas promueven el desarrollo multilateral de los productores.

Nadie pudo confundir jamás este impulso con la lógica de la vanguardia, ni obviamente es la lógica del capital. Esta es la lógica de la clase obrera, la lógica de los productores asociados. Es una lógica que coloca el desarrollo humano pleno en su centro e insiste en que las personas se desarrollen a través de su actividad, una que comprenda el “vínculo clave [...] la coincidencia del cambio de circunstancias y de la actividad humana o auto-cambio”.

Sin embargo, para que esa sociedad de productores asociados se desarrolle, los elementos de la vieja sociedad deben ser subordinados. El proceso necesario es el de “subordinar todos los elementos de la sociedad a ella, o crear de ella los órganos de los

que aún carece. Es así, históricamente, como se convierte en una totalidad” (Marx, 1973:278).

SUBORDINANDO LAS RELACIONES DE VANGUARDIA

¿Qué es necesario, entonces, para el desarrollo del socialismo como un sistema orgánico? Revisemos cómo el capitalismo surgió como sistema orgánico. Según se analizó en *The Socialist Alternative*, la secuencia histórica comprendida en el “llegar a ser” del capitalismo procedía de (a) el surgimiento de una relación social particular subordinada —es decir, capital de comerciantes y prestamistas— que se desarrolló en las relaciones productivas precapitalistas (Lebowitz, 2010b:92-99). En un momento dado hubo (b) una ruptura en los derechos de propiedad, con el resultado de que aquellos que estaban orientados a la expansión del capital se convirtieron en dueños de los medios de producción —por ejemplo, la tierra—, y estuvieron en posición de determinar el carácter de la producción e introducir relaciones capitalistas de producción.

Sin embargo, aunque la ruptura de los derechos de propiedad era una precondition histórica necesaria, no era condición *suficiente* para las relaciones capitalistas de producción: aquellos campesinos separados de los medios de producción podían bien arrendar tierra o vender su fuerza de trabajo. En resumen, había otra condición: era necesario que el capital “tomara posesión de la producción” para establecer la relación de capital; solo entonces, cuando los trabajadores estuvieran obligados a vender su fuerza de trabajo para sobrevivir, podíamos hablar de (c) *el surgimiento de una nueva relación de producción*.

La reproducción de esta relación permaneció endeble, sin embargo, mientras “la subordinación del trabajo al capital fue solo formal”, en otras palabras, mientras el capital era aún dependiente de condiciones —en particular el modo de producción— heredadas de la sociedad anterior. Por consiguiente, (d) el desarrollo de un modo específico de producción fue el medio por el cual

el capitalismo produjo sus propias premisas espontáneamente, o sea, se convirtió en un sistema auto-reproductor que descansa en sus propios cimientos.

Sin embargo, hasta el momento en que el capital tuvo éxito en desarrollar un modo de producción específicamente capitalista, requirió de un modo de regulación específicamente capitalista (el poder coercitivo del Estado capitalista) para garantizar la reproducción de las relaciones capitalistas⁵⁰.

En este contexto, especulemos acerca de un proceso de trascender el socialismo real. Ya hemos sugerido el camino por el cual relaciones *capitalistas* surgen y subordinan al socialismo real: los empresarios tienen éxito en acabar con el poder del Estado para dirigirlos, y con ello ganan derechos de propiedad sobre los medios de producción (la ruptura), toman posesión de la producción y utilizan al Estado para garantizar la destrucción tanto del poder de la vanguardia como de los obreros. De lo que se trata aquí, empero, es de la posibilidad de un camino *socialista* alternativo para salir del socialismo real.

La relación social entre los obreros en el socialismo real incluye la solidaridad en los centros de trabajo individuales y las comunidades, una visión compartida de sí mismos como dueños colectivos de los medios de producción, y la comprensión general de que el dominio por parte de la vanguardia impide a todos los trabajadores actuar colectivamente en su propio nombre. Es el último de estos puntos el que en un momento de crisis puede conducir a los obreros a desafiar el dominio existente por parte de la vanguardia.

Dada la propiedad estatal sobre los medios de producción, no sería necesaria una ruptura jurídica en los derechos de propiedad para los obreros. Sin embargo, como hemos visto, el verdadero propietario de los medios de producción en general y en las unidades individuales de producción, al punto de que controla a los empresarios, es la vanguardia. En consecuencia, se requiere una

⁵⁰ Para este análisis, ver "The Being and Becoming of an Organic System" en el capítulo 4 de Lebowitz, 2010b, especialmente las páginas 89-99.

ruptura tanto en lo general como en lo particular para convertir los medios de producción en propiedad real de la clase obrera. “La sustitución de la posesión por parte de la administración estatal por el ejercicio de la propiedad por la sociedad en su conjunto”, en palabras de Hegedus, así como la sustitución del poder empresarial por el poder de los trabajadores es la ruptura necesaria para el desarrollo del control democrático por parte de la clase obrera tanto en el Estado como en las unidades de producción individuales.

Pero, ¿qué es control democrático? Tanto en el centro de trabajo como en la sociedad, la capacidad de los obreros de escoger a aquellos que gestionen la ruptura de la propiedad del partido de vanguardia. La elección de los directores por parte de los obreros en cada centro de trabajo y la elección de los órganos de gobierno de la sociedad afectaría los derechos de propiedad sobre los medios de producción. *Pero esto no sería suficiente para cambiar las relaciones de producción.* Incluso si aquellos que están en la cima son ahora responsables ante los de abajo, las verdaderas relaciones entre director y dirigidos permanecen inalteradas. El resultado es que las relaciones jerárquicas pueden con facilidad restablecer una división de clases en la sociedad: los directores pueden dominar a los trabajadores, y el Estado puede erigirse por encima de la sociedad, aun cuando los rostros de aquellos que dominan puedan cambiar.

Las nuevas relaciones de producción exigen que los obreros tomen posesión de la producción. Allí donde surjan consejos obreros para dirigir la actividad, donde dispongan de los medios de producción y determinen el uso de los productos excedentes, y en este proceso pongan fin a la división entre pensar y hacer, se establecería una nueva relación de producción en la que los obreros sean capaces de desarrollar sus capacidades. Pero esas nuevas relaciones no solo han de ser producidas; tienen que ser reproducidas. Y ese no es en lo absoluto un proceso automático.

En ausencia de un modo de producción específicamente socialista que “desarrolle una clase obrera que, por educación, tra-

dición y costumbre, considere los requerimientos de ese modo de producción como leyes naturales evidentes”, existe siempre el potencial para la no-reproducción de relaciones socialistas (Marx, 1977:899). Mientras el socialismo no se desarrolle como sistema orgánico, sus elementos coexistirán con elementos de sistemas diferentes. En las circunstancias concretas del “socialismo real” debe ser desarrollado un modo de regulación que subordine la lógica tanto de la vanguardia como del capital. Sin embargo, también debe subordinar las tendencias características de los obreros desarrolladas espontáneamente en el “socialismo real”.

LAS MARCAS DE NACIMIENTO DE LA VIEJA SOCIEDAD

La sociedad de productores asociados necesariamente surge “en todos sus aspectos, económica, moral e intelectualmente, signada aún con las marcas de nacimiento de la vieja sociedad”. No puede producir sus propias premisas al inicio como tampoco pudo el capitalismo. Es inevitable que dependerá de elementos que tienen que ser subordinados.

Pero, ¿cuáles son esos elementos? Hablar de marcas de nacimiento que afectan a la nueva sociedad “económica, moral e intelectualmente” es comenzar hablando de gente formada con ideas particulares en la vieja sociedad. Por lo tanto necesitamos preguntar de nuevo: *¿quienes son las personas desarrolladas por el socialismo real?*

No todas las características de los obreros producidos y reproducidos en el socialismo real apuntan en la dirección a la sociedad de productores asociados. Una que no lo hace es su orientación hacia el interés individual. Analícese el comportamiento de los obreros en el centro de trabajo en las relaciones de vanguardia. En la esfera de la producción, vemos personas que están orientadas hacia sí mismas y concentradas en aumentar el ingreso y reducir la extensión e intensidad de la jornada laboral. Están enajenadas de su actividad y de los productos de su trabajo. Los obreros, después de todo, son participantes activos en el proceso de “fina-

lismo” y lo hacen sin importarles esos productos inferiores creados en el proceso. Si no estuvieran concentrados en sus primas sino en los valores de uso, ¿cómo podría seguirse produciendo tal desperdicio? Estas no son personas que piensan en los intereses de la sociedad.

Además, su tratamiento de los medios de producción de propiedad estatal revela una tendencia a la privatización espontánea. Para algunos, el robo de materiales tiene como meta el intercambio directo con otros que tienen dinero u otros materiales; para otros, el robo tiene el fin de utilizar los medios de producción como insumos para producir bienes y servicios como parte de la “segunda economía. De hecho, la sola existencia de esa segunda economía o “economía de la sombra”) es significativa. Aunque no solo involucraba propiedad estatal sustraída, el tamaño de ese sector en la URSS al final de los años ochenta indicaba en qué medida la economía estatal no era la única relación productiva dentro de la cual la gente operaba: más de una quinta parte de la población trabajadora (unos 30 millones de personas) estaba involucrada en la economía de la sombra, y “en algunas ramas del sector de los servicios (construcción de viviendas y reparaciones, reparación de automóviles) era responsable de entre el 30 % y el 50 % de todo el trabajo realizado” (Lewin, 2005:363).

Es probablemente una exageración decir que tales actividades de la segunda economía eran tan fundamentales para el funcionamiento cotidiano de la sociedad soviética que “el sistema no hubiera podido funcionar” sin ellas (Ledeneva, 1998:103). Sin embargo, esas actividades estaban claramente interrelacionadas con el contrato social: “La baja intensidad y baja productividad de la jornada laboral, que estaban en la base del ‘contrato social’ entre los trabajadores y el Estado, facilitaban el ‘trabajo por su cuenta’ (cultivo de parcelas privadas, etc.)” (Lewin, 2005:365-366). Naturalmente, era lógico que quienes dedicaban tiempo y energía a la economía en la sombra quisieran minimizar la intensidad de su trabajo en su empleo estatal formal.

Al defender una jornada laboral de baja intensidad, así como las acciones de los individuos, hay solidaridad entre estos trabajadores, pero es la solidaridad de trabajadores enajenados y es una solidaridad dentro de límites (los límites del grupo de trabajo). Aunque puede existir solidaridad con otros obreros por motivos de queja comunes, como los aumentos de precio, la solidaridad producida en el centro de trabajo no es una solidaridad abstracta enfocada hacia la sociedad como un todo, sino que está orientada al grupo específico. En la medida en que el objetivo de los obreros en este grupo es maximizar su ingreso, ellos trabajan juntos para garantizar el éxito en cumplir los dictados del plan y con ello garantizar las recompensas de primas vinculadas a este. No es entonces un gran salto el sugerir que, de haber sido liberados del dominio de las instrucciones desde arriba, ellos se habrían inclinado espontáneamente a trabajar juntos para seguir los dictados del mercado como un medio *alternativo* de maximizar el ingreso.

De esta forma, rechazando su impotencia en el centro de trabajo, las aspiraciones de los obreros en el socialismo real pueden conducirles en la dirección de un modelo de autogestión de mercado característico de la ex Yugoslavia. Llevar a cabo tal objetivo latente, desde luego, requeriría que los obreros usurparan los derechos de propiedad tanto de la vanguardia como de los empresarios. Al eliminar controles tanto *sobre* las empresas (por la vanguardia) como *dentro* de las empresas (por los directores), los obreros podrían transformar en propiedad de grupo los medios de producción que poseen en virtud de sus derechos laborales. Entonces ellos estarían en condiciones de dirigir las empresas, las que, como en Yugoslavia, podrían continuar siendo jurídicamente propiedad estatal y producir para el mercado con el objetivo de maximizar el ingreso de cada miembro de la empresa.

Sin embargo, tenemos que admitir que puede haber una diferencia significativa entre la forma y la esencia de la administración obrera. En el socialismo real estos obreros son el producto de una clara división entre el pensar y el hacer. Al no haber desarrollado los conocimientos para la autogestión, el deseo de

maximizar el ingreso genera una tendencia espontánea a seguir a aquellos que sí poseen este conocimiento: los empresarios y los expertos. La sabiduría de “nosotros hacemos bien nuestro trabajo y esperamos que los directores hagan bien el suyo”, que surgió con la autogestión de mercado en Yugoslavia, lógicamente puede producirse entonces. La autogestión obrera puede convertirse en ponerle el cuño a propuestas de los expertos y no en el desarrollo de las capacidades de los obreros. En este caso la forma de administración obrera puede estar presente, pero no su esencia.

Existe la posibilidad de que los obreros puedan desarrollar gradualmente la capacidad técnica para autoadministrarse. Pero mientras el objetivo primordial sea el de maximizar el ingreso por trabajador, desarrollar sus capacidades individuales y colectivas puede suspenderse a fin de tener éxito en el mercado. Este es solo un elemento de una sociedad socialista que está suspendido cuando domina el interés propio colectivo, pero circunscrito. Al poner a los obreros a competir entre sí, la autogestión de mercado tiende a producir una sociedad marcada por la desigualdad y la ausencia de solidaridad (Lebowitz, 2010b:63-81). Como tal, amenaza a otras relaciones entre obreros en el socialismo real: sus relaciones fuera del centro de trabajo, fuera de las relaciones de vanguardia.

Lo que produce el mercado, después de todo, difiere para todos los grupos de trabajo. Como vendedores de mercancías en un mercado, la suerte de cada grupo de trabajo depende no solo de sus propios esfuerzos sino también de la suerte y del acceso a medios específicos de producción. En ausencia de un enfoque de solidaridad con otros obreros o con la sociedad como un todo, la probabilidad de desigualdad significativa (como ocurrió en la autogestión de mercado en Yugoslavia) es elevada. Este es un mal que mata la solidaridad en la sociedad (Lebowitz, 2010b:73-76)⁵¹.

Pero ¿puede la falta de solidaridad entre centros de trabajo en la sociedad ser contrarrestada por la solidaridad dentro de

⁵¹ Ver también la discusión de problemas en la autogestión de mercado yugoslava “Seven Difficult Questions”, en el capítulo 6 de Lebowitz, 2006.

la comunidad? En otras palabras, cuando miramos al concepto de la economía de regalos según se manifiesta en las relaciones entre personas en el socialismo real, ¿podemos ver el potencial para impedir la creciente desigualdad y la falta de desarrollo de las capacidades humanas? De nuevo tenemos que apuntar algunas de las deficiencias inherentes a los productores que se han producido en el socialismo real. Aquellas relaciones sociales que contienen de forma latente el concepto de la economía de regalos existen, como hemos visto, como relaciones dentro de pequeñas redes. De nuevo aquí la solidaridad es solidaridad dentro de límites, solidaridad de grupo.

Dentro de estas relaciones de regalos, el receptor del regalo siempre tiene un rostro. En otras palabras, hay familias, redes y grupos en los que existe la solidaridad de la economía del regalo. Sin embargo, fuera de estos vínculos horizontales particulares la solidaridad solo es latente; en ellos, la sociedad en abstracto tiene poca relevancia. En ocasiones es posible movilizar con éxito a la gente desde arriba para cooperar en interés general de la sociedad para cumplir objetivos específicos (cosechas, trabajos de irrigación, etc.) o para enfrentar crisis (inundaciones y huracanes, etc.). Sin embargo, la orientación hacia las necesidades abstractas de la sociedad no fluye espontáneamente desde las redes de las relaciones de regalos. Esta carece de rostro, con el resultado de que tal cooperación puede aparecer más como un deber impuesto desde afuera que como una libre expresión propia.

Para personas formadas en el socialismo real, la participación en tal actividad puede parecer como más de lo mismo, una actividad enajenada que requiere presencia pero no estimula una actividad de acuerdo con la capacidad propia. En efecto, el resultado de la cooperación dirigida desde afuera puede ser "la resistencia, que incluye haraganear, quejarse, tácticas dilatorias, aceptación falsa, disimulo y otras 'armas de los débiles'". La sociedad solidaria como premisa de la actividad productiva para satisfacer necesidades y propósitos comunitarios no se desarrolla espontáneamente.

Si la producción social organizada por los obreros y la producción para las necesidades sociales son ambas infectadas a medida que la nueva sociedad emerge de la vieja, así también lo es el tercer lado del triángulo socialista: la propiedad social sobre los medios de producción. Lo que vemos es la tendencia espontánea hacia la propiedad de grupo más que hacia la propiedad social. En la medida en que los obreros formados en el socialismo real poseen sus respectivas unidades de producción particulares y son orientados hacia maximizar su ingreso, su posesión se torna en su propiedad. Como escribí en *The Socialist Alternative*: “Cuando la posesión diferenciada o el desarrollo diferenciado de capacidades (ninguno de los cuales implica antagonismo en sí mismo) son combinados con el interés propio y la orientación propia para producir la creencia en y el deseo por la propiedad privilegiada, la tendencia es hacia la desintegración de la propiedad común sobre los medios de producción” (Lebowitz, 2010b:77).

En resumen, aunque podemos identificar gérmenes de una sociedad de productores asociados en el socialismo real, resulta fundamental reconocer que estos aparecerán inicialmente de forma defectuosa. Eso era de esperar⁵². Además, esos elementos no se desarrollan por sí mismos en un vacío. Más bien existen conjuntamente e interactúan con remanentes de la lógica de la vanguardia y la del capital, en un proceso de reproducción impugnada. Este es el terreno para la lucha. Pero ¿cómo luchar?

MÁS PREGUNTAS QUE RESPUESTAS

Nada es más fácil que sacarse soluciones del bolsillo propio. No se necesita explorar circunstancias particulares, concretas, si uno

⁵² La actitud adecuada fue indicada por Hegel: “Cuando queremos ver un roble con todo el vigor de su tronco, sus ramas extendidas y su masa de follaje, no nos satisface que nos muestren una bellota en su lugar”. Efectivamente, ese nuevo sistema, “si bien aún no alcanza ni un completamiento detallado ni la perfección en la forma, está expuesto a censura por ese motivo. Pero sería igualmente injusto suponer que esta censura se refiere a su naturaleza básica, como es inadmisibles no estar listo para reconocer la demanda de ese desarrollo ulterior en mayor detalle” (Hegel, 1967:75, 77).

ya tiene las respuestas a todas las cuestiones de interés. Ya sea el mercado y la propiedad privada de una parte o la revolución proletaria y la aplicación correcta del marxismo-leninismo de la otra, el mantra nunca deja de consolar al intrépido, pero puede ser de poco consuelo para aquellos que están fuera del correspondiente redil.

Cuando el discípulo toma como materia prima propia una teoría heredada “que ya no es realidad”, “la a menudo paradójica relación de esta teoría con la realidad” conduce al discípulo a “explicar convincentemente la realidad”. De esta forma, comentó Marx en relación con los discípulos de Ricardo: “Él demuestra el inicio de la desintegración de la teoría que adoptó dogmáticamente” (Marx, 1971:84-85)⁵³.

En este libro hemos intentado partir de la consideración de fenómenos concretos y desarrollar nuevas percepciones teóricas que nos permitan comprender dichos fenómenos⁵⁴. Pero ello no significa que ahora tengamos todas las respuestas, que ahora podamos declarar: “He aquí la verdad. ¡Arrodíllense ante ella!” (Marx y Engels, 1975:144). Por el contrario, lo que nuestro examen del socialismo real genera son preguntas más que respuestas; preguntas, en particular, en cuanto a las posibilidades de construir una sociedad de productores asociados partiendo de la vieja sociedad del socialismo real.

Hay muchas razones por las cuales terminamos con preguntas. Por una parte, todas las experiencias del socialismo real no son idénticas. En la medida en que una nueva sociedad emerge necesariamente en medio de un proceso de lucha de repro-

⁵³ Ver también los comentarios de Marx sobre los discípulos de Ricardo, quienes intentaron resolver “una serie de inconsistencias, contradicciones no resueltas y fatuidades [...] con frases de forma escolástica. El empirismo craso se convierte en falsa metafísica, escolasticismo, que se esfuerza penosamente por deducir fenómenos innegablemente empíricos mediante la abstracción formal simple directamente de la ley general, o por mostrar mediante ingenioso argumento que están de acuerdo con esa ley” (Marx, 1988:395).

⁵⁴ Ver el capítulo 5, “Following Hegel: the Science of Marx,” y el capítulo 10, “Marx’s Methodological Method as a Whole”, de Lebowitz, 2009.

ducción impugnada, las condiciones materiales, la correlación de fuerzas, y las capacidades que las personas han desarrollado pueden diferir en cada caso concreto; y como resultado de ello, cuando el asunto (como toda la historia) gira en torno a lucha, las respuestas pueden no ser idénticas.

Así, en contraste con mi libro *The Socialist Alternative: Real Human Development*, que explícitamente traza un camino general hacia el socialismo con medidas concretas, órganos específicos de una nueva sociedad, características de un modelo socialista de regulación y un programa de tránsito, nuestras aspiraciones aquí fueron más modestas. Preguntamos sencillamente: ¿qué fue y es posible en el socialismo real como no sea una marcha hacia el capitalismo? Y lo hacemos, no con soluciones que caen del cielo, o salen de nuestros bolsillos, o que llegan del “vientre de la idea auto-propuesta”, sino con preguntas inherentes a las especificidades de estas sociedades que hemos estado analizando (Marx, 1973:278).

Se presentan dos preguntas en particular. Primera: ¿pueden los trabajadores en el socialismo real llegar a quebrar los derechos de propiedad existentes? ¿Y pueden proceder a “tomar posesión de la producción”? Es decir, ¿pueden establecer nuevas relaciones socialistas de producción? Segunda: ¿pueden lograr garantizar la *reproducción* de esas relaciones productivas? Es decir, en ausencia de un modo específicamente socialista de producción, ¿pueden desarrollar un modo socialista de regulación que apoye la reproducción del nuevo sistema antes de que este se convierta en un sistema orgánico?

Comencemos por analizar algunas cuestiones en relación con la primera de estas preguntas. La ruptura de los derechos de propiedad existentes en este caso, como se señalara anteriormente, involucra una revolución democrática tanto en los centros de trabajo como en el Estado. Dada la economía moral de la clase obrera en el socialismo real, ¿es probable que suceda esto en ausencia de una crisis significativa? ¿Es probable, dado que una característica de estos obreros es la aceptación del contrato social existente (y la

explotación que el mismo supone)? Aunque ocurren brotes ocasionales cuando hay una violación de las normas sociales plasmadas en el contrato, mientras la vanguardia pueda restaurar el viejo equilibrio la clase trabajadora surgida en el socialismo real tiende a no desafiar ese modelo de toma de decisiones.

Pero ¿qué sucede cuando hay una crisis prolongada, cuando los que mandan ya no pueden hacerlo de la forma acostumbrada cumpliendo con el contrato social? A medida que las cosas se deterioran, ¿aceptarán los obreros el argumento de la vanguardia de que la crisis se ha debido a errores tales como violaciones del “principio socialista” en el contrato social y que la solución a la crisis es desatar el desarrollo de las fuerzas productivas? Además, en ausencia de una lógica articulada de la clase obrera, ¿puede evitarse la hegemonía creciente de la lógica del capital y, en particular, la ruptura de los derechos de propiedad que esto implica?

Asumamos que las condiciones específicas en un país sí permiten un cambio democrático que transfiera el poder de tomar decisiones a la clase obrera. Este desarrollo puede ocurrir mucho más fácilmente en unidades de producción que en la sociedad como un todo, y puede ser fomentado allí por la propia vanguardia (como forma de mantener relaciones de vanguardia en la sociedad a la larga). Ya sea que este cambio ocurra al nivel de unidades individuales —por ejemplo, a través de la creación de consejos obreros con poder jurídico— o al nivel de la economía como un todo, este cambio en sí mismo no sería suficiente para crear nuevas relaciones socialistas de producción. A menos que la clase obrera tome posesión de la producción y eche abajo la división entre pensar y hacer mediante un proceso de protagonismo a todos los niveles, ¿no es otro el que gobierna?

En las unidades de producción es posible para los obreros comenzar inmediatamente a ejercitar la propiedad real por medio de consejos obreros. Y eso es importante en términos del desarrollo de sus capacidades. Al nivel de la sociedad como un todo, sin embargo, para que los objetivos y decisiones de los obreros guíen la actividad, se requiere el desarrollo de todo un complejo

de órganos: consejos de obreros, entidades coordinadoras de los consejos obreros y organismos que transmitan la identificación de necesidades (consejos comunales, comunas, etc.). ¿Pueden establecerse estos por autorización o ello implica un proceso prolongado de aprendizaje y desarrollo? Y en caso afirmativo de esto último, ¿es posible evitar la desigualdad?

¿Qué sucede si los obreros en empresas auto-administradas se concentran en su propio interés colectivo tratando de maximizar el ingreso por trabajador? Si hacen eso dependiendo de gerentes y expertos para todas las decisiones clave, ¿no garantiza esto que sus propias capacidades permanezcan subdesarrolladas y que la lógica del capital se fortalezca? Además, ¿no habrá una tendencia espontánea a la creciente desigualdad (desigual acceso en la sociedad a medios específicos de producción y desiguales ingresos, es decir, propiedad desigual de grupo más que propiedad social)?

En esta situación, ¿quién habla por la clase obrera como un todo? ¿Quién tiene la responsabilidad de ocuparse de la desigualdad y el desempleo? ¿En qué punto los obreros menos privilegiados y aquellos que encuentran detestable la destrucción de la igualdad y la solidaridad que efectivamente existe —es decir, aquellos aspectos de la economía moral apoyados por el contrato social— desearán crecientemente la restauración de las relaciones de vanguardia, un regreso a lo que Thompson llamó “un conjunto determinado de relaciones, un equilibrio particular entre la autoridad paternalista y las masas”?

En ausencia de la articulación e implementación de la lógica de la clase obrera —una lógica que enfatiza la necesidad de crear solidaridad inmediatamente—, ¿existe una institución a la cual la gente surgida en la vieja sociedad pueda volverse y que no sea un Estado por encima de la sociedad como un todo? En ausencia del desarrollo de los órganos de un Estado desde abajo, ¿cómo es posible evitar el surgimiento de un nuevo director?

¿Cuán estables, en resumen, son las relaciones socialistas de producción cuando emergen “en cada aspecto —económica, moral e intelectualmente — signadas aún con las marcas de na-

cimiento de la vieja sociedad?” Bajo las condiciones de la reproducción impugnada, donde la lógica de la vanguardia y la lógica del capital continúan infectando a la nueva sociedad, ¿cuál es el modo de regulación que podría permitir la reproducción de nuevas relaciones socialistas de producción?

Y entonces, siempre queda la cuestión de los actores. Dada la naturaleza de las personas surgidas en el socialismo real, ¿quiénes son los sujetos que pueden efectuar tanto la creación de relaciones socialistas como su reproducción? ¿Qué formas de organización y coordinación pueden lograr subordinar, no solo a la lógica de la vanguardia y a la del capital, sino también a las tendencias espontáneas y defectos producidos por la vieja sociedad? Y en este proceso, ¿pueden los miembros de la vanguardia desempeñar un papel, dada la naturaleza de su formación?

Estas son preguntas que necesitan ser formuladas no solo para comprender mejor las tragedias del pasado, sino también para evitar la repetición de la historia. No hay respuestas fáciles. Sin embargo, hay algo cierto: en la lucha ideológica, cualesquiera que sean nuestras circunstancias, tenemos que tratar de articular lo que está implícito en los conceptos y luchas actuales, y desarrollar una visión consciente de una nueva sociedad. En el centro de tal visión, he argumentado, está el concepto del “eslabón principal” del desarrollo y de la práctica humanos. Con este fin, propuse en *The Socialist Alternative* un conjunto sencillo de proposiciones, un “Estatuto para el desarrollo humano”, que puede ser reconocido como requerimientos evidentes para el desarrollo humano:

1. Toda persona tiene el derecho a compartir la herencia social de los seres humanos —un derecho igual al uso y beneficios de los productos del cerebro humano y la mano social— a fin de poder desarrollar su pleno potencial.
2. Toda persona tiene el derecho a ser capaz de desarrollar su pleno potencial y capacidades a través de la democracia, la participación y el protagonismo en el centro de trabajo y en la sociedad —un proceso en el cual estos

sujetos de actividad tienen la precondition de la salud y la educación, que les permite hacer pleno uso de esta oportunidad—.

3. Toda persona tiene el derecho a vivir en una sociedad en la que los seres humanos y la naturaleza puedan ser alimentados —una sociedad en la que podamos desarrollar nuestro pleno potencial en comunidades basadas en la cooperación y la solidaridad— (Lebowitz, 2010b:131).

Otra cosa es segura: no es posible construir una sociedad de directores asociados en ausencia de una teoría que exprese la lógica de la clase obrera.

CAPÍTULO 8

Adiós al marxismo de vanguardia

Tras haber considerado la naturaleza de las relaciones vanguardia de producción, las contradicciones en el socialismo real, la tendencia al surgimiento de relaciones capitalistas y un ataque a la clase obrera en el socialismo real, toda ulterior discusión puede parecer decepcionante. Sin embargo, es importante no concluir sin considerar la teoría que ha acompañado y brindado apoyo a esos desarrollos.

El problema del socialismo real como tal no es resultado de circunstancias particulares (por ejemplo, retraso económico) en las cuales fue aplicada una teoría correcta. Por el contrario, el marxismo de vanguardia es un marxismo deformado, y si el mismo no es desafiado, los resultados de su aplicación serán básicamente los mismos en cualquier circunstancia.⁵⁵

EL MARXISMO DE VANGUARDIA COMO UNILATERAL

“El marxismo unilateral”, argumenté en *Beyond Capital*, es seriamente erróneo debido a que no se concentra en el lado del obrero (Lebowitz, 2003). *El capital* de Marx tenía un propósito esencial: armar a los obreros mediante la revelación de la naturaleza subyacente del capital. Sin embargo, la incapacidad para comprender que *El capital* tenía un objetivo limitado, que era un estudio, no del capitalismo como un todo, sino solo del lado del capital, contribuyó a una distorsión del pensamiento y la contribución de Marx.

⁵⁵ Desde luego, el marxismo de vanguardia no cayó del cielo. Pero eso es tema para lo que iba a ser la segunda parte de este libro y ahora será parte de un libro posterior.

El determinismo económico y el funcionalismo que insiste en que cualquier cosa que suceda es resultado de las necesidades del capital fue un aspecto de esta distorsión. Para el marxismo unilateral, argumenté, “si la jornada laboral disminuye es porque el capital necesita que los obreros descansen. Si el salario real aumenta, es porque el capital necesita resolver el problema de la realización. Si se introduce un sistema de salud pública, es porque el capital necesita obreros saludables y necesita reducir sus propios costos”. Y así sucesivamente hasta el infinito. La idea era simple: cuando las necesidades y luchas de los obreros son ignorados, “no puede considerarse sorprendente que un marxismo unilateral encuentre en los resultados de todas las luchas reales una correspondencia con las necesidades del capital” (Lebowitz, 2003:137-38).

Esta, sin embargo, era solo una de las características del marxismo unilateral. Cuando no se enfoca el lado de los obreros, ni siquiera se comprende correctamente el lado del capital. No se reconoce, por ejemplo, que en la medida en que los obreros son sujetos, el capital tiene que encontrar formas de dividirlos y separarlos a fin de lograr sus propias metas. Así, en el capitalismo como un todo, el impulso de derrotar a los obreros está presente en todo cuanto hace el capital. En pocas palabras, cuando el capital reorganiza el centro de trabajo o introduce nuevas fuerzas productivas, su propósito no es la eficiencia como tal, sino que expresa la necesidad de derrotar a los obreros a fin de aumentar las ganancias.

Si olvidamos que nuevas fuerzas productivas emergen en relaciones dadas de producción y son marcadas por la lucha de clases característica de esas relaciones, “la tendencia clara es a pensar en términos del desarrollo autónomo de las fuerzas productivas y la neutralidad de la tecnología. Ambas concepciones son características del economismo” (Lebowitz, 2003:123). En parte, el problema surgió de la incapacidad de Marx de ir más allá de *El capital* para completar su propia obra, aunque mucho más serio fue el fracaso de los discípulos de Marx en comprender que el capitalismo es

una totalidad marcada por una lucha de clases de dos lados. Esto “facilita la aceptación del economismo así como también de leyes objetivas deterministas y automáticas” (Lebowitz, 2003:124).

Necesitamos ir más allá de *El capital* si queremos comprender el lado de los obreros. Limitados a los temas de *El capital*, no comprendemos la importancia de la lucha como un proceso de producir y transformar a las personas. Y no solo la lucha de clases como tal; toda actividad produce a la gente vinculada a ella. Este es el concepto clave del enfoque de Marx en la práctica —“el cambio simultáneo de circunstancias y actividad humana o auto-cambio”; es la visión esencial de Marx— lo que hemos llamado “el eslabón fundamental” del desarrollo y la práctica humanos. De no destacarse esto perdemos la visión del consecuente énfasis de Marx en el desarrollo humano, en el “rico ser humano”, en el desarrollo de una “rica individualidad”, en el “desarrollo de todos los poderes humanos como tal, el fin en sí mismo” (Lebowitz, 2003:131-133, 202-204; 2010b:14-16, 42-45).

No enfocarse en el olvidado “producto conjunto” de la producción capitalista —los seres humanos que el capitalismo produce— es minimizar la insistencia de Marx en cómo la producción en las relaciones capitalistas mutila a los obreros. El marxismo unilateral se enfoca en la explotación más que en la deformación, en cuánto el capital extrae del obrero —lo cual es, desde luego, el objetivo del capital— más que en los seres humanos vacíos, fragmentados que consideran las necesidades del capital como “leyes naturales evidentes”. Los excedentes extraídos, la acumulación de capital y el desarrollo de las fuerzas productivas son sus temas, más que la forma en que las relaciones capitalistas de producción frustran “la propia necesidad de desarrollo del obrero” (Marx, 1977:772, 899).

Dado que el marxismo unilateral considera al trabajador o trabajadora en primer lugar en la medida en que existe para el capital, en la medida en que es explotado o explotada por el capital, naturalmente opaca la importancia de los otros aspectos de ese obrero como ser humano en la sociedad. Así, ignora otras re-

laciones que no sean las del trabajo asalariado en las que la gente se produce a sí misma (despojándolas con ello de todas las determinaciones que no sean como trabajadores). Por consiguiente, está ciego en cuanto a la forma en que sus luchas en esas otras relaciones (contra el patriarcado, el racismo, la opresión nacional, etc.) transforman a esas personas y cómo ellos inician todas sus relaciones como estos seres humanos cambiados⁵⁶.

En particular respecto a esto, el marxismo unilateral es muy parecido a la economía política del capital que Marx condenó en 1844, una economía política que veía al proletariado solo como un animal de trabajo para enriquecer al capital, que “cuando no está trabajando no lo considera como un ser humano” (Lebowitz, 2003:23; Marx en Marx y Engels, 1975:241-242, 284). Para Marx, tal unilateralidad seguía siendo objeto de preocupación: ver, por ejemplo, su comentario explícito en 1875 sobre un punto de vista de productores que son considerados “desde un solo lado definido, por ejemplo, en el presente caso son considerados solamente como trabajadores y no se ve más nada en ellos, todo lo demás es ignorado” (Marx, 1962:71-72).

“Elevémonos ahora por encima del nivel de la economía política”, propuso Marx (Marx, 1975:241). Desafortunadamente, el marxismo de vanguardia no se eleva por encima del nivel de la economía política del capital. Aunque rechaza la perspectiva del capital, reproduce la unilateralidad de esa economía política a través de su total desatención a la existencia de un producto conjunto específico, la naturaleza de los obreros surgidos bajo las relaciones vanguardia de producción. El marxismo de vanguardia no toma en consideración cómo los obreros son deformados por su falta de poder para tomar decisiones y para desarrollar sus capacidades mediante su actividad. ¿Cómo podría negarse que el marxismo de vanguardia es unilateral?

Además, dado que el marxismo de vanguardia no ve al obrero como un sujeto (bien dentro del proceso formal de producción

⁵⁶ Ver, en particular, “The One-Sidedness of Wage-Labour,” capítulo 8, y “The Dimensions of Class Struggle,” capítulo 10, en Lebowitz, 2003.

o fuera de este), no explora el comportamiento de los obreros subsumidos en relaciones de vanguardia de producción. Ni tampoco considera los otros lados de estos trabajadores, por ejemplo, las otras relaciones dentro de las cuales existen los obreros, tales como sus comunidades, sus redes de amigos y familia, y su posición común como miembros de una sociedad con propiedad común sobre los medios de producción.

Al considerarlos *“solamente como trabajadores [...], todo lo demás es ignorado”*. El marxismo de vanguardia ofrece una caricatura de los obreros en el socialismo real.

Esta unilateralidad permea al marxismo de vanguardia. Se refleja, entre otros aspectos, en la desaparición de las relaciones de producción, el enfoque puesto en la marca de las fuerzas productivas neutrales y el paso de una etapa del socialismo a la del comunismo. Pero el marxismo de vanguardia es más que unilateral. Es también un rechazo a una perspectiva dialéctica.

EL MARXISMO DE VANGUARDIA COMO RECHAZO DE UNA VISIÓN DIALÉCTICA DEL MUNDO

Lo característico de una visión dialéctica del mundo es enfocarse en el todo y en la interacción de las partes dentro del todo. Como hemos visto en el análisis del “sistema paradigma” en el capítulo 2 y la economía política de la clase obrera en el capítulo 6, Marx enfatizó en el concepto de una totalidad cuyos elementos “todos constituyen los miembros de una totalidad, distinciones dentro de una unidad” y donde “la interacción mutua tiene lugar entre los diferentes momentos” (Marx, 1973:99-100). En este enfoque del todo estamos describiendo lo que Lukács vio como la base de una revolución científica: “La categoría de totalidad, la supremacía totalmente dominante del todo sobre las partes es la esencia del método que Marx tomó de Hegel y transformó brillantemente en las bases de una ciencia totalmente nueva” (Lukács, 1972:27).

Lo característico de un punto de vista así es el reconocimiento de lo que Lenin describió en sus notas sobre la *Ciencia de la lógica* de Hegel como “la conexión universal, multilateral, *vital* de todo con todo”.

Un río y las gotas en este río. La posición de cada gota, su relación con las otras; su conexión con las otras; la dirección de su movimiento; su velocidad; la línea del movimiento —recto, curvo, circular, etc., hacia arriba, hacia abajo. La suma del movimiento [...] He ahí *a peu pres* (aproximadamente) la imagen del mundo según la Lógica de Hegel— desde luego menos Dios y el Absoluto (Lenin, 1961:146-47).

Desde esta perspectiva, no se puede mirar a las partes individuales como aisladas (con sus propias propiedades intrínsecas), independientes e indiferentes entre sí; más bien comprendemos a las partes como “miembros de una totalidad”, donde existe “acción recíproca de estos varios lados uno con el otro” (Marx y Engels, 1976:53). Y en esa interacción, esas partes se interpenetran; “recrean una a la otra al interactuar y son recreadas por los todos de las cuales ellas son partes” (Levins y Lewontin, 1985:274-275). Por consiguiente, es difícil sustentar una visión de cambio como resultado de estímulos exógenos. Como apuntara Lenin en su lectura de Hegel, “El carácter multilateral y multi abarcador de la interconexión del mundo [...] es expresado solo unilateralmente, fragmentadamente y de forma incompleta por la causalidad” (Lenin, 1961:159).

Comprender la sociedad como una totalidad es comprender que su cambio y desarrollo no es una simple relación de causa y efecto, de variables independientes y dependientes. Una visión dialéctica del mundo necesariamente rechaza una perspectiva que ignora la interacción de las partes dentro del todo o que ofrece un concepto de cambio basado en una sola causa. Se desprende que esta necesariamente rechaza el marxismo de vanguardia.

Analicemos, por ejemplo, cómo desaparecen las relaciones de producción a causa del unilateralismo del marxismo de vanguardia. Dado que la naturaleza de los trabajadores producidos en relaciones de vanguardia no es objeto de investigación, no existe necesidad de investigar esas relaciones. El marxismo de vanguardia, empero, identifica las relaciones de producción con la propiedad jurídica de los medios de producción, de esta forma no *necesita* introducir una variable separada para la primera. La historia que narra el marxismo de vanguardia es que construir la nueva sociedad depende del desarrollo de las fuerzas productivas, su única variable real.

¿Por qué, de acuerdo con el marxismo de vanguardia, se desarrollan las fuerzas productivas? Muy sencillamente. Ellas se desarrollan porque la vanguardia garantiza su desarrollo. Así, a partir de la causa única de desarrollar las fuerzas productivas, somos conducidos al máximo impulsor, el director. Desde luego, el director no es todopoderoso; él no puede desarrollar totalmente la nueva sociedad al inicio. Él debe guiar a su sociedad desde una etapa inferior, el socialismo, a una etapa superior, el comunismo, un movimiento desde el reino de la necesidad a una sociedad marcada por la abundancia. La historia que cuenta el marxismo de vanguardia es sencilla. Con el fin de la propiedad capitalista sobre los medios de producción, el director puede conducir a los pasajeros a la tierra prometida de la abundancia (donde podemos ser como “los lirios del campo que no trabajan duro ni dan vueltas”)⁵⁷.

Este sencillo recuento lineal de progreso tiene poco en común con una visión dialéctica de la sociedad como una totalidad. Así se burlaba Marx de la teoría de Proudhon: “¿Cómo iba a poder la simple fórmula lógica del movimiento, de la secuencia, del tiempo, explicar la estructura de la sociedad, en la cual todas las relaciones coexisten simultáneamente y se apoyan unas a las otras? (Marx, 1976c:167).

⁵⁷ La referencia aquí es al “Sermón de la Montaña”, el cual, como se puede ver debajo, fue evocado por Keynes.

Sin tomar en consideración la naturaleza de las personas surgidas en las relaciones vanguardia de producción, el marxismo de vanguardia no puede explorar cómo las fuerzas productivas están marcadas por el carácter de las relaciones de vanguardia, incluyendo la lucha de clases en esas relaciones. Ni tampoco es capaz de pensar sobre el trabajador cuando interactúa con otros en el centro de trabajo, en sus relaciones con otros en la sociedad fuera del centro de trabajo o como un miembro de una sociedad en la que se presume la propiedad común de los medios de producción. La forma en que estos elementos actúan sobre otros —y otros actúan sobre ellos— en esta estructura de la sociedad es un libro cerrado para el marxismo de vanguardia.

No obstante, la historia que cuenta el marxismo de vanguardia involucra implícitamente una determinada visión del obrero. Y ello se revela por lo que llama “el principio socialista”. Antes de que el director nos conduzca al final de la línea, el reino de la libertad, surge la pregunta de cómo “la cantidad de productos que será recibida por cada uno” será regulada en la primera estación en que paramos, es decir, la etapa del socialismo. Para el marxismo de vanguardia la respuesta es clara: “hasta que llegue la fase ‘superior’ del comunismo” debe existir “el más estricto control por parte de la sociedad y por el Estado de la medida de trabajo y la medida de consumo” (Lenin, 1965:115-116).

Así pues, es necesario un Estado que “al tiempo que salvaguarda la propiedad pública de los medios de producción, salvaguarde la igualdad en el trabajo y la igualdad en la distribución de productos” (Lenin, 1965:112-113). Para garantizar esta igualdad durante el reino de la necesidad, el principio rector debe ser “el principio socialista” que vincula la cantidad de productos que debe ser recibida por cada uno con la cantidad de trabajo realizada por cada uno. “Una cantidad igual de productos por una cantidad igual de trabajo”, distribución de acuerdo con la contribución.

Debido a que el marxismo de vanguardia asume implícitamente que el trabajador en la etapa del socialismo está enajenado de su trabajo y enajenado de los productos de su trabajo, consi-

dera necesario este principio de distribución. Este obrero enajenado debe ser regulado, ya que él quiere minimizar su trabajo y maximizar su consumo; en particular, el “principio socialista de “a cada cual según su contribución” debe aplicarse estrictamente. Al asegurar que aquellos trabajadores que más aporten reciban más, la vanguardia concluye que los obreros tendrán un incentivo para aportar más.

De acuerdo con este enfoque, ¿qué sucederá si el “principio socialista” es ignorado? Dado que los obreros enajenados consideran el trabajo como una carga, ellos actuarán como si pudieran satisfacer sus necesidades sin tener que trabajar por artículos de consumo. De manera que si la productividad es baja o no sube, el marxismo de vanguardia tiene una respuesta preparada: “violaciones” del principio socialista. No se puede confiar en que el obrero produzca para las necesidades de la sociedad en ausencia de una autoridad directriz. Para “salvaguardar la igualdad en el trabajo y la igualdad en la distribución de productos” es necesaria la regulación estatal⁵⁸.

Pero, se nos dice, esta situación no es permanente. Sería necesaria solo hasta tanto hubiera “un enorme desarrollo de las fuerzas productivas” que hiciera posible poner fin a la antítesis entre trabajo intelectual y trabajo físico. “La base económica para la desaparición completa del Estado es una etapa tan alta del comunismo que la antítesis entre trabajo intelectual y manual desaparece”. En este reino de la abundancia la sociedad puede ahora adoptar la regla “de cada cual según su capacidad, a cada cual según sus necesidades”, y el Estado puede desaparecer (Lenin, 1965:114-115).

La promesa es que vendrá una época en que el trabajo de la gente “se tornará tan productivo que ellos voluntariamente trabajarán según su capacidad”. En este punto “no habrá necesidad

⁵⁸ En el juego de suma-cero de individuos intercambiando su trabajo con la sociedad, si algunos son capaces de recibir más que su contribución, otros recibirán menos. Por consiguiente, el “principio socialista” es un modo de regular relaciones iguales entre propietarios de fuerza de trabajo.

de que la sociedad regule la cantidad de productos que cada uno recibirá; cada cual tomará libremente ‘según sus necesidades’” (Lenin, 1965:115). Pero todavía no. El trabajador permanece enajenado de su trabajo y los productos de su trabajo hasta el momento en que la abundancia permita que su actividad y su disfrute sean una sola cosa, es decir, que el trabajo sea “la principal necesidad de la vida”⁵⁹.

No hay nada especialmente marxista —o socialista— acerca de esta promesa. Efectivamente, la idea de que el interés material personal, plasmado en el “principio socialista”, puede guiarnos y nos guiará al reino de la libertad fue expresado de manera óptima por Keynes, no socialista y crítico del marxismo.

Nos veo libres, por lo tanto, para regresar a algunos de los principios más seguros y ciertos de la religión y la virtud tradicional —que la avaricia es un vicio, que la exacción de usura es una fechoría, y que el amor al dinero es detestable, que aquellos que piensan menos en el mañana caminan más ciertamente por los caminos de la virtud y la sana sabiduría. Una vez más valoraremos los fines por encima de los medios y preferiremos lo bueno a lo útil. Honraremos a aquellos que nos puedan enseñar cómo vivir la hora y el día virtuosamente y bien, la gente deliciosa que es capaz de disfrutar directamente las cosas, los lirios del campo que no trabajan duro ni dan vueltas.

Pero ¡cuidado! El tiempo para todo esto no ha llegado. Por otros cien años al menos debemos pretender ante nosotros mismos y ante todos que lo bueno es malo y lo malo es bueno, ya que lo malo es útil y lo bueno no lo es. La

⁵⁹ Desde luego, desafía toda lógica el sugerir que alentar una conducta interesada en las relaciones de vanguardia conducirá a ese “enorme” crecimiento de las fuerzas productivas que introduzca la sociedad de la abundancia. En la medida en que existe un aumento de producción bajo relaciones de vanguardia, se trata de producción enajenada, y el producto conjunto es trabajo enajenado. Por tanto, la necesidad de poseer productos extranjeros crece, y la abundancia siempre estará fuera del alcance.

avaricia y la usura y la precaución deben ser nuestros dioses aún durante un poco más de tiempo. Pues solo ellos nos pueden guiar fuera del túnel de la necesidad económica, hacia la luz del día (Keynes, 1963:358-373).

¿Cuán diferente del argumento de los marxistas de vanguardia es el argumento de Keynes sobre la necesidad de depender del interés personal para conducirnos a la abundancia? Como parte de su exhortación de suspenderlo todo hasta que las fuerzas productivas adecuadas se hayan desarrollado, los marxistas de vanguardia invocan una afirmación de Marx en su *Crítica al Programa de Gotha*: “El derecho nunca puede estar más arriba de la estructura económica de la sociedad y del desarrollo cultural condicionado por la misma” (Marx, 1962:24). Su interpretación de esto, sin embargo, es una distorsión completa de Marx, que no sorprende dada su reducción de la “estructura económica de la sociedad” al desarrollo de las fuerzas productivas.

Analicemos nuevamente el énfasis de Marx en “una estructura de la sociedad en la cual todas las relaciones coexistan simultáneamente y se apoyen una a la otra”. Esta fue una concepción de un sistema en el que todos los elementos interactúan. Pero esos elementos no necesariamente son perfectamente compatibles, excepto en un sistema orgánico “completado”: “En el sistema burgués completado, toda relación económica presupone a toda otra en su forma económica burguesa, y todo lo propuesto como principio es así también una presuposición; este es el caso con todo sistema orgánico” (Marx, 1973:278).

Antes de que el sistema produzca sus propias premisas y presuposiciones, debe descansar en premisas “históricas”, las que hereda de la vieja sociedad. El curso de desarrollo de la nueva sociedad necesariamente involucra la subordinación de aquellos elementos que ha heredado y la producción de sus propias presuposiciones, o sea, cuando estas últimas emergen “no como condiciones de su surgimiento sino como resultados de su presencia” (Marx, 1973:459-460). Según se apuntó en el capítulo 1, Marx estaba claro en cómo surge un nuevo sistema orgánico: “Su

desarrollo total consiste precisamente en subordinar todos los elementos de la sociedad a él, o en crear de él los órganos de los que aún carece. Así es históricamente como se convierte en una totalidad" (Marx, 1973:278).

Esta, como vemos en *El capital*, es la forma en que el capitalismo emergió como "completamente desarrollado". Inevitablemente, el sistema al principio es inadecuado, pero la cuestión está en subordinar sus defectos heredados de manera que pueda erigirse sobre sus propios cimientos. Esta distinción entre el "llegar a ser" y el "ser" de un sistema orgánico reaparece en la *Crítica al Programa de Gotha* de Marx, donde él identificó un defecto "inevitable" en la nueva sociedad "cuando acaba de emerger de la sociedad capitalista tras prolongados dolores de parto". Comenzamos con una sociedad, no "como se ha desarrollado sobre sus propios cimientos, sino, por el contrario, precisamente cuando surge de la sociedad capitalista, la cual es por lo tanto, en todo sentido, económica, moral e intelectualmente, signada aún con las marcas de nacimiento de la vieja sociedad de cuyo vientre emerge" (Marx, 1962:23-24).

¿Cuál exactamente es ese defecto inevitable? Es que, a pesar de remplazar la propiedad capitalista por la propiedad común de los medios de producción, en la nueva sociedad estaba la continuación del "derecho burgués", en particular la fuerza de trabajo que sigue siendo propiedad privada:

El modo de producción capitalista [...] descansa en el hecho de que las condiciones materiales de producción están en manos de no-trabajadores en forma de propiedad en capital y tierra, en tanto las masas solo son propietarias de la condición personal de producción, la fuerza de trabajo (Marx, 1962:23-24).

La continuación de esta propiedad tiene implicaciones definidas. Como dueños de fuerza de trabajo, los productores actúan en su propio interés; como cualquier dueño, ellos exigen el máximo por su propiedad. El trabajador insiste en no ser engañado, que

“la misma cantidad de trabajo que él ha entregado a la sociedad de una forma la reciba de otra”. Subyacente en este intercambio de equivalentes (“donde una cantidad dada de trabajo en una forma es intercambiado por una cantidad igual de trabajo en otra forma”) está la propiedad privada de “la condición personal de producción, la fuerza de trabajo”. Esto no es más que la continuación del derecho burgués (Marx, 1962:23).

Esta relación de intercambio, heredada por la nueva sociedad “justo cuando *emerge* de la sociedad capitalista”, es precisamente lo que debe estar subordinado. La nueva sociedad solo puede desarrollarse “subordinando todos los elementos de la sociedad a sí misma, o creando a partir de ella los órganos que aún le faltan”. Para el desarrollo de “seres humanos ricos”, de esa “rica individualidad que es tan multifacética en su producción como lo es en su consumo”, la *Crítica al Programa de Gotha* ve la necesidad de terminar “la antítesis entre trabajo mental y físico” y garantizar el “desarrollo multilateral del individuo”. Fue inevitable al inicio que los propietarios de la fuerza de trabajo se consideraran con derecho a un equivalente por su trabajo. Sin embargo, Marx rechazó este punto de vista de los productores “solo como obreros” considerándolo unilateral, y opuso al productor “como individuo privado” el productor “en su capacidad de miembro de la sociedad”⁶⁰.

Lamentablemente, el marxismo de vanguardia extrajo una lección diferente de la *Crítica al Programa de Gotha* y la aplicó a una sociedad que Marx nunca anticipó, una en la que los obreros son dominados, deformados y explotados bajo la dirección de una vanguardia. Para Marx, la nueva sociedad habría de ser una sociedad cooperativa basada en la propiedad común sobre los medios de producción, una sociedad para la cual las fábricas cooperativas del siglo XIX eran “los primeros ejemplos del surgimiento de una nueva forma”.

⁶⁰ Además, Marx apuntó que “aquellos que están destinados a la satisfacción común de necesidades [...] crece en proporción a la medida en que se desarrolla la nueva sociedad”. Marx, 1962:22, 24.

El gran mérito de aquellas cooperativas, argumentaba, había sido demostrar prácticamente que el dominio de los obreros “puede ser suplantado por el sistema republicano y benéfico de la asociación de productores libres e iguales”⁶¹. Y al abolir la vieja división del trabajo que separaba pensar y hacer, esos productores asociados crearían las condiciones para el “desarrollo completo del individuo”⁶².

Pero, como hemos visto, la lección que el marxismo de vanguardia sacó fue la necesidad de imponer el “principio socialista” en la etapa inferior del socialismo. Más que subordinar el “defecto” heredado, insiste en fortalecerlo, es decir, construir sobre el defecto la nueva sociedad⁶³. Para el marxismo de vanguardia, ese defecto solo sería eliminado mediante el desarrollo de las fuerzas productivas. De manera que el defecto real era el desarrollo inadecuado de las fuerzas productivas.

Usted no encontrará en el marxismo de vanguardia un enfoque en la acción recíproca de las distintas partes de un todo ni un concepto del “carácter multilateral y abarcador de la interconexión del mundo”. Su concepción lineal en la cual toda la historia es la historia del desarrollo de las fuerzas productivas no es solamente un rechazo de una concepción dialéctica de la estruc-

⁶¹ Marx, 1981:571; s/a:346. Ver Lebowitz, 2003:88-89; y para un análisis de los límites de las cooperativas ver el capítulo 3, “The Solidarian Society”, en Lebowitz, 2010b..

⁶² Ver “The Production of People”, capítulo 2, en Lebowitz, 2010b.

⁶³ Nótese, sin embargo, el punto fundamental expresado por el Che en su *El socialismo y el hombre en Cuba*. “[...] la quimera de realizar el socialismo con la ayuda de las armas melladas que nos legara el capitalismo (la mercancía como célula económica, la rentabilidad, el interés material individual como palanca, etc.), se puede llegar a un callejón sin salida. Y se arriba allí tras de recorrer una larga distancia en la que los caminos se entrecruzan muchas veces y donde es difícil percibir el momento en que se equivocó la ruta” (Texto tomado de “El socialismo y el hombre en Cuba”, publicado en *Nuestra Industria, Revista Económica*, año 3, agosto 1965:6.) Tablada, 1989:92.

Yo exploré el problema de construir a partir de los defectos en la Tercera Conferencia Internacional sobre la obra de Carlos Marx y los desafíos del siglo xxi, La Habana, Cuba, 3 al 6 de mayo de 2006. Ver Lebowitz, 2007a.

tura de la sociedad en la cual todos los elementos interactúan; es también una perspectiva de clase.

EL MARXISMO DE VANGUARDIA COMO PERSPECTIVA DE CLASE

¿Qué convierte a un conjunto de ideas en una perspectiva de clase? Aquí podemos recordar los comentarios de Marx, citados en el capítulo 5, sobre los representantes ideológicos de la pequeña burguesía: “En sus mentes ellos no van más allá de los límites que estos no trascienden en su vida; que ellos, por consiguiente, son empujados teóricamente a los mismos problemas y soluciones a los cuales prácticamente los empujan el interés material y la posición social” (Marx, 1951).

Analicemos el siguiente experimento de pensamiento. Imagine una sociedad en la cual no hay explotación, donde los obreros colectivos reciben directa o indirectamente todos los frutos de su trabajo, bien inmediatamente o en última instancia a lo largo de sus vidas. Si en tal sociedad los obreros son dirigidos desde arriba, son impedidos de desarrollar sus capacidades (en particular separados del desarrollo de sus capacidades intelectuales), permanecen enajenados y se concentran en la posesión de cosas, ¿podríamos considerar que esta es la sociedad de los productores asociados?

Esto no es para sugerir que no había explotación de los obreros en el socialismo real. Más bien, el experimento de pensamiento es útil porque demuestra claramente que una sociedad dividida en directores y dirigidos —*incluso si no hubiere explotación como tal*—, tiene poco que ver con nada de aquello a que aspiraba Marx. Solo una perspectiva teórica que ignore la naturaleza de las personas surgidas en cada actividad humana, el producto humano que resulta del cambio simultáneo de circunstancias y del cambio propio, podría dejar de enfatizar la deformación de la gente en las relaciones vanguardia de producción.

Esa posición teórica es la misma que la posición práctica de la vanguardia. Al igual que la vanguardia se orienta a maximizar la inversión para lograr el mayor crecimiento posible de las fuerzas productivas, al igual que la vanguardia enfatiza la necesidad de que el Estado dirija desde arriba para aumentar la producción sin tener en cuenta las relaciones productivas, y determinar la relación entre producción y consumo, así también el marxismo de vanguardia proporciona la justificación teórica para la vanguardia. El marxismo de vanguardia es la perspectiva teórica de un director que cree que la clase obrera debe ser conducida a la Tierra Prometida, y “que su responsabilidad es hacer música e interpretarla fielmente”. Es la perspectiva teórica de aquellos que están por encima de la clase obrera. Pero también en contra de la clase obrera.

Además de apoyar las relaciones de vanguardia que explotan y deforman a los trabajadores, el marxismo de vanguardia brinda la justificación teórica para ataques a la economía moral de la clase obrera en el socialismo real. La administración obrera, el igualitarismo y el enfoque en producir para las necesidades de otros, todas estas semillas de una sociedad socialista son declaradas prematuras.

En su punto de vista de que estos elementos de la economía moral de la clase obrera en el socialismo real deben ser pospuestos hasta la etapa superior del comunismo podemos ver cómo la unilateralidad que ve a los productores “solamente desde un lado definido [...] solamente como obreros y más nada [...]” apoya un ataque a la clase obrera existente. Cualquier cosa contraria al “principio socialista” es juzgada por el marxismo de vanguardia como una violación que será una traba al desarrollo de las fuerzas productivas y, con ello, al socialismo. Es declarada “ajena al proletariado” (Manevich, 1985:175-176).

El marxismo de vanguardia y la economía política de la clase obrera apuntan en direcciones opuestas. Mientras que el marxismo de vanguardia enfatiza su “principio socialista” de distribución y atribuye problemas a las violaciones de ese principio, la

economía política de la clase obrera dice con Marx que es “un error armar un lío sobre la llamada distribución y poner el énfasis principal en ello” (Marx, 1962:25). Marx insistió en que las relaciones de distribución corresponden a relaciones específicas de producción, y que es en esta última en la que debemos enfocarnos. Este, entonces, es el contexto en el cual debemos entender su comentario de que “el derecho nunca puede estar por encima de la estructura económica de la sociedad y su desarrollo cultural condicionado por esta” (Marx, 1962:24-25)⁶⁴. Para la economía política de la clase obrera la esencia está clara. “La estructura económica de la sociedad” son sus relaciones de producción; cambie esas y estará cambiando la cultura de la sociedad. Cambie las relaciones de producción y ponga fin a la enajenación, la explotación y la deformación, es decir, produzca obreros de forma diferente.

El problema es que la idea de cambiar las relaciones de producción tiene poco sentido para aquellos que igualan las relaciones de producción con la propiedad jurídica de los medios de producción y para quienes las relaciones de producción son invisibles. Como quiera que los marxistas de vanguardia consideran la enajenación de los productores como una presuposición heredada, histórica, más que como una situación producida y reproducida cada día en las relaciones vanguardia de la producción, ellos “no van más allá de los límites” teóricos de los que la vanguardia no va más allá en la vida real.

Si queremos en serio construir una alternativa viable al capitalismo, tenemos que reconocer el impacto de la perspectiva de clase del marxismo de vanguardia. En la medida en que ha identificado el socialismo con la propiedad jurídica e ignorado la explotación y deformación de los obreros en las relaciones de vanguardia, ha tendido a desacreditar tanto el socialismo como el marxismo en cuyo nombre ocurre todo esto. No solo desarma esto a los trabajadores en el socialismo real, sino que también envía un mensaje a los trabajadores en cualquier parte, de que el

⁶⁴ . Ver también “Relations of Distribution and Relations of Production”, en Marx, 1981, cáp. 51.

marxismo es coherente con la explotación y deformación de los obreros.

MÁS ALLÁ DEL MARXISMO DE VANGUARDIA

Nada en la anterior discusión o en ningún lugar en este libro debe ser interpretado como una crítica a la necesidad de liderazgo en la lucha contra el capital o para crear una nueva sociedad socialista. Ni tampoco debe haber ninguna duda de que construir una sociedad que permita el pleno desarrollo humano debe comenzar por terminar la propiedad capitalista sobre los medios de producción por todos los medios posibles. De forma similar, no cuestiono la necesidad de un período en el cual servirse del Estado heredado (con todos los peligros que esto comporta) como parte de un modo socialista de regulación.

Este libro, sin embargo, no explora tales cuestiones. Tiene un objetivo limitado que se concentra en un fenómeno particular, el socialismo real, que se consolidó aproximadamente en el período a partir de 1950. Necesitamos aprender de esa experiencia si vamos a construir una sociedad que permita el pleno desarrollo humano que Marx comprendió como el objetivo correcto, una sociedad de seres humanos ricos. Para hacer eso, es esencial que reconozcamos el vínculo entre marxismo de vanguardia y relaciones vanguardia de producción. En el socialismo real, como coerción estatal que impide la organización independiente de los trabajadores, el marxismo de vanguardia sirve como un arma en manos de la vanguardia contra la clase obrera. Fuera del socialismo real, el marxismo de vanguardia ofrece un mapa de ruta hacia el socialismo real, y más allá, al resurgimiento del capitalismo.

¿Cómo podemos ir más allá del marxismo de vanguardia? Lo hacemos restituyendo el marxismo como una filosofía de la práctica y la libertad. Lo hacemos regresando a un marxismo donde los seres humanos sean el eje, y donde el enfoque esté en “la propia necesidad de desarrollo del trabajador”. Esto significa un énfasis en las condiciones en las que la gente se hace a sí misma

a través de su propia actividad, en el carácter de las relaciones de producción y en todas las relaciones sociales en las cuales actúen.

Pero eso también significa tomar en serio la economía moral de la clase obrera. Como indiqué en el capítulo 6: "Si los obreros luchan por ideas y normas asociadas con la economía moral, entonces está claro que esas ideas son una fuerza material. Al considerar esas normas y creencias sociales en cuanto a qué está bien y qué está mal, podemos enraizar nuestro análisis en lo concreto". Mediante ese análisis también podremos "señalar elementos en la economía moral que estén dirigidos más allá, hacia una nueva sociedad". Las ideas y conceptos de lo correcto y lo justo de parte de la clase obrera deben ser analizados a fin de comprender lo que subyace bajo esas ideas, con el fin de proporcionar a la clase obrera las armas necesarias para ir más allá de las apariencias.

Necesitamos un marxismo que articule la lógica de la clase obrera, la lógica de los productores asociados, uno que apunte a la centralidad o al papel central de la cooperación, al desarrollo de la solidaridad, al protagonismo y a la construcción de una sociedad de "individualidad libre, basada en el desarrollo universal de los individuos y en la subordinación de su productividad comunal, social, como su riqueza social" (Marx, 1962:24-25)⁶⁵.

Si ese marxismo se enfoca adecuadamente en la naturaleza de la gente surgida en determinadas relaciones de producción, entonces parece cuestionable la premisa de que la abundancia es una precondition necesaria para una sociedad marcada por la comunidad, la solidaridad y la igualdad. El reino de la libertad no tiene que esperar hasta que el reino de la necesidad se haya terminado. Al contrario, "el verdadero reino de la libertad, el desarrollo de las fuerzas humanas como un fin en sí mismo" puede ser construido dentro del reino de la necesidad mismo, y puede redefinir la necesidad (Marx, 1981:959)⁶⁶. A través del desarrollo

⁶⁵ Ver también "Relations of Distribution and Relations of Production", en Marx, 1981, cap. 51

⁶⁶ Aunque Marx comentó con relación al reino de la libertad que "la reducción de la jornada laboral es su prerequisite básico", esta es una concepción del

de instituciones que fomenten el desarrollo de las capacidades humanas podemos ser llevados al punto donde nuestra actividad y disfrute sean uno, donde el ejercicio de nuestra capacidad, nuestro trabajo, sea nuestra verdadera necesidad

Si queremos terminar la alienación entre las personas que fomenta su interés egoísta y un consumismo que reproduce la separación de estas y también las deja siempre queriendo más, es necesario desarrollar nuevas instituciones que permitan a la gente transformarse mientras transforman las circunstancias. En *The Socialist Alternative* identifiqué tales instituciones y medidas como el desarrollo de la administración obrera, el fortalecimiento de consejos comunales, la expansión de lo común y el desarrollo de vínculos directos entre estas células de un nuevo Estado socialista. Esas ideas específicas no nos ocupan aquí. Lo que es esencial, sin embargo, es que los marxistas deben romper con el marxismo de vanguardia que insiste en un director que esté arriba y por encima de los dirigidos. Para los marxistas y para todos aquellos que quieren construir una sociedad socialista, no hay lugar para una teoría que no ponga el desarrollo y la práctica humanos en su centro.

El maxismo de vanguardia viene en diferentes formas. Están aquellos en el poder para quienes sirve como justificación teórica de su posición. Están también aquellos lejos del poder que aceptan la teoría, pero cuya crítica principal al socialismo real ha sido que fue la vanguardia *equivocada* la que estaba en el poder. Este último grupo puede criticar la falta de democracia en el centro de trabajo y los perjuicios de una mal definida “burocracia”, pero mientras ellos abracen la teoría de un director sin el cual la música del futuro jamás será ejecutada, ellos no ofrecen una alternativa real. Mientras su política no haga del “eslabón principal” el

trabajo en el día laboral como inherentemente enajenada y separada del desarrollo humano. En oposición a ello he argumentado que, más que reducir la jornada laboral, se trata de *transformarla* en una jornada de trabajo socialista, lo cual incluye en su definición tiempo para la educación en administración obrera y tiempo para contribuir a la comunidad y a la casa (cfr. Lebowitz, 2008; 2010b:134, 156).

centro tanto de la teoría como de la práctica —o sea, mientras no comprendan la importancia del cambio simultáneo de circunstancias y de actividad humana o autocambio— será más de lo mismo.

En la práctica, es fundamental construir esas instituciones por medio de las cuales la gente sea capaz de desarrollar sus capacidades y tornarse capaz de crear un mundo nuevo. Pero existe también una condición teórica. Una filosofía de la práctica, una filosofía de la libertad, una economía política que exprese la lógica de la clase obrera; estas son las características de un marxismo que puede ser un arma para los directores asociados. Ya es tiempo de decir adiós al marxismo de vanguardia.

BIBLIOGRAFÍA

- Ahlander, A. M. S.: *Environmental Problems in the Shortage Economy: The Legacy of Soviet Environmental Policy*, Edward Elgar, Cheltenham, 1994.
- Allen, R. C.: *Farm to Factory: A Reinterpretation of the Soviet Industrial Revolution*, Princeton University Press, Princeton, 2003.
- Bauer, T.: "Investment Cycles in Planned Economies", *Acta Oeconomica*, 1978.
- Berliner, J. S.: Ponencia presentada en la reunión anual de la American Economics Association, *Proceedings. American Economic Review*, mayo de 1966.
- _____: *The Innovation Decision in Soviet Industry*, MIT Press, Cambridge MA, 1976.
- _____: *The Economics of the Good Society: The Variety of Economic Arrangements*. Oxford: Blackwell, 1999.
- Bernik, I.: "Political Culture in Post-Socialist Transition: Radical Cultural Change or Adaptation on the Basis of Old Cultural Patterns?", *Frankfurt Institute for Transformation Studies*, no. 09, 2000.
- Bettelheim, Ch.: *Economic Calculation and Forms of Property: An Essay on the Transition Between Capitalism and Socialism*, Monthly Review Press, Nueva York, 1975.

- Bihari, P.: "Hungary: Towards a Socialist Market Economy?", *Studies in Political Economy*, no. 18, otoño de 1985.
- Brecht, B.: "Songs for Children, Ulm 1592", *Selected Poems*, Grove Press, Nueva York, 1959.
- Brus, W. y K. Laski: *From Marx to the Market: Socialism in Search of an Economic System*, Clarendon Press, Oxford, 1992.
- Burawoy, M.: "Working in the Tracks of State Socialism", *Capital & Class*, no. 98, verano de 2009.
- Canetti, E.: *Crowds and Power*, Penguin, Middlesex, 1973.
- Cook, L. J.: *The Soviet Social Contract and Why It Failed: Welfare Policy and Workers Politics from Brezhnev to Yeltsin*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 1993.
- David, P. A.: "Clio and the Economics of Qwerty", *American Economic Review*, mayo de 1985.
- Dobb, M.: *Socialist Planning: Some Problems*, Lawrence & Wishart, Ltd, Londres, 1970.
- Ellman, M.: "Economic Calculation in Socialist Economies", en J. Eatwell, M. Milgate y P. Newman (ed.): *The New Palgrave: Problems of the Planned Economy*, W. W. Norton, Nueva York, 1990.
- _____: *Socialist Planning*, Cambridge University Press, Cambridge, 1979.
- Filzer, D. A. (ed.): *The Crisis of Soviet Industrialization: Selected Essays of E. A. Preobrazhensky*, M. E. Sharpe, Armonk, Nueva York, 1979.
- Filzer, D. A.: *Soviet Workers and the Collapse of Perestroika: The Soviet Labour Process and Gorbachev's Reforms, 1985–1991*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994.

Flaherty, P.: "Cycles and Crises in Statist Economies", *Review of Radical Political Economics*, año 24, no. 2-3, 1992.

_____: "Perestroika and the Neoliberal Project", en R. Miliband y L. Panitch (eds.): *The Socialist Register 1991*, Merlin, Londres, 1991.

_____: "Perestroika and the Soviet Working Class", *Studies in Political Economy*, no. 29, verano de 1989.

_____: "Recasting the Soviet State: Organizational Politics in the Gorbachev Era", en R. Miliband y L. Panitch (eds.): *The Socialist Register 1988*, Merlin, Londres, 1988.

Goldman, M. I.: "The Convergence of Environmental Disruption", en M. Bornstein (ed.): *Comparative Economic Systems: Models and Cases*, R. D. Irwin, Homewood, IL, 1974.

Granick, D.: "Central Physical Planning: Incentives and Job Rights", en A. Zimbalist (ed.): *Comparative Economic Systems: An Assessment of Knowledge, Theory and Method*, Kluwer/Nijhoff, Boston, 1983.

_____: *Enterprise Guidance in Eastern Europe: A Comparison of Four Socialist Economies*, Princeton University Press, Princeton, 1975.

_____: *Job Rights in the Soviet Union: Their Consequences*, Cambridge University Press, Cambridge, 1987.

Hegedus, A.: *Socialism and Bureaucracy*, Allison & Busby, Londres, 1976.

Hegel, G. W. F.: *The Phenomenology of Mind*, Harper Torchbooks, Nueva York, 1967.

Hewitt, E.: "The Hungarian Economy: Lessons of the 1970s and Prospects for the 1980s", ponencia presentada ante el Joint

Economic Committee, Organización de Naciones Unidas,
febrero de 1981

High, H.: "Cooperation as Gift versus Cooperation as Corvee",
ponencia presentada en "Regenerations: New Leaders, New
Visions in Southeast Asia", Council of Southeast Asian
Studies, Yale University. Disponible en: [http://www.freebay.net/
site/content/view/801/34/](http://www.freebay.net/site/content/view/801/34/).

Jun, L.: "Collective Action of Laid-off Workers and Its
Implication on Political Stability: Evidences from Northeast
China", discusión de Tesis de Doctorado, City University of
Hong Kong, 2008.

Kagarlitsky, B.: entrevista en *Against the Current*, 3 de marzo de
1995.

_____: *The Dialectic of Change*, Verso, Londres, 1990.

Kantorovich, L. V.: "Mathematical Formulation of the Problem
of Optimal Planning", en A. Nove y D. M. Nuti (eds.):
Socialist Economics: Selected Readings, Penguin Educational,
Middlesex, 1974.

Kernohan, A.: "Democratic Socialism and Private Property",
Studies in Political Economy, vol. 22, 1987.

Keynes, J. M.: "Economic Possibilities for Our Grandchildren",
Essays in Persuasion, W. W. Norton, Nueva York, 1963.

Kopstein, J.: "Workers' Resistance and the Demise of East
Germany". Disponible en: [http://libcom.org/history/workers-
resistance-demise-east-germany-jeffrey-kopstein](http://libcom.org/history/workers-resistance-demise-east-germany-jeffrey-kopstein).

Kornai, János: *The Socialist System: The Political Economy of
Communism*, Princeton University Press, Princeton, 1992.

- _____: *AntiEquilibrium: On Economic Systems Theory and the Tasks of Research*, North-Holland Publishing Company, Amsterdam 1971.
- _____: *Economics of Shortage*, North-Holland Publishing Company, Amsterdam, 1980.
- _____: *Growth, Shortage and Efficiency: A Macrodynamic Model of the Socialist Economy*, University of California Press, Berkeley, 1982.
- _____: *Overcentralization in Economic Administration: A Critical Analysis Based on Experience in Hungarian Light Industry*, Oxford University Press, Oxford, 1959.
- _____: *The Socialist System: The Political Economy of Communism*, Princeton University Press, Princeton, 1992.
- _____: "The System Paradigm", *Discussion Paper Series*, no. 58, Collegium Budapest, Institute for Advanced Study, Budapest, julio de 1999.
- Kosolapov, R.: *Problems of Socialist Theory*, Progress Publishers, Moscú, 1974.
- _____: *Socialism: Questions of Theory*. Moscú: Progress Publishers, 1979.
- Kosygin, A. N.: "On Improving Industrial Management", en A. Nove y D. M. Nuti (eds.): *Socialist Economics: Selected Readings*, Penguin Educational, Middlesex, 1974.
- Kovanda, K.: "Czechoslovak Workers' Councils", *Telos*, no. 28, verano de 1976.
- Labor Focus on Eastern Europe*, no. 5/1_2, primavera de 1982.

- Laibman, D.: "The 'State Capitalist' and 'Bureaucratic-Exploitative' Interpretations of the Soviet Social Formation: A Critique", *Review of Radical Political Economics*, no. 104, invierno de 1978.
- Lavigne, M.: *The Socialist Economies of the Soviet Union and Europe*, International Arts and Science Press, White Plains, Nueva York, 1974.
- Lebowitz, M. A. "Building on Defects: Theses on the Misinterpretation of Marx's Gotha Critique", en *Science and Society*, octubre de 2007a.
- _____: "Holloway's Scream: Full of Sound and Fury", *Historical Materialism*, año 13, no. 4, 2005.
- _____: "Kornai and Socialist Laws of Motion", *Studies In Political Economy*, no. 18, otoño de 1985.
- _____: "New Wings for Socialism", *Monthly Review*, abril de 2007.
- _____: "The Capitalist Workday, the Socialist Workday", *MRZine*, abril de 2008.
- _____: "The Socialist Fetter: A Cautionary Tale", en R. Miliband y L. Panitch (eds.): *The Socialist Register 1991*, Merlin, Londres, 1991.
- _____: "Trapped Inside a Box? Five Questions for Ben Fine", *Historical Materialism*, año 18, no.1, 2010a.
- _____: *Beyond Capital: Marx's Political Economy of the Working Class*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2003.
- _____: *Build It Now: Socialism for the Twenty-first Century*, Monthly Review Press, Nueva York, 2006.
- _____: *Following Marx: Method, Critique, and Crisis*. Chicago, Haymarket Books, 2009.

- _____: *The Socialist Alternative: Real Human Development*, Monthly Review Press, Nueva York, 2010b.
- Ledeneva, A. V.: *Russia's Economy of Favours: Blat, Networking and Informal Exchange*, Cambridge University Press, Cambridge, 1998.
- Lenin, V. I.: "Philosophical Notebooks", *Collected Works*, vol. 38, Foreign Languages Publishing House, Moscú, 1961.
- _____: *State and Revolution*, Foreign Languages Press, Pekín, 1965.
- Levins, R. y R. Lewontin: *The Dialectical Biologist*, Harvard University Press, Cambridge, 1985.
- Lewin, M.: *Political Undercurrents in Soviet Economic Debates: From Bukharin to the Modern Reformers*, Pluto Press, Londres, 1975.
- _____: *The Soviet Century*, Verso, Londres, 2005.
- Liuhto, K. T.: "The Transformation of the Soviet Enterprise and Its Management: A Literature Review", *University of Cambridge Working Paper*, no. 146, ESRC Centre for Business Research, septiembre de 1999
- Lomax, B.: "The Working Class in the Hungarian Revolution", en *Critique*, otoño-invierno de 1979-1980.
- Lukács, G.: *History and Class Consciousness: Studies In Marxist Dialectics*, MIT Press, Cambridge, MA, 1972.
- Mandel, D.: "Economic Reform and Democracy in the Soviet Union", en R. Miliband y L. Panitch (eds.): *The Socialist Register 1988*, Merlin, Londres, 1988.
- _____: *Perestroika and the Soviet People: Rebirth of the Labour Movement*, Black Rose Books, Montreal, 1991.
- Manevich, E.: *Labour In the USSR: Problems and Solutions*, Progress Publishers, Moscú, 1985.

Marx, K. y F. Engels: "The German Ideology", *Collected Works*, vol. 5, International Publishers, Nueva York, 1976.

Marx, K.: "Instructions to the Delegates of the Provisional General Council: The Different Questions", *Minutes of the General Council of the First International, 1864–66*, Foreign Languages Publishing House, Moscú, s/a.

_____: "The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte", en Marx K. y F. Engels: *Selected Works*, Foreign Languages Publishing House, Moscú, 1951.

_____: "Theses on Feuerbach", en Marx K. y F. Engels: *Collected Works*, vol. 6, International Publishers, Nueva York, 1976a.

_____: "Value, Price and Profit", en Marx K. y F. Engels: *Collected Works*, vol. 20, International Publishers, Nueva York, 1976b.

_____: *Capital*, vol. 1, Vintage Books, Nueva York, 1977.

_____: *Capital*, vol. 3, Vintage Books, Nueva York, 1981.

Karl Marx, "Comments on James Mill", en Marx K. y F. Engels: *Collected Works*, vol. 3, 1976d.

_____: "Critique of the Gotha Programme", en Marx K. y F. Engels: *Selected Works*, vol. 2, Foreign Languages Publishing House, Moscú, 1962.

_____: "Economic Manuscript of 1861–63", en Marx K. y F. Engels: *Collected Works*, vol. 30, International Publishers, Nueva York, 1988.

_____: *Grundrisse*, Vintage Books, Nueva York, 1973.

_____: "The Poverty of Philosophy", en Marx K. y F. Engels: *Collected Works*, vol. 6, International Publishers, Nueva York, 1976c.

_____: *Theories of Surplus Value*, vol. 3, Progress Publishers, Moscú, 1971.

Mészáros, I.: *Beyond Capital: Toward a Theory of Transition*, Monthly Review Press, Nueva York, 1995.

Montias, J. M.: "Planning with Material Balances in Soviet-Type Economies", en A. Nove y D. M. Nuti (eds.): *Socialist Economics: Selected Readings*, Penguin Educational, Middlesex, 1974.

Myasnikov: *Current Digest of the Soviet Press* 31/29.

New Times: Editorial, *New Times* 9/10 de marzo de 1986.

Nove, A.: "Economic Reforms in the USSR and Hungary, a Study in Contrasts" en A. Nove y D. M. Nuti (eds.): *Socialist Economics: Selected Readings*, Penguin Educational, Middlesex, 1974.

_____: *The Economics of Feasible Socialism Revisited*, Harper Collins Academic, Londres, 1991.

_____: *The Soviet Economic System*, George Allen & Unwin, Londres, 1977.

Nove, A. y D. M. Nuti (eds.): *Socialist Economics: Selected Readings*, Penguin Educational, Middlesex, 1974.

Osteen, M.: "Jazzing the Gift: Improvisation, Reciprocity, Excess", *Rethinking Marxism*, año 22, no. 4, octubre de 2010.

Partido Comunista de Cuba: *Estatutos*. Disponible en: www.pcc.cu/pdf/documentos/estatutos/estatutos.pdf.

Pravda, A.: "Industrial Workers and Political Development in the Soviet Union and Eastern Europe", National Council for Soviet and East European Research, 1981. Disponible en: <http://www.ucis.pitt.edu/nceer/1981-624-16-Pravda.pdf>.

- Preobrazhensky, E.: *The New Economics*, Clarendon Press, Oxford, 1965.
- Scalan, J. P.: "From Samazidat to Perestroika: The Soviet Marxist Critique of Soviet Society", en R. Taras (ed.): *The Road to Disillusion: From Critical Marxism to Post-Communism in Eastern Europe*, M. E. Sharpe, Armonk, Nueva York, 1991.
- Scott, J. C.: *The Moral Economy of the Peasant: Rebellion and Subsistence in Southeast Asia*, Yale University Press, New Haven, 1976.
- Sik, O.: *Czechoslovakia: The Bureaucratic Economy*, International Arts and Sciences Press, White Plains, Nueva York, 1972.
- Tablada, C.: *Che Guevara: Economics and Politics in the Transition to Socialism*, Pathfinder, Sydney, 1989.
- Thompson, E. P.: "The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century", *Past and Present*, no. 50, 1971.
- Thompson, E. P.: *The Poverty of Theory*, Monthly Review Press, Nueva York, 1978.
- Ticktin, H.: *Origins of the Crisis in the USSR: Essays on the Political Economy of a Disintegrating System*, M. E. Sharpe, Armonk, Nueva York, 1992.

ENLACES

www.forumdesalternatives.org

Decenas de artículos de fondo semanales. Cinco continentes, ocho idiomas.

www.ruthcasaeditorial.org

Consulte en línea el catálogo de publicaciones de Ruth Casa Editorial, reseñas, críticas y síntesis biográficas de sus autores. Todo el esfuerzo de difusión del pensamiento crítico mundial en nuestro espacio de la web.

www.ruthcuadernos.org

Sitio web de Ruth Cuadernos de Pensamiento Crítico, una colección atenta a las urgencias críticas de nuestro tiempo.

www.ruthlibroslibres.org

Una biblioteca virtual abierta al pensamiento y praxis desde las izquierdas. Descargue, comparta y reproduzca gratuitamente esta colección de títulos bajo el sello de Ruth Casa Editorial.

www.ruthtienda.com

Literatura y música del mundo en su entorno digital.